

# MADRID EN LA NOVELA I

Estudio y selección  
de Julia Barella

MADRID EN LA LITERATURA

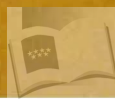


*Juan de la Cruz*















Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

[www.madrid.org/edupubli](http://www.madrid.org/edupubli)

[edupubli@madrid.org](mailto:edupubli@madrid.org)



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

# MADRID EN LA NOVELA I



Comunidad de  
**Madrid**

Consejería de Educación  
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Servicio de Publicaciones  
C/ Alcalá, n.º 30-32  
28014 MADRID

Ref.: 0396



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid





# MADRID EN LA NOVELA I

Estudio y selección de  
Julia Barella

Prólogo de  
Carlos García Gual



Comunidad de  
**Madrid**

Consejería de Educación  
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Servicio de Publicaciones  
C/ Alcalá, n.º 30-32  
28014 MADRID



**MADRID EN LA LITERATURA**



Comunidad de  
**Madrid**

Ref. : 0396



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

Cubierta: Juan de la Corte, Fiesta en la plaza Mayor,  
Museo municipal, Madrid

Dirección Editorial: Agustín Izquierdo.

Diseño de cubierta: María González-Conejero Hilla

Gestión administrativa: Luis Menéndez Pacheco y Ricardo R. Alvarez  
Fernández

Sección de Publicaciones de la Consejería de Educación y Cultura.



© Comunidad de Madrid. Consejería de Educación y Cultura.

Secretaría General Técnica. 1992

© Del prólogo, Carlos García Gual

© Del estudio y la selección, Julia Barella

Deposito legal: M. 36.546-1992

I.S.B.N.: 84-451-0537-X

Imprenta de la Comunidad de Madrid

Impreso en papel reciclado y ecológico





# Presentación

*La Comunidad de Madrid, a través de la colección «Madrid en la literatura», pretende ofrecer a los ciudadanos la imagen especular, tanto de su ciudad como del resto de la región, que a lo largo de la historia han dejado en sus obras literarias generaciones de escritores. La refundación de la ciudad, que tuvo lugar cuando ésta dio cabida a la Corte de los reyes españoles, vino acompañada de numerosos escritos, pertenecientes a todos los géneros literarios, cuyo objeto era la Villa y Corte, produciéndose así la invención literaria de Madrid, lo que le permitió ocupar un lugar preeminente dentro del universo de las ciudades literarias.*

*Poetas, novelistas, dramaturgos, no han dejado desde entonces de construir en la ficción una ciudad en constante devenir, una ciudad que continúa inventándose en la actualidad, tanto en la experiencia como en la imaginación. La reunión de esta serie de textos, agrupados por su pertenencia a los distintos géneros literarios, hace posible que nazca en el lector una visión rica y variada, llena de registros, de la villa y sus alrededores, de lo que hoy definimos como Comunidad de Madrid, cuyos múltiples aspectos permanecerían de otro modo ocultos e insospechados.*

*Estoy seguro de que la riqueza y calidad de estos textos acrecentará en el lector su atracción por este Madrid diverso y polifacético y, a través de él, su amor por la mejor literatura de todos los tiempos.*

JAIME LISSAVETZKY DÍEZ  
Consejero de Educación y Cultura



# Prólogo

## Ciudad abierta y metrópoli barroca

*Dos géneros literarios parecen convenir singularmente al ambiente de Madrid: la novela realista y la comedia de enredo. Tal vez, supongo, porque se prestan a reflejar el talante de sus gentes, esa sociedad madrileña variopinta, formada un tanto de aluvión, al amparo de la capitalidad y sus señuelos, con soltura de palabra y sin rigidez formal. Ciudad esencialmente abierta, acogedora, despejada de horizontes, de genio plebeyo y popular; Madrid crece en medio de las dos Castillas —austera y solariega la de arriba, sanchopancesca y alcarreña la otra— lejos del mar y en el centro mesetario de la península, donde se cruzan los caminos del reino.*

*Indudablemente su elección como capital fue una decisión pragmática de Felipe II (que, en algunos aspectos, era un gobernante moderno y pragmático). El gran mérito de Madrid fue estar en el centro geográfico de España, un punto donde se cruzan las carreteras que van, radialmente, a los extremos del país. Sin un abolengo especialmente distinguido y sin espectaculares monumentos, Madrid fue designada para capital de un inmenso imperio y sede de la Corte de los Austrias al comienzo un tanto tentativamente. Pero la capitalidad quedó asegurada en tiempos de Felipe III (tras el breve lapso de traslado de la Corte a Valladolid), y tanto durante el reinado de este monarca como de su sucesor, Felipe IV, se engrandeció, adornó y floreció en artes y letras con espléndida pompa y notable esplendor barroco. Capital de un inmenso imperio que ya se iba cuarteando, con una economía tam-*



*baleante, Madrid se desplegaba en torno a lo que era ya una “Corte de los milagros” de un país orgulloso y decadente, bastión del catolicismo y la Contrarreforma, varado intelectualmente en la ortodoxia y lastrado por la intolerancia religiosa, pero con una magnífica e irisada vitalidad literaria.*

*En la madurez del Siglo de Oro Madrid es el centro de su brillante literatura. Con sus ambientes literarios, sus imprentas, sus teatros, su público de ociosos y de críticos, versificadores diversos y autores de mayor o menor categoría. Los más notables escritores de la época áurea son, en número significativo, de la ciudad. Si Cervantes es natural de Alcalá, estudia y vive sus años de juventud en Madrid, y aquí publica sus grandes obras. Tanto Lope de Vega como Francisco de Quevedo y Pedro Calderón de la Barca han nacido en Madrid. Como Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, Francisco de Lugo, y Juan Pérez de Montalbán —por citar tres de los escritores contenidos en esta antología— y muchos otros ingenios menores.*

*En numerosas narraciones novelescas —y en muchísimas comedias de la época— Madrid está evocado como el escenario de aventuras y lances curiosos. No deja de parecer significativo que sea así en los dos textos más antiguos entre los que componen esta selección: en el Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán (publicado en 1604) y en La Gitanilla de Miguel de Cervantes (1613), por la significación de uno y otro. No olvidemos que el Guzmán, con su amplitud, su tono amargo, y su enorme éxito de público, es la obra que confirma el género picaresco, inaugurado por el Lazarillo de Tormes, con una dimensión realista y personal; y que con las Novelas ejemplares, de las que La Gitanilla es la situada en primer lugar, pretende Cervantes innovar en la ficción de breve formato y tono costumbrista, de modelos italianos. Luego hay un Madrid ya más barroco, en el estupendo Diablo Cojuelo, en El Buscón, o en algunos capítulos de El Criticón, ya de 1651, el texto más tardío de los once representados en esta cuidada selección.*

*Es, por tanto, la ciudad cortesana y creciente de los reinados de Felipe III y Felipe IV, —los dos monarcas que con sus estatuas ecuestres en lugares simbólicamente bien destacados del Madrid de los Austrias, en la Plaza Mayor y en la Plaza de Oriente— son recordados como los grandes impulsores del florecimiento de esa Villa y Corte que iba dilatando sus confines y haciéndose populosa y monumental, pródiga en festejos, palacios e iglesias, de estilo barroco. En algunos de los textos aquí recogidos el narrador se admira del crecimiento de Madrid; muchos proclaman su varie-*

dad de calles y paseos, sus encantos, y sus peligros de gran ciudad. Tres la califican de moderna Babilonia, un tópico bastante fácil, pero sugerente.

Julia Barella ha sabido destacar muy bien, en sus breves presentaciones, las líneas más características de todas esas menciones de Madrid. No vamos a repetirlas aquí. Baste, como excepción y muestra, entresacar la conversación que, ante la vista de Madrid, tienen los personajes de la novela de Gracián (cf. pág. 282), en el texto más reciente de los de nuestro volumen.

— Veo —dijo él (Andrenio)— una real madre de tantas naciones, una corona de dos mundos, un centro de tantos reinos, un joyel de entrambas Indias, un nido del mismo Fénix y una esfera del Sol Católico, coronado de prendas en rayos y de blasones en luces.

— Pues yo veo —dijo Critilo— una Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, un Londres de pestilencias y un Argel de cautiverios.

— Yo veo —dijo el Sabio— a Madrid, madre de todo lo bueno, mirada por una parte, y madrastra por la otra, que así como en la Corte acuden todas las perfecciones del mundo, mucho más de todos los vicios, pues los que vienen a ella nunca traen lo bueno, sino lo malo, de sus patrias. Aquí yo no entro, aunque se diga que me volví del puente Milvio.”

Mientras este cauto y en exceso discreto personaje se desvía para no penetrar en “el golfo cortesano”, los dos protagonistas del novelón barroco, Critilo y Andrenio, entran en Madrid “por la espaciosa calle de Toledo”. Y ya en la ciudad lo primero que hacen es algo un tanto novedoso: se entran en una librería que hallan a su paso —“una de aquellas tiendas donde se feria el saber”— para comprar una Guía de Madrid —“un Ovillo de oro” para el cortesano laberinto, “una aguja de marear en este golfo de Circes”—. Tras discutir los méritos de un Galateo cortesano con un librero resabido y un cortesano en extremo parlero y sentencioso, que acaba recomendándoles el usar la Uliásiada de Homero como la mejor introducción a una ciudad llena de Sirenas y Sirtes, Escilas y Caribdis peligrosas, la pareja peregrina comienza a explorar la ciudad con sus monstruos y escollos. En ella vivirá Critilo una desventurada experiencia y será miserablemente engañado, timado y burlado por la bella Falsirena. (Nombre que, de nuevo, rememora la Odisea). Tras descubrir el engaño y la pérdida de sus joyas, el escarmentado Critilo deja la corte. “Salió de Madrid co-

mo se suele, pobre, engañado, arrepentido y melancólico”.

La visión que Baltasar Gracián nos ofrece, de un Madrid laberíntico, maloliente, de trampas maliciosas para los inexpertos visitantes, responde a una óptica pesimista, aunque fundada en alguna experiencia. Madrid, a mediados del XVII, y antes, era un fondeadero de pícaros y timadores, de busconas y truhanes, como cualquier gran ciudad moderna.

Como bien señala J. Canavaggio —en su *Cervantes, trad. esp.*, Madrid, 1987, pág. 38— “a Madrid le costó mucho asumir dignamente su destino.” “La instalación del soberano y su casa en el viejo Alcázar, el traslado de los Consejos y oficina de que va acompañada, provocaron la llegada de una masa de cortesanos, funcionarios y solicitantes, flanqueados en la mayoría de los casos de una abundante servidumbre que se las ve y se las desea para encontrar alojamiento. La afluencia de todo un mundo de parásitos, desde los aventureros de alto vuelo hasta la tropa del hampa, plantea agudos problemas a los magistrados encargados de la seguridad pública. Para afrontar el reto de un crecimiento espectacular, la ciudad devora los bosques que la rodean, a fin de disponer de la madera indispensable. De ellos sólo subsiste en nuestros días la Casa de Campo, cuyas verdes encinas quiebran por un instante la monotonía grandiosa de la llanura castellana. Estos materiales reunidos sirvieron para la construcción de nuevos barrios, en los solares que permanecían englobados en el recinto medieval. Las casas a la malicia proliferan: sus tejados inclinados ocultan con habilidad, por el lado de la calle, los pisos dispuestos por el lado del patio; de este modo permitirán a sus dueños escapar de la obligación de albergar a los innumerables funcionarios de un rey burócrata. Madrid conservará durante mucho tiempo los signos de este urbanismo a la diablo: la red de callejas, la suciedad de los barrios bajos, el magro curso del Manzanares excitarán más de una vez la verba de sus detractores.”

Estas líneas, escritas a propósito de la llegada de la familia de Cervantes a Madrid, en 1566, me han parecido muy precisas para indicar las taras y gabelas de la incipiente capital. Los personajes de Gracián llegan a Madrid bastantes decenios después. La ciudad ya se ha acostunbrado a su destino.

A los ojos de algunos moralistas ese Madrid apicarado y babilónico, quevedesco y licencioso, era un colmo de vicios y trampas para ingenuos y extranjeros varios. Con sus cortesanos, sus lacayos, sus soldados ociosos, sus hidalgos hambrientos y sus poetas trasnochados, pícaros con ansias de medro y misteriosas damas,



*trapaceras y sutiles, Madrid era el blanco de muchas diatribas moralizantes, de ribetes costumbristas y tropos alegóricos. Así, por ejemplo, en la obra novelesca de Francisco Santos, escritor mediocre pero representativo, en algunos años posterior a Gracían (y enormemente distanciado de él en cuanto a talento literario, desde luego), ya en la segunda mitad del XVII. (Véase su Día y noche de Madrid, recién destacado de un largo olvido, y bien prologado por J. Rodríguez Puértolas).*

*Pero ese es sólo un rostro, entenebrecido por la óptica de los moralistas barrocos, de una ciudad bulliciosa y alegre, discreta y colorida, que no había surgido sobre una fundación de prestigio noble y antiguo, y que no tuvo nunca ínfulas de aristocracia, sino un talante abierto, popular y plebeyo. Fue el pueblo de Madrid quien dio a la ciudad cortesana su acento más castizo y su perfil espiritual, ese pueblo abigarrado, venido de aquí y de allí, a la capital acogedora y expansiva. Muchos de los llegados a Madrid saldrán luego tan desengañados y melancólicos como el Critilo gracianesco. Otros lograrán, con ingenio y astucia, con su saber y trabajo, integrarse en la ciudad.*

*Pronto fue Madrid “remolino y rompeolas de todas las provincias españolas”. Ese “Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente” (que decía A. Machado), no es sólo el de los funcionarios y empleados del siglo XIX, sino el Madrid de siempre, desde sus comienzos, como se ve en los textos novelescos. Si ya antes de la creación de la capital Fray Antonio de Guevara (1480-1545) había denunciado los inconvenientes y desatinos cortesanos, los mil engorros y trampas del vivir en la corte, —en su Menosprecio de corte y alabanza de aldea y en su Aviso de privados, por ejemplo— todo eso podía verse ejemplificado con creces en Madrid. Y, sin embargo, quien venía a la Corte ya no se volvía a la aldea —como tampoco quiso hacerlo nunca el buen predicador parlero de Fray Antonio—. Madrid estaba repleto de forasteros y de gente de todas las regiones del país. Tal vez ninguna ciudad española haya sido, a ese respecto, tan igualitaria y acogedora. Gallegos y catalanes, andaluces, extremeños, vascos, asturianos, castellanos de arriba y abajo, todos confluían en Madrid, unos por negocios, otros por oficio, otros por gusto. También este ir y venir de gentes de toda España se advierte en las novelas, donde vecinos antiguos y recientes conviven con esa franca camaradería en la ciudad de nueva planta. A Roma van todos los caminos, pero en Madrid se cruzan muchos.*

*Todo este ajetreado vivir, ese desarrollarse al desgaire, en ex-*

*pansivo desorden, se refleja bien en estos primeros textos de novelas cortas y largas de tonos realistas. Abundan las intrigas y los lances de capa y espada. (En las calles y callejas de Madrid no escaseaban los duelos, emboscadas y acuchillamientos. Desde los de poca monta y motivo amoroso hasta otros movidos por impulsos más encubiertos. En 1578 fue asesinado Juan de Escobedo, secretario de Don Juan de Austria, y en 1622 cayó muerto, de una estocada profesional, en plena calle Mayor, el conde de Villamediana, por mencionar dos de los casos más famosos y comentados en todos los mentideros de la Corte). También vemos en ellos el trajín de las principales calles y paseos, desde el Prado a las orillas del Manzanares, donde lavanderas, mozos varios, y arrieros alegres y galanes dudosos charlan y flirtean. Madrid de finos aires y de cielo despejado se presta a ese bullicio callejero, a ese ir y venir para ver, ser visto, y comentar el espectáculo cotidiano. Procesiones, fiestas de toros, desfiles cortesanos, algún auto de fe, bodas, bautizos y entierros de gente principal, aires de farsa y fiestas callejeras, corros de Plaza Mayor.*

*“Destartalada ciudad sin pretensiones por su pasado y sin exigencias para su futuro” —como señala F.C. Sainz de Robles en su ameno libro Madrid. Autobiografía, Madrid, 1949, pág. 440— pero siempre con un enorme afán de diversión y festejos (id., págs. 465 y ss.), capital de un Imperio cada vez más arruinado, fue Madrid ensanchándose y cubriéndose de edificios de notable prestancia, en especial durante esa primera mitad del XVII.*

*A un siglo de su designación para capital, la ciudad había crecido mucho y mostraba ya ese carácter abierto y desordenado que mantendrá Madrid —ése del cucañista, del pretendiente, del paseante en corte, de los pícaros y los funcionarios, pero también el de su pueblo llano, trabajador, ingenioso, irónico, resistente—. Ese Madrid que se reflejará siglos después en las novelas de Pérez Galdós y en algunas de Pío Baroja y Max Aub. Como apuntábamos, en la novela y en la comedia es donde parece quedar mejor reflejado ese existir un tanto a la ventura de la ciudad en su latir cotidiano e infrahistórico. (Sin desdeñar, por otro lado, las agudas estampas madrileñas escritas en otro formato, como las de Mesonero, Larrà y Ramón Gómez de la Serna, por citar sólo tres nombres). Es en esa forma abierta y prosaica, —donde cabe todo, el realismo y la ironía, la descripción y el diálogo— de la novela donde mejor se respira el ambiente de la gran ciudad en formación constante y atropellada, con su simpatía popular y su gentío abigarrado. Madrid, poco o nada aristocrático, tuvo también una*

*débil burguesía, pero de algún modo es una ciudad con un empeño burgués o pequeño burgués hasta el siglo XX. También este aspecto aparece ya en algunos de los relatos, aunque naturalmente sean los sucesos curiosos, el mundillo de los pícaros y los enamorados ociosos, lo que reclame la atención del narrador. Madrid, sin un río de importancia y de noble apariencia, engalana su modesto Manzanares, con puentes de piedra, y, a falta de un buen Mefistófeles, ha de contentarse con su Diabolo Cojuelo, un voyeur cortesano chismoso y chistoso, zascandil y parlero, bien adaptado al genio local.*

*En lo fundamental era ya esa urbe peculiar a la que L. Martín Santos —en su Tiempo de silencio, Barcelona, 1961— evoca en unos párrafos memorables: el modelo de esas “ciudades tan descabaladas, tan faltas de sustancia histórica, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios, tan caprichosamente edificadas en desiertos, tan parcamente pobladas por una continuidad aprehensible de familias, tan lejanas de un mar o de un río, tan ostentosas en el reparto de su menguada pobreza, tan favorecidas por un cielo espléndido que hace olvidar casi todos sus defectos, tan ingenuamente contentas de sí mismas al modo de las mozas quinceañeras... tan desasidas de una auténtica nobleza, tan pobladas de un pueblo achulapado, tan heroicas en ocasiones sin que se sepa a ciencia cierta por qué... tan abundantes de torpes teólogos y faltas de excelentes místicos, tan llenas de tonadilleras y de autores de comedias de costumbres, de comedias de enredo, de comedias de café, de comedias de capa y espada, de comedias de punto de honor, de comedias de linda tapada, de comedias de bajo coturno, de comedias de salón francés, de comedias de café no de commedia dell'arte, tan abufaradas de autobuses de dos pisos cuanto más negro mejor sobre aceras donde va la gente con gabardina los días de sol frío, que no tienen catedral.”*

*He citado esas líneas de esta otra novela sobre Madrid (de mediados de nuestro siglo) porque algunos de los trazos que aquí se mencionan, en caricatura algo ácida, se perfilan ya en los comienzos, tres siglos antes de ese soñoliento Madrid de autobuses, cafés y gabardinas. Y para volver a lo ya apuntado: que para componer una visión de los contrastes y los encantos de Madrid son tanto la novela como la comedia los mejores y más socorridos géneros. La novela de L. Martín Santos, como La Colmena de C.J. Cela y otras, están en línea directa de descendencia de las picarescas del XVII.*

*Resulta agradable que esta selección de fragmentos en que se*

*avoca el aire de Madrid comience con La Gitanilla, donde Cervantes traza un cuadro optimista de la vida aventurada y errante de Preciosa y cuenta una historia de amor con final feliz. Ese mundillo de gitanillas risueñas y discretas, de poetas galantes, de aficionados al cante y baile, y gentilhombres dispuestos a poner a prueba su amorosa fidelidad vistiendo los hábitos de la vida bohemia, rezuma alegría de vivir, desparpajo, generosidad, y, aunque se hable aquí mucho de dinero y de ciertos trucos picarescos, de gusto por la libertad y nobleza de ánimo, en unas escenas situadas en Madrid, pero un Madrid de puertas abiertas a todos los caminos.*

*Frente a otros textos de colores más sombríos —los de Mateo Alemán o el de Alonso de Contreras, tan verídico— ese breve homenaje cervantino resulta en extremo luminoso. En esta selección alternan autores bien conocidos con otros menos famosos, relatos de un estilo admirable con otros menos logrados, pero también de gran interés para esta primera visión novelesca de Madrid. Tanto esa selección como las breves introducciones a cada uno de los once fragmentos revelan el gusto y el buen oficio de Julia Barella, que ha elaborado tan amena y bien cuidada antología.*

*Carlos García Gual*

# Introducción

*Felipe II traslada la Corte de Toledo a Madrid en 1560, y Madrid se convierte desde entonces —a excepción del breve paréntesis (1600-1606) en que Felipe III desplaza la capital a Valladolid— en el centro administrativo, económico y cultural de España y de su Imperio. Madrid, por tanto, se ve obligada a crecer deprisa, a levantar nuevos edificios, a ensanchar sus calles, a construir alcantarillados y a dictar nuevas leyes que regulen la venta ambulante en su territorio. La que fuera pequeña Villa tiene que alojar de repente a una muchedumbre de funcionarios y ociosos cortesanos, y a tribus enteras de cazadores de dotes, compradores de títulos, buscadores de cartas de recomendación, segundones a la espera de algún cargo de secretario, pretendientes de un hábito, soldados fanfarrones, pícaros y mendigos. Toda esta nueva población buscará nuevos modos de ocupar sus numerosos ratos de espera y de ocio. Si tenemos en cuenta la fecha de publicación de las novelas que antologamos, veremos que prácticamente todas ellas se escriben en los primeros años del siglo XVII, cuando la prosa novelística alcanza su madurez al publicarse el Quijote y las Novelas Ejemplares de Cervantes.*

*La Corte madrileña aparece reflejada con frecuencia en nuestra literatura durante el reinado de Felipe III (1598-1621). El medio social —y, especialmente, el cortesano— en esa época es muy particular, distando mucho en los usos y costumbres del ambiente en el que vivían los españoles de las décadas anteriores. El largo período de paz que acompañó casi todo el mandato de Felipe III retiene en la Corte y en las ciudades populosas a caballeros que con anterioridad habían sido soldados y que, tras haber vuel-*



*to del campo de batalla, se convierten en galanes ociosos que truecan lances bélicos por conquistas amorosas. Aparece, al tiempo, con ellos un nuevo público lector, ansioso de llenar los ocios cortesanos con lecturas que diviertan y entretengan, y dejen el alma en suspenso convidando a proseguir la lectura.*

*Durante los años de paz del reinado de Felipe III encontramos abundantes ejemplos de escritores que muestran su preocupación por el aumento de ociosos y desocupados en los círculos cortesanos, desde Mateo Velázquez —que en el prólogo «Al lector» de su novela El filósofo del aldea dice: «La ociosidad para todos los corazones humanos es veneno, y para los que profesan la milicia veneno y pestilencia»— hasta Lugo y Dávila, que dedica su Teatro popular a J. de Cárdenas Manrique, quien, al volver de la guerra, necesitará ocupar sus ratos de ocio y de descanso.*

*Se trata, pues, de un nuevo público lector con nuevos intereses sociales y gustos artísticos, y de un nuevo tipo de literatura destinada a satisfacer a ese nuevo amigo de la lectura. Los once novelistas escogidos tendrán como objetivo común entretener al lector, lograr que la lectura sea útil, ejemplar y, sobre todo, verosímil.*

*Todas las historias narradas son posibles en la realidad, aunque no por ello tengan que ser obligatoriamente realistas. Es curioso constatar la capacidad de nuestros novelistas para ir mezclando en la misma narración datos pormenorizados del más puro realismo, o incluso de hiperrealismo, con algunos elementos de tipo fantástico, sobrenatural, extraordinario u onírico. En las novelas seleccionadas nos llama la atención el interés del escritor por situar su narración en ciudades conocidas por todos, por dar el nombre de las calles donde viven sus personajes, de los edificios que protagonizan los encuentros amorosos, los duelos, las despedidas, los apaleamientos o los engaños. Asimismo, a lo largo de la lectura constataremos la fama de las iglesias, de las fuentes o plazas, sabremos dónde están los mejores mesones, las casas de huéspedes, los mercados, las tiendas de plata y oro, las de ropa, las armerías y las de afeites para las mujeres, por dónde pasean las damas, dónde tienen lugar las meriendas y saraos, con qué lujo se efectúan las fiestas, los carnavales o en qué fecha se acostumbra a peregrinar a las ermitas. Pero no es sólo eso, sino también el interés en precisar lo que cuestan las cosas, lo que deben los protagonistas, lo que les roban o lo que heredan.*

*El despliegue de datos y detalles de la vida cotidiana y costumbres de la sociedad española de nuestros siglos dorados es, sin duda, uno de los valores más interesantes de estas novelas y estos*

novelistas. Todos ellos demuestran tener un alto poder descriptivo. Hay que subrayar la riqueza enumerativa de objetos de la vida familiar en las novelas de Cervantes, Vélez de Guevara, Céspedes y Lugo y Dávila, y la riqueza descriptiva de ropas y vestidos en *La niña de los embustes* y *La hija de Celestina*, y de alimentos en *El Buscón* y en *el Guzmán de Alfarache*.

La verosimilitud, convertida en uno de los preceptos fundamentales y característicos de nuestra novelística, debe ir acompañada —tal y como aconsejan los preceptistas de la época— de utilidad y de ejemplaridad: las novelas tienen que representar algo útil que conmueva con la verdad. Y es que, como dice Lugo y Dávila en su prólogo al *Teatro popular*, «sólo lo verdadero conmueve; lo increíble no causa admiración».

En nuestra selección hemos incluido novelas cortas prácticamente íntegras, atendiendo a la calidad de su escritura y a que pueda seguirse con facilidad su argumento, y fragmentos de novelas largas. En ambos casos nos ha guiado el propósito de ofrecer la visión que de la Corte madrileña y sus aledaños —*El Escorial*, *Pinto*, *Alcalá de Henares*, *Aranjuez*— ofrece la novelística barroca. Hemos intentado presentar un muestrario de los géneros narrativos de la época, desde la novela picaresca hasta la alegórica, pasando por lo que Agustín González de Amezúa bautizó como «novela cortesana». El campo no queda, ni mucho menos, agotado con esta antología. Autores como Tirso de Molina, Lope de Vega, Diego de Agreda y Vargas, María de Zayas, Mariana de Carvajal, José Camerino y muchos otros hubieran podido acompañar a los presentes si el espacio lo hubiese permitido. Pero los once autores elegidos se cuentan, sin duda, entre lo más interesante de cuanto aporta la novela española del siglo XVII al tema de Madrid y lo madrileño.

Julia Barella  
Universidad de Alcalá de Henares





# Miguel de Cervantes

*Miguel de Cervantes (Alcalá de Henares, 1547 - Madrid, 1616) estudió Humanidades en Madrid con Juan López de Hoyos. Viajó por Italia (1569), como miembro del séquito del cardenal Acquaviva. En 1571, y a bordo de la galera «La Marquesa», asistió a la batalla de Lepanto, perdiendo el uso de la mano izquierda en el combate. Participó con su hermano Rodrigo en la expedición a Túnez, al mando de don Juan de Austria, en 1573. Al volver a España para obtener el título de capitán, los turcos abordaron la galera «Sol», y Cervantes fue hecho prisionero y conducido a Argel. Rescatado por unos monjes trinitarios (1580), regresó a España y se instaló en Madrid, casándose con Catalina de Salazar.*

*Publicó su primera novela, La Galatea, en 1585, y vendió algunas comedias para subsistir, hasta que obtuvo el cargo de comisario para proveer de trigo a la Armada Invencible, con destino en Sevilla, recorriendo para ello muchos pueblos de Andalucía. Irregularidades económicas en su gestión provocaron su ingreso en la cárcel de Sevilla durante tres meses (1597). Marchó luego a Valladolid, donde estaba la Corte, y gestionó allí el privilegio de impresión del Quijote, que vería su primera luz en Madrid en 1605.*

*En Madrid escribió la mayor parte de su obra: las Novelas Ejemplares (1613), El Viaje del Parnaso (1614), la segunda parte del Quijote (1615), las Ocho comedias y ocho entremeses nuevos (1615), y su última novela, Los trabajos de Persiles y Sigismunda (1616).*



*Cervantes es consciente de que en las Novelas ejemplares está ensayando un género narrativo nuevo en España. Así lo afirma en el prólogo: «Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana.» Además, sus novelas no son traducciones de lenguas extranjeras, pues, como él mismo dice, «mi ingenio las engendró y las parió mi pluma». Cuando Lope publique sus Novelas a Marcia Leonarda (1624), subrayará la importancia fundacional de las novelas cervantinas, a las que reconoce como modelos.*

*La Gitanilla es la primera «novela ejemplar» en la edición príncipe de 1613. Si al principio el relato parece seguir de cerca el modelo picaresco —un personaje femenino como protagonista, perteneciente al sector marginado de los gitanos—, al final se convierte en una novelita amorosa en la que resuenan los ecos del omnia vincit Amor virgiliano. Cervantes reúne las dos opciones narrativas de más éxito en la España de la época: la picaresca y la bizantina. E incorpora, además, elementos nuevos de corte sentimental que harán suyos los escritores españoles de novela cortesana del siglo XVII.*

*En las páginas seleccionadas veremos a Preciosa viviendo con los gitanos que encontraron asiento hacia 1600 en los llamados campos de Santa Bárbara (a lo largo de la actual calle de Sagasta). Es presumible que con ellos entrara en la Corte a diario por la Puerta de Maravillas (actual calle de Fuencarral) a vender su mercancía. Pronto se hará famosa en Madrid por la gracia con la que canta y baila en las fiestas de Santa Ana, frente a la iglesia de Santa María, en la calle Mayor, un templo recién restaurado por el duque de Uceda. Todos la reconocen y la aplauden cuando canta romances «a la sombra de la calle de Toledo».*

*Cervantes elige el escenario madrileño para que se produzca el encuentro entre los protagonistas de su historia amorosa. Desde ese momento, la gitanilla impondrá a su enamorado duras pruebas para merecer su amor: deberá cambiar de nombre, de vestido y de clase social, y acompañar a la «troupe» gitana por los caminos de España. En Murcia se descubrirá que Preciosa es, en realidad, hija del corregidor Acevedo, y los amantes se convertirán en marido y mujer.*

# *Novelas ejemplares*

## *La Gitanilla*

Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo, y la gana del hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte. Una, pues, desta nación, gitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, a quien puso por nombre Preciosa, y a quien enseñó todas sus gitanerías, y modos de embelecocos, y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclinaciones del cielo, a quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos, y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada. Y, con todo esto, era algo desenvuelta; pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes, con ser aguda, era tan honesta. que en su presencia no osaba alguna gitana, vieja ni moza, cantar cantares lascivos ni decir palabras no buenas. Y finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así, determinó el águila vieja sacar a volar su aguilucho y enseñarle a vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarzabandas, y de otros versos, especialmente de romances, que lo cantaba con especial donaire. Porque su taimada abuela echó de



ver que tales juguetes y gracias, en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta, habían de ser felicísimos atractivos e incentivos para acrecentar su caudal, y así, se los procuró y buscó por todas las vías que pudo, y no falló poeta que se los diese, que también hay poetas que se acomodan con gitanos y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros y van a la parte de la ganancia. De todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa.

Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y a los quince años de su edad, su abuela putativa la volvió a la Corte y a su antiguo rancho, que es adonde ordinariamente le tienen los gitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la Corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid fue un día de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano gran bailarín, que las guiaba, y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal que poco a poco fue enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el son del tamborín y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Gitanilla, y corrían los muchachos a verla, y los hombres a mirarla. Pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, ¡allí fue ello! Allí sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de común consentimiento de los diputados de la fiesta, desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza, y cuando llegaron a hacerla en la iglesia de Santa María, delante de la imagen de Santa Ana, después de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

*Arbol preciosísimo,  
que tardó en dar fruto  
años que pudieron  
cubrirle de luto,  
y hacer los deseos  
del consorte puros,  
contra su esperanza  
no muy bien seguros; [...]*

El cantar de Preciosa fue para admirar a cuantos la escuchaban. Unos decían: «¡Dios te bendiga la muchacha!» Otros: «¡Lás-



tima es que esta mozuela sea gitana! En verdad en verdad que merecía ser hija de un gran señor.» Otros había más groseros, que decían: «¡Dejen crecer a la rapaza, que ella hará de las suyas! ¡A fe que se va anudando en ella gentil red barredera para pescar corazones!» Otro más humano, más basto y más modorro, viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo: «¡A ello, hija, a ello! ¡Andad, amores, y pisad el polvito atán menudito!» Y ella respondió, sin dejar el baile: «¡Y pisárelo yo atán menudito!»

Acabáronse las vísperas, y las fiestas de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada; pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta, y de bailadora, que a corrillos se hablaba della en toda la Corte. De allí a quince días volvió a Madrid con otras tres muchachas, con sonajas y con un baile nuevo, todas apercebidas de romances y de cantarillos alegres, pero todos honestos; que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba della la gitana vieja, hecha su Argos temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenía por abuela.

Pusiéronse a bailar a la sombra en la calle de Toledo, y de los que las venían siguiendo se hizo luego un gran corro, y en tanto que bailaban, la vieja pedía limosna a los circunstantes, y llovían en ella ochavos y cuartos como piedras a tablado; que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida. [...]

Más de doscientas personas estaban mirando el baile y escuchando el canto de las gitanas, y en la fuga dél acertó a pasar por allí uno de los Timientes de la villa, y viendo tanta gente junta preguntó qué era, y fuele respondido que estaban escuchando a la Gitanilla hermosa, que cantaba.

Llegóse el Timiente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta la fin, y habiéndole parecido por todo extremo bien la Gitanilla, mandó a un paje suyo dijese a la gitana vieja que al anochecer fuese a su casa con las gitanillas, que quería que las oyese doña Clara, su mujer. Hízolo así el paje, y la vieja dijo que sí iría.

Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar, y en esto llegó un paje muy bien aderezado a Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo:

— Preciosa, canta el romance que aquí va porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo.

— Eso aprenderé yo de muy buena gana —respondió Precio-

sa—, y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condición que sean honestos, y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada, y docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado es pensar lo imposible.

— Para papel siquiera que me dé la señora Preciosica —dijo el paje— estaré contento, y más, que el romance que no saliere bueno y honesto no ha de entrar en cuenta.

— A la mía quede el escogerlos —respondió Preciosa.

Y con esto, se fueron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos caballeros a las gitanas.

Asomóse Preciosa a la reja, que era baja, y vio en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose y otros jugando a diversos juegos, se entretenían.

— ¿Quiérenme dar barato, ceñores? —dijo Preciosa, que, como gitana, hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.

A la voz de Preciosa y a su rostro, dejaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes, y los unos y los otros acudieron a la reja por verla, que ya tenían noticia della, y dijeron:

— Entren, entren las gitanillas, que aquí les daremos barato.

— Caro sería ello —respondió Preciosa— si nos pellizcacen.

— No, a fe de caballeros —respondió uno—; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará a la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho.

Y púsose la mano sobre uno de Calatrava.

— Si tú quieres entrar, Preciosa —dijo una de las tres gitanillas que iban con ella—, entra enhorabuena; que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres.

— Mira, Cristina —respondió Preciosa—: de lo que te has de guardar es de un hombre solo y a solas, y no de tantos juntos; porque antes el ser muchos quita el miedo y el recelo de ser ofendidas. Advierte, Crística, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina a ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas, y no de las públicas.

— Entremos, Preciosa —dijo Cristina—; que tú sabes más que un sabio.

Animólas la gitana vieja, y entraron, y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vio el papel que traía en el seno, y llegándose a ella se le tomó, y dijo Preciosa:

— ¡Y no me le tome, señor, que es un romance que me acaban

de dar ahora, que aún no le he leído!

— Y ¿sabes tú leer, hija? —dijo uno.

— Y escribir —respondió la vieja—; que a mi nieta hela criado yo como si fuera hija de un letrado.

Abrió el caballero el papel y vio que venía dentro dél un escudo de oro, y dijo:

— En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: tomo este escudo que en el romance viene.

— Basta —dijo Preciosa—, que me ha tratado de pobre el poeta. Pues cierto que es más milagro darme a mí un poeta un escudo que yo recibirle: si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el *Romancero general* y envíemelos uno a uno, que yo les tentaré el pulso, y si vinieren duros seré yo blanda en recibillos.

Admirados quedaron los que oían a la Gitanica, así de su discreción como del donaire con que hablaba.

— Lea, señor —dijo ella—, y lea alto; veremos si es tan discreto ese poeta como es liberal. [...]

Ya tenía aviso la señora doña Clara, mujer del señor Tiniente, como habían de ir a su casa las gitanillas, y estábanlas esperando como el agua de mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver a Preciosa. Y apenas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demás resplandeció Preciosa como la luz de una antorcha entre otras luces menores. Y así, corrieron todas a ella: unas la abrazaban, otras la miraban, éstas la bendecían, aquéllas la alababan. Doña Clara decía:

— ¡Éste sí que se puede decir cabello de oro! ¡Éstos sí que son ojos de esmeraldas!

La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacía pepitoria de todos sus miembros y coyunturas. Y llegando a alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenía en la barba, dijo:

— ¡Ay, qué hoyo! En este hoyo han de tropezar cuantos ojos la miraren.

Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de lengua barba y largos años, y dijo:

— ¿Ése llama vuesa merced hoyo, señora mía? Pues yo sé poco de hoyos, o ése no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos. ¡Por Dios, tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata o de alcorza no podría ser mejor! ¿Sabes decir la buenaventura, niña?

— De tres o cuatro maneras —respondió Preciosa.

— ¿Y eso más? —dijo doña Clara—. Por vida del Tiniente, mi

señor, que me las has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbuncos, y niña del cielo, que es lo más que puedo decir.

— Denle, denle la palma de la mano a la niña, y con que haga la cruz —dijo la vieja—, y verán qué de cosas les dice; que sabe más que un doctor de melecina.

Echó mano a la faldriquera la señora Tinienta, y halló que no tenía blanca. Pidió un cuarto a sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual visto por Preciosa, dijo:

— Todas las cruces, en cuanto cruces, son buenas; pero las de plata o de oro son mejores; y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre sepan vuestas mercedes que menoscaba la buena ventura, a lo menos la mía; y así, tengo afición a hacer la cruz primera con algún escudo de oro, o con algún real de a ocho, o, por lo menos, de a cuatro; que soy como los sacristanes: que cuando hay buena ofrenda, se regocijan.

— Donaire tienes, niña, por tu vida —dijo la señora vecina.

Y volviéndose al escudero, le dijo:

— Vos, señor Contreras, ¿tendréis a mano algún real de a cuatro? Dádmelo, que en viniendo el doctor mi marido os lo volveré.

— Sí tengo —respondió Contreras—; pero téngole empeñado en veinte y dos maravedís, que cené anoche. Dénmelos, que yo iré por él en volandas.

— No tenemos entre todas un cuarto —dijo doña Clara—, ¿y pedís veinte y dos maravedís? Andad, Contreras, que siempre fuistes impertinente.

Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo a Preciosa:

— Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata?

— Antes —respondió Preciosa— se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos.

— Uno tengo yo —replicó la doncella—; si éste basta, hele aquí, con condición que también se me ha de decir a mí la buena ventura.

— ¿Por un dedal tantas buenas venturas? —dijo la gitana vieja—. Nieta, acaba presto, que se hace noche. [...]

Acabó su buena ventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstancias en querer saber la suya, y así se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viernes venidero, prometiéndole que tendrían reales de plata para hacer las cruces.

En esto vino el señor Tiniente, a quien contaron maravillas de

la Gitanilla; él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que a Preciosa habían dado; y poniendo la mano en la faldriquera, hizo señal de querer darle algo; y habiéndola espulgado, y sacudido, y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía y dijo:

— ¡Por Dios, que no tengo blanca! Dadle vos, doña Clara, un real a Preciosa, que yo os le daré después.

— ¡Buèno es eso, señor, por cierto! ¡Sí, ahí está el real de manifiesto! No hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real?

— Pues dadle alguna valoncica vuestra, o alguna cosita; que otro día nos volverá a ver Preciosa, y la regalaremos mejor.

A lo cual dijo doña Clara:

— Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora a Preciosa.

— Antes si no me dan nada —dijo Preciosa—, nunca más volveré acá. Mas sí volveré, a servir a tan principales señores; pero trairé tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga de esperallo. Coheche vuesa merced, señor Tiniente: coheche, y tendrá dineros; y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señora: por ahí he oído decir, y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos, que de los oficios se ha de sacar dineros para pagar las condenaciones de las residencias y para pretender otros cargos.

— Así lo dicen y lo hacen los desalmados —replicó el Tiniente—; pero el juez que da buena residencia no tendrá que pagar condenación alguna, y el haber usado bien su oficio será el valedor para que le den otro.

— Habla vuesa merced muy a lo santo, señor Tiniente —respondió Preciosa; ándese a eso y cortarémosle de los harapos para reliquias.

— Mucho sabes, Preciosa —dijo el Tiniente—. Calla, que yo daré traza que Sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes.

— Querránme para truhana —respondió Preciosa—, y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido. Si me quisiesen para discreta, aún llevarme hían; pero en algunos palacios más medran los truhanes que los discretos. Yo me hallo bien con ser gitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere.

— Ea, niña —dijo la gitana vieja—, no hables más; que has hablado mucho, y sabes más de lo que yo te he enseñado. No te asotiles tanto, que te despuntarás; habla de aquello que tus años te permiten, y no te metas en altanerías, que no hay ninguna que

no amenace caída.

— ¡El diablo tienen estas gitanas en el cuerpo! —dijo a esta sazón el Tiniente.

Despidiéronse las gitanas, y al irse, dijo la doncella del dedal:

— Preciosa, dime la buenaventura, o vuélveme mi dedal; que no me queda con qué hacer labor.

— Señora doncella —respondió Preciosa—, haga cuenta que se la he dicho, y provéase de otro dedal, o no haga vainillas hasta el viernes, que yo volveré y le diré más venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías.

Fuéronse, y juntáronse con las muchas labradoras que a la hora de las avemarías suelen salir de Madrid para volverse a sus aldeas, y entre otras vuelven muchas, con quien siempre se acompañaban las gitanas, y volvían seguras. Porque la gitana vieja vivía en continuo temor no le salteasen a su Preciosa.

Sucedió, pues, que la mañana de un día que volvían a Madrid a coger la garrama con las demás gitanas, en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos antes que se llegue a la villa, vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino. La espada y daga que traía eran, como decirse suele, una ascua de oro; sombrero con rico cintillo y con plumas de diversos colores adornado. Repararon las gitanas en viéndole, y pusiéronse a mirar muy de espacio, admiradas de que a tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar, a pie y solo.

Él se llegó a ellas, y hablando con la gitana mayor, le dijo:

— Por vida vuestra, amiga, que me hagáis placer que vos y Preciosa me oyáis aquí aparte dos palabras que serán de vuestro provecho.

— Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buena hora —respondió la vieja.

Y llamando a Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y así en pie, como estaban, el mancebo les dijo:

— Yo vengo de manera rendido a la discreción y belleza de Preciosa, que después de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar a este punto, al cabo he quedado más rendido y más imposibilitado de excusallo. Yo, señoras mías, que siempre os he de dar este nombre, si el cielo mi pretensión favorece, soy caballero, como lo puede mostrar este hábito —y apartando el herreruero, descubrió en el pecho uno de los más calificados que hay en España—; soy hijo de Fulano —que por buenos respetos aquí no se declara su nombre—, estoy debajo de su tutela y amparo; soy hijo único y el que espera un razonable mayorazgo. Mi padre está aquí

en la Corte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él. Y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ir trasluciendo, con todo eso, quisiera ser un gran señor para levantar a mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola mi igual y mi señora. Yo no la pretendo para burlalla, ni en las veras del amor que la tengo puede caber género de burla alguna; sólo quiero servirla del modo que ella más gustare; su voluntad es la mía. Para con ella es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere; y para conservarlo y guardarlo no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone a la duración de los tiempos. Si creéis esta verdad, no admitirá ningún desmayo mi esperanza; pero si no me creéis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda. Mi nombre es éste —y dýjose—; el de mi padre ya os lo he dicho. La casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas; vecinos tiene de quien podréis informaros, y aun de los que no son vecinos también, que no es tan oscura la calidad y el nombre de mi padre y el mío que no le sepan en los patios de palacio, y aun en toda la Corte. Cien escudos traigo aquí en oro para daros en arra y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma.

En tanto que el caballero esto decía, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda no le debieron de parecer mal ni sus razones ni su talle; y volviéndose a la vieja, le dijo:

— Perdóneme, abuela, de que me tomo licencia para responder a este tan enamorado señor.

— Responde lo que quisieres, nieta —respondió la vieja—; que yo sé que tienes discreción para todo.

Y Preciosa dijo:

— Yo, señor caballero, aunque soy gitana, pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espiritillo fantástico acá dentro, que a grandes cosas me lleva. A mí ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas; y aunque de quince años, que, según la cuenta de mi abuela, para este San Miguel los haré, soy ya vieja en los pensamientos y alcanzo más de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia. Pero con lo uno o con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recién enamorados son como ímpetus indiscretos que hacen salir a la voluntad de sus quicios; la cual, atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres. Si alcanza lo que desea, men-

gua el deseo con la posesión de la cosa deseada, y quizá abriéndose entonces los ojos del entendimiento, se vee ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraba. Este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo y de muchas otras dudo. Una sola joya tengo, que la estimo en más que a la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender a precio de promesas ni dádivas, porque, en fin, será vendida, y si puede ser comprada, será de muy poco estima; ni me la han de llevar trazas ni embelecocos: antes pienso irme con ella a la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan o manoseen. Flor es la de la virginidad que, a ser posible, aun con la imaginación no había de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Éste la toca, aquél la huele, el otro la deshoja, y, finalmente, entre las manos rústicas se deshace. Si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habéis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser a este santo yugo; que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen. Si quisieredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero. Primero tengo de saber si sois el que decís; luego, hallando esta verdad, habéis de dejar la casa de vuestros padres y la habéis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el traje de gitano, habéis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condición, y vos de la mía; al cabo del cual, si vos os contentáredes de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entonces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra humilde en serviros. Y habéis de considerar que en el tiempo de este noviciado podría ser que cobrásedes la vista, que ahora debéis de tener perdida, o, por lo menos, turbada, y viésedes que os convenía huir de lo que ahora seguís con tanto ahínco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa. Si con estas condiciones queréis entrar a ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna dellas, no habéis de tocar un dedo de la mía.

Pasmóse el mozo de las razones de Preciosa, y púsose como embelesado, mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debía. Viendo lo cual Preciosa, tornó a decirle:

— No es éste caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse; volveos, señor, a la villa, y considerad de espacio lo que viéredes que más os conven-



ga, y en este mismo lugar me podéis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir o venir de Madrid.

A lo cual respondió el gentilhombre:

— Cuando el Cielo me dispuso para quererte, Preciosa mía, determiné de hacer por ti cuanto tu voluntad acertase a pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habías de pedir lo que me pides; pero pues es tu gusto que el mío al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por gitano desde luego, y haz de mí todas las experiencias que más quisieres; que siempre me has de hallar el mismo que ahora te significo. Mira cuándo quieres que mude el traje, que yo querría que fuese luego; que con ocasión de ir a Flandes engañaré a mis padres y sacaré dineros para gastar algunos días, y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida. A los que fueren conmigo yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinación. Lo que te pido es, si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo, que si no es hoy, donde te puedes informar de mi calidad y de la de mis padres, que no vayas más a Madrid; porque no querría que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse, me salteasen la buena ventura que tanto me cuesta.

— Eso no, señor galán —respondió Preciosa—; sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entienda que no la tomaré tan demasiada, que no se eche de ver desde bien lejos que llega mi honestidad a mi desenvoltura; y en el primero cargo en que quiero estaros es en el de la confianza que habéis de hacer de mí. Y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, o son simples, o confiados.

— Satanás tienes a tu pecho, muchacha —dijo a esta sazón la gitana vieja—: ¡mira que dices cosas que no las diría un colegial de Salamanca! Tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas: ¿cómo es esto, que me tienes loca y te estoy escuchando como a una persona espiritada que habla latín sin saberlo?

— Calle, abuela —respondió Preciosa—, y sepa que todas las cosas que me oye son nonadas y son de burlas, para las muchas que de más veras me quedan en el pecho.

Todo cuanto Preciosa decía, y toda la discreción que mostraba, era añadir leña al fuego que ardía en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí a ocho días se verían en aquel mismo lugar, donde él vendría a dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y ellas habrían tenido tiempo de informarse de la verdad que les había dicho. Sacó el mozo una

gua el deseo con la posesión de la cosa deseada, y quizá abriéndose entonces los ojos del entendimiento, se vee ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraba. Este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo y de muchas otras dudo. Una sola joya tengo, que la estimo en más que a la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender a precio de promesas ni dádivas, porque, en fin, será vendida, y si puede ser comprada, será de muy poco estima; ni me la han de llevar trazas ni embelecocos: antes pienso irme con ella a la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan o manoseen. Flor es la de la virginidad que, a ser posible, aun con la imaginación no había de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Éste la toca, aquél la huele, el otro la deshoja, y, finalmente, entre las manos rústicas se deshace. Si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habéis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser a este santo yugo; que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen. Si quisiéredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero. Primero tengo de saber si sois el que decís; luego, hallando esta verdad, habéis de dejar la casa de vuestros padres y la habéis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el traje de gitano, habéis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condición, y vos de la mía; al cabo del cual, si vos os contentáredes de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entonces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra humilde en serviros. Y habéis de considerar que en el tiempo de este noviciado podría ser que cobrásedes la vista, que ahora debéis de tener perdida, o, por lo menos, turbada, y viésedes que os convenía huir de lo que ahora seguís con tanto ahínco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa. Si con estas condiciones queréis entrar a ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna dellas, no habéis de tocar un dedo de la mía.

Pasmóse el mozo de las razones de Preciosa, y púsose como embelesado, mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debía. Viendo lo cual Preciosa, tornó a decirle:

— No es éste caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse; volveos, señor, a la villa, y considerad de espacio lo que viéredes que más os conven-

ga, y en este mismo lugar me podéis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir o venir de Madrid.

A lo cual respondió el gentilhombre:

— Cuando el Cielo me dispuso para quererte, Preciosa mía, determiné de hacer por ti cuanto tu voluntad acertase a pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habías de pedir lo que me pides; pero pues es tu gusto que el mío al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por gitano desde luego, y haz de mí todas las experiencias que más quisieres; que siempre me has de hallar el mismo que ahora te significo. Mira cuándo quieres que mude el traje, que yo querría que fuese luego; que con ocasión de ir a Flandes engañaré a mis padres y sacaré dineros para gastar algunos días, y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida. A los que fueren conmigo yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinación. Lo que te pido es, si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo, que si no es hoy, donde te puedes informar de mi calidad y de la de mis padres, que no vayas más a Madrid; porque no querría que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse, me salteasen la buena ventura que tanto me cuesta.

— Eso no, señor galán —respondió Preciosa—; sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entienda que no la tomaré tan demasiada, que no se eche de ver desde bien lejos que llega mi honestidad a mi desenvoltura; y en el primero cargo en que quiero estaros es en el de la confianza que habéis de hacer de mí. Y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, o son simples, o confiados.

— Satanás tienes a tu pecho, muchacha —dijo a esta sazón la gitana vieja—: ¡mira que dices cosas que no las diría un colegial de Salamanca! Tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas: ¿cómo es esto, que me tienes loca y te estoy escuchando como a una persona espiritada que habla latín sin saberlo?

— Calle, abuela —respondió Preciosa—, y sepa que todas las cosas que me oye son nonadas y son de burlas, para las muchas que de más veras me quedan en el pecho.

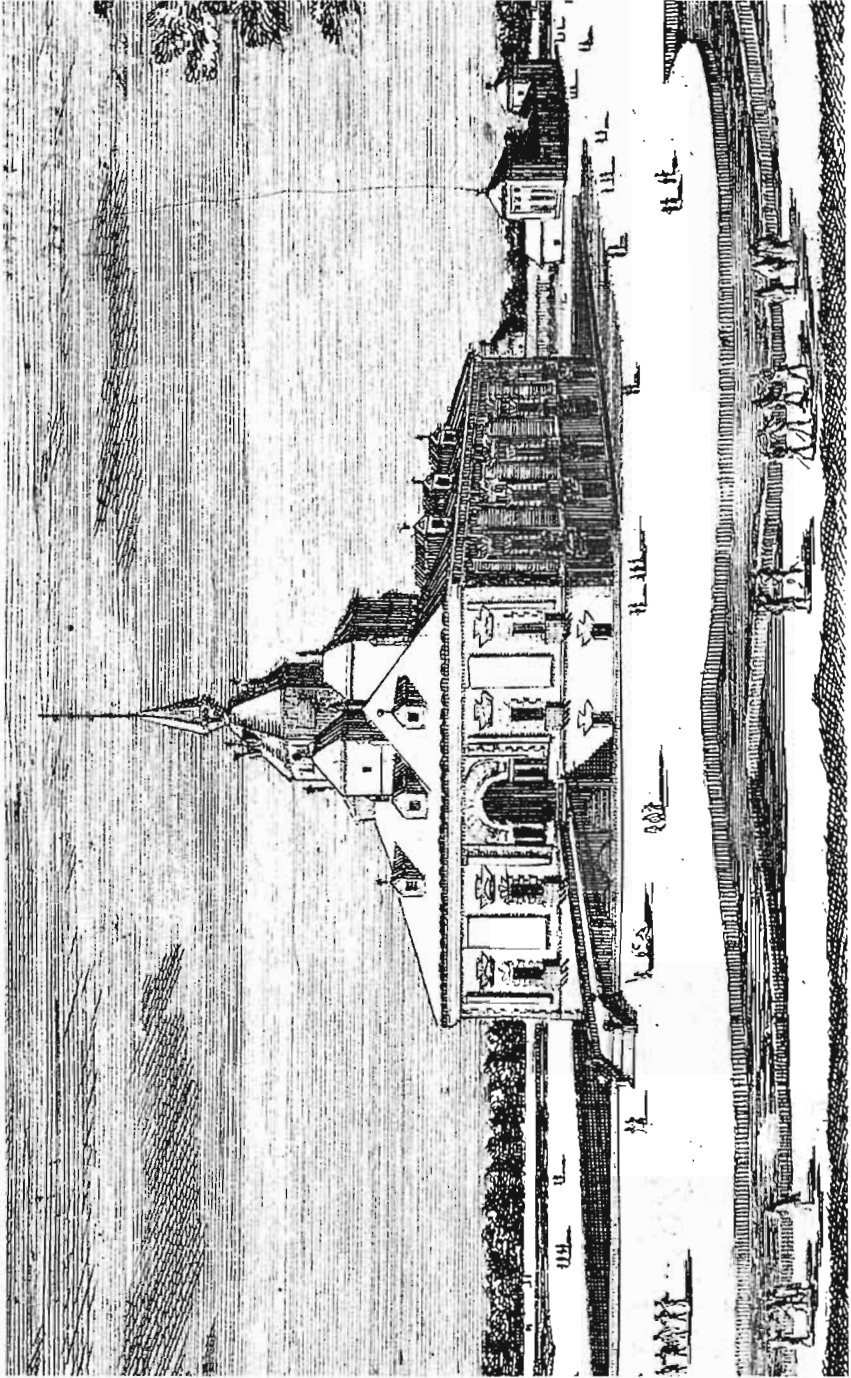
Todo cuanto Preciosa decía, y toda la discreción que mostraba, era añadir leña al fuego que ardía en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí a ocho días se verían en aquel mismo lugar, donde él vendría a dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y ellas habrían tenido tiempo de informarse de la verdad que les había dicho. Sacó el mozo una

bolsilla de brocado, donde dijo que iban cien escudos de oro, y dióselos a la vieja; pero no quería Preciosa que los tomase en ninguna manera; a quien la gitana dijo:

— Calla niña; que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido es haber entregado las armas en señal de rendimiento; y el dar, en cualquiera ocasión que sea, siempre fue indicio de generoso pecho. Y acuérdate de aquel refrán que dice: «Al cielo rogando, y con el mazo dando.» Y más, que no quiero yo que por mí pierdan las gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquerido de codiciosas y aprovechadas. ¿Cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, y de oro en oro, que pueden andar cosidos en el alforza de una saya que no valga dos reales, y tenerlos allí como quien tiene un juro sobre las hierbas de Extremadura? Y si alguno de nuestros hijos, nietos o parientes cayere, por alguna desgracia, en manos de la justicia, ¿habrá favor tan bueno que llegue a la oreja del juez y del escribano, como destes escudos, si llegan a sus bolsas? Tres veces por tres delitos diferentes me he visto casi puesta en el asno para ser azotada, y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de a ocho que había trocado por cuartos, dando veinte reales más por el cambio. Mira, niña, que andamos en oficio muy peligroso y lleno de tropiezos y de ocasiones forzosas, y no hay defensas que más presto nos amparen y socorran como las armas invencibles del gran Filipo: no hay pasar adelante de su *plus ultra*. Por un doblón de dos caras se nos muestra alegre la triste del procurador y de todos los ministros de la muerte, que son arpías de nosotros las pobres gitanas, y más precian pelarnos y desollarnos a nosotras que a un salteador de caminos; jamás, por más rotas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres; que dicen que somos como los jubones de los gabachos de Belmonte: rotos y grasientos, y llenos de doblones.

— Por vida suya, abuela, que no diga más; que lleva término de alegar tantas leyes en favor de quedarse con el dinero, que agote las de los Emperadores: quédese con ellos, y buen provecho le hagan, y plega a Dios que los entierre en sepultura donde jamás tornen a ver la claridad del sol, ni haya necesidad que la vean. A estas nuestras compañeras será forzoso darles algo; que ha mucho que nos esperan, y ya deben de estar enfadadas.

— Así verán ellas —replicó la vieja— moneda destas, como veen el Turco agora. Este buen señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata, o cuartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas.



*Ermita de San Antonio.*

— Sí traigo —dijo el galán.

Y sacó de la faldriquera tres reales de a ocho, que repartió entre las tres gitanillas, con que quedaron más alegres y más satisfechas que suele quedar un autor de comedias cuando, en competencia de otro, le suelen rotular por las esquinas: «Víctor, Víctor.»

En resolución, concertaron, como se ha dicho, la venida de allí a ocho días, y que se había de llamar cuando fuese gitano Andrés Caballero, porque también había gitanos entre ellos deste apellido.

No tuvo atrevimiento Andrés —que así le llamaremos de aquí en adelante— de abrazar a Preciosa; antes, enviándoles con la vista el alma, sin ella, si así decirse puede, las dejó, y se entró en Madrid, y ellas, contentísimas, hicieron lo mismo. Preciosa, algo aficionada, más con benevolencia que con amor, de la gallarda disposición de Andrés, ya deseaba informarse si era el que había dicho. Entró en Madrid, y a pocas calles andadas, encontró con el paje poeta de las coplas y el escudo, y cuando él la vio, se llegó a ella, diciendo:

— Vengas en buen hora, Preciosa: ¿leíste por ventura las coplas que te di el otro día?

A lo que Preciosa respondió:

— Primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad, por vida de lo que más quiere.

— Conjuro es ése —respondió el paje—, que, aunque el decirle me costase la vida, no la negaré en ninguna manera.

— Pues la verdad que quiero que me diga —dijo Preciosa— es si por ventura es poeta.

— A serlo —replicó el paje—, forzosamente había de ser por ventura. Pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen, y así yo no lo soy, sino un aficionado a la poesía: y para lo que he menester, no voy a pedir ni a buscar versos ajenos: los que te di son míos, y éstos que te doy agora también; mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera.

— ¿Tan malo es ser poeta? —replicó Preciosa.

— No es malo —dijo el paje—; pero el ser poeta a solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra a todas gentes, ni a cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre. La Poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad; las fuentes la entretienen; los prados la consuelan; los árboles la desenojan; las flores la

alegran; y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican.

— Con todo eso —respondió Preciosa—, he oído decir que es pobrísima, y que tiene algo de mendiga.

— Antes es al revés —dijo el paje—, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado, filosofía que la alcanzan pocos. Pero ¿qué te ha movido, Preciosa, a hacer esta pregunta?

— Hame movido —respondió Preciosa— porque como yo tengo a todos o los más poetas por pobres, causóme maravilla aquel escudo de oro que me distes entre vuestros versos envuelto; mas agora que sé que no sois poeta, sino aficionado de la poesía, podría ser que fuédeses rico, aunque lo dudo, a causa que por aquella parte que os toca de hacer coplas se ha de desaguar cuanta hacienda tuviéredes; que no hay poeta, según dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear lo que no tiene.

— Pues yo no soy désos —replicó el paje—: versos hago, y no soy rico ni pobre; y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los ginoveses sus convites, bien puedo dar un escudo, y dos, a quien yo quisiere. Tomad, preciosa perla, este segundo papel y este escudo segundo que va en él, sin que os pongáis a pensar si soy poeta o no; sólo quiero que penséis y creáis que quien os da esto quisiera tener para daros las riquezas de Midas.

Y en esto le dio un papel, y tentándole Preciosa, halló que dentro venía el escudo, y dijo:

— Este papel ha de vivir muchos años, porque trae dos almas consigo: una, la del escudo, y otra, la de los versos, que siempre viven llenos de *almas* y *corazones*. Pero sepa el señor paje que no quiero tantas almas conmigo, y si no saca la una, no haya miedo que reciba la otra; por poeta la quiero, y no por dadivoso, y desta manera tendremos amistad que dure; pues más aína puede faltar un escudo, por fuerte que sea, que la hechura de un romance.

— Pues así es —replicó el paje—, que quieres, Preciosa, que yo sea pobre por fuerza, no deseches el alma que en ese papel te envío, y vuélveme el escudo; que como le toques con la mano, le tendré por reliquia mientras la vida me durare.

Sacó Preciosa el escudo del papel, y quedóse con el papel, y no le quiso leer en la calle. El paje se despidió, y se fue contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida, pues con tanta afabilidad le había hablado.

Y como ella llevaba puesta la mira en buscar la casa del padre de Andrés, sin querer detenerse a bailar en ninguna parte, en poco

espacio se puso en la calle do estaba, que ella muy bien sabía; y habiendo andado hasta la mitad, alzó los ojos a unos balcones de hierro dorados, que le habían dado por señas, y vio en ella a un caballero de hasta edad de cincuenta años, con un hábito de cruz colorada en los pechos, de venerable gravedad y presencia; el cual apenas también hubo visto la Gitanilla, cuando dijo:

— Subid, niñas, que aquí os darán limosna.

A esta voz acudieron al balcón otros tres caballeros, y entre ellos vino el enamorado Andrés, que cuando vio a Preciosa perdió la color y estuvo a punto de perder los sentidos: tanto fue el sobresalto que recibió con su vista. Subieron las gitanillas todas, sino la grande, que se quedó abajo para informarse de los criados de las verdades de Andrés.

Al entrar las gitanillas en la sala, estaba diciendo el caballero anciano a los demás:

— Ésta debe ser, sin duda, la Gitanilla hermosa que dicen que anda por Madrid.

— Ella es —replicó Andrés—, y sin duda es la más hermosa criatura que se ha visto.

— Así lo dicen —dijo Preciosa, que lo oyó en entrando—; pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del justo precio. Bonita, bien creo que lo soy, pero tan hermosa como dicen, ni por pienso.

— ¡Por vida de don Juanico mi hijo —dijo el anciano—, que aún sois más hermosa de lo que dicen, linda gitana!

— Y ¿quién es don Juanico su hijo? —preguntó Preciosa.

— Ese galán que está a vuestro lado —respondió el caballero.

— En verdad que pensé —dijo Preciosa— que juraba vuesa merced por algún niño de dos años. ¡Mirad qué don Juanico, y qué brinco! A mi verdad que pudiera ya estar casado, y que, según tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté, y muy a su gusto, si es que desde aquí allá no se le pierde, o se le trueca.

— Basta —dijo uno de los presentes—; que sabe la Gitanilla de rayas.

En esto, las tres gitanillas que iban con Preciosa, todas tres se arrimaron a un rincón de la sala, y cosiéndose las bocas unas con otras, se juntaron por no ser oídas. Dijo la Cristina:

— Muchachas, éste es el caballero que os dio esta mañana los tres reales de a ocho.

— Así es la verdad —respondieron ellas—; pero no se lo mentemos, ni le digamos nada, si él no nos lo mienta: ¿qué sabemos si



quiere encubrirse?

En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa a lo de las rayas:

— Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adivino: yo sé del señor don Juanico, sin rayas, que es algo enamorado, impetuoso y acelerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles; y plega a Dios que no sea mentiroso, que sería lo peor de todo. Un viaje ha de hacer agora muy lejos de aquí, y uno piensa el bayo y otro el que le ensilla; el hombre pone y Dios dispone; quizá pensará que va a Oñez, y dará en Gamboa.

A esto respondió don Juan:

— En verdad, gitánica, que has acertado en muchas cosas de mi condición, pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento. En lo del viaje largo has acertado, pues, sin duda, siendo Dios servido, dentro de cuatro o cinco días me partiré a Flandes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino, y no querría que en él me sucediese algún desmán que lo estorbase.

— Calle, señorito —respondió Preciosa—, y encomiéndose a Dios, que todo se hará bien. Y sepa que yo no sé nada de lo que digo, y no es maravilla que como hablo mucho y a bulto, acierte en alguna cosa, y yo querría acertar en persuadirte a que no te partieses, sino que sosegases el pecho y te estuvieses con tus padres, para darles buena vejez; porque no estoy bien con estas idas y venidas a Flandes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya. Déjate crecer un poco, para que puedas llevar los trabajos de la guerra, cuanto más que harta guerra tienes en tu casa; hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho. Sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces primero que te cases, y danos una limosnita por Dios y por quien tú eres; que en verdad que creo que eres bien nacido. Y si a esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho.

— Otra vez te he dicho, niña —respondió el don Juan que había de ser Andrés Caballero—, que en todo aciertas sino en el temor que tienes que no debo de ser muy verdadero; que en esto te engañas, sin duda alguna: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad y adonde quiera, sin serme pedida, pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio de mentiroso. Mi padre te dará limosna por Dios y por mí; que en verdad que esta mañana di cuanto tenía a unas damas, que a ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una dellas, no me arriendo la

ganancia.

Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez, dijo a las demás gitanas:

— ¡Ay, niñas, que me maten si no lo dice por los tres reales de a ocho que nos dio esta mañana!

— No es así —respondió una de las dos—, porque dijo que eran damas, y nosotras no lo somos; y siendo él tan verdadero como dice, no había de mentir en esto.

— No es mentira de tanta consideración —respondió Cristina— la que se dice sin perjuicio de nadie y en provecho y crédito del que la dice. Pero, con todo esto, veo que no nos da nada, ni nos mandan bailar.

Subió en esto la gitana vieja, y dijo:

— Nieta, acaba, que es tarde y hay mucho que hacer y más que decir.

— Y ¿qué hay, abuela? —preguntó Preciosa—. ¿Hay hijo o hija?

— Hijo, y muy lindo —respondió la vieja—. Ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas.

— ¡Plega a Dios que no muera de sobreparto! —dijo Preciosa.

— Todo se mirará muy bien —replicó la vieja—. Cuanto más, que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro.

— ¿Ha parido alguna señora? —preguntó el padre de Andrés Caballero.

— Sí, señor —respondió la gitana—; pero ha sido el parto tan secreto, que no lo sabe sino Preciosa y yo, y otra persona; y así, no podemos decir quién es.

— Ni aquí lo queremos saber —dijo uno de los presentes—; pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita un secreto y en vuestra ayuda pone su honra.

— No todas somos malas —respondió Preciosa—; quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta y de verdadera tanto cuanto el hombre más estirado que hay en esta sala. Y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco. ¡Pues en verdad que no somos ladronas ni rogamos a nadie!

— No os enojéis, Preciosa —dijo el padre—, que, a lo menos de vos, imagino que no se puede presumir cosa mala; que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras. Por vida de Preciosita que bailéis un poco con vuestras compañeras; que aquí tengo un doblón de oro a dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos reyes.

Apenas hubo oído esto la vieja, cuando dijo:

— Ea, niñas, faldas en cinta, y dad contento a estos señores.

Tomó las sonajas Preciosa, y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron todos sus lazos, con tanto donaire y desenvoltura, que tras los pies se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andrés, que así se iban entre los pies de Preciosa como si allí tuvieran el centro de su gloria. Pero turbósele la suerte de manera que se la volvió en infierno: y fue el caso que en la fuga del baile se le cayó a Preciosa el papel que le había dado el paje, y apenas hubo caído, cuando le alzó el que no tenía buen concepto de las gitanas, y abriéndole al punto, dijo:

— ¡Bueno! ¡Sonetico tenemos! Cese el baile, y escúchenle; que según el primer verso, en verdad que no es nada necio.

Pesóle a Preciosa, por no saber lo que en él venía, y rogó que no le leyesen, y que se le volviesen, y todo el ahínco que en esto ponía eran espuelas que apremiaban el deseo de Andrés para oírle. Finalmente, el caballero le leyó en alta voz, y era éste:

*Quando Preciosa el panderete toca  
y hiere el dulce son los aires vanos,  
perlas son que derrama con las manos,  
flores son que despide de la boca.  
Suspensa el alma, y la cordura loca,  
queda a los dulces actos sobrehumanos,  
que, de limpios, honestos y de sanos  
su fama el cielo levantado toca.  
Colgadas del menor de sus cabellos  
mil almas lleva, y a sus plantas tiene  
amor rendidas y una y otra flecha.  
Ciega y alumbra con sus soles bellos,  
su imperio amor por ellos le mantiene,  
y aún más grandezas de su ser sospecha.*

— ¡Por Dios —dijo el que leyó el soneto—, que tiene donaire el poeta que le escribió!

— No es poeta, señor, sino un paje muy galán y muy hombre de bien —dijo Preciosa.

(Mirad lo que habéis dicho, Preciosa, y lo que vais a decir; que ésas no son alabanzas del paje, sino lanzas que traspasan el corazón de Andrés, que las escucha. ¿Queréislo ver, niña? Pues volved los ojos y veréisle desmayado encima de la silla, con un trasudor de muerte; no penséis, doncella, que os ama tan de burlas Andrés

que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos. Llegaos a él enhorabuena, y decidle algunas palabras al oído, que vayan derechas al corazón y le vuelvan de su desmayo. ¡No, sino andaos a traer sonetos cada día en vuestra alabanza, y veréis cuál os le ponen!)

Todo esto pasó así como se ha dicho: que Andrés, en oyendo el soneto, mil celosas imaginaciones le sobresaltaron. No se desmayó; pero perdió la color de manera, que viéndole su padre, le dijo:

— ¿Qué tienes, don Juan, que parece que te vas a desmayar, según te ha mudado el color?

— Espérense —dijo a esta sazón Preciosa—: déjenmele decir unas ciertas palabras al oído, y verán cómo no se desmaya.

Y llegándose a él, le dijo, casi sin mover los labios:

— ¡Gentil ánimo para gitano! ¿Cómo podréis, Andrés, sufrir el tormento de toca, pues no podéis llevar el de un papel?

Y haciéndole media docena de cruces sobre el corazón, se apartó dél, y entonces Andrés respiró un poco y dio a entender que las palabras de Preciosa le habían aprovechado.

Finalmente, el doblón de dos caras se le dieron a Preciosa, y ella dijo a sus compañeras que le trocaría y repartiría con ellas hidalgamente. El padre de Andrés le dijo que le dejase por escrito las palabras que había dicho a don Juan, que las quería saber en todo caso. Ella dijo que las diría de muy buena gana, y que entendiesen que, aunque parecían cosa de burla, tenían gracia especial para preservar el mal de corazón y los vaguidos de cabeza, y que las palabras eran:

*Cabecita, cabecita,  
tente en ti, no te resbales,  
y apareja dos puntales  
de la paciencia bendita. [...]*

— Con la mitad destas palabras que le digan, y con seis cruces que le hagan sobre el corazón a la persona que tuviese vaguido de cabeza —dijo Preciosa—, quedará como una manzana.

Cuando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pasmada, y más lo quedó Andrés, que vio que todo era invención de su agudo ingenio. Quedáronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tártago a Andrés; que ya sabía ella, sin ser enseñada, lo que era dar sustos y martelos, y sobresaltos celosos a los rendidos amantes.

Despidiéronse las gitanas, y al irse, dijo Preciosa a don Juan:

— Mire, señor, cualquiera día desta semana es próspero para partidas, y ninguno es aciago; apresure el irse lo más presto que pudiere, que le aguarda una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse a ella.

— No es tan libre la del soldado, a mi parecer —respondió don Juan—, que no tenga más de sujeción que de libertad; pero, con todo esto, haré como viere.

— Más veréis de lo que pensáis —respondió Preciosa—, y Dios os lleve y traiga con bien, como vuestra buena presencia merece.

Con estas últimas palabras quedó contento Andrés, y las gitanas se fueron contentísimas.

Trocaron el doblón, repartiéronle entre todas igualmente, aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba, así por la mayoría, como por ser ella el aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bailes, donaires, y aun de sus embustes.

Llegóse, en fin, el día que Andrés Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento, sobre una mula de alquiler, sin criado alguno; halló en él a Preciosa y a su abuela, de las cuales conocido, le recibieron con mucho gusto. Él les dijo que le guiasen al rancho antes que entrase el día y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen. Ellas, que, como advertidas, vinieron solas, dieron la vuelta, y de allí a poco rato llegaron a sus barracas.

Entró Andrés en la una, que era la mayor del rancho, y luego acudieron a verle diez o doce gitanos, todos mozos y todos gallardos y bien hechos, a quien ya la vieja había dado cuenta del nuevo compañero que les había de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto; que, como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista. Echaron luego ojo a la mula, y dijo uno de ellos:

— Ésta se podrá vender el jueves en Toledo.

— Eso no —dijo Andrés—, porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que trajinan por España.

— Por Dios, señor Andrés —dijo uno de los gitanos—, que aunque la mula tuviera más señales que las que han de preceder al día tremendo, aquí la transformáramos de manera que no la conociera la madre que la parió ni el dueño que la ha criado.

— Con todo eso —respondió Andrés—; por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mío. A esta mula se ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde aun los huesos no parezcan.

— ¡Pecado grande! —dijo otro gitano—: ¿a una inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andrés, sino haga una cosa: mírela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y déjenmela llevar a mí; y si de aquí a dos horas la conociere, que me lardeen como a un negro fugitivo.

— En ninguna manera consentiré —dijo Andrés— que la mula no muera, aunque más me aseguren su transformación: yo temo ser descubierto si a ella no la cubre la tierra. Y si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo a esta cofradía, que no pueda pagar de entrada más de lo que valen cuatro mulas.

— Pues así lo quiere el señor Andrés Caballero —dijo otro gitano—, muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa, así por su mocedad, pues aún no ha cerrado (cosa no usada entre mulas de alquiler), como porque debe ser andariega, pues no tiene costras en las ijadas, ni llagas de la espuela.

Dilatóse su muerte hasta la noche, y en la que quedaba de aquel día se hicieron las ceremonias de la entrada de Andrés a ser gitano, que fueron: desembarazaron luego un rancho de los mejores del aduar, y adornáronle de ramos y juncia; y sentándose Andrés sobre un medio alcornoque, pusieronle en las manos un martillo y unas tenazas, y al son de dos guitarras que dos gitanos tañían, le hicieron dar dos cabriolas; luego le desnudaron un brazo, y con una cinta de seda nueva y un garrote le dieron dos vueltas blandamente.

A todo se halló presente Preciosa, y otras muchas gitanas, viejas y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor, le miraban: tal era la gallarda disposición de Andrés, que hasta los gitanos le quedaron aficionadísimos.

Hechas, pues, las referidas ceremonias, un gitano viejo tomó por la mano a Preciosa, y puesto delante de Andrés, dijo:

— Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa, o ya por amiga; que en esto puedes hacer lo que fuere más de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta a melindres ni a muchas ceremonias. Mírala bien, y mira si te agrada, o si vees en ella alguna cosa que te descontente, y si la vees, escoge entre las doncellas que aquí están la que más te contentare; que la que escogieres te daremos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de empachar ni entremeter, ni con las casadas, ni con las doncellas. No-

sotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro; libres vivimos de la amarga pestilencia de los celos. Entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningún adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, o alguna bellaquería en la amiga, no vamos a la justicia a pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas o amigas; con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte. Con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes a todos, excepto la mujer o la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte. Entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte: el que quisiere puede dejar la mujer vieja, como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años. Con estas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres; somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los ríos: los montes nos ofrecen la leña de balde; los árboles, frutas; las viñas, uvas; las huertas, hortalizas; las fuentes, agua; los ríos, peces, y los vedados, caza; sombra las peñas, aire fresco las queiebras, y casas las cuevas. Para nosotros, las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, música las truenos y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende; a nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes; a nuestro ánimo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros. Del sí al no, no hacemos diferencia cuando nos conviene; siempre nos preciamos más de mártires que de confesores. Para nosotros se crían las bestias de carga en los campos y se cortan las faldriqueras en las ciudades. No hay águila, ni otra ave de rapiña, que más presto se abalance a la presa que se le ofrece que nosotros nos abalanzamos a las ocasiones que algún interés nos señalen; y, finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen: porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos y de noche hurtamos, o, por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición de acrecentarla, ni sustentamos bandos, ni madrugamos favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos;



por cuadro y países de Flandes, los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques que a cada paso a los ojos se nos muestran. Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, a todas horas sabemos las que son del día y las que son de la noche; vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra, y luego, tras ella, el sol, *dorando cumbres* (como dijo el otro poeta) y *rizando montes*; ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere a soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca; un mismo rostro hacemos al sol que al yelo, a la esterilidad que a la abundancia. En conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refrán: «Iglesia, o mar, o casa real», tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos. Todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoréis la vida a que habéis venido y el trato que habéis de profesar, el cual os he pintado aquí en borrón; que otras muchas e infinitas cosas iréis descubriendo en él con el tiempo, no menos dignas de consideración que las que habéis oído.

Calló en diciendo esto el elocuente y viejo gitano, y el novicio dijo que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos, y que él pensaba hacer profesión en aquella orden tan puesta en razón y en políticos fundamentos, y que sólo le pesaba no haber venido más presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaba la profesión de caballero y la vanagloria de su ilustre linaje, y lo ponía todo debajo del yugo, o, por mejor decir, debajo de las leyes con que ellos vivían, pues con tan alta recompensa le satisfacían el deseo de servirlos, entregándole a la divina Preciosa, por quien él dejaría coronas e imperios, y sólo los desearía para servirla.

A lo cual respondió Preciosa:

— Puesto que estos señores legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya, y que por tuya te me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad, que es la más fuerte de todas, que no quiero serlo si no es con las condiciones que antes que aquí vienes entre los dos concertamos. Dos años has de vivir en nuestra compañía primero que de la mía goces, porque tú no te arrepientas por ligero, ni yo quede engañada por presurosa. Condiciones rompen leyes; las que te he puesto sabes: si las quisieres guardar, podrá ser que sea tuya y tú seas mío, y donde no, aún no es muer-



ta la mula, tus vestidos están enteros, y de tu dinero no te falta un ardite; la ausencia que has hecho no ha sido aún de un día; que de lo que dél falta te puedes servir y dar lugar que consideres lo que más te conviene. Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma, que es libre, y nació libre, y ha de ser libre en tanto yo quisiere. Si te quedas, te estimaré en mucho; si te vuelves, no te tendré en menos; porque, a mi parecer, los ímpetus amorosos corren a rienda suelta, hasta que encuentran con la razón o con el desengaño; y no querría yo que fueses tú para conmigo como es el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue, la coge y la deja por correr tras la otra que le huye. Ojos hay engañados que a la primera vista tan bien les parece el oropel como el oro; pero a poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino a lo falso. Esta mi hermosura que tú dices que tengo, que la estimas sobre el sol y la encareces sobre el oro, ¿qué sé yo si de cerca te parecerá sombra, y, tocada, caerás en que es de alquimia? Dos años te doy de tiempo para que tantees y ponderes lo que será bien que escojas o será justo que deseches; que la prenda que una vez comprada nadie se puede deshacer della sino con la muerte, bien es que haya tiempo, y mucho, para miralla y remiralla, y ver en ella las faltas o las virtudes que tiene; que yo no me rijo por la bárbara e insolente licencia que estos mis parientes se han tomado de dejar las mujeres o castigarlas, cuando se les antoja; y como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañía que por su gusto me deseche.

— Tienes razón, ¡oh Preciosa! —dijo a este punto Andrés—; y así, si quieres que asegure tus temores y menoscabe tus sospechas jurándote que no saldré un punto de las órdenes que me pusieres, mira qué juramento quieres que haga, o qué otra seguridad puedo darte, que a todo me hallarás dispuesto.

— Los juramentos y promesas que hace el cautivo porque le den libertad pocas veces se cumplen con ella —dijo Preciosa—; y así son, según pienso, los del amante; que, por conseguir su deseo, prometerá las alas de Mercurio y los rayos de Júpiter, como me prometió a mí un cierto poeta, y juraba por la laguna Estigia. No quiero juramento, señor Andrés, ni quiero promesas; sólo quiero remitirlo todo a la experiencia deste noviciado, y a mí se me quedará el cargo de guardarme, cuando vos le tuviéredes de ofenderme.

— Sea así —respondió Andrés—. Sólo una cosa pido a estos señores y compañeros míos, y es que no me fuercen a que hurte ninguna cosa, por tiempo de un mes siquiera; porque me parece

que no he de acertar a ser ladrón si antes no preceden muchas liciones.

— Calla, hijo —dijo el gitano viejo—; que aquí te industriaremos de manera que salgas un águila en el oficio; y cuando le sepas, has de gustar dél de modo que te comas las manos tras él. ¡Ya es cosa de burla salir vacío por la mañana y volver cargado a la noche al rancho!

— De azotes he visto yo volver a algunos éstos vacío —dijo Andrés.

— No se toman truchas, etcétera —replicó el viejo—; todas las cosas desta vida están sujetas a diversos peligros, y las acciones del ladrón, al de las galeras, azotes y horca; pero no porque corra un navío tormenta, o se anegue, han de dejar los otros de navegar. ¡Bueno sería que porque la guerra come los hombres y los caballos, dejase de haber soldados! Cuanto más, que el que es azotado por justicia entre nosotros, es tener un hábito en las espaldas que le parece mejor que si le trujese en los pechos, y de los buenos. El toque está en no acabar acoceando el aire en la flor de nuestra juventud y a los primeros delitos; que el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las galeras, no lo estimamos en un cacao. Hijo Andrés, reposad ahora en el nido debajo de nuestras alas, que a su tiempo os sacaremos a volar, y en parte donde no volváis sin presa, y lo dicho: que os habéis de lamer los dedos tras cada hurto.

— Pues para recompensar —dijo Andrés— lo que yo podía hurtar en este tiempo que se me da de venia, quiero repartir doscientos escudos de oro entre todos los del rancho.

Apenas hubo dicho esto, cuando arremetieron a él muchos gitanos, y levantándole en brazos y sobre los hombros, le cantaban el «¡Víctor, victor, y el grande Andrés!», añadiendo: «¡Y viva, viva Preciosa, amada prenda suya!»

Las gitanas hicieron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Cristina y de otras gitanillas que se hallaron presentes, que la envidia también se aloja en los aduares de los bárbaros y en las chozas de pastores como en palacios de príncipes, y esto de ver medrar al vecino que me parece que no tiene más méritos que yo, fatiga.

Hecho esto, comieron lautamente; repartióse el dinero prometido con equidad y justicia; renováronse las alabanzas de Andrés; subieron al cielo la hermosura de Preciosa.

Llegó la noche, acocotaron la mula y enterráronla de modo que quedó seguro Andrés de ser por ella descubierto; y también

enterraron con ella sus alhajas, como fueron silla y freno y cinchas, a uso de los indios, que sepultan con ellos sus más rica pre-seas.

De todo lo que había visto y oído, y de los ingenios de los gitanos, quedó admirado Andrés y con propósito de seguir y conseguir su empresa sin entremeterse nada en sus costumbres, o, al menos, excusarlo por todas las vías que pudiese, pensando exentarse de la jurisdicción de obedecellos en las cosas injustas que le mandasen, a costa de su dinero.

Otro día les rogó Andrés que mudasen de sitio y se alejasen de Madrid, porque temía ser conocido si allí estaba; ellos dijeron que ya tenían determinado irse a los montes de Toledo, y desde allí correr y garramar toda la tierra circunvecina. [...]

- Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares: La Gitanilla*. Ed. M. Baquero Goyanes (Madrid, Editora Nacional, 1981).





# Mateo Alemán

*La familia de Mateo Alemán (Sevilla, 1547 - México, s., 1614) vivía en Sevilla, en la calle de las Sierpes. Su padre ocupaba el puesto de médico y cirujano de la Cárcel Real de Sevilla. Mateo se graduó de bachiller en Artes y Filosofía en 1564, y luego se inscribió en la universidad de Alcalá para cursar unos estudios de Medicina que nunca finalizaría. En 1580 se matriculó en Leyes; entonces fue cuando ingresó por primera vez en la cárcel por deudas. Una vez en libertad, decidió embarcarse rumbo al Perú con su familia, pero la cédula de limpieza de sangre que precisaba no llegó a tiempo (tenía claros antecedentes judíos), y el barco dejó el puerto sin él a bordo.*

*En 1586, el licenciado Barrionuevo de Peralta le vendía, por mil cuatrocientos reales, «un sitio y solar... en la parroquia de San Martín, en la calle del Río, que alinda por un lado con la calle que dicen del Prado y por detrás con las huertas que dicen de Leganitos y por otra parte con el sitio del monasterio que agora labra doña María de Aragón...». Allí construyó un edificio de viviendas. En 1593 fue nombrado juez visitador con la misión de investigar en las minas de Almadén la situación de los trabajadores, cuya miseria quedaría reflejada más tarde en su narrativa.*

*En Madrid, Mateo Alemán se entregó a diversas actividades comerciales. Entre ellas, la venta y cambio de escrituras de unas casas de la calle de Preciados, donde llegó a vivir, y otra de la calle del Reloj, que acabó vendiendo a su hijo Juan Antonio. Sus trapicheos en la Corte le permitieron escribir con cierta holgura económica la Primera Parte de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana (1599). El éxito fue inmediato e hizo que pronto*

publicara la Segunda Parte de Guzmán de Alfarache (1604). En 1608 embarcó, por fin, rumbo a América, donde publicaría su Ortografía Castellana (México, 1609) y donde murió.

El Guzmán de Alfarache es una narración autobiográfica escrita con el «celo de aprovechar» y encaminada «a sólo el bien común». El esquema de la novela es el del Lazarillo: Alemán descubre que la forma autobiográfica es la ideal para enlazar las enseñanzas directas con una ficción amena. Guzmán llega por primera vez a Madrid (primera parte, libro II, capítulo II) «hecho un pícaro», es decir, «un hombre vil y de baja suerte, que anda mal vestido y en semblante de hombre de poco honor», tal y como define la palabra 'pícaro' fray Diego de Guadix. La segunda vez que entra en la Corte, lo hace buscando el anonimato, pues en Madrid «nadie se conoce, ni aun los que viven de unas puertas adentro». Allí se casa y logra subsistir haciendo lo único que sabe hacer: engañar y robar, «mas con mucha honra y mejor nombre».

En este segundo viaje, al que hace referencia el texto que hemos elegido, Guzmán encuentra Madrid muy cambiado: «Hallé poblados los campos..., las plazas, calles, y las calles muy de otra manera, con mucha mejoría en todo.» Una presunta dama intenta desplumarle en las joyerías próximas a la Puerta del Sol (una escena parecida puede verse en La hija de Celestina, de Salas Barbadillo), haciéndole comprar un «manteo de damasco con muchos pasamanos de oro», a lo que él se niega. Se rodea Guzmán del ambiente al que está acostumbrado: prostitución, casas de juego, trucos, burlas y actuaciones arbitrarias de la policía. Él mismo nos cuenta su entrada en la Corte, casado con una hermosa mujer, que será quien le haga popular y de la que viva. Se acomoda en una buena casa que le prepara un rico ropero de la calle Mayor, enamorado de su esposa. Mientras los amantes alternan, el complaciente Guzmán se deja regalar y consume su tiempo en el naípe y los dados. Al final, por su vida deshonesto e irregular, fue condenado al destierro.



# *Guzmán de Alfarache*

## *Segunda parte. Libro III.*

### Capítulo II

**Sale Guzmán de Alfarache de Zaragoza, vase a Madrid, adonde hecho mercader lo casan, quiebra con el crédito y trata de algunos engaños de mujeres y de los daños que las contraescrituras causan y del remedio que se podría tener en todo**

[...] Víneme poco a poco acercando a Madrid y, cuando me vi en Alcalá de Henares, me detuve ocho días, por parecerme un lugar el más gracioso y apacible de cuantos había visto después que de Italia salí. Si la codicia de la Corte no me tuviera puestas en los pies alas, bien creo que allí me quedara, gozando de aquella fresquísima ribera, de su mucha y buena provisión, de tantos agudísimos ingenios y otros muchos entretenimientos. Empero, como Madrid era patria común y tierra larga, parecióme no dejar un mar por el arroyo. Allí al fin está cada uno como más le viene a cuento. Nadie se conoce, ni aun los que viven de unas puertas adentro. Esto me arrastró, allá me fui.

Estaba ya todo muy trocado de como lo dejé. Ni había especiero ni memoria dél. Hallé poblados los campos; los niños, mozos; los mozos, hombres; los hombres, viejos, y los viejos, fallecidos; las plazas, calles, y las calles muy de otra manera, con mucha mejoría en todo. Aposentéme por entonces muy a gusto, y tanto que sin salir de la posada estuve ocho días en ella divertido con sólo el entretenimiento de la huéspeda, que tenía muy buen parecer, era discreta y estaba bien tratada.



Hízome regalar y servir los días que allí estuve con toda la puntualidad posible. En este tiempo anduve haciendo mi cuenta, dando trazas en mi vida, qué haría o cómo viviría. Y al fin de todas ellas vence la vanidad. Comencé mi negocio por galas y más galas. Hice dos diferentes vestidos de calza entera, muy gallardos. Otro saqué llano para remudar, pareciéndome que con aquello, si comprase un caballo, que quien así me viera, y con un par de criados, fácilmente me compraría las joyas que llevaba. Púselo por obra. Comencé a pavonear y gastar largo. La huéspededa no era corta, sino gentil cortesana. Dábame cañas a las manos en cuanto era mi gusto.

Aconteció que, como frecuentasen mi visita muchas de sus amigas, una dellas trujo en su compañía una muchachuela de muy buena gracia, hermosa como un ángel y, con ser tan por extremo hermosa, era mucho más vellosa. Hícele el amor; mostróse arisca. Dádivas ablandan peñas. Cuanto más la regalé, tanto más iba mostrándoseme blanda, hasta venir en todo mi deseo. Continué su amistad algunos días, en los cuales nunca cesó, como si fuera gotera, de pedir, pelar y repelar cuanto más pudo, tan sutil y diestramente cual si fuera mujer madrigada, muy cursada y curtida; empero bastábale la doctrina de su madre. Pidióme una vez que le comprase un manteo de damasco carmesí, que vendía un corredor a la Puerta del Sol, con muchos abollados y pasamanos de oro, y no querían por él menos de mil reales. Pareciéndome aquello una excesiva libertad (porque, aunque me tenía un poco picado, no lo había hecho tan mal con ella que ya no le hubiese dado más de otros cien escudos y que, si así me fuese dejando cargar a su paso, en tres boladas no quedara bolo enhiesto), no se lo di. Enojóse: no se me dio nada. Sintióse: dime por no entendido. Indignáronse madre y hija: callé a todo, hasta ver en qué paraba. No me vinieron a visitar, ni yo las envié a llamar. Entraron en consejo con mi huéspededa, que fueron todas el lobo y la vulpeja y tres al mohíno.

Veis aquí, cuando a mediodía estaba comiendo muy sin cuidado de cosa que me lo pudiera dar, donde veo entrar por mi aposento un alguacil de Corte. «¡Oh cuerpo de tal! Aquí morirá Sansón y cuantos con él son. Mi fin es llegado», dije. Levantéme alborotado de la mesa y el alguacil me dijo:

— Sosiéguese Vuestra Merced, que no es por ladrón.

«Antes no creo que puede ser por otra cosa» —dije entre mí—. ¿Ladrón dijistes? Creí que lo decía por donaire y por esta causa quería prenderme.



Turbéme de modo que ni acertaba con palabra ni sabía si huir, si estarme quedo. Teníanme tomada la puerta los corchetes, la ventana era pequeña y alta de la calle. No pudiera con tanta facilidad arrojarme por ella que primero no me cogieran, y, cuando pudiera escapar de sus manos, me matara. Últimamente, con toda mi turbación, como pude le pregunté qué mandaba. Él, con la boca llena de risa y muy sin el cuidado que yo estaba, metiendo la mano en el pecho sacó dél un mandamiento en que me mandaban prender los alcaldes por lo que ni comí ni bebí.

«Por estrupo» —diréis—. «Válgate la maldición por hembra, y a mí, si sé lo que te pides y no mientes como cien mil diablos.» Júrele ser falsedad y testimonio. El alguacil, riéndose, me dijo que así lo creía; empero que no podía exceder del mandamiento ni soltarme. Que tomase la capa y me fuese con él a la cárcel. Vime desbaratado. Yo tenía los baúles cuales ya podrás imaginar. Mis criados no eran conocidos. Estaba en posada, donde me habían hecho la cama, y quizá para tener achaque de robarme. Si allí los dejaba, quedaban como en la calle, y, si los quería sacar, no sabía dónde ponerlos. Pues ir a la cárcel es como los que se van a jugar a la taberna en la montaña, que comienzan por los naipes y acaban borrachos con el jarro en la mano. Pensando ir por poco, pudiera ser salir por mucho.

Estaba que no sabía lo que hacerme. Aparté a solas al alguacil. Roguéle que por un solo Dios no permitiese mi perdición. Díjele que aquella hacienda quedaba en riesgo y perdida; que diese traza cómo se me hiciese agravio, porque me robarían y que sólo aquése había sido el intento de aquella gente. Era hombre de bien, que no fue pequeña ventura, discreto, cortesano. Sabía mi verdad, como quien conocía bien a la parte. Prometí de pagárselo muy a su gusto. Díjome que no tuviese pena, que haría lo que pudiese por servirme. Dejó allí los criados en mi guarda y salió a buscar a la parte, que habían con él venido y estaban en el aposento de la huésped. Fue y volvió con unos y otros medios.

Amenazólas que, si no lo hacían, había de jurar en mi favor la verdad y descubrir la bellaquería, si no se contentaban con lo que fuese bueno. Ellas, que vieron su pleito mal parado, lo dejaron todo en sus manos y concertónos en dos mil reales, que le fue por juramento a la madre, que le había de pagar el manteo con el doble y no la tendría contenta. Mas yo sé que lo quedó, porque no se lo debía. Paguéselos y, yéndonos al oficio del escribano, se bajaron de la querella.

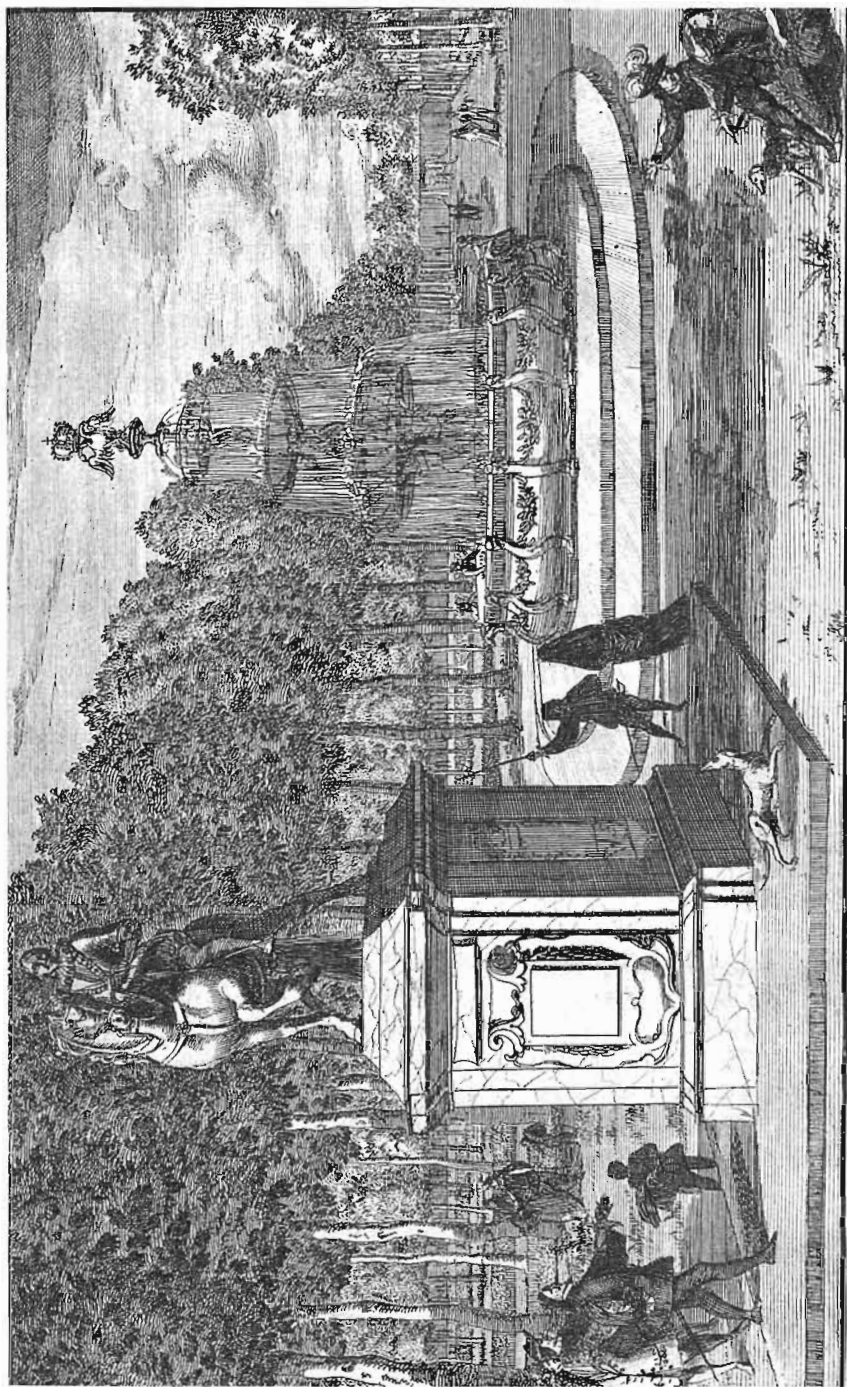
Costóme todo hasta docientos ducados y en media hora lo hi-

timos noche; mas no tuve aquélla en la posada, ni más puse pie de para sacar mi hacienda y al punto alcé de rancho. Fuime a la primera que hallé, hasta que busqué un honrado cuarto de casa con gente principal. Compré las alhajas que tuve necesidad y puse mis pucheros en orden.

Cuando andaba en esto, encontréme una mañana con el mismo alguacil en las Descalzas y, después de haber ambos oído una misma misa, nos hablamos y juréle por el Sacramento que allí estaba, que tal cargo no tuve a aquella mujer, y díjome:

— Caballero, no es necesario ese juramento para lo que yo sé, cuanto más para lo que aquí es muy público. Yo conozco aquella mozuela, y con esta demanda que puso a Vuestra Merced son tres las querellas que ha dado en esta Corte por el mismo negocio. Dio la primera ante el vicario de la villa, de un pobre caballero de epístola, que vino aquí a cierto negocio. Era hijo de padres honrados y ricos. El cual, por bien de paz, les dejó en las uñas hasta la sotana y se fue, como dicen, en camisa. Después lo pidieron otra vez en la villa, querellándose al teniente de un catalán rico, de quien también pelaron lo que pudieron; pero éste jurada se la tiene, que no le dejará la manda en el testamento. Agora se querelló, a los alcaldes, de Vuestra Merced, y si no fuera por parecerme de menor inconveniente pagarles aquel dinero, que consentirse ir preso dejando su hacienda desamparada, verdaderamente no lo consintiera, hiciera mi oficio; empero del mal el medio. Que, aunque sin duda Vuestra Merced saliera libre, no pudiera ser con tanta brevedad que no pasase algún tiempo en pruebas y respuestas. Con esto escusamos prisiones, grillos, visitas, escribanos, procuradores, daca la relación, vuelve de la relación. Que todo fuera dilación, vejación y desgusto. Más barato se hizo de aquella manera y con menos pesadumbre.

»Lo que como hidalgo y hombre de bien puedo a Vuestra Merced asegurar es que he servido a Su Majestad con esta vara casi veinte y tres años, porque va ya en ellos. Y que de todos cuantos casos he visto semejantes a éste, no he sabido de tres en más de trecientos que se hayan pedido con justicia. Porque nunca quien lo come lo paga, o por grandísima desgracia; siempre suele salir horro el dañador y después lo echan a la buena barba. Siempre suele recambiar en un desdichado, de quien pueden sacar honra y dineros o marido a propósito para sus menesteres. Él es como la seca, que el daño está en el dedo y escupe debajo del brazo. La causa es porque o luego el delincuente huye, o es persona tal a quien sería de poca importancia pedirlo. Estas mozuelas ándanse



*El jardín de la Casa Real de Felipe II.*

por esas calles o en casa de sus amigas o en las de sus padres. Entra en la cocina el mozo, tiene lugar de hablarlas y ellas de responderle. Ambos están de las puertas adentro. Sóbrales el tiempo, no les falta gana, llega la ocasión y dejan asentada la partida. Y como sucede las más veces aquesto con gente pobre, y luego él, en oliendo el tocino, se sale de casa y no parece, cuando los padres lo alcanzan a saber, para no quedarse sin el fruto de sus trabajos, danle una fraterna y ellos mismos andan después a ojeo y la echan a la mano a persona tal que saquen costo y costas de su mercadería. Y así viene quien menos culpa tiene a lavar la lana.

Entonces le pregunté:

— Pues dígame Vuestra Merced, suplícole, si nunca los tales casos acontecen sino a solas, ¿quién hay que jure con verdad, si ella no da gritos para que se vea la fuerza y acuda gente que los halle a entrambos en el acto?

Respondiéndome:

— No es necesario ni en tales casos piden al testigo que diga si los vio juntos, que sería infinito. Basta que depongan que los vieron hablar y estar a solas, que la besó, que los vieron abrazados o de las puertas adentro de una pieza, o tales actos que se pueda dellos presumir el hecho. Porque con esto y la voz que ella misma se pone de haber sido forzada, hallándola ya las matronas como dice, bastan para prueba. Yo vi en esta Corte un caso muy riguroso y el mayor que Vuestra Merced habrá oído. Aquí estuvo una dama muy hermosa y forastera, la cual venía ladrada de su tierra, no con otro fin que a buscar la vida. Tratóse como doncella y en ese hábito anduvo algunos días. Pretendióla cierto príncipe y habiéndole hecho escritura por ochocientos ducados, en que con él concertó su honor, diciendo quererlos para su casamiento, no pagándoselos al plazo, ejecutó y cobró. Después de allí a pocos años, que no pasaron cuatro, siendo favorecida de cierto personaje, hizo un escabeche, con que, habiendo tratado con cierto extranjero, querelló dél. Y alegando el reo contra ella la escritura original y la paga del interés, lo condenaron y pagó. Allí dijo que no hubo, que sí hubo. En resolución, la mujer en cada lugar cobraba dos y tres veces lo que no vendía, y desta manera pasaba. Vuestra Merced no se tenga por mal servido en lo hecho, porque libró muy bien. Que a fe que los testigos decían ensangrentados, aunque no lo quedó ella.

Despedímonos y fuese. Yo quedé admirado de oír semejante negocio. De allí me fui deslizado poco a poco en la consideración de cuán santa, cuán justa y lícitamente había proveído el Santo

Concilio de Trento sobre los matrimonios clandestinos. ¡Qué de cosas quedaron remediadas! ¡Qué de portillos tapados y paredes levantadas! Y cómo, si la justicia seglar hiciera hoy otro tanto en casos cual el mío, no hubiera el quinto ni el diezmo de las malas mujeres que hay perdidas. Porque real y verdaderamente, hablándola entre nosotros, no hay fuerza, sino grado. No es posible hacerla ningún hombre solo a una mujer, si ella no quiere otorgar con su voluntad. Y si quiere, ¿qué le piden a él? [...]

## Capítulo V

### **Deja Guzmán de Alfarache los estudios, vase a vivir a Madrid, lleva su mujer y salen de allí desterrados**

[...] Cogí mi hatillo, que todo era el del caracol, que cupo en una caja vieja bien pequeña y, metida en un carro, sentados encima della nos venimos a Madrid, cantando «tres ánaes, madre». Venía yo a mis solas haciendo la cuenta: «Conmigo llevo pieza de rey, fruta nueva, fresca y no sobajada: pondréle precio como quisiere. No me puede faltar quien, por suceder en mi lugar, me traiga muy bien ocupado; un trabajo secreto puédesse disimular a título de amistad, ahorrando a costa de casa. Y ganando yo por otra parte, presto seré rico, tendré para poner una casa honrada donde reciba seis o siete huéspedes que me den lo necesario bastante, con que pasaremos. Yo tengo todas aquellas partes que importan para cualquier negocio que de mí quieran fiar. Para fuera soy solícito y para en casa sufrido. Iré cobrando crédito y, en teniendo colmada la medida de mi deseo, alzaréme a mayores, pondré mi trato, sin que sea necesario tener otros achaques.» Venía mi esposa con el mejor vestido de los que tenía y un galán sombrero con sus plumas y, fuera dellas, ¡maldito el caudal!, ni aun cañones, que no teníamos otros, ecepto la guitarra.

Cuando a la Corte llegamos, luego al instante, antes de bajar los pies en el suelo, corrió la fama de la bienvenida. Hizo reseña con su hermosura. Llegósele la gente, y el que más por entonces mostró desearnos acomodar fue un ropero rico de la calle Mayor, que, preguntándonos de dónde veníamos y adónde caminábamos, cuando le dije que allí no más y que no teníamos posada cierta, profesando querernos hacer amistad, nos llevó a la de una su conocida, donde nos hicieron todo buen acogimiento: no por el asno,

sino por la diosa. El buen ropero dijo que vendríamos muy cansados de la mala noche y del camino y, pues no teníamos quien luego nos trujese lo necesario, descuidásemos dello, que con su criado lo enviaría. Hízonos aquel día traer de comer gallardamente de casa de un figón, que allí lo tenía siempre bien prevenido, y veislo aquí donde viene a la tarde, donde ya, después de cumplimientos y comedimientos, le pregunté que cuánto había gastado. Respondióme ser todo una miseria, que deseaba servirme cuando se ofreciese ocasión en cosas de más calidad y que de aquélla no había que hacer caso. Hízose como del corrido en que se le tratase dello, empero yo porfiaba en que había de recibir el costo. Que fuese lo que es amistad, amistad, y el dinero, dinero. Así me vino a decir que todo había costado solos ocho reales. Díselos. Mas, porque no saliesen de casa, comencé a usar de mi oficio, que, tomando la capa, dije que me importaba ir a visitar a cierto amigo. Dejélos en buena conversación en el aposento de la huéspeda y fuime a pasear hasta la noche. Cuando volví, ya estaba la mesa puesta, la cena guisada y todo tan bien prevenido como si para ello le hubiera quedado a mi mujer mucho dinero. No le hablé palabra, ni pregunté de dónde había venido ni quién lo había enviado, tanto porque no me convenía cuanto porque la huéspeda dijo que habíamos de ser aquella noche sus convidados. Fuelo también el señor de la ropería y desde aquella cena quedamos muy grandísimos amigos.

Veníanos a visitar, llevábanos a holguras, a cenar al río, a comer en quintas y jardines, las tardes a comedias, dándonos aposento y muy buena colación en él, con que fuemos pasando un poco de tiempo. Y aunque verdaderamente hacía el hombre cuanto podía y nada nos faltaba, ya se me hacía poco, porque había quien lo quería sacar de la puja. Yo sabía que las mujeres de buen parecer son como harina de trigo. De la flor, de lo más apurado y sutil della se saca el pan blanco regalado que comen los príncipes, los poderosos y gente de calidad. El no tal, que sale del moyuelo, del corazón y algo más moreno, come la gente de casa, los criados, los trabajadores y personas de menos cuenta. Y del salvado se hace pan para perros o lo dan a los puercos. La hermosa y de buena cara, luego que llega en alguna parte donde no es conocida, lo primero se llevan los mejores del pueblo, los principales ricos dél y los que son señores o más valen. Luego entran, cuando ya éstos están hartos, los plebeyos, los hijos de vecinos y gente que con un cantarillo de arroyo por vendimias, una carga de leña por Navidad, una cestilla de higos por el tiempo, pagan salario para todo

el año, como al médico y barbero. Mas, en pasando destes, anda ladrada de los perros, no hay zapatero de viejo que no les acometa ni queda cedacero que no las haga bailar al son de la sonaja.

Ya le había dado un vestido de azabachado negro, guarnecido de terciopelo, con un manteo de grana, guarnecido con oro. Teníamos cama, bufete y sillas. Y, no supe de dónde, se habían comprado cuatro buenos guardamecías. La casa estaba, que, con pocos trastos más, pudiéramos matar por nosotros. La huéspeda nos desollaba, pareciéndole que también había de meter sopa y mojar en la miel, por sólo la permisión que ponía de su parte. Y aquesto no era lo que yo buscaba ni me venía bien a cuento. Tampoco el señor. Porque solicitaba la cátedra otro mejor opositor de más provecho. Y, aunque conozco que procedía en su trato como ropavejero de bien, es caso muy distinto del mío, que hoy daré por tres lo que mañana no por diez. El tiempo es el que lo vende y no es a propósito que sea hombre de bien uno, si yo lo he menester para otro. Porque importa poco que sea buen músico el sastre para hacer un vestido, ni el médico que trata de mi salud que sea famoso jugador de ajedrez. Dinero y más dinero era lo que yo entonces buscaba, que no bondades ni linajes.

Lo que no era de mucho provecho me causaba mucho enfado. No solamente me contentaba con el sustento y vestido necesario, sino con el regalo extraordinario. Que comprasen a peso de oro la silla que se les daba, la conversación que se les tenía, el buen rostro que se les hacía, el dejarlos entrar en casa y sobre todo la libertad que les quedaba en saliendo yo della. Y esto no podía hacer nuestro buen hombre. Queríanos llevar por el canto llano que comenzó cuando al principio nos conoció, como si fuera imposición de censo perpetuo, que había siempre de pasar de una misma forma. Ya yo sabía quién con exceso de ventajas era más benemérito y más a mi cuento; empero poníase sólo por delante la diferencia que hace *tienes* a *quieres*, haberle yo de ir a dar a entender que gustaría de su amistad. Bien sabía y me constaba que la deseaba; mas era extranjero y no se atrevía. Pues acometerle yo fuera estimarnos en poco. Dejar al otro también fuera locura. Porque mejor es pan duro que ninguno. Ni osaba tomar ni dejar. Desta manera fui algunos días pasando diestramente, hasta ver el mío. Acudía de ordinario a las casas de juego, ya jugando, ya siendo tomajón, pidiendo a mis amigos y conocidos del tiempo pasado, y lo que me daban o juntaba esperaba ocasión y, cuando el ropero estaba en casa, dáselo a mi mujer para el gasto, por no darle a entender mi flaqueza y que consentía sus visitas por el

sustento y, en apartándose de allí, luego a mi mujer le pedía dineros para jugar y volvíamelos a dar y aun otros muchos. De manera que siempre fui para con él señor de mi voluntad, sin darle alguna entrada por donde pudiera perderseme respeto.

Andaba el extranjero por su parte bebiendo vientos, haciendo grandísimas diligencias por ganarnos la voluntad, y nosotros cada uno entre sí por tener la suya, conociendo las ventajas que se habían de seguir; mas, como yo por mi parte recataba mi casa de algún desastre, temí no la hallasen dos a la par. Que ni sufrió dos cabezas un gobierno, ni se anidaron bien dos pájaros juntos en un agujero. Y tampoco mi mujer se atrevía, por no juntar cuadrillas ni ser común de tres, hasta que ya, viendo lo bien que a cuento nos venía y que cuanto el ropero aflojaba la cuerda, el extranjero apretaba más en su negocio, que andaban los presentes, joyas, dineros y banquetes en buen punto, alcéme a mayores, diciendo que no me hallaba en disposición de pagar posada pudiendo sustentar casa.

Con esto apartamos el rancho y puse mi tienda. El extranjero me hacía mil zalemas y yo al ropero la cara de perro. Tanto cuanto el uno me llevaba tras de sí, procuraba ir sacudiendo al otro de mí, hasta que ya cansado dél, vine a decirle que, si me había pasado a casa sola, era por sólo ser el señor della y andar a mi gusto, si vestido o si desnudo. Que me hiciese merced en visitarme a tiempos que le pudiese bien recibir, y no cuando tuviese forzosa ocupación en mis negocios. Porque yo ni mi mujer podíamos estar siempre dispuestos ni emballestados, esperando visitas. El hombre lo sintió de manera que nunca más volvió a cruzarme los umbrales, ecepto por tercerías de su amiga, huéspedea que había sido nuestra, y allá se vían en achaque de visita, de mil a mil años, cuando podía escaparse. Acá nuestro extranjero, como anduvo tan manirroto y liberal, fueme forzoso mostrarme de buen semblante, porque iba de portante y, según llevaba el paso, presto saliéramos de muda. Y así fue. Porque, como mi mujer le fuese haciendo buen rostro, viéndose sola, estimaba él en tanto cualquier pequeño favor que la pagaba con peso de oro. Dímonos por amigos, convidóme a su casa, y, pidiéndome licencia, envió a la mía muchos y muy buenos platos, de los manjares que sirvieron a nuestra mesa. Y con secreta orden a los criados que los llevaban que no los volviesen y que allá los dejasen, aunque todos eran de plata. No me pesaba dello; empero pesábame que tan al descubierto se hiciese, pues no hay hombre tan leño que no entienda que, cuando aquesto se hace, no es a humo de pajas ni por sus ojos bellidos.



Galana cosa es que un poderoso regale a mi mujer y que no haya yo de conocer el fin que lleva. Holgábame yo: todos hacen lo mismo. No dice verdad quien dice que le pesa, que, si le pesara, no lo consintiera. Si me holgaba dello y consentía que mi mujer lo recibiera; si la dejé salir fuera y gusté que, cuando volviese, viniese cargada de la joya, del vestido nuevo, de las colaciones, y mi desvergüenza era tanta que las comía y con todo lo más disimulaba: lo mismo hacen ellos. No quieran o piensen cargarme las cabras y salirse afuera, que les prometo que los entiendo y los entienden. Y aun es lo peor que cuando me vían ir por la calle muy galán con el cintillo en el sombrero de piezas y piedras finísimas, me decían a las espaldas y aun tan recio que pude bien oírlo: «¡Bellos pitones lleva Guzmán, bien se le lucen!» Y algunos de los que me lo decían quizá me los envidiaban y otros no se los vían; pero víanselos a ellos.

Nuestro extranjero compró nuestra libertad, y tenía tanta que ya en mi posada no se hacía otra sino la suya. Pero yo siempre sustenté mis trece, llevándolo en amistad, haciéndome del honrado. Como la espuma crecían los bienes en mi casa, colgaduras de invierno y verano, tapices de Bruselas, brocateles adamascados, camas de damasco, pabellones, colchas, alfombras, almohadas del estrado y otros muebles dignos de un señor. Pues la mesa que tuve y casa que sustenté no creo que bastaran dos mil ducados al año. Y cuando me daba gusto volver loco al patrón cuando habíamos comido —que lo solía hacer algunas veces, en especial días de fiesta— mandaba yo sacar sobremesa la guitarra y decíale a mi mujer:

— Por tu vida, Gracia, que nos cantes un poco.

Que de otra manera por maravilla la tomaba en mi presencia en cantar. Que, aunque sabía que yo lo entendía y nada ignoraba, guardábame siempre mucho aquel decoro, recatábase cuanto podía de que yo viese cosa de que me afrentase y quedase obligado a la demostración del sentimiento.

Cada uno de nosotros nos entendíamos y los unos a los otros no dándonos por entendidos ni dello jamás tratábamos. Al buen señor le gastábamos muchos de los bellos escudos. Yo me trataba como un príncipe. Rodaban por la casa las piezas de plata, en los cofres no cabían las bordaduras y vestidos de varias telas de oro y seda, los escritorios abundaban de joyas preciosísimas. Nunca me faltó qué jugar, siempre me sobró con qué triunfar. Y con esto gozaban de su libertad. Porque, como yo sintiese que no convenía entrar en casa —lo cual sabía por ver que tenía cerrada la puer-

ta—, pasaba de largo hasta parecerme hora. Y, viendo que la tenían abierta, era señal que pasaban el tiempo en buena conversación: entrábame allá y parlábamos todos.

¿Ves toda esta felicidad, esta serenidad y fresco viento? ¿Ves aquesta fortuna favorable, risueña y franca? Pues no sucedió menos que como todo lo más en que tuve malos medios. Ni creo que alguno pueda escaparse sin borrascas tales de cuantos navegaren este océano. A la fama de tanta hermosura y de tanta licencia, la tomaron algunos príncipes y caballeros que olieron la boda. Paseos van, recabdos vienen; aunque nunca, según creo, se les hizo amistad, ni se dio causa con que nuestro dueño se ofendiese. Con todo eso, viéndose perseguido y conquistado de otros más poderosos en hacienda, linaje y galas, andaba celosísimo, perdía el juicio. Quiso a los principios esforzarse a competir con ellos, haciendo franquezas extraordinarias, con dádivas de mucho precio, que importaron millares de ducados; mas cuando vio que no podía pleitear contra tanto poder ni resistir a tanta fuerza sin hacérsela nadie, sin causa y sin más de su consideración, se fue retirando de sola una sombra. ¡Qué de veces consideraba yo este necio, qué despeitado iba en seguimiento de una torpeza, con tan estraña costa y tanto sobresalto! Reíame dél y de su poco entendimiento, como si una de las criadas de mi casa llegara pidiéndole cualquier cosa de mucho valor, se la diera con mucho gusto y, si acaso llegara un pobre a pedirle medio real por Dios, lo negara.

Todos tuvimos nuestro pago. El señor a quien servimos, por enriquecernos quedó pobre; nosotros por mal gobierno no fuimos ricos y juntos dimos en el suelo. El hombre comenzó a huir y los otros a perseguir. Que cuanto tienen de señores los que lo son, tanto tienen de libres en lo que pretenden. Sobre todo quieren que por su sola persona se les postre todo viviente. Quisiérais yo decir o preguntar: «¿Señor, qué te debo, qué me das, de qué me vales, para que quieras que te sirva con obras, palabras y pensamientos?» Y sobre todo, ya con lo que malpagan, también maltratan con una sequedad, con una soberbia, como si fuera deuda por que me pudieran ejecutar.

Su licencia fue tanta, su trato tal, que a pocos días dimos en manos de la justicia. Supo lo que pasaba un ministro grave y hizo como cuando asentó el león compañía con los más animales, que, habiendo cazado un ciervo, lo adjudicó todo para sí. Desta manera se levantó con ello y, para hacerlo con un poco de buen color, comenzó con un poco de estruendo, como que nos quería hacer una causa. Yo, cuando lo supe, acudí a él, formando quejas de se-

mejante agravio, haciéndome de los godos. Y él, que otra cosa no deseaba, me hizo todo buen acogimiento, sentóme a par de sí, preguntóme de qué tierra era. Díjele que de Sevilla.

— ¡Oh —dijo—, de Sevilla! La mejor tierra de todo el mundo.

Comenzóme a tratar della, engrandeciéndome sus cosas, como si de aquello me resultara honra o provecho. Preguntóme que quiénes habían sido allí mis padres. Y cuando se los nombré dijo haber sido sus grandes amigos y conocidos. Refirióme cierto pleito, que, siendo él allí juez, había sentenciado en su favor, y díjome que tenía por cierto aún ser mi madre viva, porque la conoció mucho en sus mocedades. Tanto me dijo que sólo le faltó hacerme su deudo muy cercano.

Harto lo esperaba yo, cuando tan particulares cosas me decía y señas me daba, y entre mí decía: «¡Todo lo pueden los poderosos!» Y acordéme de cierto juez, que, habiendo usado fidelísimamente su judicatura y siendo residenciado, no se le hizo algún cargo de otra cosa que de haber sido humanista. Lo cual, como se le reprehendiese mucho, respondió: «Cuando a mí me ofrecieron este cargo, sólo me mandaron que lo hiciese con rectitud y así lo cumplí. Véase toda la instrucción que me dieron y dónde se trata en ella de que fuese casto y háganme dello cargo». De manera que, porque no lo llevan dicho expresamente, les parece que no van contra su oficio; aunque barra todo un pueblo. Como lo hizo cierto juez, que, habiendo estrupado casi treinta doncellas y entre ellas una hija de una pobre mujer, cuando vio el daño hecho, le fue a suplicar que ya, pues la tenía perdida, se la diese, porque no se divulgase su deshonra. Y sacando él un real de a ocho de la bolsa, le dijo: «Hermana, yo no sé de vuestra hija. Veis ahí esos ocho reales. Decidlos de misas a San Antonio de Padua, que os la depare.» Ahora bien (mas yo no sé a quién esto le parece bien), pierdo el seso del poco castigo que se hace por delitos tan graves.

Mandóme ir a mi casa, ofreciéndose de hacerme mucha merced y que tendría mucha cuenta con lo que se me ofreciese. Que bastaba ser de Sevilla y hijo de tales padres, para que con muchas veras acudiese a mis negocios. Con esto me volví, y, a pocos días, estábamos a solas mi mujer y yo, bien descuidados, veis aquí una noche que andaba de ronda, se llegó a nuestra puerta y haciendo llamar a ella preguntaron por mí, pidiendo para su merced un jarro de agua. Entendíle la sed que traía. Supliquéle con instancia que me hiciera merced en beberla sentado. Él no deseaba otra cosa. Entró y, dándole una silla, le sirvieron una poca de conserva, con que bebió. Comenzó la conversación de que venía cansadísi-

mo y que había visto aquella noche mujeres muy hermosas, empero que ninguna tanto como la mía. Dijo que la loaban mucho de buena voz. Yo le dije que pidiese la vigüela y, pues dello gustaba su merced, que cantase alguna cosa. Hízolo sin algún melindre, pareciéndonos a entrambos que sería de mucha importancia tener granjeado un tan buen personaje por amigo, para lo que allí se nos pudiese ofrecer. El hombre quedó pasmado de verla y oírla y, cuando se quiso ir, me mandó que lo visitase a menudo. Despidióse y quedámonos tratando de cosas pasadas y cómo para las venideras nos venía tan a buen propósito aquel favor, con quien seríamos tenidos y temidos.

Yo lo visité algunas veces, y uno de los días que iba más descuidado de cosa que me lo pudiera dar, me dijo que, pues él estaba vivo, ¿por qué no quería con su calor tratar de alguna comisión que me fuese honrosa y provechosa? Respondíle que le besaba las manos por merced semejante, mas que, por no cansarlo, no habiendo en algo servido, no trataba dello. Entonces, vendiéndome las amistades de mis padres, aunque más era por ganar la de mi mujer, me ofreció una comisión, diciendo que me sería muy provechosa. Dile por ello las gracias, que fueron principio de todas mis desgracias. Porque dentro de dos días me puso los papeles en la mano, con orden a que fuese a hacer cierta cobranza por el Consejo de la Hacienda, la cual sacó pidiéndola para mí de un su grande amigo que asistía en aquel tribunal, diciendo serlo yo mucho suyo y persona benemérita, digna de cosas muy graves, cual se vería por la buena satisfacción que daría de mi persona y negocios. Cuando la tuve despachada, salí de mi casa bien contra mi voluntad, porque llevaba ochocientos maravedís de salarios. Y para quien como yo estaba tan mal acostumbrado a buena mesa, no tenía para comenzar a comer con ellos, cuanto más para poder ahorrar que traer o enviar a mi casa. Empero érame ya forzoso hacerlo. Callé y tomélo, por escusar mayores daños. Partíme y perdíme. Porque le pareció al señor que con mercedes ajenas había de ganar esclavos que le sirviesen y que de aquellos ochocientos maravedís pudiera repartir con mi mujer, sustentándose ambas casas, y aquello nos bastaba por paga, con que no sólo había de ser franco de pecho y de todo derecho, empero que no se había de mirar al sol ni recibir visita más de la suya.

Quiso ser tan juez de mis cosas y apretarlas tanto, que morían de hambre, iban cada día vendiendo las alhajas para el sustento. No le pareció buena cuenta ni aun razonable a mi huéspeda ser mucha la sujeción y poca la provisión. Comenzó a rozarse la pri-

ma. También falseaba la tercera, que era una su grande amiga, porque pensó sacar deste mercado muy buenas ferias. Y cuando el señor sintió la mala consonancia, pareciéndole que con mi presencia se remediaría todo, hizo que no me diesen más prorrogaciones y que me mandasen venir a dar cuenta de lo hecho. Hiciéronlo y volví de mejor gana de la con que fui, porque volví empeñado y hallé mi casa gastada. Él creyó que mi presencia fuera parte para el remedio de su gusto y salióle al revés. Porque con mi presencia creció el gasto y la libertad para poderlo hacer. Hallóse rematado, sin saber cómo mejor negociar. Y pareciendo que ninguna cosa ya haría tanto al caso como el rigor, para cogernos por seca cruzadas las manos y que con lágrimas le fuésemos a pedir misericordia, trató con sus compañeros de hacernos desterrar y así nos lo notificaron.

Yo hice mi cuenta: «Este señor lo pretende ser tanto que quiere que yo le sustente la casa y el gusto, vendiendo lo que con muchas afrentas y trabajos he adquirido. Pues quedar no puedo, si me falta la libertad con que ganarlo, menos mal será obedecer. Que, aunque para nosotros es duro, para él será doloroso. Si nos quebramos un ojo, le sacamos a él dos, pues le falta la cuenta que hizo y le sale al revés el pensamiento.» Demás desto, al fin de aquel año se cumplían los diez en que había de pagar a mis acreedores. Vínome todo a cuenta. Ya yo sabía estar mi madre viva. Hice alquilar un coche para nuestras personas y dos carros para llevar la hacienda y gente, dejando la Corte y cortesanos. Pareciéndonos de más importancia los peruleros, calladamente me vine a Sevilla.

- Mateo Alemán, *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache*. Ed. F. Rico (Barcelona, Planeta, 2ª edición, 1970).





## Luis Vélez de Guevara

*Luis Vélez de Guevara (Écija, 1578 - Madrid, 1644) (hasta los treinta años se llamó Luis Vélez de Dueñas o Vélez de Santander) se graduó en Osuna de bachiller en Artes (1596). Durante cuatro años vivió en Sevilla, donde estuvo al servicio del cardenal Rodrigo de Castro. De Andalucía se fue a Italia con el ejército del conde de Fuentes (1600), participando con él en varias expediciones por el Mediterráneo. Al volver a España se instaló en Madrid, al servicio del conde de Saldaña, cambiando su apellido por el de Vélez de Guevara y contrayendo primeras nupcias con Úrsula Ramisi Bravo (1608). Pronto se dio a conocer en el ambiente cultural de la Corte: alternó con escritores como Lope de Vega, Tamarzo de Vargas, Pérez de Montalbán y Salas Barbadillo, y colaboró en las Flores de poetas ilustres de España, de Pedro de Espinosa.*

*Ni las relaciones con el conde de Saldaña, ni las que mantuvo con sus respectivas familias a lo largo de tres matrimonios (cuatro, según se afirma en un poema de Salcedo Coronel), fueron satisfactorias. Luis Vélez tenía fama de pedigüeño, andaba siempre en manos de prestamistas, era presumido y gastador, algo cínico, orgulloso y de gesto altivo. Pero, a pesar de ello, fue muy bien recibido en las Academias y tertulias literarias de la época, pues, al margen de sus defectos, fue un hombre sumamente divertido e ingenioso, lo que hizo que gozara de gran popularidad y que sus anécdotas y donaires corrieran por la Corte de boca en boca.*

*En 1625, después de estar al servicio del marqués de Peñafiel, se le nombró ujier de cámara del Palacio Real, cargo que no se hizo efectivo hasta 1635 y que al morir transmitió a su hijo, el también escritor Juan Vélez de Guevara, hijo de su primera espo-*



sa. Murió en Madrid en la calle de las Urosas.

El Diablo Cojuelo es una narración picaresco-alegórica, muy relacionada con los Sueños de Quevedo. Se trata, ni más ni menos, de una fantasmagoría que satiriza los defectos humanos, especialmente los de la naciente burguesía. Mientras en Quevedo es el Desengaño, encarnado en un viejo, quien va descubriendo las miserias y engaños que oculta la vida social, en Vélez es el poder del Diablo Cojuelo lo que pone al descubierto las bajezas y las debilidades humanas.

La novela se divide en diez «trancos». Los trancos I, II y III nos destapan el modo de vivir en Madrid, en la Corte. Los siguientes se desarrollan en Toledo, Sierra Morena, Córdoba y Écija, Carmona-Sevilla y Sevilla-Madrid al mismo tiempo (tranco VIII), para terminar en Sevilla los dos últimos trancos.

El tranco II es el que comienza con la visión de la sociedad cortesana, del Madrid entendido como «teatro donde tantas figuras representan». Los techos de los edificios se han levantado por arte diabólica y queda a la vista «la carne del pastelón de Madrid». Allí veremos a magnates, letrados, lindos, hechiceros, ladrones, taberneros y cornudos, todos ellos satirizados y caricaturizados como representantes de los vicios de la sociedad. En el tranco III sigue la «representación» en la calle de los Gestos, donde «solamente salen estas figuras de la baraja de la Corte, que vienen aquí a tomar el gesto con que han de andar aquel día», donde tiene lugar el baratillo de los apellidos y se encuentra la casa de los locos en la que están reclusos los arbitristas, bailarines, historiadores y letrados.

Madrid, «la Babilonia española», como la llama nuestro autor, se revela asimismo, desde Sevilla y en el tranco VIII, a través de un espejo mágico en el que los protagonistas pueden ver la calle Mayor y su «insigne paseo a estas horas, hasta dar en el Prado». El Cojuelo, y Vélez de Guevara con él, nos enseñará las gradas de San Felipe, el lugar más concurrido de Madrid, adonde acudía a anunciarse el que llegaba a la Corte con ánimo de explotar alguna rara habilidad, y donde se hacían las reuniones de milites gloriosos en las que se mentía sin temor de Dios, como dice Rojas Zorrilla en No hay amiga para amigo. Pasaremos también por el convento de San Agustín, mentidero de los soldados, por la Puerta del Sol, «la plaza de armas de la mejor fruta que hay en Madrid», por la fuente del Buen Suceso en la misma Puerta del Sol, llamada así por su proximidad al Hospital Real. Y al final del tranco, Luis Vélez se despacha con burlas y con chistes en rela-



*ción con el vilipendiado río Manzanares, «que se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él, no teniendo agua; que solamente tiene regada la arena, y pasa el verano de noche, como río navarrisco, siendo el más merendado y cenado de cuantos ríos hay en el mundo».*

*A lo largo de las páginas del Diablo Cojuelo se desarrolla una gran variedad de situaciones, temas y materias, y ello en muy diversos estilos. El texto, a veces, se vuelve de difícil lectura entre tantas asociaciones metafóricas, complejos y rebuscados juegos de palabras, polisemias y polivalencias semánticas; ahora bien, esta complicación estilística está puesta al servicio de una visión desengañada, distorsionada y grotesca de la realidad social, de lo que a ojos de Vélez de Guevara reflejaba la vida cotidiana de la España barroca del siglo XVII.*



# *El diablo cojuelo*

## Tranco primero

Daban en Madrid, por los fines de julio, las once de la noche en punto, hora menguada para las calles y, por faltar la luna, jurisdicción y término redondo de todo requiebro lechuzo, y patarata de la muerte. El Prado boqueaba coches en la última jornada de su paseo y en los baños de Manzanares los Adanes y las Evas de la Corte, fregados más de la arena que limpios del agua, decían el *Ite, ríó es*, cuando don Cleofás Leandro Pérez Zanibullo, hidalgo a cuatro vientos, caballero huracán y encrucijada de apellidos, galán de noviciado y estudiante de profesión, con un broquel y una espada, aprendía a gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia, que le venía a los alcances por un estrupo que no lo había comido ni bebido, que en el pleito de acreedores de una doncella al uso estaba graduado en el lugar veintidoseno, pretendiendo que el pobre licenciado escotase solo lo que tanto habían merendado; y como solicitaba escaparse del «para en uno son» —sentencia difinitiva del cura de la parroquia y auto que no lo revoca si no es el vicario Responso, juez de la otra vida— no dificultó arrojarse desde el ala del susodicho tejado, como si las tuviera, a la buharda de otro que estaba confinante, nordesteado de una luz que por ella escasamente se brujuleaba, estrella de la tormenta que corría, en cuyo desván puso los pies y la boca a un mismo tiempo, saludándolo como a puerto de tales naufragios y dejando burlados los ministros del agarro y los honrados pensamientos de mi señora doña Tomasa de Bitigudiño, doncella chanflona que se pasaba de noche como cuarto falso, que para que



surtiese efecto su bellaquería había cometido otro estelionato más con el capitán de los jinetes a gatas que corrían las costas de aquellos tejados en su demanda y volvían corridos de que se les hubiese escapado aquel bajel de capa y espada que llevaba cautiva la honra de aquella señora mohatrerá de doncellazgos, que juraba entre sí tomar satisfacción deste desaire en otro inocente, chapetón de embustes doncelliles, fiada en una madre que ella llamaba *tía*, liga donde había caído tanto pájaro forastero.

A estas horas, el estudiante, no creyendo su buen suceso y desollinando con el vestido y los ojos el zaquizamí, admiraba la región donde había arribado por las extranjerías extravagancias de que estaba adornada la tal espelunca, cuyo avariento farol era un candil de garabato que descubría sobre una mesa antigua de cadena papeles infinitos mal compuestos y desordenados, escritos de caracteres matemáticos, unas efemérides abiertas, dos esferas y algunos compases y cuadrantes, ciertas señales de que vivía en el cuarto de más abajo algún astrólogo dueño de aquella confusa oficina y embustera ciencia; y llegándose don Cleofás curiosamente, como quien profesaba letras y era algo inclinado a aquella profesión, a revolver los trastos astrológicos, oyó un suspiro entre ellos mismos que, pareciéndole imaginación o ilusión de la noche, pasó adelante con la atención papeleando los memoriales de Euclides y embelecados de Copérnico. Escuchando segunda vez repetir el suspiro, entonces, pareciéndole que no era engaño de la fantasía, sino verdad que se había venido a los oídos, dijo con desgarro y ademán de estudiante valiente: «¿Quién diablos suspira aquí?», respondiéndole al mismo tiempo una voz entre humana y extranjera:

— Yo soy, señor licenciado, que estoy en esta redoma, adonde me tiene preso ese astrólogo que vive ahí abajo, porque también tiene su punta de la mágica negra y es mi alcaide dos años habrá.

— Luego ¿familiar eres? —dijo el estudiante.

— Harto me holgara yo —respondieron de la redoma— que entrara uno de la Santa Inquisición para que, metiéndole a él en otra de cal y canto, me sacara a mí desta jaula de papagayos de piedra azufre. Pero tú has llegado a tiempo que me puedes rescatar; porque este a cuyos conjuros estoy asistiendo me tiene ocioso sin emplearme en nada, siendo yo el espíritu más travieso del infierno.

Don Cleofás, espumando valor, prerrogativa de estudiante de Alcalá, le dijo:

— ¿Eres demonio plebeyo o de los de nombre?

— Y de gran nombre —le repitió el vidrio endemoniado— y el

más celebrado en entrambos mundos.

— ¿Eres Lucifer? —le repitió don Cleofás.

— Ése es demonio de dueñas y escuderos —le respondió la voz.

— ¿Eres Satanás? —prosiguió el estudiante.

— Ése es demonio de sastres y carniceros —volvió la voz a repetirle.

— ¿Eres Bercebú? —volvió a preguntalle don Cleofás.

Y la voz a respondelle:

— Ése es demonio de tahúres, amancebados y carreteros.

— ¿Eres Barrabás, Belial, Astarot? —finalmente le dijo el estudiante.

— Ésos son demonios de mayores ocupaciones —le respondió la voz—: demonio más por menudo soy, aunque me meto en todo; yo soy las pulgas del infierno, la chisme, el enredo, la usura, la mohatra; yo truje al mundo la zarabanda, el déligo, la chacona, el bullicuzcuz, las cosquillas de la capona, el quiriguirigay, el zambapalo, la mariona, el avilipinti, el pollo, la carretería, el hermano Bartolo, el carcañal, el guíneo, el colorín colorado; yo inventé las pandorgas, las jácaras, las papalatas, los comos, las mortecinas, los títeres, los volatines, los saltambancos, los maesecorales, y, al fin, yo me llamo el Diablo Cojuelo.

— Con decir eso —dijo el estudiante— hubiéramos ahorrado lo demás; vuesa merced me conozca por su servidor, que ha muchos días que le deseaba conocer. Pero ¿no me dirá, señor Diablo Cojuelo, por qué le pusieron este nombre, a diferencia de los demás, habiendo todos caído desde tan alto que pudieran quedar todos de la misma suerte y con el mismo apellido?

— Yo, señor don Cleofás Leandro Pérez Zambullo, que ya le sé el suyo, o los suyos —dijo el Cojuelo—, porque hemos sido vecinos por esa dama que galanteaba y por quien le ha corrido la justicia esta noche, y de quien después le contaré maravillas, me llamo desta manera porque fui el primero de los que se levantaron en la rebelión celestial y de los que cayeron y todo; y como los demás dieron sobre mí, me estropearon, y así quedé más que todos señalado de la mano de Dios y de los pies de todos los diablos y con este sobrenombre, mas no por eso menos ágil para todas las facciones que se ofrecen en los países bajos, en cuyas impresas nunca me he quedado atrás, antes me he adelantado a todos, que, camino del infierno, tanto anda el cojo como el viento; aunque nunca he estado más sin reputación que ahora en poder deste viñagre, a quien por trato me entregaron mis propios compañeros,

porque los traía al retortero a todos, como dice el refrán de Castilla, y cada momento a los más agudos les daba gato por demonio. Sácame deste Argel de vidro, que yo te pagaré el rescate en muchos gustos, a fe de demonio, porque me precio de amigo de mi amigo, con mis tachas buenas y malas.

— ¿Cómo quieres —dijo don Cleofás, mudando la cortesía con la familiaridad de la conversación— que yo haga lo que tú no puedes siendo demonio tan mañoso?

— A mí no me es concedido —dijo el espíritu—, y a ti sí, por ser hombre con el privilegio del bautismo y libre del poder de los conjuros con quien han hecho pacto los príncipes de la Guinea infernal. Toma un cuadrante de éstos y haz pedazos esta redoma, que luego en derramándome me verás visible y palpable.

No fue escrupuloso ni perezoso don Cleofás, y ejecutando lo que el espíritu le dijo, hizo con el instrumento astronómico jigote del vaso, inundando la mesa sobredicha de un licor turbio, escabeche en que se conservaba el tal diablillo; y volviendo los ojos al suelo, vio en él un hombrecillo de pequeña estatura, afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca, calabacino de testa y badea de cogote, chato de narices, la boca formidable y apuntalada en dos colmillos solos, que no tenían más muela ni diente los desiertos de las encías, erizados los bigotes como si hubiera barbado en Hircania, los pelos de su nacimiento ralos, uno aquí y otro allí, a fuer de los espárragos, legumbre tan enemiga de la compañía que si no es para venderlos en manojos no se juntan. Bien hayan los berros, que nacen unos entrepernados con otros, como vecindades de la Corte, perdone la malicia la comparación.

Asco le dio a don Cleofás la figura aunque necesitaba de su favor para salir del desván, ratonera del astrólogo en que había caído huyendo de los gatos que le siguieron —salvo el guante a la metáfora—, y asiéndole por la mano el Cojuelo y diciéndole: «Vamos, don Cleofás, que quiero comenzar a pagarte en algo lo que te debo», salieron los dos por la buharda como si los dispararan de un tiro de artillería, no parando de volar hasta hacer pie en el capitel de la torre de San Salvador, mayor atalaya de Madrid, a tiempo que su reloj daba la una, hora que tocaba a recoger el mundo poco a poco al descanso del sueño; treguas que dan los cuidados a la vida, siendo común el silencio a las fieras y a los hombres; medida que a todos hace iguales; habiendo una priesa notable a quitarse zapatos y medias, calzones y jubones, basquiñas, verdugados, guardainfantes, polleras, enaguas y guardapiés, para acostarse hombres y mujeres, quedando las humanidades

menos medidas y volviéndose a los primeros originales, que comenzaron el mundo horros de todas estas baratijas; y engestándose al camarada, el Cojuelo le dijo:

— Don Cleofás, desde esta picota de las nubes, que es el lugar más eminente de Madrid, mal año para Menipo en los diálogos de Luciano, te he de enseñar todo lo más notable que a estas horas pasa en esta Babilonia española, que en la confusión fue esotra con ella segunda deste nombre.

Y levantando a los techos de los edificios, por arte diabólica, lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastelón de Madrid como entonces estaba, patentemente, que por el mucho calor estuvo estaba con menos celosías, y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fue de capas y gorras.

## Tranco II

Quedó don Cleofás absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, pies y cabezas, y haciendo grandes admiraciones dijo:

— ¿Es posible que para tantos hombres, mujeres y niños hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Déjame que me asombre que entre las grandezas de la Providencia divina no sea ésta la menor.

Entonces el Cojuelo, previniéndole, le dijo:

— Advierte que quiero empezar a enseñarte distintamente, en este teatro donde tantas figuras representan, las más notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí primeramente cómo están sentados muchos caballeros y señores a una mesa opulentísima, acabando una media noche, que eso les han quitado a los relojes no más.

Don Cleofás le dijo:

— Todas estas caras conozco; pero sus bolsas no, si no es para servillas.

— Hanse pasado a los extranjeros porque las trataban muy mal estos príncipes cristianos —dijo el Cojuelo—, y se han quedado, con las caponas, sin ejercicio.

— Dejémoslos cenar —dijo don Cleofás—, que yo aseguro que no se levanten de la mesa sin haber concertado un juego de cañas para cuando Dios fuere servido, y pasemos adelante, que a estos



magnates los más de los días les beso yo las manos y estas caravanas las ando yo las más de las noches, porque he sido dos meses culto vergonzante de la proa de uno de ellos y estoy encurtido de excelencias y señorías solamente buenas para veneradas.

— Mira allí —prosiguió el Cojuelo— cómo se está quejando de la orina un letrado, tan ancho de barba y tan espeso, que parece que saca un delfín la cola por las almohadas. Allí está pariendo doña Fáfula, y don Toribio, su indigno consorte, como si fuera suyo lo que paría, muy oficioso y lastimado; y está el dueño de la obra a pierna suelta en esotro barrio, roncando y descuidado del suceso. Mira aquelpreciado de lindo, o aquel lindo de los más preciados, cómo duerme con bigotera, torcidas de papel en las guedejas y el copete, sebilló en las manos y guantes descabezados, y tanta pasa en el rostro que pueden hacer colación en él toda la cuaresma que viene. Allí, más adelante, está una vieja, grandísima hechicera, haciendo en un almirez una medicina de drogas restringentes para remendar una doncella sobre su palabra, que se ha de desposar mañana. Y allí, en aquel aposentillo estrecho, están dos enfermos en dos camas, y se han purgado juntos, y sobre quién ha hecho más cursos, como si se hubieran de graduar en la facultad, se han levantado a matar a almohadazos. Vuelve allí y mira con atención cómo se está untando una hipócrita a lo moderno, para hallarse en una gran junta de brujas que hay entre San Sebastián y Fuenterrabía, y a fe que nos habíamos de ver en ella si no temiera el riesgo de ser conocido del demonio que hace el cabrón, porque le di una bofetada a mano abierta en la antecámara de Lucifer sobre unas palabras mayores que tuvimos, que también entre los diablos hay libro del duelo, porque el autor que lo compuso es hijo de vecino del infierno. Pero mucho más nos podemos entretener por acá, y más si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcón en casa de aquel extranjero rico, con una llave maestra, porque las ganzúas son a lo antiguo, y han llegado donde está aquel talego de vara y media estofado de patacones de a ocho, a la luz de una linterna que llevan, que, por ser tan grande y no poder arrancalle de una vez por el riesgo del ruido, determinan abrille y henchir las faltriqueras y los calzones, y volver otra noche por lo demás; y comenzando a desatalle saca el tal extranjero —que estaba dentro dél guardando su dinero, por no fialle de nadie— la cabeza, diciendo: «Señores ladrones, acá estamos todos», cayendo espantados uno a un lado y otro a otro, como resurrección de aldea, y se vuelven gateando a salir por donde entraron.

— Mejor fuera —dijo don Cleofás— que le hubieran llevado





sin desatar en el capullo de su dinero porque no le sucediera ese desaire, pues que cada extranjero es un talego bautizado; que no sirven de otra cosa en nuestra república y en la suya, por nuestra mala maña. Pero ¿quién es aquella abada con camisa de mujer, que no solamente la cama le viene estrecha, sino la casa y Madrid, que hace roncando más ruido que la Bermuda y, al parecer, bebe cámaras de tinajas y come jigotes de bóvedas? [...]

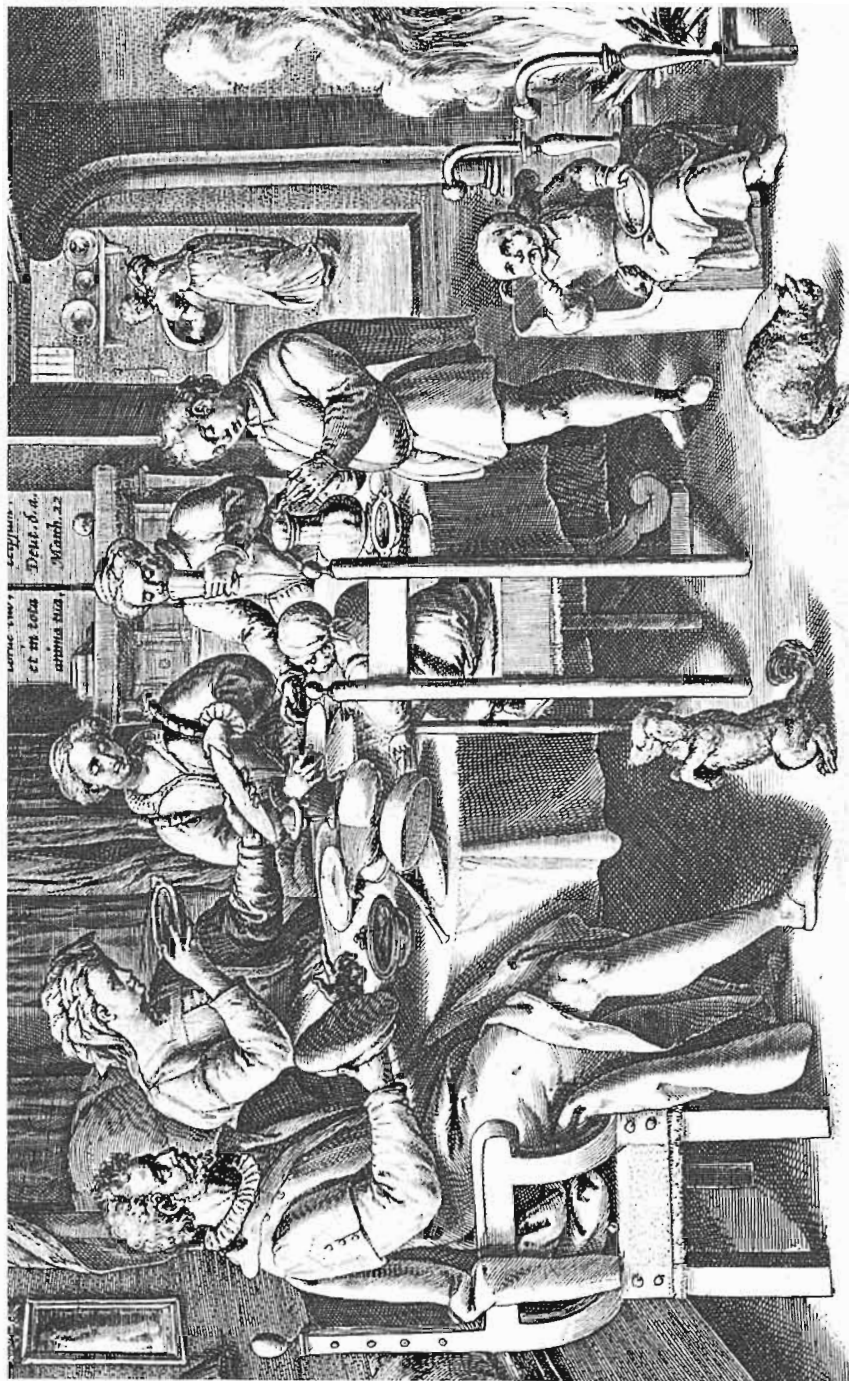
### Tranco III

Ya comenzaban en el puchero humano de la Corte a hervir hombres y mujeres, unos hacia arriba y otros hacia abajo y otros de través, haciendo un cruzado al son de su misma confusión, y el piélagos racional de Madrid a sembrarse de ballenas con ruedas, que por otro nombre llaman coches, trabándose la batalla del día, cada uno con disinio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos a los otros, levantándose una polvareda de embustes y mentiras que no se descubría una brizna de verdad por un ojo de la cara, y don Cleofás iba siguiendo a su camarada, que le había metido por una calle algo angosta, llena de espejos por una parte y por otra, donde estaban muchas damas y lindos mirándose y poniéndose de diferentes posturas de bocas, guedejas, semblantes, ojos, bigotes, brazos y manos, haciéndose cocos a ellos mismos. Preguntóle don Cleofás qué calle era aquélla, que le parecía que no la había visto en Madrid, y respondióle el Cojuelo:

— Ésta se llama la calle de los Gestos, que solamente salen a ella estas figuras de la baraja de la Corte, que vienen aquí a tomar el gesto con que han de andar aquel día, y salen con perlesía de lindeza, unos con la boquita de piñón, otros con los ojitos dormidos, roncando hermosura, y todos con los dos dedos de las manos índice y meñique levantados, y esotros de *Gloria Patri*. Pero salgámonos muy apriesa de aquí, que con tener estómago de demonio y no haberme mareado las maretas del infierno, me le han revuelto estas sabandijas que nacieron para desacreditar la naturaleza y el rentoy.

Con esto salieron desde calle a una plazuela donde había gran concurso de viejas que habían sido damas cortesanas, y mozas que entraban a ser lo que ellas habían sido, en grande contratación unas con otras. Preguntó el estudiante a su camarada qué sitio era aquél, que tampoco le había visto, y él le respondió:





*Escenas familiares. Concordia. Crispin Passe.*

— Éste es el baratillo de los apellidos, que aquellas damas pasas truecan con estas mozas albillas por medias traídas, por zapatos viejos, valonas, tocas y ligas, como ya no las han menester; que el Guzmán, el Mendoza, el Enríquez, el Cerda, el Cueva, el Silva, el Castro, el Girón, el Toledo, el Pacheco, el Córdoba, el Manrique de Lara, el Osorio, el Aragón, el Guevara y otros generosos apellidos los ceden a quien los ha menester ahora para el oficio que comienza, y ellas se quedan con sus patronímicos primeros de Hernández, Martínez, López, Rodríguez, Pérez, González, etc., porque al fin de los años mil vuelven los nombres por donde solían ir.

— Cada día —dijo el estudiante— hay cosas nuevas en la Corte.

Y a mano izquierda entraron a otra plazuela al modo de la de los Herradores, donde se alquilaban tías, hermanos, primos y maridos, como lacayos y escuderos, para damas de achaque que quieren pasar en la Corte con buen nombre y encarecer su mercadería.

A la mano derecha deste seminario andante estaba un grande edificio, a manera de templo sin altar, y en medio dél una pila grande de piedra llena de libros de caballerías y novelas, y alrededor muchos muchachos desde diez a diez y siete años y algunas doncelluelas de la misma edad, y cada uno y cada una con su padrino al lado, y don Cleofás le preguntó a su compañero que le dijese qué era esto, que todo le parecía que lo iba soñando. El Cojuelo le dijo:

— Algo tiene de eso este fantástico aparato, pero ésta es, don Cleofás, en efeto, la pila de los dones, y aquí se bautizan los que vienen a la Corte sin él. Todos aquellos muchachos son pajes para señores, y aquellas muchachas doncellas para señoras de media talla, que han menester el don para la autoridad de las casas que entran a servir, y agora les acaban de bautizar en el *don*. Por allí entra agora una fregona con un vestido alquilado, que la trae su ama a sacar de don, como de pila, para darla el tusón de las damas, porque le pague en esta moneda lo que le ha costado el crialla, y aun ella parece que se quiere volver al paño, según viene bruñida de esmeril. [...]

## Tranco VIII

Ya, para ejecutar su designio, había tomado doña Tomasa —que siempre tomaba, por cumplir con su nombre y su condi-



ción— una litera para Sevilla y una acémila en que llevar algunos baúles para su ropa blanca y algunas galas, con las del dicho galán soldado, que metiéndose los dos en la dicha litera, partieron de Madrid como unos hermanos, con la requisitoria que hemos referido. Y a nuestro astrólogo no le habían dado sepultura, sobre las barajas de un testamento que había hecho unos días antes y descubrieron en un escritorio unos deudos suyos y estaba la justicia poniendo en razón esta litispendencia. Y el Cojuelo y don Cleofás, que habían dormido hasta las dos de la tarde, por haber andado rondando la noche antes la mayor parte della por Sevilla, después de haber comido algunos pescados regalados de aquella ciudad y del pan que llaman de Gallegos, que es el mejor del mundo, y habiendo dormido la siesta —bien que el compañero siempre velaba, haciendo diligencias para lisonjear a su dueño en razón de su delito— se subieron al dicho terrado, como la tarde antes en aquel golfo de pueblos; suspiró dos veces don Cleofás, y preguntóle el Cojuelo:

— ¿De qué te has acordado, amigo? ¿Qué memorias te han dividido esas dos exhalaciones de fuego desde el corazón a la boca?

— Camarada —le respondió el estudiante—, acordéme de la calle Mayor de Madrid y de su insigne paseo a estas horas, hasta dar en el Prado.

— Fácil cosa será verle —dijo el Diablillo— tan al vivo como está pasando agora; pide un espejo a la güéspedes y tendrás el mejor rato que has tenido en tu vida; que aunque yo, por la posta, en un abrir y cerrar de ojos te pudiera poner en él, porque las que yo conozco comen alas del viento por cebada, no quiero que dejemos a Sevilla hasta ver en qué paran las diligencias de Cienllamas y las de tu dama, que viene caminando acá, y me hallo en este lugar muy bien, porque alcanzan a él las conciencias de Indias.

A este mismo tiempo subía a su terrado Rufina María, que así se llamaba la güéspedes, dama entre nogal y granadillo, por no llamarla mulata, gran piloto de los rumbos más secretos de Sevilla y alfaneque de volar una bolsa de bretón desde su faldriquera a las garras de tanta doncelliponiente como venían a valerse della. Iba en jubón de holanda blanca acuchillado, con unas enaguas blancas de cotonía, zapato de ponleví con escarpín sin media, como es usanza en esta tierra entre la gente tapetada, que a estas horas se subía a su azotea a tocar de la tarántula con un peine y un espejo que podía ser de armar; y el Cojuelo, viendo la ocasión, se le pidió con mucha cortesía para el dicho efeto, diciendo:

— Bien puede estar aquí la señora güéspedada, que yo sé que tiene inclinación a estas cosas.

— ¡Ay, señor! —respondió la Rufina María—, si son de nigromancia, me pierdo por ellas, que nací en Triana y sé echar las habas y andar el cedazo mejor que cuantas hay de mi tamaño, y tengo otros primores mejores, que fiaré de vuestas mercedes si me la hacen, aunque todos los que son entendidos me dicen que son disparates.

— No dicen mal —dijo el Cojuelo—, pero, con todo eso, señora Rufina María, de tan gran talento se pueden fiar los que yo quiero enseñar a mi camarada. Esté atenta.

Y tomando el espejo en la mano, dijo:

— Aquí quiero enseñalles a los dos lo que a estas horas pasa en la calle Mayor de Madrid, que esto sólo un demonio lo puede hacer, y yo. Y adviértase que en las alabanzas de los señores que pasaren, que es mesa redonda, que cada uno de por sí hace cabecera, y que no es pleito de acreedores, que tienen unos antelaciones a otros.

— ¡Ay, señor! —dijo la tal Rufina—, comience vuesa merced, que será mucho de ver; que yo cuando niña estuve en la Corte con una dama que se fue tras de un caballero del hábito de Calatrava que vino a hacer aquí unas pruebas, y después me volvieron mis padres a Sevilla, y quedé con grande inclinación a esa calle, y me holgaría de volverla a ver, aunque sea en este espejo.

Apenas acabó de decir esto la güéspedada, cuando comenzaron a pasar coches, carrozas, y literas y sillas, y caballeros a caballo, y tanta diversidad de hermosuras y de galas que parecía que se habían soltado abril y mayo y desatado las estrellas. Y don Cleofás, con tanto ojo, por ver si pasaba doña Tomasa, que todavía la tenía en el corazón, sin haberse templado con tantos desengaños. ¡Oh proclive humanidad nuestra, que con malos términos se abrasa y con los agasajos se destempla! Pero la tal doña Tomasa, a aquellas horas, ya había pasado de Illescas en su litera de dos yemas.

La Rufina María estaba sin juicio mirando tantas figuras como en aquel teatro del mundo iban representando papeles diferentes, y dijo al Cojuelo:

— Señor güésped, enséñeme al Rey y a la Reina, que los desco ver y no quiero perder esta ocasión.

— Hija —le respondió el Cojuelo—, en estos paseos ordinarios no salen Sus Majestades; si quiere ver sus retratos al vivo, presto llegaremos adonde cumpla su deseo.

— Sea en hora buena —dijo la tal Rufina, y prosiguió diciendo—: ¿Quién es este caballero y gran señor que pasa agora con tanto lucimiento de lacayos y pajes en ese coche que puede ser carroza del Sol?

El Cojuelo le respondió:

— Éste es el almirante de Castilla don Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco y conde de Módica, terror de Francia en Fuenterrabía.

— ¡Ay, señor! —dijo la Rufina—. ¿Aquél nos echó los franceses de España? Dios le guarde muchos años.

— Él y el gran marqués de los Vélez —respondió el Cojuelo— fueron los Pelayos segundos, sin segundos, de su patria Castilla.

— ¿Quién viene en aquella carroza que parece de la Primavera? —preguntó la Rufina.

— Allí viene —dijo el Cojuelo— el conde de Oropesa y Alcaudete, sangre de Toledo, Pimentel y de la real de Portugal, príncipe de grandes partes; y el que va a su mano derecha es el conde de Luna, su primo, Quiñones y Pimentel, señor de la casa de Benavides en León, hijo primogénito del conde de Benavente, que es Luna que también resplandece de día. El conde de Lemos y Andrade, marqués de Sarriá, pertiguero mayor de Santiago, Castro y Enríquez, del gran duque de Arjona, viene en aquel coche, tan entendido y generoso como gran señor. Y en esotro, el conde de Monterrey y Fuentes, presidente de Italia, que ha venido de ser virrey de Nápoles, dejando de su gobierno tanto aplauso a las dos Sicilias y sucediéndole en esta dignidad el duque de las Torres, marqués de Liche y de Toral, señor del castillo de Aviados, sumiller de corps de Su Majestad, príncipe de Astillano y duque de Sabioneta, que este título es el más compatible con su grandeza; a quien acompaña, con no menos sangre y divino ingenio, en Italia, el marqués de Alcañices, Almansa, Enríquez y Borja. [...]

— Y aquellas gradas que están allí enfrente —prosiguió la tal Rufina María— tan llenas de gente, ¿de qué templo son, o qué hacen allí tanta variedad de hombres vestidos de diferentes colores?

— Aquéllas son las gradas de San Felipe —respondió el Cojuelo—, convento de San Agustín, que es el mentidero de los soldados, de adonde salen las nuevas primero que los sucesos.

— ¿Qué entierro es éste tan suntuoso que pasa por la calle Mayor? —preguntó don Cleofás, que estaba tan aturdido como la mulata.

— Éste es el de nuestro astrólogo —respondió el Cojuelo—, que ayunó toda su vida para que se lo coman todos éstos en su

muerte, y siendo su retiro tan grande cuando vivo, ordenó que le paseasen por la calle Mayor después de muerto en el testamento que hallaron sus parientes. [...]

Y la Rufina estaba absorta mirando su calle Mayor, que no les entendió la plática; y volviéndose a ella el Cojuelo, le dijo:

— Ya vamos llegando, señora güéspedes, donde cumpla lo que desea, que ésa es la Puerta del Sol y la plaza de armas de la mejor fruta que hay en Madrid. Aquella bellísima fuente de lapislázuli y alabastro es la del Buen Suceso, adonde, como en pleito de acreedores, están los aguadores gallegos y coritos gozando de sus ante-laciones para llenar de agua los cántaros. Aquélla es la Victoria, de frailes mínimos de San Francisco de Paula, retrato de aquel humilde y seráfico portento que en el palacio de Dios ocupa la silla de nuestro soberbio príncipe Lucifer; y mire allí enfrente los retratos que yo le prometí enseñar; sin estar la dicha mulata en la plática que hacia don Cleofás había dirigido el tal Cojuelo, y diciendo:

— ¡Qué linda hilera de señores, que parece que están vivos!

— El Rey Nuestro Señor es el primero —dijo el Cojuelo.

— ¡Qué hombre está! —dijo la mulata—. ¡Qué bizarros bigotes tiene y cómo parece rey en la cara y en el arte! ¡Qué hermosa que está junto a él la Reina Nuestra Señora, y qué bien vestida y tocada! ¡Dios nos la guarde! Y aquel niño de oro que se sigue luego, ¿quién es?

— El Príncipe Nuestro Señor —dijo don Cleofás—, que pienso que le crió Dios en la turquesa de los ángeles. [...]

— ¡Oh, cómo me pesa —dijo la Rufina— que va anocheciendo y encubriéndose el concurso de la calle Mayor!

— Ya todo ha bajado al Prado —dijo el Cojuelo— y no hay nada que ver en ella; tome vuesa merced su espejo, que otro día le enseñaremos en él el río de Manzanares, que se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él. no teniendo agua; que solamente tiene regada la arena, y pasa el verano de noche, como río navarrisco, siendo el más merendado y cenado de cuantos ríos hay en el mundo.

— El más caudal dél es —dijo don Cleofás—, pues lleva más hombres, mujeres y coches que pescados los dos mares.

— Ya me espantaba yo —dijo el Cojuelo— que no volvías por tu río. Respóndele eso al vizcaíno que dijo: «O vende puente, o compra río.»

— No ha menester mayor río Madrid —dijo don Cleofás—, pues hay muchos en él que se ahogan en poca agua, y en menos se

ahogara aquel regidor que entró en el ayuntamiento de las ranas del Molino quemado.

— ¡Qué galante eres —dijo el Cojuelo—, don Cleofás, hasta contra tus regidores!

Bajándose con esto de la azotea, y la Rufina protestando al Cojuelo que le había de cumplir la palabra el día siguiente. Todo lo cual y lo que más sucediere se deja para esotro tranco.

- Luis Vélez de Cuevara, *El diablo cojuelo*. Ed. A. R. Fernández e I. Arellano (Madrid, Castalia, 1988).







## Francisco de Quevedo

*Don Pedro Gómez de Quevedo era, al nacer su hijo Francisco, (Madrid, 1580 - Villanueva de los Infantes, 1645) «criado de su Majestad y escribano de cámara de sus Altezas». Francisco se crió entre las gentes de palacio, al amparo y sombra de la ingente máquina burocrática que acompañaba a la Corona. Estudió, primero con los jesuitas y después en la universidad de Alcalá, Lenguas Clásicas, Francés, Italiano y Filosofía, y cursó Teología en la universidad de Valladolid. Desde allí, junto con la Corte, se trasladó a Madrid en 1606, y en Madrid viviría hasta 1611. Como hidalgo pobre que era, buscó la proximidad de los grandes. En 1608 conoció a don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, y entró a su servicio. Con él marchará a Italia. Sus estancias en Madrid, esa «Babilonia de occidente y asiento de vicios y fiestas», fueron siempre polémicas, y proporcionaron un buen arsenal de anécdotas a sus amigos y enemigos. Quevedo puso en cuanto hizo y escribió una agudeza de ingenio poco común, un portentoso dominio de la lengua y una extraordinaria inteligencia. En 1632 fue nombrado secretario del rey.*

*El Buscón es obra de juventud. Al llegar a Valladolid, su autor escribe un primer manuscrito de la novela, sirviéndose del material humano y de los recuerdos frescos y experiencias habidas en la Corte madrileña; como veremos, las aventuras más o menos desgraciadas de Pablos se sitúan en el barrio de San Salvador, en el Prado, en la calle Mayor y en la del Arenal. Tras el éxito del Guzmán de Alfarache (1599) y las numerosas reimpressiones del Lazarillo, Quevedo arriesga poco al escribir una novelita picaresca, y, como otras obras suyas de carácter festivo, ésta se leerá con*



*éxito en los círculos cortesanos.*

*La variada y revuelta vida de la Corte madrileña en época de Felipe III ha dado lugar a divertidas y maliciosas comedias, y también a románticas y fantásticas novelas cortesanas, llenas de aventuras y enredos, pero el Madrid que presenta Quevedo en el Buscón es un producto único, pues procede de esa personalidad suya tan complicada, contradictoria y polifacética, que mezcla el chiste tabernario con la nota hagiográfica y el desengaño con la sátira. El joven Quevedo, al servicio entonces del mundo ocioso de la aristocracia, elige una técnica expresionista y deshumanizadora a la hora de describir la vida del sector «deshonrado» de la sociedad, un sector al que en cierto modo desprecia, del que pretende reírse y al que busca ridiculizar. El resultado parece volverse en su contra, convirtiendo esta pieza en una de las más célebres representaciones artísticas de la sociedad española del siglo XVII. El absurdo, la exageración, la caricatura, la deformación, el tratamiento inhumano de los personajes y las situaciones, lo truculento e incluso lo escatológico, se convierten en paradigmas de nuestra cultura literaria.*

*Cada capítulo, cada aventura se transforma en una sabia y original versión escrita de la España de los Austrias, en un sugerentísimo documento que nos informa acerca de la vida cotidiana de los pícaros en la Corte madrileña, que nos habla de los barberos, de las tabernas y las ventas, de la curiosa institución del pupilaje, de los cortejos amorosos en el Paseo del Prado y hasta de las precarias condiciones que rigen la existencia de los presos en las cárceles.*

*Pablos llega a la Corte, y lo primero que vislumbramos a través de sus ojos es el hambre, la pobreza, los amigos de la «vida barata», «la cena de claro en claro» y la sopa de San Jerónimo. Lo segundo es el engaño, el disimulo, el fingimiento. Paseando por la calle Mayor, se para en una joyería y simula que los pajes de otro son los suyos. Luego vendrán el coqueteo con unas «vejezuelas alegres» en el Paseo del Prado, la merienda en la Casa de Campo, el trueque de capas en la calle de la Paz y, finalmente, lo único verdadero, lo único real en un mundo regido por la apariencia: su apalearamiento cerca de San Felipe.*

# *El buscón*

## *Libro III*

### Capítulo I

#### De lo que me sucedió en la Corte luego que llegué hasta que amaneció

Entramos en la Corte a las diez de la mañana; fuímonos a apear, de conformidad, en casa de los amigos de don Toribio. Llegó a la puerta y llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habían ido a buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo él en animarme a la profesión de la vida barata, y yo en atender a todo.

A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, más raída que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la cual, diciendo que era licencia para pedir para una pobre, los había allegado. Vació el guante y sacó otro, y doblólos a usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes.

A todo esto, noté que no se desarrebozaba, y pregunté, como nuevo, para saber la causa de estar siempre envuelto en la capa, a lo cual respondió:

— Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; este pedazo de arrebozo lo cubre, y así se puede andar.



Desarrebozóse, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto. Yo pensé que eran calzas, porque eran a modo dellas, cuando él, para entrarse a espulgar, se arremangó, y vi que eran dos rodajas de cartón que traía atadas a la cintura y encajadas en los muslos, de suerte que hacían apariencia debajo del luto; porque el tal no traía camisa ni gregüescos, que apenas tenía qué espulgar, según andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla como las que ponen en las sacristías, que decía: «Espulgador hay», porque no entrase otro. Grandes gracias di a Dios, viendo cuánto dio a los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas.

— Yo —dijo mi buen amigo— vengo del camino con mal de calzas, y así, me habré menester recoger a remendar.

Preguntó si había algunos retazos (que la vieja recogía trapos dos días en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para acomodar incurables cosas de los caballeros); dijo que no, y que por falta de harapos se estaba, quince días había, en la cama, de mal de zaragüelles, don Lorenzo Íñiguez del Pedroso.

En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero, prendidas las faldas por los dos lados. Supo mi venida de los demás, y hablóme con mucho afecto. Quitóse la capa, y traía —¡mire v. m. quién tal pensara!— la ropilla, de pardo paño la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa, y él, con gran disimulación, dijo:

— Haráse a las armas, y no se reirá. Yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba.

Yo dije que por galantería, y por dar lugar a la vista.

— Antes por estorbarla —dijo—; sepa que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver.

Y, diciendo esto, sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquéllas. Traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponía la firma de quien le parecía, escribía nuevas que inventaba a las personas más honradas, y dábalas en aquel traje, cobrando los portes. Y esto hacía cada mes, cosa que me espantó ver la novedad de la vida.

Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño, larga hasta el medio valón, y su capa de lo mismo, levantado el cuello porque no se viese el anjeo, que estaba roto. Los valones eran de chamelote, mas no era más de lo que se descubría, y lo demás de bayeta colorada. Éste venía dando voces con el otro, que traía valona por no tener cuello, y unos frascos por no tener capa, y una muleta con una pierna liada en trapajos y pellejos, por no tener

más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo y en partes quietas. Contaba estraños servicios suyos, y, a título de soldado, entraba en cualquiera parte.

Decía el de la ropilla y casi gregüescos:

— La mitad me debéis, o por lo menos mucha parte, y si no me la dais, ¡juro a Dios...!

— No jure a Dios —dijo el otro—, que, en llegando a casa, no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos.

Sí daréis, no daréis, y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y, asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos a los primeros estirones.

Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado:

— ¿A mí chanzas? ¡No llevaréis ni medio! Han de saber vs. ms. que, estando hoy en San Salvador, llegó un niño a este pobrete, y le dijo que si era yo el alferez Juan de Lorenzana, y dijo que sí, atento a que le vio no sé qué cosa que traía en las manos. Levómele, y dijo, nombrándome alferez: «Mire v. m. qué le quiere este niño.» Yo que luego entendí, dije que yo era. Recibí el recado, y con él doce pañizuelos, y respondí a su madre, que los inviaba a algún hombre de aquel nombre. Pídeme agora la mitad. Yo antes me haré pedazos que tal dé. Todos los han de romper mis narices.

Juzgóse la causa en su favor. Sólo se le contradijo el sonar con ellos, mandándole que los entregase a la vieja, para honrar la comunidad haciendo dellos unos cuellos y unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas, que el sonarse estaba vedado en la orden, si no era en el aire, y las más veces sorbimiento, cosa de substancia y ahorro. Quedó esto así.

Era de ver, llegada la noche, cómo nos acostamos en dos camas, tan juntos que parecíamos herramienta en estuche. Pasóse la cena de claro en claro. No se desnudaron los más, que, con acostarse como andaban de día, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

## Capítulo II

### En que prosigue la materia comenzada y cuenta algunos raros sucesos

Amaneció el Señor, y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo



tan hallado con ellos como si todos fuéramos hermanos, que esta facilidad y dulzura se halla siempre en las cosas malas. Era de ver a uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración a cada uno, como sacerdote que se viste. A cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas, y la venía a hallar donde menos convenía asomada. Otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora no se podía averiguar con él.

Acabado esto, que no fue poco de ver, todos empuñaron aguja y hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro. Cuál, para culcusirse debajo del brazo, estirándole, se hacía L. Uno, hincado de rodillas, arremedando un cinco de guarismo, socorría a los cañones. Otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas, se hacía un ovillo. No pintó tan estrañas posturas Bosco como yo vi, porque ellos cosían y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales había traído el soldado.

Acabóse la hora del remedio —que así la llamaban ellos— y fuéronse mirando unos a otros lo que quedaba mal parado. Determinaron de irse fuera, y yo dije que antes trazasen mi vestido, porque quería gastar los cien reales en uno, y quitarme la sotana.

— Eso no —dijeron ellos—; el dinero se dé al depósito, y vis-támosle de lo reservado. Luego, señálemosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille.

Parecióme bien; deposité el dinero y, en un instante, de la sotanilla me hicieron ropilla de luto de paño; y acortando el herre-ruelo, quedó bueno. Lo que sobró de paño trocaron a un sombrero viejo reteñado; pusieronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos. El cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas, con cuchilladas no más por delante, que lados y trasera eran unas gamuzas. Las medias calzas de seda aun no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla; los cuales cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba todo abierto, de puro roto; pusiéronmele, y dijeron:

— El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. V. m., si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol con el sol; si fueren dos y miraren por los dos lados, saque pies; y para los de atrás, traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote, de suerte que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente; y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar con la cara descubierta por todo el mundo.

Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel y

aguja, dedal, paño, lienzo, raso y otros retacillos, y un cuchillo; pusieronme una espuela en la pretina, yesca y eslabón en una bolsa de cuero, diciendo:

— Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos; en ésta se encierra todo nuestro remedio. Tómela y guárdela.

Señalaronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis; y así, empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros, aunque por ser nuevo me dieron, para empezar la estafa, como a misacantano, por padrino el mismo que me trujo y convirtió.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado. A todos hacíamos cortesías; a los hombres, quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo con sus capas; a las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas y con las paternidades mucho. A uno decía mi buen ayo: «Mañana me traen dineros»; a otro: «Aguárdeme v. m. un día, que me trae en palabras el banco.» Cuál le pedía la capa, quién le daba prisa por la pretina, en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera a otra, por no topar con casas de acreedores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada y otro el de las sábanas y camisas, de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula.

Sucedió, pues, que vio desde lejos un hombre que le sacaba los ojos, según dijo, por una deuda, mas no podía el dinero. Y porque no le conociese, soltó de detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno, entre Verónica y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose a hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía, que aún no le había visto, por estar ocupado en chismes con una vieja. Digo de verdad que vi al hombre dar vueltas alrededor, como perro que se quiere echar; hacíase más cruces que un ensalmador, y fuese diciendo: «¡Jesús!, pensé que era él. A quien bueyes ha perdido...», etc. Yo moríame de risa de ver la figura de mi amigo. Entróse en un portal a recoger la melena y el parche, y dijo:

— Éstos son los aderezos de negar deudas. Aprended, hermano, que veréis mil cosas destas en el pueblo.

Pasamos adelante y, en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de alcotín y agua ardiente, de una picarona que nos lo dio de gracia, después de dar el bienvenido a mi adestrador. Y díjome:

— Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy; y, por

lo menos, esto no puede faltar.

Afligíme yo, considerando que aún teníamos en duda la comida, y repliqué afligido por parte de mi estómago. A lo cual respondió:

— Poca fe tienes con la religión y orden de los caninos. No falta el Señor a los cuervos ni a los grajos ni aun a los escribanos, ¿y había de faltar a los traspillados? Poco estómago tienes.

— Es verdad —dije—, pero temo mucho tener menos y nada en él.

En esto estábamos, y dio un reloj las doce; y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia a mis tripas el alcotín, y tenía hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria con la hora, volvíme al amigo y dije:

— Hermano, este de la hambre es recio noviciado; estaba hecho el hombre a comer más que un sabañón, y hanme metido a vigiliás. Si vos no lo sentís, no es mucho, que criado con hambre desde niño, como el otro rey con ponzoña, os sustentáis ya con ella. No os veo hacer diligencia vehemente para mascar, y así, yo determino de hacer la que pudiere.

— ¡Cuerpo de Dios —replicó— con vos! Pues dan agora las doce, ¿y tanta prisa? Tenéis muy puntuales ganas y ejecutivas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas. ¡No, sino comer todo el día! ¿Qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que antes, de puro mal proveídos, no nos proveemos. Ya os he dicho que a nadie falta Dios. Y si tanta prisa tenéis, yo me voy a la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche como capones, y allí haré el buche. Si vos queréis seguirme, venid, y si no, cada uno a sus aventuras.

— Adiós —dije yo—, que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros. Cada uno eche por su calle.

Mi amigo iba pisando tieso, y mirándose a los pies; sacó unas migajas de pan que traía para el efeto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestido, de suerte que parecía haber comido. Ya yo iba tosiendo y escarbando, por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era porque no tenía más de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgaban por comido, y si fuera de pijoos, no erraran.

Iba yo fiado en mis escudillos, aunque me remordía la conciencia el ser contra la orden comer a su costa quien vive de tripas horras en el mundo. Yo me iba determinando a quebrar el ayuno,



y llegué con esto a la esquina de la calle de San Luis, adonde vivía un pastelero. Asomábase uno de a ocho tostado, y con aquel resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé del modo que andaba, como el perro perdiguero con el aliento de la caza, puestos en él los ojos. Le miré con tanto ahínco, que se secó el pastel como un aojado. Allí es de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otra vez a pagarlo.

En esto, me dio la una. Angustiéme de manera que me determiné a zamparme en un bodegón de los que están por allí. Yo que iba haciendo punta a uno, Dios que lo quiso, topo con un licenciado Flechilla, amigo mío, que venía haldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sanguino, y tantos rabos, que parecía chirrión con sotana. Arremetió a mí en viéndome, que, según estaba, fue mucho conocerme. Yo le abracé; preguntóme cómo estaba; díjele luego:

— ¡Ah, señor licenciado, qué de cosas tengo que contarle! Sólo me pesa de que me he de ir esta noche y no habrá lugar.

— Eso me pesa a mí —replicó—, y si no fuera por ser tarde, y voy con prisa a comer, me detuviera más, porque me aguarda una hermana casada y su marido.

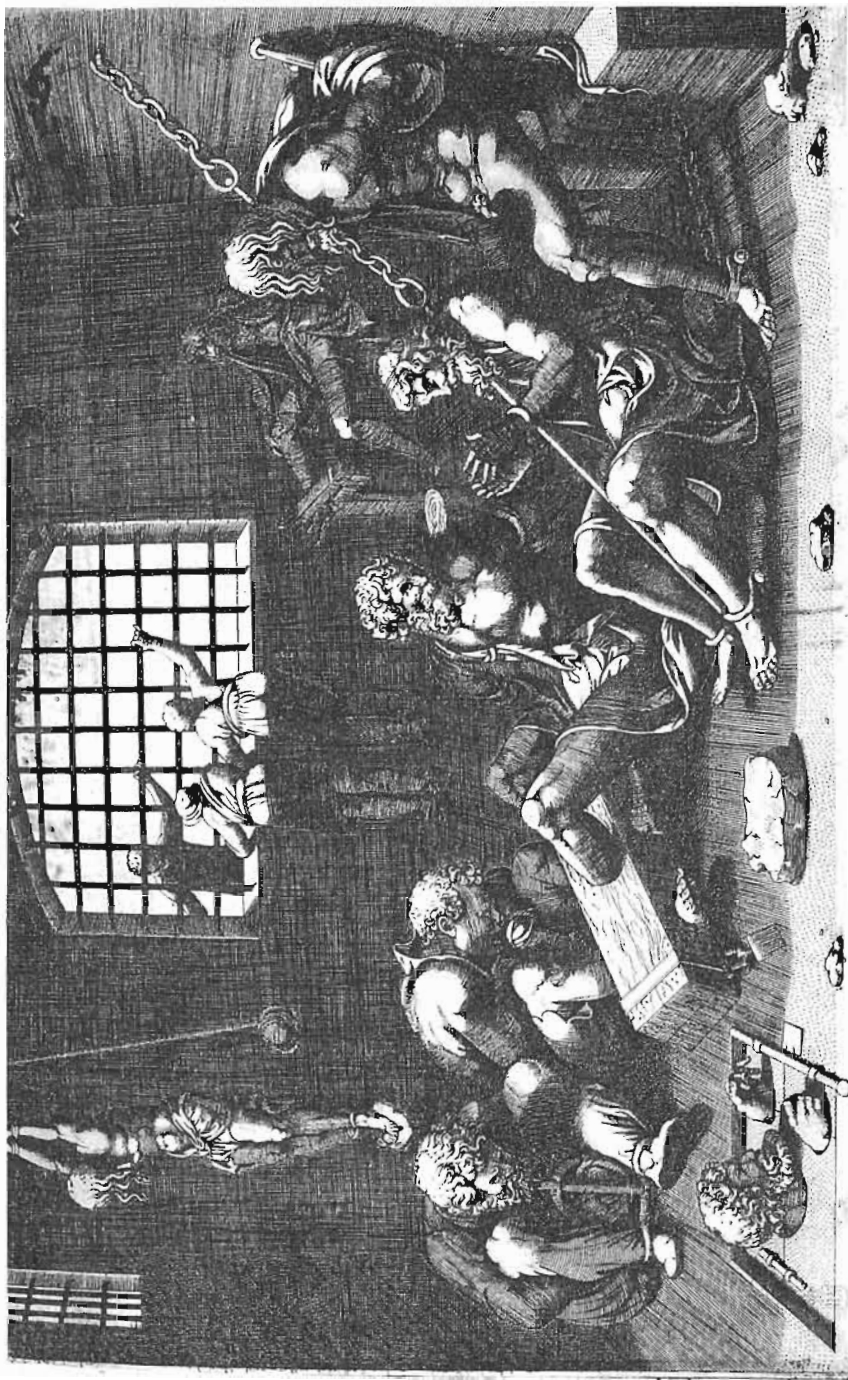
— ¿Que aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos, que quiero hacer lo que estoy obligado.

Abrí los ojos oyendo que no había comido. Fuime con él, y empecéle a contar que una mujercilla que él había querido mucho en Alcalá, sabía yo dónde estaba, y que le podía dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite, que fue industria tratarle de cosas de gusto.

Llegamos tratando en ello a su casa. Entramos; yo me ofrecí mucho a su cuñado y hermana, y ellos, no persuadiéndose a otra cosa sino a que yo venía convidado por venir a tal hora, comenzaron a decir que si lo supieran que habían de tener tan buen güéspedes, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión y convidéme, diciendo que yo era de casa y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento.

Sentáronse y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor, que ni me había convidado ni le pasaba por la imaginación, de rato en rato le pegaba yo con la mozuela, diciendo que me había preguntado por él, y que le tenía en el alma, y otras mentiras deste modo; con lo cual llevaba mejor el verme engullir, porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un colecto. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda, sin malicia, pero con prisa tan fiera, que parecía que aun entre los dientes no





Antoine Lafreri. *La cárcel.*

la tenía bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo más presto el montón de la Antigua de Valladolid —que le deshace en veinte y cuatro horas— que yo despaché el ordinario, pues fue con más prisa que un extraordinario el correo. Ellos bien debían notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecución de los güesos y el destrozo de la carne. Y si va a decir verdad, entre burla y juego, empedré la faltriquera de mendrugos.

Levantóse la mesa; apartámonos yo y el licenciado a hablar de la ida en casa de la dicha. Yo se lo facilité mucho. Y estando hablando con él a una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dije: «¿A mí, señor? Ya bajo.» Pedíle licencia, diciendo que luego volvía. Quedóme aguardando hasta hoy, que desaparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y disculpéme con él, contándole mil embustes que no importan para el caso.

Fuime por las calles de Dios, llegué a la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen en sus puertas los mercaderes. Quiso Dios que llegaran a la tienda dos de las que piden prestado sobre sus caras, tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si había algún terciopelo de labor extraordinaria. Yo empecé luego, para trabar conversación, a jugar del vocablo, de *tercio y pelado*, y *pelo y apelo* y *pospelo*, y no dejé güeso sano a la razón. Sentí que les había dado mi libertad algún seguro de algo de la tienda, y yo, como quien no aventuraba a perder nada, ofrecílas lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión, diciendo que había sido atrevimiento ofrecerles nada, pero que me hiciesen merced de acetar unas telas que me habían traído de Milán, que a la noche llevaría un paje (que les dije que era mío, por estar enfrente aguardando a su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado). Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido, no hacía sino quitar el sombrero a todos los oidores y caballeros que pasaban, y, sin conocer a ninguno, les hacía cortesías como si los tratara familiarmente. Ellas se cegaron con esto, y con unos cien escudos en oro que yo saqué de los que traía, con achaque de dar limosna a un pobre que me la pidió.

Parecióles irse, por ser ya tarde, y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que había de ir el paje. Yo las pedí por favor y como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita dellas, en prendas de que las había de ver a otro día

sin falta. Regatearon dármele; yo les ofrecí en prendas los cien escudos, y dijéronme su casa. Y con intento de estafarme en más, se fiaron de mí y preguntáronme mi posada, diciendo que no podía entrar paje en la suya a todas horas, por ser gente principal.

Yo las llevé por la calle Mayor, y, al entrar en la de las Carretas, escogí la casa que mejor y más grande me pareció. Tenía un coche sin caballos a la puerta. Díjeles que aquélla era, y que allí estaba ella, y el coche y dueño para servir las. Nombréme don Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que, cuando salimos de la tienda, llamé uno de los pajes, con grande autoridad, con la mano. Hice que le decía que se quedasen todos y que me aguardasen allí —que así dije yo que lo había dicho—; y la verdad es que le pregunté si era criado del comendador mi tío. Dijo que no; y con tanto, acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche oscura, y acogímonos a casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para acompañar un difunto, y se vino con ella. Llamábase éste Magazo, natural de Olías; había sido capitán en una comedia, y combatido con moros en una danza. A los de Flandes decía que había estado en la China; y a los de la China, en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él. Nombraba castillos, y apenas los había visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir yo muchas veces de Luis Quijada que había sido honra de amigos. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que había leído en unas coplas que andaban desto; y como él no sabía nada de mar, porque no tenía de naval más del comer nabos, dijo, contando la batalla que había vencido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fue un moro muy bravo, como no sabía el pobrete que era nombre del mar. Pasábamos con él lindos ratos.

Entró luego mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que había ido a la sopa de San Jerónimo y que pidió porción doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronsele a los otros mendigos para dárselo, y ellos, con el enojo, siguiéronle, y vieron que, en un rincón detrás de la puerta, estaba sorbiendo con gran valor. Y sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar a otros para sí, se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos, chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de palo que se la dio a oler

con más prisa que convenía. Quitáronle la espada, salió a las voces el portero, y aun no los podía meter en paz. En fin, se vio en tanto peligro el pobre hermano, que decía: «¡Yo volveré lo que he comido!»; y aun no bastaba, que ya no reparaban sino en que pedía para otros, y no se preciaba de sopón.

— ¡Miren el todo trapos, como muñeca de niños, más triste que pastelería en Cuaresma, con más agujeros que una flauta, y más remiendos que una pía, y más manchas que un jaspe, y más puntos que un libro de música —decía un estudiantón destos de la capucha, gorronado—; que hay hombre en la sopa del bendito santo que puede ser obispo o otra cualquier dignidad, y se afrenta un don Peluche de comer! ¡Graduado estoy de bachiller en artes por Sigüenza!

Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que, aunque acudía al brodio, que era decendiente del Gran Capitán, y que tenía deudos.

Aquí lo dejo, porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los güesos. [...]

## Capítulo VI

### Prosigue el cuento, con otros varios sucesos

No cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fue dar en el tejado, sino en las manos del escribano. Y cuando me acordaba de lo de las ganzúas y las hojas que había escrito en la causa, echaba de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano.

Pasé la noche en revolver trazas; unas veces me determinaba rogárselo por Jesucristo, y considerando lo que le pasó con ellos vivo, no me atrevía. Mil veces me quise desatar, pero sentíame luego, y levantábase a visitarme los nudos, que más velaba él en cómo forjaría el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse a hora que en toda su casa no había otros levantados sino él y los testimonios. Agarró la correa, y tornóme a repasar las costillas, reprendiéndome el mal vicio de hurtar como quien tan bien le sabía.

En esto estábamos, él dándome y yo casi determinado de darle a él dineros, que es la sangre con que se labran semejantes diamantes, cuando, incitados y forzados de los ruegos de mi querida,



que me había visto caer y apalear, desengañada de que no era encanto sino desdicha, entraron el portugués y el catalán; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar por cómplices en el proceso.

El portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de palabra, diciéndole que él era un caballero «fidalgo de casa du Rey», y que yo era un «home muito fidalgo», y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme a desatar y, al punto, el escribano clamó: «¡Resistencia!»; y dos criados suyos, entre corchetes y ganapanes, pisaron las capas, deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedían favor al Rey. Los dos, al fin, me desataron, y viendo el escribano que no había quien le ayudase, dijo:

— Voto a Dios que esto no se puede hacer conmigo, y que a no ser vs. ms. quien sois, les podría costar caro. Manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés.

Yo vi luego la letra; saqué ocho reales y díselos, y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero, por no confesar que los había recibido, lo dejé, y me fui con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescate. [...]

Salíme a la calle Mayor, y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno. Llegáronse dos caballeros, cada cual con su lacayo. Preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos; yo solté la prosa y, con mil cortesías, los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado a bureo un poco, y yo, que si no lo tenían a enfado, que los acompañaría. Dejé dicho al mercader que si viniesen allí mis pajes y un lacayo, que los encaminase al Prado. Di señas de la librea, y metíme entre los dos y caminamos. Yo iba considerando que a nadie que nos veía era posible el determinar cuyos eran los lacayos, ni cuál era el que no le llevaba.

Empecé a hablar muy recio de las cañas de Talavera, y de un caballo que tenía porcelana. Encarecíales mucho el roldanejo que esperaba de Córdoba. En topando algún paje, caballo o lacayo, los hacía parar y les preguntaba cuyo era, y decía de las señas y si le querían vender. Hacíale dar dos vueltas en la calle, y, aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decía lo que había de hacer para remediarlo. Y quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados y, a mi parecer, diciendo: «¿Quién será este tagarote escuderón?», —porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes, que era hábito y encomienda todo junto—, di-

je yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y a otro primo mío, que entrábamos en unas fiestas.

Llegamos al Prado y, en entrando, saqué el pie del estribo, y puse el talón por defuera y empecé a pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cuál decía: «Éste yo le he visto a pie»; otro: «Hola, lindo va el buscón.» Yo hacía como que no oía nada, y paseaba.

Llegáronse a un coche de damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tía. Eran las vejezuelas alegres, la una de cincuenta y la otra punto menos. Díjelas mil ternezas, y oíanme; que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción. Prometílas regalos y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas, y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario: que las vieses colocadas como merecían; y agradóles mucho la palabra *colocadas*. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la Corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre, que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote. «Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia en cueros, que una judía poderosa, que, por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pie de cuatro mil ducados de renta. Y, si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada.»

Saltó tan presto la tía:

— ¡Ay, señor, y cómo le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta, que le prometo que, con ser yo no muy rica, no he querido casar mi sobrina, con haberle salido ricos casamientos, por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote, pero no debe nada a nadie en sangre.

— Eso creo yo muy bien —dije yo.

En esto, las doncellitas remataron la conversación con pedir algo de merendar a mis amigos:

*Mirábase el uno al otro,  
y a todos tiembla la barba.*

Yo, que vi ocasión, dije que echaba menos mis pajes, por no tener con quien enviar a casa por unas cajas que tenía. Agradecíronmelo, y yo las supliqué se fuesen a la Casa del Campo al otro día, y que yo las enviaría algo fiambre. Acetaron luego; dijéronme su casa y preguntaron la mía. Y, con tanto, se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos a caminar a casa.



Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronse, y, por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Híceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar a buscar mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo y que, así, me diesen licencia. Fuime, quedando concertados de vernos a la tarde, en la Casa del Campo.

Fui a dar el caballo al alquilador, y desde allí a mi casa. Hallé a los compañeros jugando quinolicas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta, y gastar doscientos reales en ella.

Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche, con el cuidado de lo que había de hacer con el dote. Y lo que más me tenía en duda era el hacer dél una casa o darlo a censo, que no sabía yo cuál sería mejor y de más provecho.

## Capítulo VII

### En que se prosigue lo mismo, con otros sucesos y desgracias que me sucedieron

Amaneció, y despertamos a dar traza en los criados, plata y merienda. En fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándoselo a un repostero de un señor, me dio plata, y la sirvió él y tres criados.

Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y a la tarde ya yo tenía alquilado mi caballito. Tomé el camino, a la hora señalada, para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, y asomados unos papeles. Llegué, y ya estaban allá las dichas y los caballeros y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Felipe Tristán, y en todo el día había otra cosa sino don Felipe acá y don Felipe allá. Yo comencé a decir que me había visto tan ocupado con negocios de Su Majestad y cuentas de mi mayorazgo, que había temido el no poder cumplir; y que, así, las apercibía a merienda de repente.

En esto, llegó el repostero con su jarcia, plata y mozos; los otros y ellas no hacían sino mirarme y callar. Mandéle que fuese al





cenador y aderezase allí, que entre tanto nos íbamos a los estanques. Llegáronse a mí las viejas a hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto, desde que Dios me crió, tan linda cosa como aquella en quien yo tenía aestado el matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y zazosita. La otra no era mala, pero tenía más desenvoltura, y dábame sospechas de hocihada.

Fuimos a los estanques, vímoslo todo y, en el discurso, conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes, por inocente. No sabía; pero como yo no quiero las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas es lo mismo que acostarse con Aristóteles o Séneca o con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas; que, cuando sea boba, harto sabe si me sabe bien. Esto me consoló. Llegamos cerca del cenador, y, al pasar una enramada, prendióseme en un árbol la guarnición del cuello y desgarróse un poco. Llegó la niña, y prendiómelo con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello a su casa al otro día, que allá lo aderezaría doña Ana, que así se llamaba la niña.

Estaba todo cumplidísimo; mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles y, estando en esto, vi venir un caballero con dos criados, por la güerta adelante. Y cuando no me cato, conozco a mi buen don Diego Coronel. Acercóse a mí, y como estaba en aquel hábito, no hacía sino mirarme. Habló a las mujeres y tratólas de primas; y, a todo esto, no hacía sino volver y mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero, y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversación con él.

Preguntóles, según se echó de ver después, mi nombre, y ellos dijeron: «Don Felipe Tristán, un caballero muy honrado y rico.» Véiale yo santiguarse. Al fin, delante dellas y de todos, se llegó a mí y dijo:

— V. m. me perdone, que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida a un criado que yo tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar.

Riéronse todos mucho, y yo me esforcé para que no me desmintiese la color y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo.

— ¡Jesús! —decía el don Diego—. ¿Cómo parecido? El talle, la habla, los meneos... ¡No he visto tal cosa! Digo, señor, que es

admiración grande, y que no he visto cosa tan parecida.

Entonces las viejas, tía y madre, dijeron que cómo era posible que a un caballero tan principal se pareciese un pícaro tan bajo como aquél. Y porque no sospechase nada dellas, dijo la una:

— Yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido, que fue gran amigo suyo en Ocaña.

Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y sería de servir las con mi poca posibilidad en todas partes.

El don Diego se me ofreció, y me pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero. Y añadía:

— No creerá v. m.: su madre era hechicera, su padre ladrón y su tío verdugo, y él el más ruin hombre y más mal inclinado que Dios tiene en el mundo.

¿Qué sentiría yo oyendo decir de mí, en mi cara, tan afrentosas cosas? Estaba, aunque lo disimulaba, como en brasas.

Tratamos de venimos al lugar. Yo y los otros dos nos despedimos, y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo, y la madre y tía dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me quería casar con Anica; que se informase y vería si era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, a San Felipe. Nosotros nos fuimos a casa juntos, como la otra noche. Pidiéronme que jugase, cudiciosos de pelarme. Yo entendíles la flor y sentéme. Sacaron naipes: estaban hechos. Perdí una mano. Di en irme por abajo, y ganéles cosa de trecientos reales; y con tanto, me despedí y vine a mi casa.

Topé a mis compañeros, licenciado Brandalagas y Pero López, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes. En viéndome lo dejaron, cudiciosos de preguntarme lo que me había sucedido. Yo venía cariacontecido y encapotado; no les dije más de que me había visto en un grande aprieto. Contéles cómo me había topado con don Diego, y lo que me había sucedido. Consoláronme, aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretensión por ningún camino ni manera. [...]

Comí, y a la tarde alquilé mi caballico, y fuime hacia la calle; y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba a la esquina, antes de entrar, a que pasase algún hombre que lo pareciese, y, en pasando, partía detrás dél, haciéndole lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detrás de la esquina, hasta que volviese otro que lo pareciese; metíame detrás, y daba otra

vuelta.

Yo no sé si fue la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, o si fue la sospecha del caballo del letrado, u qué se fue, que don Diego se puso a inquirir quién era y de qué vivía, y me espiaba. En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento, por papeles, bravamente, y él, acosado de ellas, que tenían deseo de acabarlo, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla, que fue el que me convidó a comer cuando yo estaba con los caballeros. Y éste, enojado de cómo yo no le había vuelto a ver, hablando con don Diego, y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó a comer, y que no había dos días que me había topado a caballo muy bien puesto, y le había contado cómo me casaba riquísimamente.

No aguardó más don Diego, y, volviéndose a su casa, encontró con los dos caballeros del hábito y la cadena amigos míos, junto a la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba, y díjoles que se aparejasen y, en viéndome a la noche en la calle, que me magulasen los cascos; y que me conocieran en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y, en entrando en la calle, topáronme; y disimularon de suerte los tres que jamás pensé que eran tan amigos míos como entonces. Estuvímonos en conversación, tratando de lo que sería bien hacer a la noche, hasta el avemaría. Entonces despediéronse los dos; echaron hacia abajo, y yo y don Diego quedamos solos y echamos a San Felipe.

Llegando a la entrada de la calle de la Paz, dijo don Diego:

— Por vida de don Felipe, que troquemos capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan.

— Sea en buen hora —dije yo.

Tomé la suya inocentemente, y dile la mía. Ofrecíle mi persona para hacerle espaldas, mas él, que tenía trazado el deshacerme las mías, dijo que le importaba ir solo, que me fuese.

No bien me aparté dél con su capa, cuando ordena el diablo que dos que lo aguardaban para cintearlo por una mujercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí. Yo di voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo. Huyeron, y yo quedéme en la calle con los cintarazos. Disimulé tres o cuatro chichones que tenía, y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle, de miedo. En fin, a las doce, que era a la hora que solía hablar con ella, llegué a la puerta; y, emparejando, cierra uno de los dos que me

aguardaban por don Diego, con un garrote conmigo, y dame dos palos en las piernas y derribame en el suelo; y llega el otro, y dame un trasquilón de oreja a oreja, y quítanme la capa, y déjanme en el suelo, diciendo: «¡Así pagan los pícaros embustidores mal nacidos!»

Comencé a dar gritos y a pedir confesión; y como no sabía lo que era —aunque sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien me había salido con la traza de la Inquisición, o el carcelero burlado, o mis compañeros huidos...; y, al fin, yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía a quién echársela; pero nunca sospeché en don Diego ni en lo que era—, daba voces: «¡A los capeadores!» A ellas vino la justicia; levantáronme, y, viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa ni saber lo que era, asíéronme para llevarme a curar. Metiéronme en casa de un barbero, curóme, preguntáronme dónde vivía, y lleváronme allá.

Acostáronme, y quedé aquella noche confuso, viendo mi cara de dos pedazos, y tan lisiadas las piernas de los palos, que no me podía tener en ellas ni las sentía, robado, y de manera que ni podía seguir a los amigos, ni tratar del casamiento, ni estar en la Corte, ni ir fuera.

- Francisco de Quevedo, *El Buscón*. Texto fijado por F. Lázaro Carreter (Barcelona. Juventud, 1968).

# Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo

*La familia de Alonso Jerónimo de Salas (Madrid, 1581 - Madrid, 1635) vivía en el barrio de la Morería. Su padre, Diego de Salas, era hombre de cierta posición y muy devoto de San Isidro Labrador, hasta el punto de que encargó para su tumba una pintura que representara el milagro de los bueyes realizado por el santo. Alonso cursó sus primeras letras en Madrid y, luego, en Alcalá, continuando sus estudios en Valladolid, cuando la Corte se trasladó allí. Empezó pronto a escribir poesía y se relacionó desde muy joven con los mejores ingenios de su época, manteniendo amistad con Cervantes, fray Hortensio Paravicino, José de Valdivielso y Lope de Vega. Perteneció a la Congregación de Esclavos del oratorio del Olivar, donde coincidió con Lope, Cervantes, Quevedo, Espinel y Calderón. Obtuvo un puesto subalterno y mal pagado en el servicio de la Reina, pero lo que más pareció divertirle siempre fue participar en justas, tertulias y Academias literarias, y escribir, escribir sin parar.*

*Cultiva Salas Barbadillo todos los géneros, desde la comedia a la poesía, de la epístola a la novela, pero es sin duda en el narrativo donde se encuentra más a gusto, especialmente en el subgénero de la novela satírica y de costumbres, que es al que se dedica con más asiduidad y originalidad. Patrona de Madrid restituida (1609), La hija de Celestina (1612) y La ingeniosa Elena (1614), El caballero puntual (1614), La casa del placer honesto (1620), Don Diego de noche (1623) y El curioso y sabio Alejandro (1634) son algunas de sus novelas o colecciones de novelas más famosas. En La hija de Celestina y La ingeniosa Elena, así como en La casa del placer honesto, intenta Salas cambiar la atmósfera*



convencional de las novelas cortesananas por una ambientación más realista, a lo que contribuyen la intención satírica, el tono irónico y la creación de una serie de personajes-tipo que permiten al autor describir de manera crítica la sociedad española de la época. En *El curioso y sabio Alejandro se ridiculiza a un goloso, a un majadero, a un tramposo y a un maldiciente*, siguiendo la línea de crear personajes-tipo y de desarrollar por medio de ellos una visión satírica del mundo.

Muchas de las novelas de Salas tienen por escenario las grandes ciudades y, especialmente, Madrid. La novela que en este caso hemos elegido, *La hija de Celestina* (y *La ingeniosa Elena, su refundición ampliada*), es una narración de tono picaresco y burlesco en la que se nos cuenta la vida de una aventurera madrileña —de padre lacayo y madre morisca, esclava y lavandera, llamada Celestina— que acabará sus días en prisión, en la Cárcel de Corte, después de haber ejercido la prostitución y haber envenenado a su compañero Montúfar. Puede que este relato, que mantiene vivo el modelo creado por Francisco de Rojas en *La Celestina*, sirviera de inspiración a *Les Hypocrites* de Scarron y al *Tartuffe* de Molière.

El Madrid que nos presenta Salas Barbadillo no dista mucho del que nos ofrece Castillo Solórzano: paseos por el Prado y por la calle Mayor para ver y dejarse ver en la Corte, y, sobre todo, esas divertidas y frívolas mujeres que, en esta ocasión, van a comprar joyas a La Platería y telas a la Puerta de Guadalajara, y cuyo único objetivo es, siempre, desplumar a sus pretendientes. Quizá sean de especial interés las alusiones al río Manzanares, y no por criticar, como de costumbre, la escasez de sus aguas, sino porque lo describen como el lugar adonde iban a lavar las esclavas, el centro de diversión —no muy santa, por cierto— entre lacayos y fregonas, el sitio preferido para el esparcimiento de damas y caballeros, que acudían a sus orillas para merendar o cenar en alegres tertulias. Además, el río será el lugar elegido por Salas para que Elena sea ajusticiada, a pesar de que, en general, la Plaza Mayor y, más tarde, la de la Cebada fuesen los puntos más usuales de ejecución.

# *La hija de Celestina y La ingeniosa Elena*

## Capítulo III

### **La hija de Celestina y demás compañeros prosiguen su camino, y ella cuenta a Montúfar su vida y nacimiento**

Poníales el miedo alas a Elena y sus compañeros, y al cochero cierta cantidad con que le untaron las manos, dándole a entender que para negocio de mucha importancia les convenía pasar a Madrid, y así más parecían aves por el viento que caminantes por la tierra. El que mal vive no tiene casa ni ciudad permanente porque antes de poner los pies en ella, hace por donde volver las espaldas, ganando con uno a quien ofende a todos por enemigos porque como se recelan justamente de igual daño, recibe la ofensa por común y, aunque sea criatura tan desamparada del socorro del cielo que nunca tenga pesar del mal que hace, por lo menos jamás le falta el del temor, considerando cuán graves castigos le están guardados si da en las manos de la justicia.

Este oficio miserable, que con tanto estudio y peregrina diligencia infinitos aprenden, de robar lo ajeno tiene una condición extraña en que de los otros mucho se aparta, y es que a los demás lo que ordinariamente los sucede es que sus profesores viven tantos años en ellos que, vencidos de la edad, viéndose inútiles para el trabajo, los dejan porque les faltan fuerzas y no vida, pero a este ejercicio de quien vamos hablando, como mueren siempre en lo más verde y lozano de la edad en manos ajenas y con no poco acompañamiento los que dél se valen, déjanlo por falta de vida y no de fuerzas.



Hombre, ¿es posible que cuando no tengas ojos para ponellos en el respeto que a Dios debes, pisando la honra que tus padres te comunicaron, que, aunque fuesen de humilde nacimiento, como viviesen debajo de las leyes sin ofensa de Dios y de su vecino eran nobles en lo más importante, que quieras más la bajeza de un vicio que veinte años de vida, que te quita un verdugo? Locuras tiene el mundo y naide hay en él tan bien aconsejado que deje de alcanzar su parte, pero ésta es sin duda la más ciega, y a quien aun no ampara ni disculpa la flaqueza natural si no es en el último extremo.

Ellos caminaban y, aunque la hora de la noche pedía sueño, el temor no consentía porque es cama muy dura. Sobre ella naide descansa. Al más perezoso inquieta y desvela, haciéndole contar igualmente todas las horas de la noche que, aunque sea muy breve, siempre la que no se duerme parece una eternidad.

Elena, que quiso divertir a Montúfar para que no se desanimase, porque en los suspiros que iba dando mostraba más arrepentimiento que satisfacción, dijo así:

— Muchas veces, amigo el más agradable a mis ojos, y por esta razón entre tantos elegido de mi gusto, me has mandado y yo he deseado obedecerte, que te cuente mi nacimiento y principios y siempre nos han salido al camino estorbos que no han dado lugar. Agora nos sobra tiempo y el que nos corre es tan triste que necesita mucho de que le busquemos entretenimiento, y porque el que yo te ofrezco sin duda te será muy apacible, por ver si en la mucha ociosidad desta noche puedo dar fin a lo que tantas veces empecé, prosigo:

»Ya te dije que mi patria es Madrid. Mi padre se llamó Alonso Rodríguez, gallego en la sangre y en el oficio lacayo, hombre muy agradecido al ingenio de Noé por la invención del sarmiento. Mi madre fue natural de Granada y con señales en el rostro, porque los buenos han de andar señalados para que los otros se diferencien, servía en Madrid a un caballero de los Zapatas, cuya nobleza en aquel lugar es tan antigua que naide los excede y pocos los igualan. Al fin, esclava, que no puedo yo negarte lo que todos saben. Llamábanla sus amos María y, aunque respondía a este nombre, el que sus padres la pusieron y ella escuchaba mejor fue Zaira. Era persona que en esta materia de creer en Dios se iba a la mano todo lo que podía, y podía mucho, porque creía poco. Verdad es que cumplía cada año con las obligaciones de la Iglesia, temerosa destos tres bonetes que dejamos en Toledo, porque de su cárcel salieron a morir mis abuelos. Íbase a los pies del confesor a



referir los pecados de sus amos, de quien siempre se quejaba, porque su persona la justificaba tanto que, si fuera verdad lo que ella al padre de su alma decía, la pudieran canonizar. Pareció bien en su mocedad y tanto que más de dos de las cruces verdes y rojas desearon mezclar sangres, ofreciéndole la libertad, pero ella, que con natural odio, heredado de sus mayores, estaba mal con los cristianos, se excusó de no juntarse con ellos y así hizo desto firme voto a su profeta, que observó rigurosamente exceptando los gallegos, por parecerle que entre ellos y los moriscos la diferencia no es considerable.

»Bajaba a lavar la ropa de sus amos y la de algunos criados de importancia los sábados a Manzanares, río el más alegre de fregonas y el más bien paseado de lacayos de cuantos hoy se conocen en España, en cuya prueba, si fuera necesario y alguien lo dudara, trujera muchos lugares autorizados de poetas. Allí acudían a celebrarla, el rato que podían hurtar a sus amas, todos cuantos esclavos había de sillas en la Corte, y ella igualmente remediaba necesidades con la misma voluntad, al de Túnez que al de Argel, aunque a los de Orán parece que con alguna diferencia de más agrado recibía, porque tenía deudos en aquella tierra, y, aunque no la traían cartas de favor en recomendación, ella sabía a lo que debía acudir y así lo hacía con toda diligencia. Túvola tanta en agradar a su ama que, cuando murió, la dejó libre en agradecimiento de que la acabó de criar una criatura con mucha salud después de haber andado en manos de infinitas amas, y siempre enferma y tanto que los médicos desesperaron de su vida. Púdolo hacer ella muy fácilmente porque los más años, imitando a la buena tierra, daba fruto, que de algo la había de servir la conversación de tanto moro caballero con quien solía emboscarse por aquel soto y quitarse todos los malos deseos. Luego que se vio libre, como para acudir a las necesidades desta vida, que son tantas y todas tan importunas, quien nace sin renta ha menester oficio, se aplicó al de lavandera, y hacía lo con tan extremada gracia y limpieza, que quien no traía la ropa lavada de manos de la morisca no pensaba que podía parecer a los ojos curiosos de tanto cortesano sin vergüenza.

»En este tiempo, que ya ella estaba cerca de cumplir una cuarentena de años, se casó con el buen Rodríguez, aquel mi honrado padre que Dios haya perdonado. Admiráronse mucho todos los que le conocían la condición de que hubiese celebrado bodas con una mujer que traía siempre las manos en el agua, pero él se excusaba con decir que al amor todas las cosas le son fáciles. Hízose luego preñada de mí, que, por habérsele muerto los demás hijos,



lo deseaba mucho. El parto fue feliz, porque no le trujo la costa peligrosa de dolores y ansias que otros suelen. Ya ella había mudado de oficio porque, volviéndosele a representar en la memoria ciertas liciones que la dio su madre, que fue doctísima mujer en el arte de convocar gente del otro mundo, a cuya menor voz rodaba todo el infierno, donde llegó a tanta estimación que no se tenía por buen diablo el que no alcanzaba su privanza, empezó por aquella senda y, como le venía de casta, hallóse en pocos días tan aprovechada que no trocara su ocupación por docientas mil de juro, porque creció con tanta prisa este buen nombre que, antes que yo pudiese roer una corteza de pan y me hubiesen en la boca nacido para ello los instrumentos necesarios, tenía en su estudio más visitas de príncipes y personas de grave calidad que el abogado de más opinión de toda la Corte, y naide se espantaba dello, antes todos conocían ser puesto en razón, porque también ella parecía siempre que era necesario en juicio y defendía causas de tal suerte que en el tribunal del amor no se determinaba negocio sin su asistencia, porque era sujeto en quien concurrían todas las partes necesarias. Oía a todos con atención; despachaba con puntualidad y satisfacción de la parte, y al que no tenía justicia le desengañaba luego; si se prendaba por Pedro y era su contrario Juan, le huía el rostro, avergonzándose infinito de lo mal que en esto proceden muchos juristas, y así decía muchas veces: «No quiero abarcar mucho viviendo con malos tratos. Hágame Dios bien con lo que lícitamente puedo ganar, que con eso lucirá mi casa y crecerá mi hija.» Y sobre todas sus gracias tenía la mejor mano para aderezar doncellas que se conocía en muchas leguas, fuera de que las medicinas que aplicaba para semejantes heridas estaban aprobadas por autores tan graves que su doctrina no se despreciaba como vulgar, y hacía en esto una sutileza extraña que adobaba mejor a la desdichada que llegaba a su poder segunda vez que cuando vino la primera. De modo fue, amigo, lo que te cuento que sucedió en realidad de verdad que hubo año, y aun años, que pasaron más caros los virgos contrahechos de su mano que los naturales. ¡Tan bien se hallaban con ellos los mercaderes deste gusto! Parecía que tenía tantas almas como personas con quien trataba, porque se ajustaba tan estrechamente a sus voluntades que cada uno pensaba que era otro él. Como el pueblo llegó a conocer sus méritos, quiso honralla con título digno de sus hazañas y así la llamaron todos en voz común *Celestina*, segunda deste nombre. Pensarás que se corrió del título. ¡Bueno es eso! Antes le estimó tanto que era el blasón de que más cuenta hacía.





*Escenas de medicina. Bartolomé Vázquez.*

»Mientras ella andaba en estos ejercicios, el bueno de mi padre acudía a sus devociones sin dejar ermita que no visitase en cuya jornada, como iba a pie, y eran tantas, sólo Dios y él saben los muchos tragos que pasaba, haciendo tan largas oraciones que muchas veces se quedaba arrobado horas y horas, y aun las noches y días enteros. Pasólo bien mucho tiempo, hasta que un muchacho que le andaba a los alcances dio noticia a los demás, y, entre otros renombres que le achacaron, el que más le dolió fue *Pierres*. A los principios desta persecución que él padecía del vulgo pueril, que suele ser el más desvergonzado y el menos corregible, valióse de una industria que fue excusarse de las calles principales, pero él hizo obras tales que llegaron a conocelle en los últimos arrabales, donde le cantaban la misma musa. Estuvo muy determinado —casi, casi resuelto— a tener vergüenza, apartándose deste mal vicio por excusarse de la afrenta, pero como achaque antiguo y envejecido en la persona con la edad, curóse mal, y, por más que afirmó los pies, volvió a dar de cabeza, sin hallarle remedio los médicos, que con esta enfermedad acabó sus días con no poco dolor del pueblo, que con él se entretenía, en este modo: en una fiesta de toros donde se hallaron los Reyes, entró a romper unos rejonnes, en presencia de los ojos de su dama por pagarles un singular favor que le habían hecho, cierto príncipe acompañado de más de docientos lacayos, todos de una librea. Entre los que vistió fue uno mi padre, y como él, antes de entrar en la plaza, hubiese acudido a sus estaciones y trujese la cabeza trabajosa, tanto que se había bajado el gobierno del cuerpo a los pies, pensando que huía del toro, le salió al camino y se arrojó sobre sus cuernos. Llegaron aprieta para velle todos los caballeros, pero ya él había dado su alma a Dios y a la tierra más vino que sangre. A todos les pesó y a su amo más que a todos; al fin, con traelle a casa para que le diésemos sepultura, le hicieron pago. Mi madre y yo le lloramos, como cuerdas, lo menos que pudimos, y aun para esto fue menester esforzarnos. Decían unos vecinos nuestros, gente de no mala capa pero de ruin intención, considerando la vida de mi padre, que fue pacientísima, y después la muerte en los cuernos de un toro, que se había verificado bien aquel refrán: «¿Quién es tu enemigo? El que es de tu oficio»; y sobre esto glosaban otros, extendiéndose a muy largos comentarios. Nosotras hicimos a todo oídos de mercader, hasta que el tiempo que olvida las cosas más graves sepultó ésta entre las demás.

»Ya yo era mozuela de doce a trece, y tan bien vista de la Corte que arrastraba príncipes que, golosos de robarme la primera flor,



me prestaban coches, dábanme aposentos en la comedia, enviábanme las mañanas de abril y mayo almuerzos y las tardes de julio y agosto meriendas al río de Manzanares. Mirábanme invidiosas algunas destas doncelluelas fruncidas y decían: «Miren con el toldo que va la hija de Pierres y Celestina», sin acordarse que yo me llamaba Elena de la Paz: Elena, porque nací el día de la Santa, y Paz, porque se llamaba así la comadre en cuyas manos nací, que, sacándome después de pila, quiso hacerme heredera de su nombre. Ellas me cortaban de vestir aprisa, y mucho más los sastres, porque como mi madre se resolviese a abrir tienda, que al fin se determinó antes que yo cumpliese los catorce de mi edad, no hubo quien no quisiese alcanzar un bocado, obligándome primero con alguna liberalidad, y fueron tantas las que conmigo usaron que ya me faltaban cofres para los vestidos y escritorios para las joyas.

»Tres veces fui vendida por virgen: la primera a un eclesiástico rico, la segunda a un señor de título, la tercera a un ginovés que pagó mejor y comió peor. Éste fue el galán más asistente que tuve, porque mi madre envió un día, valiéndose de sus buenas artes, en un regalo de pescado que le presentó, bastante pimienta para que se picase de mi amor toda su vida. Andaba el hombre loco, y tanto que, habiendo destruido con nosotras toda su hacienda, murió en una cárcel, habrá pocos días, preso por deudas.

»Temióse mi madre de la justicia y quiso mudar de frontera. Partímonos a Sevilla y, en el camino, por roballa, unos ladrones la mataron, y acompañárala yo en esta desdicha si no me hubiera quedado, en razón de venir con poca salud, más atrás dos leguas. Supe la triste nueva de su muerte luego, y, sin pasar más adelante, me volví a Madrid, donde te encontré en casa de aquella amiga y me aficioné de tus buenas partes, siendo el primer hombre que ha merecido mi voluntad y con quien hago lo que los caudalosos ríos con el mar, que todas las aguas que han recogido, así de otros ríos menores como de varios arroyos y fuentes, se las ofrecen juntas, dándote lo que a tantos he quitado. De allí, como tú sabes, pasamos a esta ciudad de Toledo, de donde volvemos tan acrecentados que, si tú no tuvieras más angosto el ánimo de lo que yo pensé, trujeras mejores alientos. Y porque parece que la conversación ha sido salsa que te ha hecho apetecer el sueño, sosegando algún tanto la inquietud de tu espíritu, reclínate un poco y reposa, considerando que todo lo que el miedo es bueno antes de cometer un delito, porque suspende la ejecución dél, es malo después, porque turba al culpado tanto que suele, en vez de huir de quien con diligencia le busca, ponerse él mismo en sus propias manos. [...]

## Capítulo XI

### **Elena y Montúfar huyen a Madrid, adonde se casan y viven con infame libertad hasta que acaban sus días miserablemente**

Más pudo la prevención de Elena que la mucha diligencia de la justicia. Buscábanla dentro y fuera de la ciudad, no había parte adonde no la cercasen con asechanzas, y ella, como cuerda, estábase a la mira, encerrada en una casa de confianza y seguridad hasta que pasasen los rayos. Corrióse el vulgo de haber sido engañado, y volviendo el devoto respeto en insolente venganza, si mucho habían cantado en sus loores, más dijeron afeando sus vicios. Los muchachos, que en todos los casos públicos tienen parte y no la menor, les hicieron coplas en aquel modo que ellos saben, donde por lo menos dicen lo que quieren y muchas veces con tan buena gracia que los hombres cuerdos, y de cuyo parecer se hace siempre caso, no se admiran poco.

Pero la variedad de los sucesos, que trayendo unos olvida otros, dio de mano a esta novedad, y tanto que se puso silencio en ella como si nunca hubiera sucedido. Entonces salió Elena y su compañero Montúfar, arrebatando el camino de Madrid; vinieron públicamente, quietos sus ánimos y bien seguros de que naide les iba a los alcances.

Entraron en la Corte ricos y casados, y la cara de Elena con tanto derecho a parecer hermosa, que quien la daba otro nombre no la hacía justicia. Los primeros días se trató de recogimiento hasta que se aseguraron de que don Sancho de Villafañe estaba en Toledo, tan despicado de los amores como del hurto, y así poco a poco fueron sacando el cuerpo del agua y empezaron a reconocer la tierra.

Obligóse Montúfar, cuando se dio por esposo de Elena, a llevar con mucha paciencia y cordura, como marido de seso y al fin hombre de tanto asiento en la cabeza, que ella recibiese visitas, pero con un ítem: que habían de redundar todas en gloria y alabanza de los cofres, trayendo utilidad y provecho a la bolsa, y que, siendo esto así, no pudiese afilar sus manos en la cólera para ponerlas en ella.

Movíanle para que hiciese esto grandes razones al honrado varón, y la mayor y más fuerte era el ver que se usaba mucho y parecía bien que él, en materia tan grave, no había de introducir



costumbres nuevas, pues en las cosas más pequeñas, como hasta en ponerse unos puños algo mayores de los que comúnmente se traen, es mal admitida la novedad y se alborota un vulgo que en todas partes es bárbaro. Tomó el hábito en la religión de los maridos cartujos y profesó como los demás el voto de callar siempre, seguro de que no se le dilataría hasta la otra vida la corona de lo que padeciese en este martirio, porque luego le saldría a la frente y, al paso que fuese padeciendo, vería coronarse.

Ella dio parte de su venida a las amigas importantes, a las mujeres de negocios que saben con habilidad acomodar gustos ajenos, mejor que si fueran propios. Éstas vinieron, y, sacándola ya un día a la comedia, ya otro al Prado y ya a la calle Mayor al estribo de un coche, donde mirando a unos y riéndose con otros, no despidiendo a los que se llegaban a conversación, empezó su labor y volvió con más danzantes a casa que día de Corpus Christi.

El señor, el amado esposo no faltaba a lo capitulado; antes con su mucha modestia animaba a los amantes cobardes a que se atreviesen, y los traía de la mano hasta dejallos sentados con su mujer en el mismo estrado. Procuraba arrimarse siempre al lado de hombres de sustancia, más en la bolsa que en el ingenio, y a éstos, aunque trujese la ocasión arrastrándola por muchos rodeos, alababa a su mujer con peregrinos hipérbolos, tanto que por su relación quedaban enamorados. Y por no hacellos penar mucho, como él era tan negro de bueno, sin dalles lugar a que le cansasen con ruegos importunos, les ponía la caza a los ojos para que el que la quisiese la matase, asegurándoles de que no entraban en lo vedado, porque él tenía aquella recreación para todos sus señores y amigos.

Después de haber comido a mediodía, pocas veces volvía a su casa, pero por si acaso alguna vez lo hiciese desadvertido y hubiese ocupación de respeto, por donde le estuviese bien aun no tocar con los pies el zaguán, se ponía siempre una seña en la ventana. Alzaba él los ojos desde la esquina de su calle no con pequeña pesadumbre y miraba lo que el índice señalaba y, si no había lugar de entrar, alegrábase infinito, considerando que aquello era todo acrecentar hacienda, y, volviendo las espaldas, íbase un rato a alguna casa de juego, donde todos le hacían jugar, unos de cortesía en honor y reverencia de su esposa, a cuyo blanco tiraban los más, y otros de miedo de las armas que traía en la cabeza, recelándose justamente de algún peligro, porque el daño que les podía hacer aquel hombre no estaba en su mano, sino en su frente.

Muchos picaron en la sartén, pero ninguno más bien que un



hidalgo granadino, hombre de tanta calidad que estaban los papeles de su nobleza ya que no en los archivos de Simancas, en los de la Inquisición de Córdoba. Éste, pues, que descendía de ciudadanos de Jerusalén y tenía su solar en las montañas de Judea, sacó por servicio suyo de las cárceles obscuras donde había largo tiempo que vivía aprisionado, su dinero. Vieron la luz del cielo sus doblones, y supieron en qué parte de Madrid estaba la Platería y Puerta de Guadalajara, quedándose mucha cantidad dello en ella. Este mezquino ensanchó el ánimo y arrojó por la tierra la gruesa hacienda que había adquirido desde los humildes principios de tendero de aceite y vinagre, papel y abujetas de perro, y el que fue escaso con su persona y se negó aun aquello, porque forzosamente ejecuta la naturaleza para la comida y el vestido, entonces liberal ocupó sus cofres de ricas galas, los escritorios de costosas joyas, las paredes, en invierno, de paños herejes flamencos, y en verano, de telas católicas milanesas. Dióle tantas camas como colgaduras y tantos estrados como camas. La Holanda se la metía a piezas, el lienzo a cargas. Tenía solamente para regalalla en todas las partes correspondientes: de Portugal le enviaban olores atractivos, costosos dulces y barros golosos; de Venecia, generosos vidrios; de Galicia, pescados; de la Montaña, pernils; de Sevilla, aceitunas; de Aragón, frutas; de Barcelona, estuches. En haciéndose en la plaza cualquier fiesta, le alquilaba la mejor ventana. Sustentaba un coche por su servicio, que todos los días, por las mañanas a las siete y por las tardes a las dos, se le clavaban a sus puertas por si quería salir de casa. En todas las comedias nuevas tenía aposento. No había bello jardín o casa de recreación en la Corte que para ella tuviese llave. Todos le concedían franco paso, porque la diligencia del pobre amante se ocupaba solo en solicitalle su gusto.

Agradábase Montúfar mucho del trato deste caballero, cuyos pasados trujeron la cruz del Santo Pescador. Echábale muchas bendiciones cada día porque, cuando estaba a la mesa y comía alguna cosa de particular regalo, decía: «¡Bien haya quien tal envió!» Cuando se sentaba en la silla decía: «¡Bien haya quien tal dio!» Cuando miraba a la colgadura: «¡Bien haya quien tanto bien me hizo!» Al fin no había trasto en casa que no le diese ocasión para cubrille de bendiciones.

Reíasele la fortuna y mirábale apacible al honrado paciente, hasta que un día se volvió el viento, y el mar que estaba leche bramó con espantosa borrasca: vio que Elena admitía la conversación de un mozuelo inútil, destos que toman siempre a la una de la noche pesadumbre con las esquinas y juran después, a la maña-



na, que las mellas que hicieron a su espada procedieron de dar muchas cuchilladas en los broqueles de su contrario. Advirtiéndola una y muchas veces que no lo hiciese, pero como ella perseverase, y tanto que de celoso y corrido volvió las espaldas a más no poder el Caballero del Aspa, sacándola un día por engaño al campo, Montúfar tomó satisfacción, imitando el castigo que hizo en ella y en la ya difunta Méndez, camino de Burgos.

Cegóse Elena de cólera y, suspirando por la venganza, puso luego las manos en la masa. Cenaban una noche juntos, después de haber pasado algunos días, al parecer ya muy amigos, pero el ánimo de Elena estaba armado y tan deseoso de sangre como se vio por el suceso.

Pidió él, como otras veces solía, algún dulce para postre de la cena, y levantóse ella de la mesa muy solícita, dando a entender que el cuidado de regalalle la inquietaba, y trujo un vidrio de guindas, aderezadas con tanto olor que, en puniéndole sobre los manteles, le animó más el deseo. Abrióle y con buen ánimo se entró por el dulce adelante hasta velle el fin. Pero apenas le tuvo la conserva, cuando él se halló embarazado de unas bascas mortales. Encendiósele el rostro; arrojó por el suelo la silla donde estaba sentado; desabrochóse los botones, así los del jubón como los de la ropilla.

En medio desta turbación conoció su daño y, corriendo adonde estaba su espada para vengarse de quien le había dado a beber la muerte, acometió a Elena, que temerosa, dando gritos, se entró al aposento donde tenía la cama, pidiendo favor. Detrás de las cortinas, al lado de la cabecera, estaba escondido su amigo, ocasión destes daños, que por mal nombre le llamaban en Madrid Perico el Zurdo; parecióle que aquella ocasión era forzosa y, saliéndole al paso a Montúfar, que entraba ignorante de semejante encuentro, le dio una estocada que le pasó el corazón.

Al ruido que hizo y gritos que dio Elena cuando huía, entró un alguacil que pasaba entonces de ronda, acompañado de mucha gente, y, viendo el suceso miserable, dio con ellos en la Cárcel de Corte. Vino luego uno de los señores alcaldes, a quien se dio cuenta del negocio, y confesaron sin resistencia porque la probanza estaba clara.

Era el Perico hijo de vecino de Madrid y tenía dos honrados entretenimientos, uno en el Rastro y otro en el Matadero, en que sucedió a su padre y abuelo, que le dejaron con este oficio tan rico como mal dotrinado. Defendíase para no morir diciendo que el oficio de sus pasados y el suyo era matar carneros y que, por muchos

que habían acabado hasta entonces en sus manos, en vez de castigo se le había dado paga, y que no sabía por qué razón, siendo el difunto mayor carnero que los demás y conocido de todo el mundo por animal deste género, se había de hacer esta particular demostración puniéndole a él en prisiones y condenándole a muerte. Amargóle la gracia porque, dentro de dos días, le hicieron joyel de la horca, colgándole della con satisfacción de toda la Corte. No le acompañó Elena porque a la tarde la sacaron, causando en los pechos más duros lástima y sentimiento doloroso, al río de Manzanares, donde, dándole un garrote, conforme a la ley la encubaron.

Hizo testamento y mandó restituir a don Rodrigo de Villafañe el hurto como quien podía, por tener tan gruesa hacienda. Era ya muerto el viejo y heredó don Sancho, que, admirado de tantos engaños como le habían pasado con Elena y mucho más de su miserable fin, propuso de allí adelante vivir honesto casado.

Antonio de Valladolid, que ya era hombre y servía a don Sancho de camarero, que fue el paje que ella dejó encerrado, tomó el hábito de una religión, que las más veces del mal fin de un malo se sigue la enmienda de infinitos vicios.

Florece entonces en Toledo entre tantos espíritus gentiles un poeta, ilustre en escribir epitafios, el cual, siendo bien informado de la vida de Elena, trabajó éste para su sepultura, con que mi pluma dará el último paso y se cerrarán las puertas desta historia:

*Elena soy, y aunque de Grecia el fuego  
no hizo por mi ocasión a Troya ultraje,  
parece que era griega en el lenguaje,  
porque yo para todos hablé en griego.  
Huésped siempre metí; siempre hice juego  
de la Verdad; neguéla el vasallaje:  
virtud es vinculada en mi linaje,  
que hasta en esto da muestras de gallego.  
Dos padres virtuosos me engendraron  
—gente de poco gusto en la conciencia—:  
padre gallego y africana madre.  
Después de muerta al agua me arrojaron  
para que se vengase en mi inocencia  
el mayor enemigo de mi padre. [...]*

- Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *La hija de Celestina y La ingeniosa Elena*. Ed. J. Fradejas Lebrero (Madrid. Instituto de Estudios Madrileños, 1983).



## Alonso de Contreras

*Nuestro aventurero escritor (Madrid, 1582 - Madrid, después de 1641) pertenece a la generación de Quevedo y Paravicino. Según nos cuenta él mismo, desde muy joven quiso ser capitán. Nació en una familia de padres pobres con dieciséis hijos, una de esas familias que alimentarían con su prole los contingentes de soldados que Castilla y la Corona necesitaban. De niño, Alonso mata a un compañero al salir de la escuela y es desterrado. Cuando vuelve, su madre le pone a trabajar en casa de un orfebre, pero ya el primer día arroja a la cabeza de la patrona un balde de cobre y la descalabra. Es entonces cuando anuncia a su madre que quiere ser soldado. Comenzará de mozo de cocina en un batallón y partirá con la tropa a Italia. De Nápoles y Sicilia pasa a Malta, donde vive en incesante guerra, bajo la perenne amenaza del turco.*

*Cuando vuelve a España, quiere ser soldado formal en las guerras del Continente. Aspira a ser capitán, pero, estando en el pueblo de Hornachos, el azar le llevará hasta unos ataúdes llenos de armas, presuntamente destinados a una rebelión de los moriscos (¿preparaban éstos en realidad la revuelta que dio lugar a su expulsión?). El comisario le recomienda que calle el asunto, y todo se complica: se le encarcela y se le abre un proceso por todo lo alto, hasta que se presentan en Madrid las pruebas fehacientes de su inocencia. A raíz de este episodio, la pésima impresión que tenía Contreras de los hombres de leyes y de los funcionarios palatinos va en aumento. En las páginas seleccionadas podemos ver la sensación de abandono y la desesperanza que experimentaba gran parte de la clase militar respecto de la Corte madrileña.*

*Es casi un milagro que existan unas memorias como éstas en la literatura española y que estén escritas con tal pureza narrativa, con unos diálogos tan frescos y tan ágiles. Es muy posible que su autor las escribiera animado por Lope de Vega, íntimo amigo del aventurero, a quien dedicó su comedia El rey sin reino. La autobiografía de Contreras es un interesantísimo documento que describe a un auténtico soldado español de las batallas navales contra el turco y de la guerra de los Treinta Años.*

*El Madrid del que nos habla Alonso de Contreras no es sólo el de las botas y capas coloradas de los soldados, sino también el del ambiente cortesano que rodea la casa de Lope de Vega, donde éste le acogió cuando estaba sin blanca, dándole cobijo durante ocho meses. Alonso es todo un pícaro madrileño, un habitual de la Plaza Mayor que frecuenta la calle de la Concepción Jerónima y las gradas de San Felipe. El variopinto Madrid de Contreras está evocado con todo lujo de detalles y con gran realismo. Piénsese, por ejemplo, en la precisión con que está descrito el camino de los ajusticiados desde la calle de las Fuentes, pasando por la Plaza Mayor, hasta la calle de Segovia y la Cruz Verde.*

# *Vida del capitán Alonso de Contreras*

## Capítulo X

### En que se sigue el levantamiento de testimonio sobre que era rey

En suma: trujeron al tiniente cura de San Ginés que estaba a tres casas, y arrimándome a un rincón me confesé. ¡Pluguiera Dios fuera hoy que escribo ésta la cuarta parte tan bueno como entonces!

Supliqué y pedí con citación al confesor que a otro día había de dar cuenta de lo que le pedía al secretario Prada y a mi madre, y era suplicalle de mi parte se siguiese la causa, porque en ningún tiempo se dijese yo había sido traidor al Rey, con lo cual se acabó la confesión y se fue el tiniente cura. Y a mí me pusieron unos grillos, y ataron muy bien encima de una mula de silla, y por debajo de la barriga de la mula ataron el otro pie en que no iban grillos.

Salimos de casa, que vivíamos a la rinconada de San Ginés. Subiéronme por donde van los ahorcados; entré en la plaza y bajáronme por la calle de Toledo y Puerta Cerrada, calles de los Ajusticiados; verdad es que era camino de la Puente Segoviana, por donde habíamos de ir para Hornachos donde me llevaba, que pudo decírmelo, con que escusara aquella aprensión que tomé de que me llevaban a dar garrote. En suma, caminamos nuestro camino lo que quedó de la noche, y a cada sombra de árbol pensaba que era el verdugo. Amanecimos en Móstoles; caminamos a Casarrubios, donde dimos cebada y almorzamos, aunque yo de mala gana. Y díjele al alguacil por qué no me decía adónde íbamos, y



hubiera ahorrado tan gran pesadumbre como había tomado aquella noche. Díjome que íbamos a una tierra que no me lo quería decir, porque llevaba orden del Consejo, hasta que estuviésemos en ella; que aún me quedó algunas sospechas.

Llegamos a la vista de Hornachos, y entonces dijo que íbamos a él, y que se había de hacer una diligencia aquella noche; que no habíamos de entrar hasta media noche. Nuevos pensamientos para mí, que estuvimos en una huerta aguardando la hora, y yo pensé era la postrera, pero no me daba cuidado. Siempre que haya de ser me coja como entonces, que me contento.

A la entrada del lugar me quitó los grillos y desató diciéndome:

— Vuesamerced diga la casa donde estaban las armas.

Dije:

— Señor, yo no conozco el lugar, porque no estuve en él más de una tarde y una noche. Y cuando me llevó el soldado era de noche, y ha cinco años; pero póngame vuesamerced en una calle que hay que está arriba, donde hay una fuente, que espero en Dios acertar la casa.

Hízolo y dije:

— Ésta o ésta es la casa.

Dijo:

— Pues vámonos a la posada.

Fuimos y dábame de cenar. ¡Reventado sea! ¡Mire si me había dado buena cena con semejantes tragos!

Amaneció y dieron traza para que yo entrase en las dos casas, sin escándalo, a reconocerlas. Y fue que entrando en otras primero, decían era enviado del obispo de Badajoz a ver las casas si tenían imágenes y cruces, y como yo era ermitaño creyéronlo, y fue causa que vinieron santeros con estampas de papel a Hornachos, que se hicieron ricos, y no había puerta que no tuviese dos o tres cruces, que parecía campo de matanza. Entré en la casa y topé el silo, pero no estaba como yo lo había confesado en mi confesión, que era blanco como una paloma y de algunos treinta pies de largo y veinte de ancho.

Halléme confuso y, arrimado a la pared, con el dedo estuve arañando, como confuso, cuando quiso Dios que cayó un pedazo de lodo de donde arañaba y debajo quedó blanco. Reparé en ello y dije:

— Señor, traigan quien derribe una tapia, porque rasqué todas las paredes y no había blanco más de las tres, y la una era negra.

Trujeron quien la derribase la negra y luego quedó el silo como yo lo había dicho, porque habían echado una tapia en medio



Cesare Vecellio.



del silo y de un aposento habían hecho dos, y echado una capa de barro encima.

Prendieron al dueño de la casa. Dijo que él había comprado la casa dos años había de otro morisco, que no sé cómo se llamaba; más de que yéndolo a prender, como había ya sabídose el ruido del derribar la casa, tomó una yegua que tenía y se fue a Portugal, que costó harto de sacarlo dél; embargáronle su hacienda, que la fiesta fue para el alguacil y los guardas. Con esto ya me tenían con menos cuidado. Despachóse a la Corte con lo dicho, que estimó el Alcalde la nueva.

Yo casi malo y de muerte; pero fueron tantos los remedios y cuidados, que sané presto. Enviaron por mí, y para llevarme trujeron litera y médico que fuese conmigo, porque iba convaleciente, y en todas las tierras que pasaba salía el corregidor o alcalde a entregarse de mí hasta la mañana, que me tornaba a entregar; pero regaladísimo, y en lindas casas y no en cárceles, que nunca entré en ellas. Llegamos a Madrid y lleváronme a la misma casa. Viome mi madre, con hartas lágrimas.

Yo estaba ya bueno, y un día lleváronme en casa del Presidente de Castilla, que era el señor don Pedro Manso, donde había una Junta con Consejeros del Real y de Guerra. El señor don Diego de Ibarra y el señor conde de Salazar eran del de Guerra; los demás no tenían con ellos conocimiento, sino con el señor Melchor de Molina, que era fiscal.

Trujeron al comisario a carear conmigo, a quien yo confesaba había dado cuenta y él había negado no había estado en Hornachos. Y leyéndome la confesión, dije que conocía al tal comisario y que era verdad todo lo contenido en aquella confesión, y que para qué negaba cosa tan clara. Nególo y yo dije:

— Señor, ésta es la verdad; y si es menester retificallo en un tormento, lo haré.

Con esto se acabó, mandándome llevar a mi sólita prisión y al comisario a la Cárcel de Corte.

## TORMENTO QUE ME DIERON

No pasaron muchos días que una noche, después de acostado, me mandaron vestir y, metiéndome en una silla, me llevaron a la calle de las Fuentes y metieron en una sala muy entapizada, donde había una mesa con dos velas y un Cristo, y tintero y salvade-





ra, con papel; allí cerca un potro, que no me holgué de verlo, y estaba el verdugo y el Alcalde y escribano. El Alcalde me consoló y dijo que el comisario negaba no le había dado parte de las armas, y que así era menester darme tormento, que le pesaba en el alma de ello; y, así, mandó que se hiciese lo necesario. El secretario me notificó no sé qué que no me acuerdo, y el verdugo me desnudó y echó en aquellas andas y puso sus cordeles.

Comenzáronme a decir dijese a quién había entregado las armas. Yo dije que me remitía a mi confesión. Dijo:

— Aprieta, que bien sé que te dieron a ti y a tu capitán cuatro mil ducados porque lo callásedes.

Yo respondí:

— Es mentira, que mi capitán supo de ello como el Gran Turco; lo que tengo dicho es la verdad.

Con que no quise responder más palabra en todo el tiempo que me tuvieron allí, mas de que dije:

— Recio caso es atormenten por decir la verdad, que tan poco me importaba el decir lo dicho de bueno a bueno. Si quiere vuesa-merced que me desdiga, lo haré.

Dijo:

— Aprieta y da otra vuelta.

Y no me pareció que me dolió mucho esta vuelta. Y luego me mandó quitar y que me metiesen en la silla y llevarme a casa, donde me curaron y regalaron como al Rey; y al meterme en la silla me abrazó el Alcalde.

Estuve en la cama regalado más de diez días, y luego me levanté. Y el comisario estaba apretado en la Cárcel de Corte; pero tenía al Condestable viejo, que le ayudaba, y al conde de Chinchón viejo, además de treinta mil ducados que decían tenía.

Proveyóse un auto en que me soltasen, tomándome pleito —homenaje que no saldría de la Corte hasta que se me mandase, y mandaron que me quitase el hábito de ermitaño. Para lo cual me vistieron de terciopelo, muy bien, en hábito de soldado, y me daban cada día cuatro escudos de oro para comer y posada, los cuales me daba el secretario Piña, cada cuatro días, con puntualidad. Todo esto se pagaba de los bienes de los moriscos.

## HUIDA DE MADRID

Salí a San Felipe, como digo, galán. Todos se espantaban de



verme y holgaban de que estuviese libre. Yo iba cada noche en casa del alguacil que me había tenido preso, y su mujer me decía:

— Señor, el comisario prueba no estuvo en Hornachos, con muchos testigos. Yo, por el pan que ha comido con nosotros vuesa merced, le aconsejaría se fuese, no tornase a caer en prisión; y, como dicen, más vale salto de mata que ruego de buenos.

Yo pensé lo decía con buena intención y, ¡pardiez!, que traté de irme como me lo aconsejaba, porque lo hacía a instancia del comisario, que, como digo, era rico, y al fin se le cuajó su intención.

Yo tenía algo ahorrado y rogué al secretario me diese para dos días la ración, que lo había menester, y vendiendo el vestido negro, habiendo comprado en la calle de las Postas un calzón y capote pardo, sin aforro, y unas polainas y una mala espada, con mis alforjas y montera salí una noche al anochecer de Madrid, camino de Alicante; y esto era por enero. Quien ha caminado aquellos caminos en tal tiempo me terná lástima.

Amanecí en la barca de Bayona y caminé por esa Mancha arriba. Llegué a Albacete, de donde tomé el camino de Alicante, que llegué en cuatro días. Y aquí tomé lengua dónde estaba el tercio de la Armada, porque estaban todos los tercios de Italia y Armada en aquel reino de Valencia, donde estaban muchos soldados de mi compañía cuando pasé por Hornachos, que, como agregaron mi compañía cuando me reformaron en Lisboa, todos los que quedaron en pie los metieron en la Armada en el tercio de ella.

Supe cómo estaba este tercio en la sierra de Cortes y en Laguar; caminé hacia allá en el hábito que he dicho, y buscando algunos soldados de los míos tuve medio de irme cada día a ver entrar las compañías de guarda, donde hallé más de quince, y entre ellos dos que eran alféreces, vivos. Contéles mis trabajos a los alféreces, que se condolieron y llevaron a su posada, y diciendo que el comisario negaba no había estado en Hornachos dijeron que mentía, que aún le darían señas de lo que almorzó aquella mañana y en qué posada. Hablamos algunos de los soldados, para que dijesen sus dichos, y finiéndolo prevenido hice un memorial para el auditor del tercio en que me convenía desaminar ciertos testigos, de cómo un Fulano había estado presente en una tierra o lugar que se llama Hornachos, por tal tiempo, y que para cobrar cierta hacienda me importaba; le suplicaba y daba los nombres de los testigos.

Con esto desamié cinco testigos de cómo estaba el comisario en Hornachos cuando la compañía estuvo allí. Después de hecho lo guardé y quise irme; pero estábamos de día en día para saquear

los moriscos de aquella sierra y me aguardé algunos días; y también por aguardar buen tiempo, que le hacía cruel.

Cuando me hui de Madrid me echaron menos a dos días y enviaron a buscarme por diferentes partes, y ansí mesmo me pregonaron en Madrid, llamándome a pregones, con lo cual, como no respondí ni se sabía dónde estaba, aunque tuvieron noticia que había huido hacia Valencia, por algunas señas que tuvieron de mí. Con que el comisario comenzó a pedir que le soltasen, porque todo lo que yo había dicho era mentira, y que me había vuelto a buscar los moriscos para meterme entre ellos.

Tenía dinero y los dos grandes señores que le ayudaban y así no hubo dificultad en soltalle, aunque el Alcalde no creía de mí cosa mala, y más que se había hecho secretamente una plena información hasta dentro del cuarto grado, para saber si tenía alguna raza de moro o judío. Y digo esto porque después me dijo el secretario Piña:

— Si vuesamerced tuviera lo que costó de hacer pesquisa y información de su nacimiento, padres y agüelos paternos y maternos, había para pasar algunos días, y fue vuesamerced venturoso en que no hallasen cosa de lo dicho, porque es cierto le hubieran ahorcado.

El buen comisario andaba fuera de la cárcel, y la sentencia de los moriscos se iba fulminando el echarlos de España, y a mí buscándome.

## VUELTA A MADRID DE VALENCIA

Cuando de allí a pocos días, en un saquillo que hubo de unos moriscos en la sierra de Laguar, me tocó un macho bizarro, o mulo de arriero, con que tomé el camino de Albacete y un pasaporte del sargento mayor del tercio, como no tenía plaza y aquel mulo lo había ganado y era mío, con sus señas. Entré en Albacete y vendí el mulo, que me dieron por él treinta y seis ducados, y valía ciento.

Caminé a Madrid, y antes de llegar una legua, en Vallecas, hice un pliego de cartas intitulado: *Al Rey Nuestro Señor, en manos del secretario Andrés de Prada*; y con mis alforjas, como correo, entré en Madrid al anochecer. Fuime derecho en casa del señor conde de Salazar y hablé con su secretario, Medina, y conociéndome dijo que me fuese con Dios, que si me cogían me habían de



ahorcar mañana. Replíqueme, y él en que me fuese.

Llamé un paje y dije:

— Vuesamercéd diga al conde que está aquí un correo que viene del ejército de Valencia.

Mandóme entrar al punto, y como me conoció miró a un lado y a otro si había gente, me pareció para prenderme.

Yo le dije:

— Señor, yo soy el alférez Contreras, que por la reputación me ha obligado a venir así (venía con el lodo a media pierna); y para que vea vuestra señoría, aquí traigo información bastante cómo el comisario estuvo en Hornachos, que por ir a hacer donde había soldados de la compañía me fui sin licencia; ahora, vuestra señoría mande lo que fuere servido.

Entonces dijo:

— Por este hábito, que siempre tuve buen concepto de Contreras. Vaya en casa de Melchor de Molina, el fiscal, y cuénteselo luego. Y veámonos mañana.

Yo fui en casa de Melchor de Molina, el fiscal, y me dijeron que estaba acostado, con que me determiné a ir en casa de una mujer conocida; y llamando a la puerta me respondió una moza que tenía y abrió. Y como me conoció dijo a voces, como espantada: «¡Ay señora, que es el alférez!»

Entré con la figura que he dicho, que era dificultoso el conocerme, y dije:

— ¿De qué se alborotan?

Dijo la mujer:

— Está loco en venir a Madrid. Que no tardarán tanto en cogello como en ahorcallo. Por las llagas de Dios, se vaya a una iglesia.

Dije:

— Isabelilla, toma, ve en casa del embajador de Inglaterra y trae una empanada de lo que hallares, y vino, que estoy muerto de hambre; y si me han de ahorcar deja que muera harto.

La moza fue y vino en el aire; trujo la empanada y vino, y dije a la ama:

— Siéntese y cene.

Dijo que había cenado y yo comencé a cenar. Y acabado, hice que me lavaran los pies con un poco de vino y me acosté; dormí, que venía cansado, y por presto que madrugué ya estaba fuera el fiscal. Dijéronme que había ido a misa a la Compañía y fui allá, y al salir de la iglesia habléle y dije cómo traía información, y que el conde me había dicho se la llevase y que se verían en Palacio. To-

mó la información, doliéndose de verme, y dijo le aguardase en su casa; yo lo hice como lo mandó.

La criada de la señora donde había cenado era amiga de un corchete y avisóle por la mañana, mientras fui en casa del fiscal, que yo mesmo había dicho iba allá, por la mañana cuando salí, y éste avisó a su amo, que era un alguacil de Corte que se llamaba Artiaga, y aprestándose con otros corchetes fueron aguardarme cuando saliese de allí. Aguardé hasta mediodía, que vino el fiscal, y apeándose del coche me vio y dijo:

— Venga vuesamerced, que Su Majestad le ha de hacer mucha merced.

Y esto asido de la mano; los que venían con él se espantaron ver un hombre que parecía correo de a pie, y menos hacer tantos cumplimientos. Entramos en el estudio y sentámonos. Y comenzó a engrandecer mi valor, y dijo:

— Vuesamerced vaya en casa del conde, que ya hemos estado en Palacio juntos y se ha tomado resolución con vuesamerced.

Yo salí de la casa, cuando cargó el alguacil con sus corchetes sobre mí.

— ¡Favor al Rey!

Yo metí mano a la herruza y comencé a jugar, pareciéndome que era trampa lo del fiscal, que no dejaba llegar a mí a naide. Avisaron al fiscal, que salió a la puerta diciendo:

— ¡Pícaros, ladrones! ¿Qué hacéis? ¿Sabéis quién es ese que va vestido de correo? Por vida del Rey, que os haga echar en una galera; ¿no bastaba que salía de mi casa?

Con lo cual quedó el alguacil aturdido, y yo, envainando mi espadilla, me fui en casa del conde, con más de cien personas detrás y delante. Aguardé que viniera, y aún no se había ido la gente de la puerta, cuando llegó y me dijo:

— Suba a casa, señor alférez.

Seguíle, y, estando arriba, me dijo:

— Vuesamerced ha cumplido como muy hombre de bien. Esto está acabado, mire para dónde quiere una compañía y se le dará el despacho.

Yo le besé la mano por ello y dije:

— Señor, ya que ha de ser, sea para Flandes.

Y entonces me dio un billete para el secretario Prada y más trescientos reales en piezas de a dos. Con que fui a casa del secretario y di el billete, y él me dio un pliego que hizo para el Rey, que estaba en El Pardo. Fuime al Pardo y entregué el pliego al secretario Veloque y dijo que volviese a la tarde, a boca de noche, al es-

critorio; y volviendo me dio un pliego para el mismo secretario Prada y mil reales en piezas de a cuatro. Tomé lo uno y lo otro y vine a Madrid y entregué el pliego; y había en él una cédula para Flandes de doce escudos de ventaja y una carta para el Archiduque, en que mandaba el Rey me diese una compañía de infantería, con lo cual me vestí a lo soldado y tomé la derrota para Agreda, donde era ermitaño, pidiendo a mi madre su bendición y dejándola algún socorrillo, del que me habían hecho a mí.

El comisario, como tenía dineros, y tan buenos ángeles de guarda, y estaba ya suelto en fiado, y la sentencia dada contra los moriscos que los echasen de España, le dieron un destierro que le debió de durar poco, porque le vi en la Corte de allí a cuatro años, poco más.

- *Vida del capitán Alonso de Contreras*. Ed. M. Criado de Val (Madrid, Taurus, 1965).



# Alonso de Castillo Solórzano

*Recibe Alonso (Tordesillas, 1584 - Italia, antes de 1648) sus primeros estudios y una buena instrucción en Tordesillas, pues su padre estaba empleado en la casa del duque de Alba. En 1619 lo encontramos en Madrid, participando del mundo literario y académico. Concorre a la justa poética para solemnizar la canonización de San Isidro en 1622 y acude con asiduidad a la Academia de Madrid, en la que se reúnen Francisco de Medrano, íntimo amigo de Castillo, Lope de Vega y todos los principales poetas de la Corte.*

*Su vida fue una continua peregrinación, acompañando en sus sucesivos destinos a don Luis Fajardo, marqués de los Vélez, y a su hijo y sucesor don Pedro, que fue virrey de Aragón, de Navarra, capitán general de Cataluña, embajador en Roma y virrey de Sicilia.*

*Las series de novelas cortas, que tanto gustaron a los españoles de los siglos XVI y XVII, son también el género favorito de Castillo Solórzano. Ejemplos dignos de recuerdo son sus Tardes entretenidas (1625), sus Jornadas alegres (1626) y su Tiempo de regocijo y Carnestolendas de Madrid (1627), las tres colecciones impresas en casa del librero Alonso Pérez, el padre de Juan Pérez de Montalbán, con quien Castillo tuvo gran amistad.*

*Para las Tardes... elige el sistema de enlace del Decamerón: en una quinta a orillas del Manzanares se reúnen en primavera dos principales señoras, viudas, con dos hijas jóvenes cada una, dos criadas, dos ancianos escuderos, dos pajecillos, y un amigo de gran ingenio, que por las noches se retira a Madrid; éste será el que organice los divertimientos: cantar, hacer versos, contar his-*

*torias y proponer enigmas; de esta manera se ensartan las seis novelas que componen el libro. En las Jornadas..., la esposa de un oidor del Consejo Real regresa a Madrid, desde Talavera, en compañía de dos hermanas, dos cuñadas, un poeta amigo de la casa y varias doncellas; a lo largo de las cinco jornadas de viaje se contarán cinco novelas, insertándose cantos al son de la guitarra, la vihuela y el arpa. En Tiempo de regocijo..., tres caballeros amigos que viven en la calle de Atocha deciden reunirse cada día en una casa, para festejar los tres días de Carnaval, cenando y leyendo novelas y versos, con máscaras y alguna representación.*

*El Lisardo enamorado y la Huerta de Valencia (ambas publicadas en Valencia, 1629) siguen insertando novelas y poemas en el marco que creara Boccaccio, al tiempo que se incorporan elementos de otros géneros como el pastoril, el de aventuras y el picaresco. Este último es el género que con más acierto trata Castillo Solórzano, como puede ya comprobarse en Las Harpías en Madrid (Barcelona, 1631), y es con el que alcanzará la madurez estilística tanto en la novela que presentamos, La niña de los embustes, Teresa de Manzanares (Barcelona, 1632), como en las célebres Aventuras del bachiller Trapaza (Zaragoza, 1637) y en su continuación La garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas (Madrid, 1642).*

*El primer protagonista femenino de una aventura picaresca lo había diseñado Francisco López de Úbeda en 1605, año en que sale de las prensas La pícara Justina. Siguiendo el modelo, Castillo acierta con el tono de la narración y con la caracterización de Teresa, siempre agradable, ingeniosa y simpática.*

*Llega Catalina, la madre de Teresa, a la Corte «con las faldas en cinta», y «admiróle la máquina de edificios, la mucha gente que pisaba sus calles, y en la de la Cava de San Francisco vino a parar». La calle de la Cava Baja de San Francisco se construyó sobre las minas que los árabes tenían socavadas para salir y entrar en la Villa en tiempos de asedio y, en la época de Castillo Solórzano, era una calle muy conocida por su abundancia de posadas y mesones. En uno de ellos se quedó a servir Catalina. Cerca de allí, en la calle de Toledo, se compra los vestidos y adornos adecuados para las «sirvientes de mantellina», y en la plaza de la Cebada encuentra una basquiña y un jubón, con los que se convierte en la admiración de los clientes del mesón. Tres veces por semana debe bajar al río Manzanares a lavar la ropa de los huéspedes, llevándose la palma de la hermosura entre el «gremio fregratriz».*



*Es precisamente en el río donde conoce a Pierres, un aguador francés que, a lomos de su jumento, le ayuda a subir la cuesta de la Vega y que terminará casándose con ella. Y es también en el río donde engendra a Teresa, quien dará sus primeros pasos en la calle de los Majaderitos (hoy calle de Cádiz), donde sus padres han puesto posada, y aprenderá su primer oficio en la calle de Cantarranas, en aquel entonces habitada casi exclusivamente por cómicos y comediantes. Después de correr muchas aventuras por toda la Península, vuelve Teresa a la Corte y toma casa en los barrios de San Sebastián, «alegres por su sana vivienda como por estar cerca de los dos teatros de las comedias; y porque cerca de ellos viven los representantes y las damas de la corte, se llaman comúnmente los barrios del placer». En Madrid vivirá hasta que, engañada y escarmentada, decida irse a la casa de una amiga en Alcalá, donde se malcasará con el hombre «más civil y miserable que crió la naturaleza».*



*Actriz del siglo XVII (¿La Calderona?)*

# *La niña de los embustes*

## Capítulo primero

[...] Aquí comenzaron los trabajos de la gallega Olimpia, viéndose dejada del segoviano Vireno. No dijo aquello de «¡plegue a Dios que te anegues, nave enemiga!», ni «¡mal huracán te sorba!», que no sabía nada de marinaje, y su engañador caminaba en una mula. Mas, convertida en llanto y con dilatados sollozos, que parecía sorber caldo, dijo mucho de aquello de «*Douch'o demo el home*», que es la mayor maldición que el idioma gallego tiene. Recibió los doce reales, porque los duelos con pan son menos. Veinte le había dado Tadeo al huésped; mas él, con poco temor de Dios y daño de la opinión del galán, se aplicó para sí los ocho.

Viose la olvidada Catalina confusa sobremanera en lo que haría de su persona. Volver a su tierra no le parecía cosa conveniente, así por su reputación como por el dinero que había tomado a su tía; quedarse en aquel lugar tampoco le estaba bien, por ser corto y malo. En estas dudas estaba, cuando infundiéndosele un valor olímpico, más de correo de a pie que de mujer encogida, se determinó proseguir poco a poco su viaje hasta Madrid, y que si llegase con bien a aquella Corte, tratar de vengarse del desdén de Tadeo.

Con las faldas en cinta, como dicen, y con ellas los zapatos, por no los romper (propia prevención de las damas de su país), se puso en camino informada del viaje que había de llevar; en la tal información supo cuán cerca estaba de la *Cruz de ferro*, tan nombrada en aquella tierra; pasó por cerca della y hízola oración, sin tener cuidado de la promesa que todas las gallegas la hacen, pues ya Tadeo, con su buena diligencia, la había sacado dél.

Prosiguió con sus jornadas, hallando en ellas tal vez quien (teniéndola compasión) la daba bagaje para aliviar su cansancio, y no se sospeche que esto era por interés de su persona; que desde que vio el mal pago de Tadeo, nunca admitió martelo ni oyó requiebro, temiéndose de otro engaño: que de los escarmentados se hacen los arteros.

Por sus jornadas, ya cortas, ya largas, llegó a aquella insigne villa, madre de tantas naciones, gomia de tantas sabandijas; y como a una de ellas, la amparó y recibió en sus muros.

Admiróle la máquina de edificios, la mucha gente que pisaba sus calles, y en la de la Cava de San Francisco vino a parar, guiada de un arriero que la había traído en un macho de los suyos desde el lugar de Las Rozas hasta la posada.

En ella se apeó, y viéndola la huéspedada, la dijo si venía a la Corte para servir. Catalina la respondió, con semblante triste, que a eso la habían condenado sus trabajos, si hallase casa a propósito.

— En la mía —replicó la huéspedada— os tuviera yo de muy buena gana; mas ha dos días que recibí una criada en lugar de otra que casé, y así tengo el servicio que he menester. Pero en casa de una hija mía os acomodaré; que también tiene casa de posadas, y yo sé que no os descontentaréis de estar allí, que hay ocasiones de medrar las que la sirven, y más vos que traéis lo más, facilitado, con la buena cara que tenéis.

Agradecióle Catalina la merced que la hacía, y la huéspedada la llevó a su aposento, donde la regaló y dio de comer. Esa misma tarde la llevó a casa de su hija, de la cual fue gustosamente recibida, así por traerla su madre, como por ver en Catalina partes para ser bien servida della.

Tenía esta mesonera otra mozuela de razonable cara, y había menester dos para ser sus huéspedes mejor servidos. Ésta, como viese que en Catalina la venía alivio para su trabajo, la recibió con muestras de muy grande amor, trabándose desde aquel día una firme amistad entre las dos.

## Capítulo II

### En que da razón cómo lo pasó la gallega en el mesón y cuán celebrada fue en el río hasta su casamiento

Ya tenemos a mi señora madre (buen siglo haya) acomodada



en un mesón de los de más nombre que había en la calle de la Cava de San Francisco, cobrando desde su llegada el nombre del «Mesón de las dos hermosas», por ella y la otra moza que halló en él.

Ésta, como amiga que se dio de mi madre, aquella noche la hizo breve relación de lo que había que hacer en casa, de los intereses que se tenían con los huéspedes, a los cuales debía servir con solicitud y a cuáles con no tanta; cómo se había de portar en materia de amores; cuán sin afición había de vivir con ninguno, llevando su fin a solo su provecho y viéndole primero antes de hacer su empleo. Pero que lo más importante para su estimación era el estar bien vestida, para lo cual pidiese a su ama que le adelantase tres o cuatro meses de salario.

Tomó Catalina la lección de Aldonza (que así se llamaba la compañera) muy en la memoria, y a lo último la dijo que no pensaba obligar a su ama a que le diese lo que no había servido; que un pariente suyo tenía que la daría lo necesario para vestirse, y que así esotro día le buscaría y la vería brevemente en otro pelo. Holgóse Aldonza, que con tanta brevedad pudiese lucirse, mas después le vino a pesar, porque no le estuvo bien tener tan buen lado.

Era por tiempo de entre las dos Pascuas, y cerca de la de Pentecostés, para lo cual propuso Catalina salir en limpio, que hubiese que ver en ella, y así, fingiendo ir a verse con el pariente, trujo dinero con que rogó a su ama le comprase lo necesario para vestirse. Era buena mujer la huéspeda, y viendo que el lucimiento de su criada le era mejoría de su casa y crédito de su mesón, se holgó, que sin pedirla nada adelantado, tuviese con que vestirse, y así se ofreció a salir a comprar con ella lo necesario.

Valióle el no revelar el hurto Catalina a su galán el verse vestida, pues eso fue la piedra fundamental para su medra. Llegó con su ama a la calle de Toledo, donde hay bodegones de vestidos, hallando allí siempre guisados los que pide el gusto para adorno de las sirvientes de mantellina. Allí compraron en acomodado precio un manteo azul, con su poca de guarnición pajiza; una basquiña y jubón de estameña parda, guarnecido el jubón; mantellina de bayeta de Segovia, que oyendo dónde era, casi no quiso comprarla Catalina, acordándose de su galán. Pasaron a una tienda de lencería, donde sacó dos camisas, valonas y cofias, y no se le olvidaron del calzado, que quiso de golpe ponerse el que traen las fregonas de más presunción en la Corte, bien mirado en tiempo de lodos, pues su limpieza acredita la curiosidad y gala de la que los pisa



sin detrimento suyo.

Con todo este ajuar volvieron a casa, no faltando para cumplimiento del arnés sino algo desto que se trae en la cara y dos sortijas de plata, cosa conveniente en el fregatriz estado; aunque ya le vemos subido de punto con alguno de oro, donativos de los que, hartos de perdices, gustan tal vez de comer vaca.

Llegaron, pues, a casa, y mostraron a Aldonza las galas recién compradas, en que no se empleó aún todo el dinero del hurto, guardándolo Catalina en una arca que otro día compró. Ya la compañera estaba un poco envidiosa del lucimiento que esperaba tener Catalina: disimuló su recién nacida pena, y propuso no manifestarla por no parecer que se tenía en tan poco, que temía ventajas de otra. De allí a dos días, sin acompañarse Catalina de su ama, corrió las almonedas de la plaza de la Cebada, donde halló una basquiña y jubón, traído de una mezcla honesta, que compró en acomodado precio para que la excusase de traer de ordinario los vestidos que poco antes había comprado, no olvidándose del aderezo del rostro, que ya la habían dicho la que le estaría mejor para curársele de los aires y el sol del camino, ni de las sortijas de plata.

Llegó el día de la Ascensión, que tenía diputado Catalina para salir vestida de nuevo; hizo por la mañana las haciendas de casa, y para asistirles a los huéspedes a la comida púsose de gala, dando admiración a su ama, más envidia a Aldonza y gusto a los huéspedes, porque con la buena cara que tenía y los vestidos tan ajustados a su cuerpo, parecía que toda su vida había andado en aquel hábito; tal despejo mostraba en él.

Era apacible la gallega, graciosa en su lenguaje y de no mal natural; de suerte que con esto, dentro de pocos días, ya no cabía la casa de huéspedes. Eran muchos los aficionados de la moza, y ella se portaba con ellos de modo que, por el poco recato y estima, nunca ganó opinión de fácil ni desenvuelta. Granjeaba voluntades y hallaba medra, cosa que fue echando de ver la compañera por los galanes que Catalina le tiranizaba.

Acudía cada una la semana que le tocaba a lavar al río, y por haber cantidad de ropa siempre, se ocupaban tres días en su limpieza.

Para echar de sí Aldonza a la compañera y que no asistiese a la posada, dio en fingirse mala de un brazo, con que era fuerza ir Catalina cada semana a ocuparse tres días de ella en el río.

Si por acá tenía aficionados, no menos los tuvo extramuros de la villa.

No había lacayo de estimación lucido en librea que no se confesase su amartelado. Ella, con el buen despejo en hablar, voz en cantar y donaire en el baile de la capona, era imán de las raciones lacayas y motivo de los regocijos de las riberas del cristalino Manzanares, después que en ellas se acreditó y llevó la palma de hermosura entre el gremio fregatriz. Nunca tomó paño en sus manos para lavarle, que no faltaba quien, a costa de sus salarios, le pagase la lavadura porque en tanto le diese audiencia.

Anduvo algunos días neutral sin inclinarse a ninguno de sus pretensores, y así los traía perdidos tras de sí. Entre más de ocho que andaban en la danza, había uno que si no se portaba con librea de lucidos colores, sirviendo a grande o a título, andaba bien tratado, vestido de veintidoseno negro, calzas, ropilla y capa terciada: éste era natural de Gascuña, en Francia, a quien en nuestra España llamamos «gabachos». Había sido ocupado en el oficio de bohonero, trayendo caja y vendiendo por la Corte: proveíale su casa un francés rico, que tenía tienda de por junto, con el cual había ganado tanto crédito que le fió más de lo que fuera bien. Fingió el tal bohonero que le habían robado, con que quebró para con el francés que le proveía: púsole en la cárcel, donde le tuvo algunos días; mas como no hubiese remedio de poder cobrar dél, creyóle el hurto, y así, de compasión de verle padecer preso, le perdonó más de tres mil reales que le había fiado, y salió de la trena. Con éstos se halló en su poder el gabacho habidos con tan poca conciencia por conocer la bondad del que le fió. Entró a medias en el trato con un tabernero, y él, por disimular, entró a servir de lacayo a un letrado de los que abogaban en los Consejos.

Tenía a su cuenta un caballo anciano, en el que el jurista andaba, de buena presencia y adornado con la honorífica gualdrapa. Era lucido el dueño y de los más acreditados en las letras de la Corte; con éste salía a las siete de la mañana por el verano, y en dejándole en Palacio, había de volver por él a las diez; por la tarde acudía desde las tres a Provincia, salía a las cinco, y gastaba todo el día entre sus negociantes, sin salir de casa.

Con este oficio tenía el de despensero, en que ocupaba una hora por la mañana, antes de ir al Consejo, en la cual, mientras él compraba, le limpiaba un francesillo el caballo y gualdrapa, gustando de esta añadidura a su costa el letrado por verse bien servido de su lacayo despensero, el cual no era lerdo en sisarle cuanto podía y había, bien en que por ser mucha su familia.

Éste, pues (cuyo nombre era Pierres de Estricot), era el mayor aficionado de la gallarda Catalina y el más puntual en servirla, sin

haber día que no gastase con ella algo, así de colación, merienda o dádiva de cintas, valona o calzado, con que la hembra le estaba más aficionada que a los demás.

Admirábase Aldonza de ver en la opinión en que estaba su compañera, y que si su traza había aprovechado para ausentarla de día, por la noche le deshacía sus máquinas, como la tela de Penélope.

Un día que en el río había dado suspensión en el baile a sus amantes y envidia a las ninfas de la limpieza, anochecióle allí por haber tardado en enjugársele la ropa; asistióla a su compañía el aficionado Pierres, prevenido de esportillero para llevar los paños y de un jumento de aguador para que ella no se cansase en subir la cuesta de la Puerta de la Vega. Mientras descansaba del trabajo de haber doblado la ropa, le pudo decir el derretido gabacho, en el mal aliñado lenguaje que hablaba, que era medio en gascón y medio en castellano, estas razones:

— Señora Catalina: ya voasté habrá echado de ver en mi asistencia cuántas ventajas hago a lis competidores que tengo, y asimismo en la liberalidad con que la sirvo en lo que se ofrece, por lo cual debe tener más atención en mi persona que de los demás, pues casi todos llevarán la mira a solo su apetito y dejalla luego, y yo la tengo en merecer ser su marido. Aunque sirvo de lacayo, como ve, puedo dejar de serlo sin que me falte el sustento, pues gracias a Dios tengo más de cuatro mil reales, con que tengo a medias cierto trato con que se aumenta mi caudal cada día; si se determina a que nos juntemos en consorcio, será de mí estimada como merece su persona y regalada como la propia Reina. Este caudal que traigo en compañía le tendré yo solo, tomando modo de vivir, con que me prometo antes aumento que disminución. Su gusto, aquí que estamos a solas, me holgaré de saber: voasté me li diga.

Era el gabacho de buena presencia, y estábale inclinada Catalina, la cual se holgó no poco de verle con caudal; aunque recelosa del engaño del segoviano (a quien no había podido hallar en Madrid), quiso que la evidencia la desengañase; y así le dijo que estimaba su voluntad, y que en cuanto a disponer de sí no se determinaba hasta que con más certeza viese que lo que decía era verdad; que ella había de tocar el dinero primero y verlo en depósito de su amo, y que entonces se haría el casamiento; porque tenía tanto escarmiento de los engaños de los hombres, por uno que la hizo quien la desterró de su patria y dio a conocer las ajenas, dándole palabra de ser su marido, que estaba desde entonces con propósi-



to de no creer más de lo que viese con sus ojos. Aquí le dio a entender cómo no iría virgen a su tálamo.

Pierres, que era hombre de buen estómago y que aquel defecto ya le daba por sabido, aceptó el partido de Catalina, y así, en esa conformidad, volvieron a Madrid, quedando de concierto que dentro de cuatro días el gabacho llevaría su dinero en poder del amo de su moza, y que, hecho depositario dél, se estaría en su poder hasta tener las bendiciones de la Iglesia. Con esto llegaron a la posada, donde aguardaban a Catalina con algún cuidado por verla tardar más que otras veces. Queríala su ama tanto, que no la dijo nada por su tardanza.

Acabado de dar recaudo a los huéspedes, Catalina dijo a sus amos que quería hablarles a solas; y así se retiraron con ella a su aposento, donde les dio cuenta del empleo que se la ofrecía y la seguridad que su francés le daba. No les dio gusto esto, porque en Catalina tenían muy buen servicio y bien acreditada su casa de huéspedes, y por la fama de su buena cara, voz y donaires, jamás se vaciaba; procuraron estorbarla el casamiento poniéndola por delante los engaños que había en la Corte y que aquel dinero podría (no obstante que le depositaba) no ser suyo, sino de algún amigo que se le daría para efectuar el consorcio. Esto y otras cosas le dijeron a Catalina, mas no por eso la disuadieron de su propósito, conociendo ella (que no era necia) la causa por que la apartaban de casarse, que era por servirse de ella y serles importante en casa. Vista del mesonero y su mujer su resolución, vinieron en que se efectuase su gusto con el concierto que habían hecho.

No anduvo descuidado el gabacho, estimulado del amor de la moza; que antes del término puesto ya tenía cuatro mil reales depositados en poder del amo de Catalina y tomado recibo dello para su seguridad. Con esto se hicieron las amonestaciones, y mientras pasó el término dellas, la hija de mi madre (que soy yo) se forjó en las riberas del señor Manzanares, porque persuadida de Pierres (ya con seguridad que quien entregaba su caudal no la faltaría como el segoviano), no supo hacerle resistencia, brindada de la soledad del campo. En aquella ribera se formó Teresa de Manzanares, dándome el apellido el mismo río. Finalmente (por no alargarme), los dos se casaron, siendo aquel día muy célebre entre los lacayos y fregonas de Madrid. Los novios salieron muy lucidos, sin tocar en el dinero depositado; porque Catalina le tenía granjeado de huéspedes con su buena labia y liberal proceder en un año que sirvió en el mesón, y Pierres hubo del letrado, su amo, el



vestido para casarse, que presumiendo no le dejaría de servir, le quiso obligar con lucirle el día de su boda.

Duró el baile della hasta que la noche dividió a la gente. Pierres se quedó en el mesón con su mujer, y esotro día trataron de mudar de albergue.

Habían los dos novios comunicado en qué sería bueno ocuparse, y quedó resuelto que tomasen una casa para hacerle de posadas, comprando de aquel dinero los ajuares necesarios.

Esto pusieron por ejecución esotro día; compraron de aquellas almonedas ropa para seis camas en buen precio, sillas y demás adornos forzosos, y con ellos dieron en la calle de Majadericos, adonde tomaron casa capaz para aquella ropa, por probar la mano y ver cómo les iba; queriendo Pierres volver a ser bohonero, por ver que el francés que le fiaba se había ido a Francia.

Con esta conformidad, ve aquí v. m. (señor lector) casada a mi madre, señora de su casa, y mi padre dueño de una lucida casa de bohonería.

### Capítulo III

#### En que refiere Teresa su nacimiento y ocupaciones pueriles hasta la muerte de sus padres

A los nueve meses de casados ya Teresa de Manzanares había visto este mundo, saliendo a él con buen alumbramiento de mi madre. Fue grandísimo el gusto que tuvo el francés con mi nacimiento, y igual a él el cuidado con que me crió hasta edad de siete años; salí con razonables alhajas de la madre naturaleza en cara y en voz; mi viveza y prontitud de donaires prometieron a mis padres que había de ser única en el orbe y conocida por tal.

Ya hacía mis mandados trayendo vino para los huéspedes y otras cosas de una tienda vecina a nuestra casa, imprimiéndoseme lo de la risa como carácter, que no se me borró en toda la vida. Era un depósito de chanzonetas, un diluvio de chistes, con que gustaban de mí los huéspedes, y me las pagaban a dineros, con que mis padres me traían lucida.

Hubo una junta de gabachos en que mi padre se halló, y re-matóse el festín en una cena, que fue bien proveída de carnes y mejor de vinos; los brindis se menudearon de modo que ninguno volvió en sus pies a su casa. Trujeron a mi padre a la suya atrave-



sado en un frisón de un coche del embajador de Francia, que en casa de su despensero se había hecho la gera.

Nunca tan confirmada zorra le había visto mi madre, aunque muchas veces se había asomado a serlo. Recibióle con tristeza pre-nuncio de lo que de allí resultó, que fue darle a la media noche una apoplejía, con que no bastó remedio humano, ni le tuvo la medicina, para volverle en su acuerdo para que siquiera se confesara, y así murió esotro día a las cinco de la tarde. Estos daños vienen de la gula y embriaguez, y nunca se puede prometer menos quien la usare.

Quedó mi madre viuda y en su casa, con algún caudalejo, con que prosiguió en tener casa de posadas, viendo que le iba bien en aquel modo de vivir; siempre tenía una criada y a mí, que la servía de mandadillos menudos; pero viendo en mí buena habilidad para todo, quiso que aprendiese a labrar en casa de dos hermanas viudas que vivían en aquellos barrios. Allí acudía a labrar, aventajando en esto a todas cuantas condiscípulas tenía, en menos de un año, cosa que admiraba a las maestras.

Era yo tan inquieta con las demás muchachas, que siempre las estaba haciendo burlas, haciéndolas creer cuanto quería, que eran notables disparates, todos con orden, a salir con mis burlas, con lo cual granjeé el nombre de *La niña de los embustes*, que dilaté después porque no se borrara mi fama.

Hallándose mi madre viuda moza y vacío el lugar que dejó mi padre, quiso que le ocupase un huésped que había días que estaba en casa, temiendo no poder pasar los rigores de un recio invierno que aquel año hubo, y así se enlazó en ambos una firme amistad, que la obligó a hacer expulsión de mí, acomodándose a dormir en la cama de la criada, cosa que yo sentí en extremo, y aunque niña, bien se me traslució la causa porque se hacía aquella novedad conmigo, con lo cual tuve tanta ojeriza al huésped, que no le podía ver delante de mis ojos, de suerte que su presencia me helaba en lo más sazonado de mi humor, y así todas las veces que podía quedarme a dormir en casa de mis maestras no iba a casa, acomodándose en la cama de una hija que tenía la una dellas, doncella, de edad de dieciocho años, moza de buena cara.

Era la profesión del huésped (familiar de mi madre) *arbitrista*, hombre de grandes máquinas, fabricadas entre sueños y puestas en ejecución despierto, por una que acertó a salirle bien (hurtada de un amigo suyo, que murió siendo compañeros de posada, en que medró con el ingenio del otro tener trescientos escudos); prosiguió con el ejercicio arbitrario, y vino a dar con el juicio por



esas paredes, cansando a ministros y gastando memoriales en balde, pues todos se reían dél.

Mejor le iba con el arbitrio de haber granjeado la voluntad de mi madre, pues con ella hallaba comida y posada de balde y andaba vestido como un rey. Traíale desvelado un arbitrio, que era no menos que el desempeño de toda España, cosa que él tenía por muy fácil con la traza que daba, con que se prometía una gran suma de dinero, y a mi madre hacerla rica para toda su vida.

Tenía una labia en explicar su arbitrio entre la gente ignorante, que creían todos que saldría con él, y entre los boquimuelles era una mi madre, cosa que le costó la hacienda y la vida, porque habiendo este hombre presentado sus memoriales en el Consejo y comunicado con los ministros dél su arbitrio, viendo ser sin pies ni cabeza, no sólo no le admitieron, mas, por eximirlo de sus cansancios y necias máquinas, le mandaron que dentro de ocho días saliese desterrado de la Corte.

Sintiólo terriblemente el licenciado Cebadilla (que así se llamaba), y viendo ser forzosa su partida y haber de dejar a mi madre que le sustentaba, quiso pagarle lo que la debía con una buena obra, y fue que la noche antes de irse (que ocultó a mi madre) la descerrajó un cofre y dél la sacó más de cuatrocientos escudos en plata que tenía granjeados con su trabajo. Madrugó aquel día mucho, y dejándola muy descuidada del hurto, tomó mulas y partióse a su tierra, que era Mallorca. Queriendo ese día mi madre abrir el cofre, vio quitada la cerraja dél y vacío de la moneda que había ganado con no poco trabajo; hizo sus diligencias en buscar el ladrón, mas fueron en balde, porque él se supo guardar bien con la pena del hurto.

Cayó mi madre enferma, y agravósele la enfermedad de modo que en ocho días acabó con su vida, dejándome huérfana, de edad de diez años, y pobre, que era lo peor, porque en pagar los gastos del entierro y el alquiler de la casa (que lo debía de un año) se consumió casi todo el menaje de ella.

Hallé amparo en aquellas dos hermanas, mis maestras de labor, y recibíenme en su casa, pasando a ella lo poco que había quedado de la de mis padres, que era la ropa de dos camas, sillas y uno o dos cofres vacíos.

Aquella noche, primera que dormí en su casa, hicieronme las dos ancianas un largo sermón en orden a decirme, como quedaba huérfana de mis padres y pobre, y de las tales sólo la virtud les era su dote y remedio, que procurase siempre inclinarme a ellas, pues era lo que me había de valer, que ellas, en cuanto pudiesen,

no me faltarían, queriendo su compañía. Aunque de tan poca edad ya yo tenía bachillería para agradecerles esta merced y prometerles hacer lo que cristianamente me aconsejasen; con que me quedé en su servicio, querida dellas como si fuera hija suya. [...]

## Capítulo V

### **De cómo Teresa halló con su industria ejercicio con que salió de sirviente; da cuenta de su medra y lo que sobre esto le sucedió**

No era mi habilidad tan poca que en materia de labor de costura, y cualquier curiosidad, no la aprendiese luego que la viese hacer. Valióme esto para salir de criada de aquellas ancianas viejas, y subir a que me estimasen por compañera suya: cómo vino a ser esto, diré al señor lector.

Llegóse la Cuaresma, hasta la cual no fue posible dejarme salir mis amas fuera de casa, temerosas aún del pasado suceso; mas asegurándose ya del susto, volví a salir a comprar lo necesario, bien cuidadosa de ver al licenciado Sarabia, a quien no había perdido de mi memoria. No poca diligencia hizo él (según después supe) por saber dónde había sido nuestra mudanza; mas como Madrid es tan grande, y nosotras vivíamos recogidas, sin darme lugar a salir fuera si no era a misa, no pudo dar con nuestra posada.

Sucedió, pues, que un día que mis amas me enviaron a visitar a una amiga suya que estaba enferma, y vivía en la calle de Cantarranas, la hallé ya levantada de su indisposición, y en su compañía una mujer de buena cara, que, a lo que después supe, era de la comedia y una de las mejores representantas que por entonces había.

Estaban en aquella sazón diez autores de comedias en Madrid, haciendo sus compañías de nuevo, que siempre por las Cuaresmas hacen su capítulo general los representantes, como por Pentecostés las religiones. Volviendo, pues, a esta mujer, estaba ocupada con la amiga de mi ama (a quien iba a visitar) en una extraordinaria labor; a mí me lo pareció, por no la haber visto, y era forjar de pelo postizo un copete con sus rizos y guedejas, tan bien rizadas que engañaran a cualquiera, juzgándolo puesto en la cabeza ser del propio pelo.



Esta invención (nueva en la Corte e inventada en aquella forma por aquella mujer) era para ahorrar prolijidad en tocarse; pues estando todo hecho, en el espacio de un cuarto de hora está una mujer compuesta.

Atenta estuve mirando del modo que se forjaba y cómo se componía y rizaba el cabello. Después, aguardando más de una hora hasta verle puesto en perfección, atrevíme a la tardanza a costa de tener un poco de rencilla con mis amas; pero no me estuvo mal porque me valió después mucho. Tomé la respuesta de la amiga de mis amas y volvía a casa con ánimo de poner en ejecución otra invención como aquélla, pareciéndome que sería necesaria para muchas mujeres que quieren abreviar con su compostura, y para suplir canas y falta de cabello. Riñeron las viejas mi tardanza; mas yo diciéndoles la causa porque había sido, se sosegaron.

Llegóse un día de fiesta, en el cual, quise (ayudándome Teodora) fabricar la invención del copete. Tenía ella mucho pelo que la habían quitado en una enfermedad que tuvo, con el cual se comenzó la obra, y de la primera vez salió con tanta perfección hecha de mis manos, como si toda mi vida hubiera usado aquel ministerio, cosa que, puesto el copete en la cabeza de Teodora, dejó admiradas a las ancianas mi presta habilidad, viendo cuánto la adornaba el rostro y cuán estimada había de ser aquella invención si se comenzaba a usar della en la Corte.

Salió Teodora con ella, otra fiesta a misa a la Victoria, donde se vio con algunas amigas suyas, de las bizarras de Madrid. Repararon en la novedad del pelo, y le alabaron mucho lo bien tocada que estaba. Ella, que era muy mollar, pudiendo pasar plaza de ser cabello suyo, les dijo cómo era postizo de raíz; quisieron informarse las amigas cómo estaba asentado, y por no destocarla allí, remitieron el verlo despacio en su casa aquella tarde, adonde la querían pasar visitándola.

No se descuidaron, que las novedades para las mujeres es la cosa que más apetece. Mostróles Teodora (estando yo presente) el pelo postizo en forma de copete, y cada una propuso hacerse otro. Díjoles cómo yo era la maestra de aquella invención, y todas me comenzaron a hacer mimos y lisonjas, y a prometer cada una servirme. Yo les pedí cabello de color de los suyos, para poner en ejecución mi obra, y en algo más cantidad que era menester, porque me sobraba para mí. Esotro día me enviaron el cabello y algunos regalos por el trabajo que ponía en su servicio y adorno. Yo les hice tres copetes curiosísimos con que se lucieron, y me trujeron

nuevas parroquianas a casa. Tanto se fue dilatando la fama de mi habilidad, que ya no nos dábamos manos para nuestro ejercicio.

Nunca Teodora se dio maña a saber hacer aquella labor; entendía en aderezarme el pelo y prevenírmelo para que yo lo pusiese en su perfección. Con esto lo pasábamos bien, comenzándose con estima la invención, pues no sacaban ninguno de aquellos copetes, que yo puse nombre de *moños*, menos que con desembolsar cuatro escudos, y si era señora la que le pedía, lo que menos daba eran cien reales.

Vieron las viejas presto el aumento por su casa, y conociendo ser yo la causa dél, me vistieron y trataban como a la misma Teodora; ya yo presumía de dama, con mi moño, que no era el peor de los que salían de mis manos, porque la buena muestra atrae la gente.

No se vaciaba la casa de mujeres de todos estados, unas, peladas de enfermedades; otras, calvas de naturaleza; otras, con canas de muchos años; todas venían con buenos deseos de enmendar sus defetos, y porque se les supliesen, no reparaban en cualquier dinero que les pedía.

Las viejas lo pasaban con sus niñas mostrándoles labor, y Teodora y yo, con mis moños. Parecióles que, conociendo yo ser la maestra de aquella invención y ellas las que se echaban el provecho en la bolsa, no podrían conservarme en su compañía, y trataron de curarse en salud y prevenir remedio con ofrecerme que en su casa me querían, de allí adelante, tener no como criada, sino como compañera, y que la ganancia se partiese. Acepté esto, porque me estaba bien no perder su lado, que era buena gente y la ganancia mucha. Fuese aumentando más cada día, de suerte que toda la Corte acudía a nuestra casa, y las mayores señoras de ella se preciaban de tenerme por su amiga. [...]

## Capítulo VIII

### De la salida de Madrid a Córdoba, el robo que la hicieron unos bandoleros en Sierra Morena y cómo se libró de sus manos, con otras cosas

En casa de las dos viejas volví a usar mi ejercicio de los moños y a tornar a acreditar me en la Corte, no perdiendo por esto el doña Teresa de Manzanedo, que con este nombre me honraban to-

dos, procurando tenerme contenta para suplir sus faltas con mi industria.

Entre las damas que acudían a mi posada a que las hiciese moños iban dos damas, naturales de Córdoba, y recién venidas a Madrid, las cuales alababan tanto mi habilidad y cuán estimada fuera en su patria por no haber llegado a ella aquella invención. Con esto me hicieron determinar a dejar la Corte, asegurándome grande ganancia allí. Di cuenta desto a las viejas, y procuraron disuadirme de mi propósito; mas yo estaba tan resuelta en él, que no aproveché su persuasión para quedarme. Dispuse de mis ajuares, encargándolos al ordinario de Sevilla para que me los llevase a Córdoba; el dinero que venía en los Fúcares lo acomodé en letras para Córdoba, y tomando cien escudos para el camino, acompañada de un criado (que había sido de mi esposo, de aquellos que le desampararon la noche de la burla), salimos en dos mulos de Madrid un sábado en la tarde, en la compañía de dos sacerdotes y un estudiante, que iban el mismo viaje.

Seguimos nuestras jornadas sin sucedernos cosa que sea contar hasta el fin de Sierra Morena, que llegando a una aspereza de camino, por donde era forzoso caminar de uno en uno, nos salieron ocho hombres con escopetas, y trabándonos de los frenos de las mulas, nos mandaron apearse de ellas.

Todos se afligieron, y yo mucho más por no me haber visto en aquellos lances, y ya estaba arrepentida de haber dejado la Corte. Maldije mi corta suerte y mi resuelta determinación que a tal lance me había traído, pudiendo estar quieta y con no poco descanso. [...]

## Capítulo XIX

**En que cuenta la entrada en Madrid, y lo que allí le sucedió con un hurto que le hicieron, por donde se fue a Alcalá y se casó cuarta vez**

Al cabo de los años mil vuelven las aguas por do solían ir, se dice comúnmente. Nací en la Corte y volvíme a mi centro, con algún caudal granjeado, no puedo decir que con buenos modos, porque el lector sabe cómo han sido en el largo discurso de mi vida, de que podía temer su poca duración, pues lo mal ganado ni llega a colmo ni se conserva. Con todo mi carruaje y familia entré





en aquel piélago de gentes, abismo de novedades, mar de peligrosas sirtes y, finalmente, hospicio de todas naciones.

Recibióme como madre, y yo, como hija suya, alegréme de ver sus costosos edificios, sus nuevas fábricas, ocasión para aumentar cada día más vecindad a costa de las ciudades y villas de toda España; pues lo que aquí sobra de moradores, viene a hacer falta en ellas, despoblándose por poblar la Corte, hechizo que hace con todo género de gente.

Tomé casa en los barrios de San Sebastián, alegres por su sana vivienda como por estar cerca de los dos teatros de las comedias; y porque cerca dellos viven los representantes y las damas de la Corte, se llaman comúnmente los barrios del placer.

Allí alquilé una casa sola, bastante para mi corta familia, que eran dos esclavas, la una en astillero de sobrina mía y la otra de dueña; el venerable Briones, escudero y comprador, y una mozoela que sirviese en la cocina; adorné las paredes, compuse mi estrado y compré lo que me faltaba para tener una casa aseada y que pareciese de mujer principal.

Mi primera salida fue a una fiesta que se hacía en la Victoria, donde manifestándonos a la juventud, no faltaron galanes ventores de la Corte; conociendo las nuevas caras, nos cercaron y comenzaron a trabar plática con las dos. Cúpome un caballero, hijo de un rico genovés, y a Emerenciana un amigo suyo de su misma edad y tierra; no eran de los más entendidos del mundo, y así se lo conocí a pocas razones.

Parecióme el que se me inclinó que si la finca era abonada de dinero, el entendimiento era mollar y ocasionado para cualquier burla y estafa: hubo su poco de acompañamiento, y visto que carecíamos de coche, también hubo oferta dél, que no se desestimó; antes se admitió como cosa la más concerniente a nuestra autoridad. Nuestra venida a la Corte quisieron saber, y se les satisfizo con la misma mentira que a don Esteban en Toledo: continuaron en visitarme, pero no en comenzar la empresa regalando, con que me comenzaron a dar temblores de frío desahuciándome de poder sacar jugo de la tal gente.

Quien hubiere ofendido guárdese, que el que ofende escribe su daño en papel, y el que recibe la ofensa, en bronce, que tiene más duración. Así lo hicieron don Esteban y don Leonardo, que, habiendo salido el criado que dejamos cerrado de su encerramiento (siendo abierto por un vecino de pared en medio), fue a dar cuenta a su amo de haber visto con vida a Briones y asimismo de nuestra fuga a Madrid. Picáronse los dos, y más don Leonardo, por

haberle costado el espanto una enfermedad, y conformes en vengarse de mí y de Emerenciana, se partieron a Madrid con mucho secreto, llevando ya ordenado lo que habían de hacer conmigo. El criado que encerramos tomó a su cargo el saber de nosotras, el cual, vestido de seglar (que era estudiante), se puso unos anteojos, con que se desconoció; y así, en dos días, supo nuestra casa.

Con esto se mudaron los dos amigos de la suya, que estaban a la plazuela de la Cebada, y se vinieron a nuestros barrios con todo el embozo posible. Traían para autor desta burla un conocido suyo, hombre, aunque anciano, de lindo humor: éste acudió el primero día de fiesta a San Sebastián a misa, adonde sabía que íbamos Emerenciana y yo en el coche del enamorado genovés. Procuró tomar asiento cerca de Emerenciana, y en el discurso de la misa todo se le fue en encarecerla su hermosura, mostrándose sumamente aficionado della, y asimismo en ofrecérsele por su servidor. Oí la plática, y mirando yo la persona del fingido enamorado, no me desagradó el verle de edad, que cuando en un anciano se apodera el amor, es difícil el quitársele, porque no se sabe divertir como el joven y variar de gusto.

Acabóse la misa, llegó a hablarme y a ofrecérseme de nuevo, alabándome segunda vez las partes de mi esclava. Yo le agradecí con las mejores razones que pude el favor que la hacía, y queriendo acompañarnos, no di lugar a ello por ver que a la puerta de la iglesia estaban nuestros galanes, los cuales aún no habían visto lo que entre Emerenciana y el viejo había pasado, que a verlo fuera cierto haber celuchos y aun quejas.

Hizo el anciano su papel de fino enamorado, siguiéndonos por darnos a entender que quería saber la casa; y no se fue de la calle hasta vernos dentro.

Esa tarde me envió un criado, pidiéndome licencia para visitarme. Parecióme que la afición iba en aumento, y así se la di por saber de su boca qué porte de hombre era.

Vino el astuto viejo, y después de haber preguntado por nuestras saludes y la causa de nuestra asistencia en Madrid, me dijo estas razones:

— Yo, señora mía, antes que v. m. me pregunte quién sea, se lo quiero decir yo. Me llamo don Jorge de Miranda, de la calificada casa de los Mirandas de Asturias. Pasé muchacho al Perú, y ha sido tal mi buena suerte, que, arrimado a un virrey que entonces lo iba a ser a Lima, fui su favorecido de suerte que en cuarenta años que estuve en aquellas partes he traído a España cien mil ducados en barra y pesos. Fui casado en Indias; murió mi esposa;

dejóme un hijo, que se murió cerca de La Habana, de edad de veinticinco años, el más gallardo mozo del orbe; he quedado señor de toda esta hacienda, y estoy dispuesto a casarme segunda vez, aunque en madura edad, por si el cielo se sirviese de darme sucesores que heredasen esta hacienda; trato aquí de algunos empleos, mas ninguno me satisface; he visto en mi señora doña Emerenciana partes para ser amada, y así, con vuestro gusto (que sin él no quiero nada), he de servirla y regalarla con mucho cuidado, porque su hermosura pide que todo el mundo la estime y agasaje.

A otra más astuta que yo engañaran las comedidas razones del fingido indiano, cuanto más a mí, que en sonándome Indias pensaba, con el talle y cara de la esclava, que habían de llover reales de a ocho en mi casa. Estiméle la merced que nos hacía, y de parte de Emerenciana le agradecí los favores que había recibido dél aquella tarde, con que se remató la visita, manifestando el socarrón ir muy prendado por la moza. Continuó algunos días el vernos, sin enviar cosa alguna, si bien se disculpó en no haberle llegado la ropa de Sevilla. Era bien recibido de mí con grandes esperanzas de ser muy rica por su causa.

Emerenciana más se inclinaba al galán genovés por ser más mozo; yo, que se lo entendí, la di un jabón, de modo que tuvo por bien de seguir mi gusto.

Sucedió, pues, que un día que estábamos Emerenciana y yo en una fiesta en el coche del caballero genovés, vino aquella tarde a vernos el viejo indiano, y quiso mi mala suerte que le abriese Marcela, con quien estuvo de visita aquella tarde, y de ella supo ser Emerenciana esclava y compañera suya. Esto le dijo con el sentimiento que tenía de verla hacer papeles de señora y ella de criada, cosa que nunca la pudo digerir.

Parecióle al socarrón del fingido don Jorge que le estaba de perlas aquella moza, y que era más conquistable siendo esclava para lograr un intento que de nuevo se le ofreció con lo que le dijo Marcela. No dijo nada desto a don Esteban ni a don Leonardo, sino trató de escribir un papel a Emerenciana, el cual le llevó un criado de don Leonardo, que le servía en cuanto duraba la burla; éste halló buena ocasión en que pudo verse a solas con Emerenciana, y así le dio el papel, y ella lo recibió con mucho gusto, el cual contenía estas razones:

«Señora mía, sabiendo vuestra calidad y partes, me aficioné a esa beldad con intento de serviros, no con el fin que ahora determino, que es de teneros por esposa; esto sé que no será con gusto de vuestra tía, porque pretende serlo mía y quitaros a vos este em-

pleo; si os determináis a dejar esa casa e iros conmigo a Sevilla, os doy mi palabra de dotaros de veinte mil pesos, ensayados, y teneros por mi esposa y dueño de mi alma. Si esto os pareciese a propósito, la breve resolución importa, guardándoos de que lo sepa vuestra tía; no os lo estorbe, que lo hará a saberlo.

»Sea yo avisado de todo y el cielo os guarde como deseo.  
— *Don Jorge de Miranda.*»

Leyó el papel Emerenciana, y entrando en consejo consigo misma, echó de ver cuán bien la estaba este empleo. Pues con él salía de esclava y era señora, gozando una gran dotación, y mientras su esposo viviese una grande hacienda; esto creyendo lo que había dicho el mentido indiano. Pues como se resolviese a elegirle por esposo a hurto de su tía, quiso no dejarla sin que se acordase della con lágrimas, y así como quien tenía debajo de su llave sus joyas y vestidos, a ellas acomodó en un pequeño envoltorio y a ellos en otro algo mayor, y con esto respondió al papel desta suerte:

«Aunque no haya partes en mí para mereceros, aceto la estimación que hacéis de mi persona con las condiciones dichas, y por no sentir el estorbo que a nuestro intento puede hacer mi tía, me determino salir de su casa e ir a la vuestra la noche que viene, no olvidándome de las joyas que en casa hay mías y suyas. Aguardaréisme a nuestra puerta al punto que anochezca, que yo lo tendré dispuesto todo; el cielo os guarde para que seáis mi dueño. — *Doña Emerenciana.*»

No deseaba el indiano otra cosa ni enderezaba la proa de su cautela a otro fin, sino al de persuadir a Emerenciana que robase a su tía cuando no saliese ella a ello, pensando que era cierto lo de su riqueza; mas viendo que sin haberle dado intención para esto ella se determinaba, se alegró sumamente.

Llegóse el término señalado y, sin dar parte a nadie, el viejo aguardó a la descendiente de Agar a la puerta de nuestra posada. No se había descuidado la moza, que dejándonos a mí y a Marcela entretenidas bajó cargada con dos líos de ropa y joyas. Halló a la puerta a su enamorado viejo, y tomándole el envoltorio de los vestidos caminaron juntos a cierta casa en los barrios de Santa Bárbara, adonde el viejo tenía dispuesto llevarla.

Era la casa de otro tan grande bellaco como él, y quisieron que por aquella noche pasase la mentira del fingido indiano, llamándole siempre y con respeto el señor don Jorge de Miranda. No faltaron sirvientes que les asistieran a la cena, pasando plaza de criados del indiano. Cenóse alegremente, no lo estando menos

Emerenciana, juzgándose mujer de un caballero rico y principal. Acabada la cena, les tenían prevenida una blanda y limpia cama, donde se acostaron los dos, y aunque sin bendiciones, Berenguel (que así se llamaba el viejo) gozó el fruto de sus deseos.

Aquella noche, echando menos a Emerenciana, la busqué por toda la casa, y asimismo por las de los vecinos, pero no fue hallada; acudí a mis cofres y vi faltar de ellos los vestidos que eran míos y ella traía. Eché luego menos las joyas que valían muchos ducados, y callando que me había robado la perra esclava, me quedé sin sentido tendida en un estrado; acudió Marcela a mi remedio con agua, y al cabo de un rato volví en mí bañada en lágrimas sin haber razones con que me poder consolar. Marcela me decía que yo me tenía la culpa con que estaba, pues había dado alas a la hormiga para volar; esto era haber puesto en astillero de dama a quien era esclava. Veía que tenía razón y callaba, ocupada sólo en llorar. Desta suerte se me pasó la noche. Por la mañana acudí a la justicia, dándoles cuenta del hurto y de ser esclava la que le había hecho; ofrecí dineros y mayor paga si parecía; hízose la diligencia, pero todo fue en balde, porque el astuto viejo se puso en cobro con su compañera. Ausentóse esotro día de Madrid, y escribió una carta a don Esteban y a don Leonardo avisándoles cómo se llevaba a Emerenciana con mis joyas.

Ellos, vista la burla, en algo vengados de mí, quisieron hacerme una visita aquel día; y sin pedir licencia se subieron a mi cuarto, encontrándose con Briones en la escalera, con cuyo encuentro quisiera antes ser muerto que habérseles ofrecido a la vista. No hicieron caso dél; antes, subiéndose a la sala, me hallaron en el estrado, que acababa de abrir un escritorio, donde estaba el dinero, por ver si le había abierto con llaves falsas, y fue dicha que no se le pusiese en la cabeza que lo hiciera, según era atrevida la Emerenciana. Con la vista de los dos caballeros confieso que me turbé mucho, y ellos me lo conocieron; tomaron sillas, y habiéndome preguntado por mi salud, les dije no la tener buena.

— En los ojos se le echa de ver a v. m. —dijo don Esteban—, que parece que son los que más han padecido en el accidente, y ha sido grosero en atreverse a tanta hermosura.

Yo callé a esto, y luego don Leonardo me dijo muy falso:

— Admirarése v. m., mi señora doña Laura, de nuestra venida a Madrid juntos, y no dejará de estimarla, pues ha sido sólo a darla a v. m. la enhorabuena de la resurrección de Briones, el gobierno de esta casa; cosa que supimos en Toledo, por haber faltado el cuerpo del sepulcro, y así lo atribuimos a uno de sus milagros de

v. m.; y como el de resucitar a un muerto sea tan admirable, no quisimos dejar de ver a la causa de tan extraordinario portentoso, que es v. m. Viva mil años para que se ocupe en actos de tanta caridad que lo fue para el escudero, si no para nuestras bolsas; pero gracias a Dios que el indiano ha dado venganza a todos, aunque nos quedemos sin lo que hemos gastado; dél hemos recibido este papel, que con su licencia de v. m. hemos de leersele.

Yo estaba tal, que no pude responder palabra, y así di con esto lugar a que me leyese el papel del fugitivo ladrón de mi esclava y joyas, que decía así:

«El vengador de vs. ms. halló más fácil el imposible de Emerenciana que el señor don Leonardo; pues habiendo sabido ser esclava de la que se fingía su tía, me pareció hacerla mi esposa; supliendo las sobras de su hermosura, las faltas de su limpieza, si no la hay en ella, la habrá en los cofres de mi señora doña Laura, de quien faltan las joyas que vs. ms. contribuyeron y otras que las acompañan, porque no sientan el venir solas, con ellas nos remediamos dos, y se vengan dos a costa de una agraviada; y así, dejando a Madrid, ojos que nos vieron ir, no nos verán más en él. Cristo con todos.»

Luego don Esteban prosiguió diciendo:

— Para estos trances es el valor, mi señora doña Laura, que, por faltarle al señor don Leonardo con el difunto Briones, cayó enfermo.

Aquí cobró colores el picado galán, y con mayores figas prosiguieron el cordelejo, hasta que ya viendo que estaban pesados, les dije:

— Señores míos, basta, basta; tanto apretar a una afligida mujer; a los afligidos no se les ha de dar más aflicción. Ya vs. ms. están vengados de mí, pero no me podrán negar que valiera más tener en mi poder lo que me han llevado, que no en el de un pícaro y una esclava; que tiempo viniera en que vs. ms. hallaran recompensa en mí.

— No la queremos —dijo don Leonardo— ahora ni nunca, sino que v. m. tome este consejo de mí, y es que mire con quién se burla de aquí adelante, porque hallará quien no sepa llevar en risa lo que se le castiga en la bolsa por vía de engaño.

Con esto dejaron sus asientos, y despidiéndose cortésmente, me dijeron al salir:

— Pésanos que Emerenciana cobrase su libertad con tan mal empleo, que si ella se escapara, cara tenía para más de cuatro engaños. V. m. tenga paciencia, que con ella se ganó el caudal y qui-

so pagarse de su mano.

Fuéronse y dejáronme abrasada; llamé luego a Briones y a Marcela y quise averiguar de los dos cuál había dicho ser esclava Emerenciana, pues solos ellos lo sabían. Entrambos negaron, y porque estaba dudosa a la averiguación, quise que pagasen la pena igualmente; y así esa noche pagué a Briones y le despedí, y a Marcela la vendí esotro día en lo que me quisieron dar por ella, escarmentando a no servirme más de esclavas.

Mudando de familia, quise buscar en Madrid a Teodora, en cuya casa me crié, y acudiendo a los barrios donde había habitado, supe haberse casado en Alcalá de Henares con un mercader, con razonable hacienda, el cual se había aficionado a la moza. Parecióme hacer mudanza de Madrid e irme a Alcalá, adonde estaba mi amiga, y así la dispuse brevemente; considerando que de asistir en Madrid y estar allí don Esteban y don Leonardo, mis contrarios, podría perder por ellos con la juventud de los caballeros, a quien yo había menester para usar de mis embustes.

Esto, pues, me obligó a dejar la Corte y la comenzada conquista del caballero genovés, mi amante, que frecuentaba mi calle mucho. Prevenido todo el menaje de mi casa, que ocupó un carro, yo me entré en un coche, y en él me fui a Alcalá, adonde hallé a mi amiga Teodora muy contenta, y rica y con dos hijos.

Recibióme alegremente, diciéndole a su marido quién yo era, de quien en ocasiones habían tratado largamente los dos, exagerando lo mucho que me quería. Estuve en su casa cuatro días, y en tanto me buscaron casa; el dinero que traía, que serían hasta dos mil escudos en oro y plata, puse en trato con el mercader. Súpolo esto un primo suyo, viudo, y pareciéndole que le estaba bien ser señor de aquel dinero, para aumento de su caudal, que también era mercader de sedas, trató con Teresa de que supiese de mí si quería casarme.

Ella, que deseaba tenerme siempre cerca de sí, aunque contra voluntad de su marido, por ver que le había de quitar el dinero del trato, concertó mi boda con el tal mercader.

Hubo en ella gran fiesta; pero duró poco, porque yo me empleé en el hombre más civil y miserable que crió la naturaleza.

Era hombre de cincuenta años, con dos hijos y una hija, tan míseros como su padre: al fin criados de tal escuela. Las cosas de su miseria piden nuevo volumen, que en éste sería alargarme mucho; y así, convidó al señor letor, para él en mi segunda parte, diciéndole que del mercader tuve tres hijos y una hija; todos salieron al padre en las costumbres; sola la hija imitó las mías. Para la

segunda parte remito contar las vidas de todos, con nombre de *La congregación de la miseria*, libro que será de su gusto, cuyo volumen promete el autor de éste dar a luz con la historia de *Los amantes andaluces* y *Fiestas del jardín*, siendo Dios servido.

*Laus Deo, honor et gloria.*

- Alonso de Castillo Solórzano, *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*. Ed. E. Cotarelo y Mori (Madrid, Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas, 1906).





# Gonzalo de Céspedes y Meneses

*Gonzalo de Céspedes (Madrid, c. 1585 - Madrid, 1638) es madrileño, como sus padres y sus abuelos. Es, además, un enamorado de la capital de España y así lo dice repetidamente en sus libros. Recordemos lo que escribe en la novela, quizá autobiográfica, Poema trágico del español Gerardo, y desengaño del amor lascivo (Madrid, 1615): «La insigne y famosa villa de Madrid, dignísimo aposento y morada de nuestros católicos monarcas, es mi amada patria; común y general madre de diversas gentes y remotas naciones... Aquí nací, y un martes, cuyo proverbio desgraciado puedo decir no ha salido a ninguno más verdadero que a mí; pues hasta en el ser segundo fue contraria la infeliz estrella de mi nacimiento.»*

*Después de un intento fallido de irse al Perú, hay en la vida de Gonzalo de Céspedes un desgraciado lance amoroso que acabó con él en prisión y a punto estuvo de conducirlo al cadalso. Precisamente en la cárcel escribió la primera parte de El español Gerardo. Hacia 1626, estando en Lisboa, publicó una de sus mejores novelas, titulada Varia fortuna del soldado Píndaro, en la que el relato picaresco se mezcla con la autobiografía en una narración de episodios llenos de inventiva y contados con ingenio, agilidad y fluidez. En Lisboa, y en 1631, escribe la Historia de Felipe IV. A partir de entonces se va a Madrid, donde residirá hasta su muerte, en 1637. Fue enterrado, según su voluntad, en la iglesia del convento del Espíritu Santo, situada en la Carrera de San Jerónimo, en cuyo solar se levantará siglos después el Congreso de los Diputados.*

*Bajo el título de Historias peregrinas y ejemplares (Zaragoza,*

1623) se reúnen seis novelas cortas, cada una de las cuales va precedida de una descripción histórica acerca del origen, formas de vida y religión y de las grandezas y excelencias de las ciudades en que se sitúan los hechos que seguidamente se narran: Zaragoza, Sevilla, Córdoba, Toledo, Lisboa y Madrid.

Hemos elegido la última, titulada *Los dos Mendozas*, por su curiosa y prolija descripción de Madrid y sus orígenes, desde la Mantua Carpetanorum de los años mitológicos y la Magerit de los árabes (cuya etimología, según algunos, sería la «casa de los buenos aires»), hasta el Madrid de la Corte, con «la anchura de sus calles, sus casas fundadas a este fin, sus grandes palacios, sus ricos y fértiles contornos». No faltará la Virgen apareciéndose en Atocha, y la historia del «labrador humilde que, juntamente con los dos papas San Dámaso y Melquíades, reverencia por sus santos la Iglesia». A lo largo de la novelita veremos cómo Madrid ha ido creciendo con el paso del tiempo: «Todas sus cosas tomaron nuevo ser, porque los muy apartados campos de sus contornos se convirtieron en vistosas calles, los sembrados en grandes edificios, los humilladeros en parroquias, las ermitas en conventos, y los ejidos en plazas, lonjas y frecuentes mercados.»

Del campo de la Tela, en funciones de picadero por aquellas fechas, nos conducirá don Diego al Puente de Segovia, que será, una vez más, punto de encuentro de embozados y misteriosas damas tapadas, lugar de duelos y pendencias. Acudiremos a las entonces importantes fiestas taurinas que se celebraban en el pueblo de Barajas, y cruzaremos el arroyo del Abroñigal (llamado «de Brañigales» en el original, cuyas orillas eran con frecuencia elegidas para los desafíos). Veremos convertido en hospital el convento de Atocha, y cómo junto al hospital de Antón Martín estaba «la vuelta de los Convalecientes», en una calle que Céspedes describe como «anchurosa». Asistiremos a la construcción de nuevas casas en la Red de San Luis (con «maravillosos edificios, cuartos y grandeza»), y comprobaremos cómo los barrios de San Pedro permanecen «aun de día solos y, por el consiguiente, a deshora temerosos y ocasionados».

# *Historias peregrinas y ejemplares*

## *Los dos Mendozas*

### Capítulo XCI

**Historia sexta y última de esta primera parte, con el origen, fundamento y antigüedad de la insigne Villa de Madrid, adonde sucedió. Descripción de Madrid**

A doce leguas de la imperial Toledo, en la mitad de las Españas y citerior Tarraconense, está fundada la memorable y famosa Villa de Madrid, Corte real y cabeza de la más estimada monarquía que ha visto al mundo desde sus principios, cuyos originarios fundadores, como siempre sucede en cosas muy antiguas, tienen tan oscura noticia, que casi de toda ella los tiempos espaciosos y largos siglos no han dejado más esencial memoria la tradición de su segundo nombre, que es Mantua Carpetana, así la llama César en sus *Comentarios*, o por el mismo apellido de los vecinos montes, o por la semejanza de esta voz *Carpetum*, que significa carro, uso particular de sus naturales por la comodidad que para su artificio hay en tantas planicies y llanuras como por largo espacio la rodean.

Tolomeo, poniendo su latitud en cuarenta grados, también la llamaba así, y primero Ursaria, y no falta quien, llevado de vestigios probables, la haga fundación de los primeros griegos —cuyo antiguo blasón fue un dragón espantoso—, y más particularmente de su famoso capitán Epaminondas, y por el consiguiente, armas originales de este lugar, según se hallaron en los timbres antiguos de sus puertas. Arguye bien su antigüedad notable haber en la repartición que hizo de España el Magno Constantino, constituídola

en obispado más ha de mil doscientos y treinta años. Y finalmente, el título y corona que la concedió el emperador Carlos V para sus nuevas armas.

Por estas y otras causas testifican autores fue en su primero origen el escudo y muralla de los antiguos y primeros españoles, como también después Escuelas públicas y Estudio general de las ciencias que entonces se sabían en España. También los moros, según acostumbraron con las grandes y mejores poblaciones de esta provincia, en su asolación y pérdida la dieron nuevo nombre y el mismo que hoy conserva, aludiendo la significación de él a una de sus mayores excelencias, a sus frescos y saludables aires, porque Madrid no otra cosa significa, en su lengua, que lugar de *buenos aires*, y esto es tan cierto que ni en lo restante de España ni aun de la mitad del orbe se conoce sitio más sano, cielo más benévolo y claro, terreno más fértil, abundancia más llena, aguas más puras, rostros más hermosos y genios más lucidos, corazones más valientes, ánimos generosos y, sobre todo, virtudes y excelencias más en superior grado. Todo merced de sus influentes estrellas, de su cielo benigno y, finalmente, de sus incorruptibles y delicados vientos.

Y así, respecto de tan grata experiencia y convidados de la amenidad de sus campos, de la grandeza de sus bosques y otras infinitas comodidades, los más reyes de España honraron con largas asistencias, con amor increíble, este noble lugar, hasta que con perdurable asiento fijó el prudente Filipo en él su casa y corte, ampliándole y engrandeciéndole de suerte que él solo, por la igualdad y anchura de sus calles, por sus casas fundadas a este fin, por sus grandes palacios, por sus ricos y fértiles contornos, es capaz de tal máquina, de tanta multitud de moradores, de tan copiosos tratos, de tantas mercancías, de tantos negociantes, de tan grandes príncipes, de tantos títulos, de tantos caballeros, de tan graves Consejos, de tan innumerables ministros, de tantas guardas, de tantos oficiales y, finalmente, de tan varios compuestos como forman su monstruoso cuerpo, su portentosa e increíble grandeza. A quien por partes, aunque rompida a trechos, rodea una cerca de muralla antiquísima, traza y edificio de griegos; o, por decir lo que tantos afirman y se ve con los ojos, de una llama continua, de un fuego restringido, pues lo mismo viene a ser el duro pedernal de que es formada y aun las piedras con que enlosan las calles. Y así, por esta causa, dijo un autor que España, entre otras excelencias, tenía una ciudad fundada sobre fuego y cercada de lo mismo.



Mas, dejado esto aparte, justo será que no se olvide en esta descripción uno de sus mayores atributos y aun santuario de los mayores de la Europa, la imagen memorable que apareció en Atocha; aquel retrato de la reina del cielo, aquel asombro de maravillas y milagros; y, entre los muchos triunfos de sus victorias, la del antiguo alcaide de Madrid, el portentoso caso de sus hijas y esposa, aquella estupenda resurrección, y tras de aquesto el hijo amado, el labrador humilde que, juntamente con los dos papas San Dámaso y Melquíades, reverencia por sus santos la Iglesia, y al primero por patrón esta Villa, en quien también se ve hoy entre otros edificios grandiosos, monasterios sin número, el religiosísimo convento de San Jerónimo del Passo, nombre notable adquirido por el que defendieron generosamente algunos caballeros y aun privados del señor rey don Enrique IV; hazaña tan notable que justamente quedará para siempre eternizada en la memoria de los hombres, como también por los sucesos de la siguiente historia, la fama y nombre de los Mendozas, hijos ilustres de esta insigne Villa, y tan fieles y verdaderos hermanos que su rara amistad, sus loables hechos, pudo ser digno asunto y materia bastante a su discurso. Y así, poniendo límite al desta descripción, comenzará en sus fines nuestro cuento.

## Capítulo XCII

### **Dase principio al cuento prometido, diciéndose quién fue don Alonso de Mendoza**

Don Alonso González de Mendoza, caballero ilustrísimo como lo son todos los de este generoso apellido, fue natural de Madrid, lugar a quien, según ya queda escrito, han elegido por su grande excelencia los monarcas de España por asiento y morada de su corte. Aquí, pues, y en los antiguos solares de sus progenitores, nació y vivió largo tiempo, aunque lo más de su mocedad entre el rumor sangriento de las armas, sirviendo en sus inmortales hazañas y empresas grandes a la cesárea majestad de Carlos V, el cual, como tan buen apreciador del valor y experiencia militar, hizo particular estimación, los años que don Alonso siguió sus estandartes, de sus méritos y persona; y tanta que, si no fuera algo arrebatado y colérico (condición que en parte desdoraba sus generosas obras), es sin duda que hubiera ocupado un grandioso puesto.



Mas a esta causa, no siendo muy bienquisto y teniendo en el ejército algunas importantes inquietudes, le convino retirarse a su tierra, adonde no le faltaron otras muchas, porque apenas llegó a ella cuando, pagado sumamente del muy hermoso agrado de doña Catalina Ramírez, dama de admirables virtudes, la comenzó a servir con tan poco gusto de sus padres, que deseaban para su gallarda hija hombre menos brioso y no tan soldado, que a pocos lances, rompiendo con ellos y sus deudos, hubiera de granjear a lanzadas lo que suele adquirirse con blanduras, voluntad y terceros. Finalmente, porque deseo troncar estas particularidades, que son muy accesorias al hecho principal, don Alonso, bien granjeado el amor de su dama, que, quisieron que no sus padres, la hizo su mujer, y aunque a costa de muchos gastos, pleitos y aun prisiones, ello se quedó hecho y sus suegros desenojados.

Mas como raras veces deja en la posesión de mitigarse el ardor de los deseos, poco a poco, morigerándose en su pecho aquella ardentísima afición, fue divirtiéndose y aun distrayéndose con alguna nota; si bien nunca ésta rompió de suerte que llegase a sentimientos de su esposa ni a faltar a las obligaciones precisas de su estado; porque corre gran riesgo la flaqueza mujeril el día que la disolución del marido hace huérfanos el lecho casto y la mesa común; y así, el discreto honrado, aunque fuerce el alma y pierda en su gusto lances sin recompensa, no ha de perder horas tan bien gastadas, pena de llorarlas de veras. En fin, con nuevas aficiones don Alonso, restringiendo el amor de su esposa, vivió sin hijos seis o siete años, cosa que, aunque disimulada de la honesta señora, era de ella sentida y aun llorada con tiernas lágrimas.

Presumía, aunque dudosamente de la condición de su dueño, sus desvelos e inquietudes; mas no por eso acreditaba semejantes sospechas de suerte que él llegase a imaginarlas; que es gran cordura para que no se pierda al pundonor, el decoro y respeto, fingir y aun ignorar las cosas, que en los que pueden no sirven de más que quitarles la máscara para ejecutarlas en público. Así disimulando padecía desoladas penas, en tanto que, desenfrenado en sus vicios, corría él temerario y ligero. Hasta que perdiendo el temor al cielo y arriesgando su vida en terribles sucesos, vino a empeñarse en uno de manera que, sin gusto y por fuerza, le obligó a dejar la Corte, como ahora sabréis.



## Capítulo XCIII

### **Sabe su esposa la distracción de aqueste caballero, procura remediarla, y él, sospechoso, venga su injusta cólera en un criado de su casa**

Había no lejos de sus barrios de don Alonso una hermosa doncella, de tan grandes partes, calidades y hacienda que pudiera, a ser más recatada y menos libre, estimarse por casamiento de un muy gran caballero. Esta señora, pues, sin reparar en que don Alonso tenía estado que le imposibilitaba de remedio, llegó a prendarse de suerte en su afición, que casi hizo con él los oficios de un muy fino galán; y como aún más cortos envites eran bastantes a contrastar su gusto, en breves días, y con menores diligencias, ya el arrojado caballero era dueño absoluto de su prenda mejor; y no parando allí el efecto de semejante yerro, antes en lo que siempre suele, a dos meses de trato ya ella estaba preñada y entendida su falta. No tenía más que madre, pero tan varonil que al mismo punto, sabiendo quién era el autor de su afrenta, con secreto inviolable la desapareció de sus ojos.

Este último exceso alcanzó a saber doña Catalina desde sus principios, porque el poco recato que en él hubo le hizo patente a una criada antigua de sus padres y de ella sus oídos; mas como era tan discreta y prudente, y el caso tan digno de temerse como de remediarse, antes de dar cuenta a quien pudo atajarlo la pareció, con dádivas y ruegos, saberlo con certeza de un criado de su marido, el cual no sólo por sus buenos servicios era el archivo de su alma, mas toda su privanza y voluntad. Pero fue por demás cansarse en balde; pues antes el fiel mozo procuró desmentirles tales sospechas y aun dio de ellas a su señor larga noticia, diligencia que después le costó la vida; porque no satisfecha con su absolución la celosa señora, tanto cavó en su intento que alcanzó la verdad, y mediante el favor de una dama de palacio, su deuda, el sosiego de su alma, pues al punto mandó Su Majestad, por medio del Consejo, que don Alonso se fuese a sus lugares; orden que sintiéndola impacientísimo, y no atreviéndose a perder el respeto a quien la había trazado, como su condición fuese terrible y desease de semejante pesar igual venganza, dio, sin poderse reprimir, en persuadirse que aquel criado a quien él tanto amaba, vencido de las dádivas de su mujer le había descubierto. Y como a esta presunción engañada se juntase el ausencia impensada de su dama, que todo sucedió en un mismo tiempo, hubo de quebrar su cólera y enojo en el pobre inocente,



destinado ya, por su contraria suerte, a morir sin culpa. Y así, sacándole una noche, como solía, consigo, hizo que dos valientes esclavos que tenía para tales empresas estuviesen en parte que, con comodidad y recato, lo ejecutasen, aunque no sin defensa del triste hombre; pues aunque se vio saltado de ellos y de su dueño, mostró bien cuanto hiciera a medirse igualmente. Al fin, en el mismo puesto, que era algo desviado de las últimas casas, le enterraron, desmintiendo la sangre y las señales; de suerte que, aunque echándole menos, a instancia de sus deudos, que los tenía en Madrid, se hicieron notables diligencias; y aunque la justicia, por algunos indicios, puso guardas a don Alonso y procedió en la causa, al cabo, sin saberse del muerto rastro alguno, fue absuelto de la instancia y dado por libre; con lo cual, en cumplimiento del mandato que he dicho, con toda su familia se fue veinte leguas de la Corte, adonde en un fresco lugar de su patrimonio y riberas del río Júcar vivió con más quietud y con menos distraimiento; y echóse bien de ver el provecho y gusto que acarreó a su casa, pues dentro de tres años ya tenía dos hijos en su esposa, y con ellos diferentes cuidados que los que hasta allí. Llamóse el primogénito don Diego y el menor don Fadrique, y uno y otro de admirables presencias; y, sobre todo, tan conformes hermanos y tan verdaderos amigos que pudo su singularidad y excelencia no sólo dar dos héroes a mi historia, sino fama a su nación, gloria a su patria y materia bastante a dejarlos eternizados en la estampa.

## Capítulo XCIV

### Desaviénense don Alonso y sus hijos, y auséntanse a la Corte

Ya en aquesta sazón y aun días antes que don Alonso se retirase, había Carlos V en Flandes, con aquella espantosa hazaña de la renunciación de sus Estados, echado el sello a sus inmortales y famosas victorias, pues, alcanzándola de sí mismo, fue la mayor que en los pasados ni en los presentes siglos han mirado los hombres.

Gobernaba por él esta dilatada monarquía su prudentísimo hijo, el Salomón segundo, digno abuelo del potentísimo príncipe Felipe IV, que por dichosos y felices años hoy reina sobre sus innumerables señoríos y vasallos.

Y así, teniendo por la templanza de sus aires, serenidad de cielo y otras comodidades particular inclinación a la asistencia de





Madrid, con su continuación y real presencia, poco a poco se fue extendiendo y ampliando, hasta llegar casi a la grandeza y esplendor en que le vemos; con que todas sus cosas tomaron nuevo ser, porque los muy apartados campos de sus contornos se convirtieron en vistosas calles, los sembrados en grandes edificios, los humilladeros en parroquias, las ermitas en conventos, y los ejidos en plazas, lonjas y frecuentes mercados.

A todos o a los más de estos aumentos, don Alonso, alegre con sus prendas, vivía ausente y retirado de grandezas y máquinas; con lo cual, y los menores gastos, fue allegando suficiente suma y tal, según su rico mayorazgo, que pudo fundar otro en don Fadrique y no muy pequeño; si bien el cumplir este deseo ocasionó, por la escasez con que trataba a la familia, tantas disensiones en ella que, aunque no obstante salió con lo que quiso, fue a costa de dejarle los criados, olvidar sus obligaciones, morir de pena y otros muchos enfados su propia mujer, y, últimamente, de malquistarse con sus hijos, que, no pudiendo sufrir tal carestía, siendo ya manebos de gallardos alientos, con la conformidad de su voluntad, apenas el mayor dio a entender la suya cuando ya don Fadrique trazaba el modo de ejecutarla. Era su intento de los dos obligarle en la Corte a que los señalase alimentos, pues el dote de su madre y los dos mayorazgos de que eran sucesores los pedían muy grandes; pero dificultábaselo mucho la falta de dineros, porque aunque don Diego tenía, por último abrazo de su madre, guardadas en secreto sus más ricas y preciosas joyas, todo les parecía poco respecto de saber cuán tercamente los había de defender su padre. Y así, resolviéndose los dos, acordaron de hacerse bien espaldas, y cargar en las suyas con la plata, jaeces y caballos; para lo cual, haciendo venir a algunos de los criados que andaban despedidos, con galante despejo, a la primera caza que salió don Alonso, la dieron ellos a lo mejor que había, y con gran diligencia se emboscaron en Madrid, hasta ver cómo lo tomaba, que no fue con mucho rigor, si no es que el mal remedio le hizo disimular.

No era de su naturaleza miserable ni corto, sino por accidente causado en el acrecentamiento de sus hijos, y así, forzosamente, como todo había de ser suyo, fácil sería consolarse en la pérdida. Con tal aviso, alegres los hermanos salieron en limpio, echaron libreas, pusieron casa y cuerdamente censuraron sus gastos y despendas; de suerte que veinte mil ducados que traían consigo pudiesen lucirles y fomentar su intento.

Eran entrambos bizarrísimos mozos, lindos jinetes, diestros en todas las armas, callados, comedidos y en extremo valientes; de



forma que, sin tener necesidad del aplauso y abono de sus muchos deudos, en pocos días se hicieron los ojos de la Corte y en menos de año y medio se hallaron con los alimentos que pretendían. Porque habiéndolos puesto en tela de justicia, aunque su padre los contradijo, y aunque intentó que, al menos, se les pusiese en cuenta lo que se habían tomado, como no hubo probanza, merced a la afición de sus criados, que se hicieron mudos, sin mayor dilación aprobó el Consejo los que parecieron forzosos, causa para que, sin muchas escasezas, se alargasen sus galas y se aumentasen sus lucimientos; y así, aun antes de esto, pocas fiestas o regocijos públicos hubo en quien ellos no se señalasen ni en quien con suertes venturosas no granjeasen tierra. Valíanse y apadrinábanse, en semejantes ocasiones, tan a punto, y estaban en aquello tan diestros y avisados, que ni para favorecerse había larga distancia, ni para su advertencia ocupación, recato ni interés que los descuadernase. A este propósito, no juzgo fuera de él escribir un lance peregrino que en la presencia de Felipe II les sucedió en las primeras fiestas que fue conocido su valor. [...]

## Capítulo XCVI

### **Descúbreanse émulos contra la virtud de aquestos caballeros, mientras ellos discurren en sus loables ejercicios**

Nunca, como en las demás acciones humanas, faltan a semejantes accidentes envidias y emulaciones, como ni tampoco a los grandes sujetos, o ya por el ingenio, o ya por el valiente y alentado espíritu; y así, en alguna manera fuera caso de menos valer si a los nuestros faltara esta excelencia. Ser virtuosos, ser corteses, ser recatados, piadosos y discretos y, por el consiguiente, murmurados, téngolo a mucha dicha, como al contrario por afrenta e injuria de los hombres al que no lo es; porque este tal, a falta de virtudes y méritos, no es envidiado.

Ño así fuera de intento he escrito estas breves razones, antes sí con muy gran causa; pues es bien de notar que sin haberla estos caballeros dado por ningún camino, ni entrado en lances que como tan bizarros mancebos pudieran, fomentaron en su contra la voluntad de un gran señor tan mal afecto que en cualquiera ocasión procuraba disminuirlos; y esto con tan público extremo y descortesía que ninguno en su presencia, ni aun a sus oídos, trata-



ban de alabar o engrandecer sus cosas que no le hallase opuesto y disgustado. ¿Qué nombre, pues, daremos a semejante exceso? ¿Qué título a tan bajos envites, o a qué parte atribuiremos tan mala voluntad? Pienso que si no es llamarla vil envidia, que no tengo otro atributo a que acogerme, por lo menos, en muchos días no se entendió otra causa, ni los hermanos curaron de saberla; y no porque les tuviera a raya el ser este caballero marqués rico y brioso, que para tanto estado ellos estaban tan emparentados y bienquistos que pudieran frisar con él y darle mucha mohína; sólo les enfrenaba su generosa y noble condición y desear conservarse con agrado mientras él no les empeñase al descubierto.

Tales y tan honrados propósitos fuerza era que se lograsen aumentando su crédito; y así, aunque en tan verdes años alcanzaron tan gran predicamento que no sólo los preciaban por generosos y bizarros, sino por prudentes, cuerdos y de maduro juicio. Cosas eran aquestas para que, llegando a noticia de su padre, mudara condición y se gozara mucho con tales hijos; y sucedió ello así porque, deseando los dos volver a su gracia, cortas diligencias la granjearon, y de suerte que desde allí adelante su mayor cuidado de don Alonso, al fin padre, era el acrecentamiento y gusto de sus amados hijos. Criábales gallardos potros, entreteníase en bordarles jaeces, en remitirles nuevas galas, allegarles dinero y labrarles ricas y preciosas alhajas y, sobre todo, en darles estado y compañía digna de su valor y muchas virtudes; con lo cual los nobles mancebos andaban lucidísimos y pasaban loablemente su juventud sin haber hasta entonces abierto puerta a las nocivas llamas de amor, ni entrado en rifa de sus ardientes juegos.

Comenzaba en aquesta sazón la primavera, y don Fadrique, gozando la frescura de sus mañanas con más inclinación que don Diego, salía a ver en el campo de la Tela hacer mal a sus caballos, distrarlos en los tornos y castigar siniestros y resabios. Gustaba notablemente de semejantes ejercicios, con lo cual pocos fueron los días de aquel alegre tiempo que, dejando en la cama a su hermano, no le viesen en la Puente Segoviana y los cristales puros de su río; y uno de éstos, que al descubrir el sol bajaba al puesto, queriendo un poco antes apearse, apenas lo hubo hecho cuando, emparejando con él cuatro mujeres que querían atravesar la Puente, reparándose él algo a mirarlas, vio que con igual intento habían hecho lo mismo; con que, más advertido en su curiosidad, las hizo un humilde acatamiento, porque no obstante que siempre en él había tales extremos, la estofa de la ropa juzgó por digna de mayor cortesía.



## Capítulo XCVII

### Prosíguese el suceso de este día

La respuesta que tuvo el comedimiento cortés de don Fadrique fue de otra jerarquía; porque, haciéndole señas que se acercase, la una tapada hasta los pechos, adelantándose de la compañía algunos pasos, en baja voz le dijo con discreto donaire:

— Si os atrevéis, como a matar los toros en la plaza, a seguirnos ahora en este campo, no es pequeña aventura en la que os pondréis; pues habiendo de llegar a San Isidro, sólo porque el acero que se toma por vos (más que por otro achaque) no se vuelva contra nosotras, os remitiremos nuestra guarda; y, por lo menos, podréis venir seguro, que, si hubiese caballeros andantes que lo impidan, todas nos habremos de ver a vuestro lado.

Aquí, no sin alguna risa, callando ella, respondió don Fadrique:

— Conociéndome, como dais a entender, mal habéis hecho en mandarme con tan largas razones, pues sólo la presunción de que me hayáis menester basta a ponerme en peligros de veras, cuanto y más en cosas tan de gusto.

Y diciendo y haciendo, mandó a sus criados que le atendiesen; y poniéndose delante, comenzó a acompañarlas. Pasaron en alegre conversación la Puente, y con la misma, llegaron a la ermita; si bien, en toda esta distancia, quien sustentó la tela fue la misma que primero había habládole, mas por tan discretos ambages y rodeos que se le conoció hablaba en nombre de otra, y que asimismo atendía a recatar de las demás el alma de su intento.

Reparáronse en aquel santuario un grande espacio, en quien la propia, tomando por la mano otras dos mujeres, y fingiendo irse a gozar de la milagrosa fuente, dejó a don Fadrique por guarda de la última, la cual, apenas se vio sola cuando, alzando del rostro el sutil manto, descubrió de improviso un pedazo de cielo lleno de soles, arreboles y estrellas, que casi su belleza, y mayormente tan nueva admiración, le dejó suspendido.

Reconoció su turbación la dama; y aunque ella estaba en no mejores términos, con todo eso le ganó por la mano; y con alegres ojos y dulcísima voz le dijo:

— Al fin, señor don Fadrique, este buen día yo me le he granjeado por mi lance, pues es cierto que, según andáis poco advertido con quien tanto desea vuestro gusto, ni el miraros desde el coche tan libre, ni el aplaudir a vuestros ojos esa dichosa suerte, ni

aun menos recatadas diligencias y acciones, fueran bastantes nunca a granjear mejor correspondencia y excusar mi cuidado de semejante atrevimiento y libertad. Pero, al fin, como vos no la tenáis por tal, y como yo quede en vuestra opinión en el predicamento que merezco, daré por perdonados tales descuidos y aun los disgustos y riesgos a que me he dispuesto, si esto imaginasen los míos, los cuales aún son mayores de lo que puedo encarecer, y solamente los que han tenido a raya mis afectos; porque ni tengo criado de quien fiarme, ni aun mujer en mi servicio a quien (fuera de la que os vino hablando) pueda descubrirme. Ella es buen testigo de lo mucho que me debéis; y no hubiera dilatado, según me quiere, el haceros cargo de tal deuda, si como yo no estuviera en el mismo recato, en la misma guarda y clausura. Pero ya que los cielos han destinado por términos tan tristes mi contento, no ha de faltar alguna buena estrella que nos ayude; siendo vuestro gusto verme y hablarme por adonde viniendo a deshora, pienso que habrá lugar. Ese papel os dirá la parte; y en él conoceréis cuántos días he andado prevenida, y ahora, porque éste será el último día que he de salir al puesto en que veis, seguidme o haced saber mi casa; y, en tanto, el cielo os guarde y dé a mis pensamientos acogida en vuestro pecho. [...]

## Capítulo XCIX

### **Habla don Fadrique a su dama, y partiendo a Barajas él y don Diego, el siguiente día, tienen allí varios acaecimientos**

Salió en esto la dama, incomparablemente hermosa, porque el contento de ver a don Fadrique tan puntual acrecentó aquel atributo, que encareció el amante con todas veras, señal de que ya estaba para menores burlas; mas al ser bien pagado, disculpó su breve vasallaje; prometiéndole éste eterno, y diciéndole su nombre la dama, que era Leonarda, se despidieron más alegres, hasta volverse a ver.

Bien quisiera don Fadrique que su hermano disculpara su afición viendo su empleo; mas pareciéndole muy temprana licencia, la dilató a mejor ocasión; y recogiendo con él, parlando en diferentes cosas, hicieron hora de dormir; y otro día a las tres de la tarde, teniendo prevenidas ventanas, con ricos y preciosos vestidos y algunos amigos y criados, partieron a Barajas. Si bien cuando



llegaron estaban ya las fiestas comenzadas y los andamios tan cerrados y llenos, que para poder ir a su puesto hubieron de atravesar la plaza; y así desde adonde se les dejó pasar en tropa como estaban, no sin riesgo del toro y con alguna prisa cruzaron hasta sus ventanas.

Bien pensó don Diego que don Fadrique iba en su compañía; mas engañóse en ello, porque embarazado en el camino, muy sin pensarlo, se quedó muy atrás; y echándole menos, al volver la cara, le vio que paso a paso, y como si no anduviera un demonio en el coso haciendo con los cuernos remolinos de gente, se acercaba a las ventanas sin ninguna pena. Mas no pudiendo sufrir el corazón mirarle en tal peligro, sin que las voces y aun los brazos de sus amigos fuesen bastantes, se arrojó por el coso hasta emparejar con su hermano. Pero estando muy cerca de salir con su bizarro intento, no sin admiración de los presentes, turbó no su buen ánimo, mas toda el alegría de la plaza, el embestir el toro a aquella parte.

Venía el feroz animal todo sangriento, bramando, y acosado con algunas garrochas; y no obstante, los dos buenos hermanos le atendieron, no juntos, como suelen en tales casos, mas antes apartándose algún tanto. A quien no sé si temiendo la empresa, o abandonado del grande atrevimiento, cuatro o seis pasos de ellos reparó el bravo toro, y así, mientras con furiosas pisadas arrancaba la menuda arena, no quedó dama en balcón, hombre en andamio, que no los diese gritos, que no los pidiese se retirasen. Mas fuera entonces ponerse en conocido riesgo, además que, sin mayor tardanza, los embistió tan ciego que en un punto se halló con las dos capas en los ojos y cortadas las piernas. Mas aquí se vio ahora el rumor del vulgo, los alaridos y voces de la gente, aquí el alargar los cuerpos en las ventanas, aquí el empinarse unos sobre otros, y finalmente los mayores aplausos, las mayores alabanzas que oyeron hombres. Tomaron sus capas, y con las gorras destocadas, prosiguiendo a su puesto, de un balcón, al pasar, dos damas atapadas dejaron caer encima de ellos una banda pajiza y un bordado lenzuelo; mas con tanto descuido que sin ninguna nota se salieron con ello, porque todos y todas estaban empleados en mirar los valientes mancebos, los cuales, alzando sus dos prendas y haciendo a aquella parte cortesía, se subieron a sus ventanas, desde adonde, aunque curiosos procuraron atalayar la causa de su venida, que bien creyeron fuesen las de aquellos favores, se cansaron en balde; porque ni aun una seña, un volver de ojos, un mínimo cuidado, no llegó a su noticia.

Con que, sin más rastrearlo, acabaron de ver las fiestas; y no

teniendo más que hacer allí, tomando algún refresco, en desabando el vulgacho y aun el espeso polvo del camino, ya de noche, dieron la vuelta, engañando el corto viaje con gustosos motes y atendiendo a matracas de no menos donaire y regocijo; hasta que, llegando al nombrado arroyo de Brañigales, les cortó el hilo de ellas otra tropa de gente de a caballo, que, en llegando a juntarse, les preguntaron por los dos Mendozas, que apenas se oyeron nombrar cuando, adelantándose un poco, dijeron que ellos eran; a que haciendo semejante ademán otros dos de la contraria parte, arriándose a un lado, les respondieron:

— Pues si nos dan licencia vuestros compañeros, os querríamos hablar.

— Pues como mejor mandáredes —replicó don Fadrique—, y haced cuenta que la tenéis.

Y con tanto acercándose más él y su hermano, en llegando a postura, conocieron al mal intencionado marqués que dije arriba, y a otro gran caballero primo suyo que, tomando la mano, mientras ellos dispusieron las suyas para cualquier suceso, les comenzó a hablar de la suerte que oiréis en el capítulo siguiente.

## Capítulo C

### Desafío del marqués y su primo a los dos Mendozas y el efecto que hubo

Aunque el puesto —dijo su primo del marqués— para definir ciertas dudas no era poco a propósito, todavía la mucha gente que traéis y la que a nosotros acompaña lo contradicen; y así, según aquesto, fuerza será que nos digáis en qué parte los dos a los dos solos os hallaremos en tocando a maitines, que allí seremos puntuales; y allí quedarán definidas de una manera o de otra nuestras cosas.

— Harto mejor os fuera —respondió don Diego—, que pues tantas ganas teníades de hablarnos, lo hubiérades anticipado, o a lo menos advertido con más secreto, y no que ahora, viendo semejantes facciones (pues llano es que no han de presumir bien los que nos miran), alborotemos la Corte y todo pare, al fin, en aire y en prisiones; pero, en efecto, el caso no tiene ya remedio, ni tampoco le tiene el señalaros lugar, hasta que a esta misma hora nos juntemos en la Puerta Cerrada, donde podremos elegirle mejor y



más seguramente; y, en tanto, andad con Dios, que os quedo encargo y deseoso de serviros, merced que ha muchos días tengo bien esperada.

— Pues quede así como ordenáis —replicó el marqués—, que ya podría ser se diese a manos llenas toda satisfacción a vuestros deseos.

Con esto, fingiendo alegres rostros y con gallardo disimulo, prosiguieron los unos y los otros, o por lo menos, así lo hicieron los dos Mendozas; los cuales, en llegando a su casa, habiendo muy gustosos cenado, despedidos de los amigos y haciendo recoger su gente, ellos solos se armaron y pusieron en forma, ciertos de que todo les había de ser forzoso y de que el marqués ni su primo habían de salir en camisa; y siendo ya la hora, en un instante previnieron el puesto, si bien no tardó mucho en verse juntos; con que concertándose en breve, sin hablar en el caso, guiaron a la Puente Segoviana a instancias del marqués; cosa en que los hermanos erraron largamente, pues de solo pedírsela el contrario, estaba sospechosa; pero por no mostrar descrédito, atropellaron por ello.

Sería la una cuando se hallaron en los primeros andenes, y así, separándose allí, vuelto a los dos Mendozas, el marqués les dijo:

— Muchos días ha que, temiendo llegar a estos términos lo he excusado, pareciéndome que, como forasteros, ignorábades nuestra pretensión, o que corriendo el tiempo, llegando a vuestra noticia, excusaríades los continuos paseos de la calle y aun los cuidados y pensamientos de la señora Hipólita; mas yo he vivido engañado, y aun ella pienso que lo está para vuestro daño. De esta verdad estoy muy satisfecho, y así no pretendo ahora que tratéis de disculparos; porque si hasta aquí os pudiera admitir cualquiera excusa, ya tan graves ofensas, y a mis ojos, no piden sino obras. Aquí habemos salido mi primo y yo, porque también a él le toca mucha parte a que nos deis una banda y pañuelo que os arrojaron hoy de un balcón en Barajas. Ved, pues, si lo traéis con vosotros, o si no, quién ha de volver por ello, que, con darme de presente este gusto y para lo futuro palabra de alzar mano de estos locos intentos, podréis en paz volveros y granjear en mí un honrado amigo.

Cesó con esto, y no sé si presumiendo que bramaban los dos por responderle, o si por no decir más descortesías: y así, viendo don Fadrique a su hermano que arrebatado de ellas, según su condición, no había de replicar cosa a propósito, tomándole la mano, lo hizo él de esta suerte:

— Porque don Diego está con mucha prisa y sé que desea satisfaceros sin retóricas, acortaré yo con las mías, porque todavía



conozco ser conveniente atender a esto, como después a lo que más importare; y así, señor marqués, ante todas las cosas os juro que real y verdaderamente no sólo ignoramos vuestras pretensiones, la calle de ellas y a la señora Hipólita, pero de la misma manera los demás adherentes de esta plática; a los cuales, por abreviar palabras y porque ellos y su disposición no admiten otro modo, satisfaré yo con deciros que en cuanto a pensar que somos forasteros, estáis tan engañados como ignorantes en que somos más naturales de esta Villa que vos y vuestro primo lo sois de España; y en cuanto a bandas y favores, satisfacciones y enojos, obras o palabras y a las demás locuras que habéis dicho, en las unas afirmo que habéis andado necios y en las otras mentido por la barba.

Y dando un paso breve, diciendo y arrancando las espadas, en un instante, como dos torbellinos, les cargaron de tantas cuchilladas, heridas y golpes que, a no llegarles presto una celada (infame diligencia entre hombres nobles), ellos acompañaran hasta el día del juicio las losas de la Puente.

Estaban cuatro hombres en un sombrío barranco que allí cerca se hace y, acudiendo en un punto, no sólo los libraron de muerte, aunque no sin grandes heridas, sino que asimismo dieron fuerte apretón a los hermanos, que, más animosos y alentados con semejante traición, los embistieron; y rebatiendo su ímpetu con destreza y fuerza monstruosa, a su pesar, dejándose dos compañeros muertos, los arrancaron hasta la misma puerta, adonde sacando algunas luces y acudiendo gente, así unos como otros, acabaron de dejar la pendencia, porque no menos ayuda el cielo a la razón y a la virtud, ni menos se castiga la soberbia y locura. No quedaron los Mendozas heridos, cosa que en parte confirmó su justicia, con que atribuyendo a Dios tan buena suerte, y avisando en su casa, se retiraron a un convento.

## Capítulo CI

### **Discúrrese en la Corte sobre el caso pasado, quedando los Mendozas en mayor crédito**

Luego, al siguiente día, se extendió por toda la Corte este suceso, y como siempre suele, dividida en corrillos, unos le contaban de una manera y otros de otra; si bien en todas partes, inclinados a los dos hermanos, favorecían su causa y afeaban la traición de



los contrarios que, peligrosamente heridos, así amos como criados, tenían hecho un hospital el convento de Atocha. Y porque aún mejor se conozca el gran predicamento de los Mendozas, la voluntad del vulgo y su agradecimiento, diré la defensa y espaldas que, en este ínterin, tenía su opinión, y ésta aun en los templos del dios Baco, digo, en los tabernáculos de la gula y la embriaguez.

Parece ser que en una de estas casas, gobernándose el mundo por algunos lacayos, entre los muchos triunfos de sus rentoyes, salió el de la reciente pendencia, en quien dos de aquellos ministros no sólo se contentaban con dar por movedores y agresores de ella a los nobles hermanos, sino que juntamente con alharacas y juramento afirmaban ser ellos los que llevaban la celada, y los que engañosamente sacaron al marqués a su puesto. Con lo cual, y con otros oprobios irritado el hermano tabernero, que era de los del hampa, y un espartero, que los contradecía, de una palabra en otra y de un brindis en otro, se entendieron de suerte que, desmintiéndose a lindas cuchilladas, cayó muerto un lacayo, y el otro escapó a Santa Cruz, herido; mas acudiendo la justicia, el oficial de esparto se puso en cobro, y el tabernero, que era algo pesado, quedó por prenda de los agarradores.

Procedióse contra él, y cabalmente le condenaron a ahorcar, y pagara el escote si llegando a noticias de los dos caballeros semejante suceso no arrimaran los hombros, y aun el favor de sus grandes amigos, y le sacaran libre del aprieto, pagándole no sólo cuanto había gastado, mas aun las pérdidas y ganancias que podía haber tenido en su oficio, y, últimamente, el perdón de la parte y una muy buena joya para memoria de su amistad. Y no paró en este ejemplar del vulgo que el crédito granjeado y merecido, porque llegando de boca de Ruiz Gómez de Silva a noticia de S. M. la verdad del suceso referido, fue tan mal parecido que al punto mandó salir al marqués y a su primo de la Corte, que lo cumplieron sin embargo de sus heridas; y asimismo que las justicias advirtiesen la de los dos hermanos con toda estimación y suavidad, dando a entender con esto la mucha que tan alto príncipe hacía de tales hombres, los cuales, en San Francisco, recogidos y visitados de toda la Corte, no hubo noche en quien, a la ocasión de don Fadrique, no se hallasen con el sosiego que primero, y con tan grande gusto de los dos amantes que, a no tenerle a raya ciertas dudas gravísimas y el respeto debido a su decoro, hubiera don Fadrique tomado diferente título que el de pretendiente.

Pedíale Leonarda que se casase con ella, o que a lo menos, la diese palabra o cédula en cambio de meterle en su casa. Y para



esto esforzaba su gusto con el ser forzosa heredera de un rico mayorazgo; que junto con su gran hermosura era precioso dote si, como el caballero estaba satisfecho de esta verdad, lo estuviera de quién era su padre, punto sobre el cual se hacían en Madrid diferentes glosas.

Había criado a esta hermosa dama su misma abuela, mujer en cuyo poder estaba entonces, y señora de mucha calidad y aun prudencia varonil; de la cual se decía que habiendo tenido una sola hija, de peregrina y notable belleza, siendo doncella engañada de un grande personaje, había dado mala cuenta de sí, y al mundo, en la gentil Leonarda, aquella muestra de su exceso y pecado, y juntamente que la discreta madre, esperando con secreto su parto, la había con rigores forzado a entrarse en un convento, en quien, haciendo profesión, la tenía sepultada. Y como tales cosas eran tan delicadas y de honra, entendidas por don Diego, temiendo la pasión del hermano, no sólo se las hizo saber, sino que con todas sus fuerzas procuraba disuadir su voluntad. Mas como ésta, aunque en tan cortos términos, había abierto grandiosa batería, fuera desatino intentararlo, además que su ciega afición le ofrecía tan aparentes y discretas disculpas que sin duda con ellas, una vez u otra, era muy de temer su arrojamiento.

## Capítulo CII

### Nuevo y peregrino suceso en los dos hermanos

En semejantes lances se les pasaron a los dos hermanos algunos días de su retrainamiento, en quien, uno de los que con menor cuidado estaban, porque don Diego no se preciase de tanta libertad, remaneció en su cuarto una mañana el paje del aviso de Barajas, con otro semejante billete, que abriéndole, admirados de que hubiesen aquellas damas duendes acordádose de ellos, vio que así decía:

#### PAPEL PARA LOS DOS HERMANOS

«Ya el cielo, condolido de mi amargo penar, parece que ha mostrado su arco de Iris, aplacando mis borrascas, de suerte que



de las mismas vuestras haya nacido la paz que mi alma ha deseado. Sabréis aquesta enigma claramente si, fiándoos de mí y de que no serán horas mal gastadas las vuestras, tuviéredes por bien de llegaros adonde ese criado os guiare esta noche; que con la serenidad y quietud de que gozan mis umbrales (merced de vuestros brazos) y con el valiente hermano vuestro, deseado por acá no menos que vos, ni habrá enemigos que temer, ni recato en que reparar: fuera de que perdida la ocasión, podrá ser que, advertida algún día, mereciese vuestro arrepentimiento.»

En tocándoles a los dos hermanos en caso de enemigos, temores o seguridades, les llevaran por la misma razón hasta las infernales fraguas de Vulcano. Y así, no reparando en más consultas, regalando al paje, le enviaron contento, y avisado en el punto y la hora, en quien, aforrados los pechos (que las armas no son para cobardes, sino para quien sabe emplearlas y defenderlas), dejándose guiar, salieron en su compañía la vuelta de los Convalecientes, a cuya anchurosa calle, dando una breve vuelta, en un rincón o esgonce que hacía encubierto la misma pared, tocaron un pequeño postigo que, abierto con las llaves que traía su guía, yendo ella adelante y volviendo a cerrar, se hallaron en un gracioso jardín, tan oloroso y bien trazado que casi por su rastro pudieran alcanzar el esplendor del dueño.

Hacia frontera en él un levantado cuarto, al parecer espaldas de unas gentiles casas que caían a la principal calle, y así, habiéndolo todo reconocido el paje y hallado que esperaban, los avisó llegasen a una de sus fuertes rejas, en quien a pocos pasos descubrieron una bizarra moza, que recibíéndolos con risueño semblante y más hermosos ojos, los dejó a entrambos en igual estimación de su mucha belleza; y mayormente cuando, oyéndola hablar con voz dulcísima, conocieron su discreción y gallardía.

Estaba adornada de riquísimas ropas; y así su compostura, divino olor, gracia y donaire, pudiera suspender cualquier cuidado. Díjoles luego que fuesen bien venidos y, prosiguiendo sin apartar la vista de don Fadrique, las siguientes razones:

— Si como habéis sido deseados de la señora, mi prima, y de mí, hubieran en nosotras faltado, como hoy, los inconvenientes, estad muy ciertos que ni la ida a Barajas se hubiera imaginado, ni la banda y favor con que os servimos fuera ocasión de tales inquietudes, ni quizá el loco devaneo del marqués se hubiera puesto en términos de forzar voluntades de otro dueño; y, finalmente, no se viera hoy nuestra casa, o por mejor decir, la mejor prenda de

ella, en tan grande desesperación y disgusto.

Y volviendo de nuevo el rostro a don Diego, con que pareció que a él solo tocaba lo restante del cuento, discurrió con la misma gracia y dijo:

— El marqués, vuestro opuesto, desde Alcalá, adonde asiste herido, ha enviado a pedir a mi tío, el conde, a su hija Hipólita, y pienso que, sin duda, se efectuará su intento; porque como los padres reparan algo más en la comodidad del estado que en la conformidad del gusto, sin empeñarse en éste, no ven que matan a su hermosa hija y rompen en forzarla el báculo de su vejez y el más lucido espejo de sus ojos. No sé hasta ahora en lo que parará, ni menos si las lágrimas de Hipólita han de mudar la aprensión que, como buenos catalanes, han hecho en su primero parecer. Ella está sobre cena en aquestos discursos, y así, con vuestro gusto, será bien que le avise y que, en el ínterin, os recostéis en estos jazmines.

### Capítulo CIII

**Véase don Diego con la hermosa Hipólita, cuyos favores para siempre le dejan prendado y más agradecido**

Con tanto, habiendo los caballeros besado antes y después las manos a aquella dama, quedando en la mayor confusión que nunca tuvieron, repitiendo tan varias y notables cosas, decía don Diego a don Fadrique no con pequeño gusto:

— Hermano, ¿qué Hipólita es aquésta? ¿Qué conde catalán, qué casamientos son estos en que estamos metidos, qué máquinas y ambages nos rodean? Yo de mí sé deciros que, aunque tan grandes cosas me han suspendido y aun alborotado, soy de tan buen contento que sin duda me hallara satisfecho con la dama que he visto, si bien me ha parecido que fuisteis el favorecido y aun el mejor mirado.

Rióse a esta razón notablemente don Fadrique, y respondió al hermano:

— Pues sois ya medio conde, o al menos, según veo, para entero os pretenden, y aun sin ser envidiado, ¿no estáis contento? Pues adviértoos que de quererlo todo caeréis de ojos en el común adagio, y, por el consiguiente, os veréis sin lo uno y sin lo otro.

— Y eso, querido hermano —replicó don Diego—, ¿quién lo niega, o quién puede más temerlo, vos que, amando a Leonarda,



queréis a ésta, o yo que, sin ninguna, estoy en términos de creer que es comedia este suceso?

— Que no pare en tragedia —replicó don Fadrique— habemos de estinar, pues ya el marqués ha hecho los principios.

— Serálo para él —prosiguió don Diego—, porque, a decir verdad, saliendo cierto lo desta Hipólita, por hacerle pesar he de tomar su empresa, pues ya os acordaréis que aquella noche así nombró a su dama.

— Bien me acuerdo —dijo el hermano—, y aun ahora caigo en que el pasar nosotros tan continuadamente aquesta calle, a ver nuestro deudo don Fernando, dio ocasión a la sospecha del marqués y aun motivo al favor que hoy nos hacen, y al pasado de la banda y lenzuelo, con que no fue mucho yerro empeñarse.

— Disculpa su locura y trato descortés —respondió don Diego—, y cese su castigo con lo hecho; y si os parece, vámonos.

— Ni tal he imaginado; antes, concluyendo la plática —replicó don Fadrique—, estoy de acuerdo que, aunque faltando a las cosas de mi gusto, no se deje este lance un solo punto.

Y en este mismo interrumpió sus razones el ver gente en la reja; y así, acudiendo a ella, demás de la dama que primero vieron, hallaron otra que, para encarecella sin hipérboles, no tengo que decir más sino que a don Fadrique se le antojó fea en su comparación su querida Leonarda, y a don Diego bosquejo y sombra oscura la que poco antes le había parecido una deidad.

Hiciéronse unos y otros cortesía; y anticipando don Diego su razón, encareció con ella sumamente el favor que le hacían, agradeció discreto la perseverancia de su fe, dio, en cambio, igual reconocimiento y mayor humildad, y finalmente, ofreciendo un inmortal amor, prometió morir o arrestar sus deudos, sus amigos y vidas porque ella no recibiese fuerza, aunque en todo no interesase más que su servicio; y pasando adelante en el particular de sus billetes, favor de sus prendas y en el gusto con que las había defendido, porque la hermosísima Hipólita, que era la misma con quien él hablaba, entre tristes suspiros se la atajó diciendo:

— Cuatro años ha y más, buen don Diego, que ese hombre aborrecible me pretende, digo, ronda estas calles, estas puertas, guarda aqueste jardín, estas paredes, persigue a mis criados, molesta a mis amigos, es sombra de mis pasos y hoy, finalmente, mi última desdicha, sin haber animado con causa alguna, ni aun con mirarle sólo, su atrevimiento, o a la contraria suerte de mi vida, la cual durará poco si el cielo no reduce ante mis padres y vos no me amparáis con vuestro valor; seguro de que, haciéndolo, hacéis lo

que a vos toca, y pagáis parte de lo que en muchos días me cuesta vuestro amor, y, últimamente, las opresiones que ha padecido el alma imposibilitada de descubrirle, y cuando pudo, el temor y vergüenza de ejecutarlo. Ya lo más está hecho; y yo soy y he de ser vuestra a pesar del mundo; el marqués me ha pedido y no lo he arrostrado, antes dilataré, el tiempo que a vos os pareciere, mi respuesta, hasta que se prevenga otro remedio y el consuelo que mediante esta vista y su continuación será más llevadero.

Con aquesto cesando y confiriendo cosas tan arduas, en el ínterin que don Fadrique metió entre dos aguas y con desiguales efectos o ya otras semejantes razones, don Diego, alegre, satisfizo de suerte a la gallarda Hipólita, que ella quedó más firme y más pagada; y encargándole la correspondencia de su hermano para con su prima, exagerando su rico y grande empleo, unos y otros se despidieron hasta la siguiente noche; en la cual, y en otras muchas, teniendo ya don Diego la llave del jardín, fue fomentándose en él y en su dama tal voluntad y tan valiente amor, que primero los dividió la muerte que su fuego encendido se consumiese.

## Capítulo CIV

### **Sucédele a don Fadrique, yendo a ver a Leonarda, otro notable caso**

Estando don Fadrique tan prendado como ya habéis oído, mal podía la hermosura de Laura (que así era el nombre de la prima) ser menos que engañada; y así él, con su primero dueño, gastaba las más noches; y su hermano, fingiendo achaques, disculpaba y suplía sus faltas; con que por esta causa, a su pesar, les era fuerza el dividirse; pero por no alejarse tanto el uno del otro, mudaron casa, tomando, de las muchas que se iban labrando arriba de San Luis, una de maravillosos edificios, cuartos y grandeza.

Ya en este tiempo, averiguada la verdad del caso y presentándose, andaban en fiado; mientras sus enemigos, desterrados y heridos, trataban de su convalecencia, y aun vivamente de su casamiento, no obstante que las dos primas lo contrastaban fuertemente. También Leonarda apretaba su amante, tanto porque su abuela, enferma y vieja, temiendo dejarla sin estado, trataba de dárselo, cuanto por la fuerza que su amor la hacía; a que tampoco, no faltándole causas, nuevas excusas y dilaciones, don Fadri-



que, lleno de amargos pensamientos, suspendía el fin último. En este estado estaban los negocios, y los hermanos tan bienquistos y amados que no había que temer sus enemigos; y así, con tal seguridad, cada cual tiraba a solas y como le parecía a sus cuidados.

Era el fin del invierno, tiempo lluvioso, noches largas y oscuras; y por la parte que don Fadrique andaba, lo antiguo de Madrid, y aquellos barrios de San Pedro, aun de día solos y, por el consiguiente, a deshora temerosos y ocasionados. Una noche, pues, de éstas, en quien todo lo dicho parece que ayudaba, bien sin recelo alguno, siendo ya hora de verse con su dama, venía don Fadrique acercándose al puesto, para lo cual, primero, era preciso atravesar una angosta calleja; y así, yendo por ella, al revolver la esquina, de repente se le puso delante (y no menos que en la puerta de un caballero deudo y amigo suyo) un vestiglo espantoso, tan alto y tan disforme que tomaba su espacio desde un alto balcón, adonde tenía arrimada la monstruosa cabeza, hasta el mismo suelo. El caso, por cierto, era para turbar a un escuadrón de gente, cuanto y más a un hombre; y así no sería mucho que en don Fadrique causase algún pavor tan impensado encuentro. Contaba el animoso caballero que al principio le tuvo no sólo perdidísimo, sino que el mismo aire, que encanalado rimbombaba por aquellas angosturas, se le había antojado bramidos roncós de algún fiero volcán; y que sin poderse tener en los turbados pies, le convino sentarse en el primero umbral; y aun, sin duda alguna, se volviera si su vergüenza misma y otras consideraciones piadosas y cristianas no le hubieran animado.

Y fue así realmente; porque ya recobrado en parte y quieto el pecho, como si verdaderamente se le hubiera infundido un nuevo espíritu, se levantó dispuesto a morir o saber lo que aquella sombra buscaba, y aun siéndole necesario su favor o ayuda dársela fielmente. Parece que esta resolución nos da a entender que sin duda presumió del suceso alguna aparición o alma en pena, y el efecto lo dice; porque besando la cruz de su espada, creyendo tal sospecha, comenzó a conjurarla y a pedirla nombre, causa y razón, como expediente del consejo; si bien, aunque en estas diligencias gastó algún rato, ni por eso despertó su silencio; lo cual visto, mudó de parecer; y dejando conjuros y preámbulos, como si embistiera a otro hombre (notable corazón), así arrancó el espada y le empezó a cargar de cuchilladas; y con tan gran rumor, golpes y fuerza que, al herir de las piedras y retumbar de los encendidos pedernales, despertó la vecindad; abrieron las mismas puertas, sacaron hachas y acudieron algunos criados y con un montante su



propio deudo. Con lo cual, conocido don Fadrique y alborotado el barrio y todo puesto en confusión, el resplandor de tantas luces dio entera noticia de la horrible fantasma, que era no menos que un crecido venado, que desde pequeñuelo se había criado en casa, a quien émulos y contrarios secretos de su amigo, por darle aquel pesar o por otros intentos, que no es de mío escribirlos, cogiéndole de fuera aquella noche, le habían muerto y medio desollado; de suerte que, como le dejaron colgado por los fornidos cuernos de la reja y el pellejo colgando de las piernas, formaba tan desemejada y horrible muestra que, dejando aparte lo jocoso del caso, fue uno de los notables y temerosos que pudieron suceder a hombre, y en quien considerado, nadie puede negar el audaz y valentísimo ánimo de este caballero. El cual, retirándose con su deudo y amigo, y dejando por aquella noche a Leonarda, estuvo en punto de matarse, corrido de lo que otro pudiera preciarse con mucha estimación. Al fin, volviéndose a su casa, por más que se procuró encubrir, sonó el caso de suerte y con tan diferente rostro del que él juzgaba, que, apreciándose con general y común espanto, quedó su nombre sobre las estrellas.

## Capítulo CV

### Sospechan los desvelos de Hipólita sus padres, y indignados previenen la venganza

No pararon, no, en tan graves sucesos los de estos nobles mozos; antes parece que la fortuna, no como quiera acaso, sino con particular intento, se los enderezaba y disponía, ya al uno o ya al otro, deseando sustentarlos siempre en igual opinión; y así parece de los mismos progresos de esta historia a quien volviendo y en ella a la gallarda Hipólita, que apretada de sus padres estaba en tales términos que, a no andar de por medio el consuelo y la vista de su amante, se hubiera muerto.

Y lo peor fue que de su resistencia y de los continuos paseos de los Mendozas, heridas del marqués, presunción del origen y algún descuido de ojos como los de sus padres anduviesen tan recatados y sobre aviso, fácilmente dieron en la cierta sospecha y aun en la causa de sus inobediencias; porque andando sobre los estribos y hechos vigilantísimas espías, no pudo tanto su hija recatarse que, al fin, no la cogiesen con el hurto y viesen desde otra ventana que



le caían encima los conciertos y amores de los cuatro. Pero no alborotándose ni enfureciéndose, cautamente callaron, y asegurándolos algunos días, teniéndose por afrentados y ofendidos previnieron el castigo de lo que les tocaba de la puerta adentro y la venganza de los dos hermanos.

No son los contentos humanos menos quebradizos y frágiles, ni las felicidades de esta vida más perdurables; y así parece, que desde hoy por largos días, todas las cosas de aquestos caballeros en alguna manera mudaron forma; porque si a don Diego, ignorante de que estuviesen públicas, se le había ocasionado semejante desmán, a don Fadrique no le iba mejor con su Leonarda que de esotro sujeto, como era cumplimiento y desenfado para la más fácil salida de la pretensión de su hermano, no hacía el caso que merecía la belleza y discreción de Laura.

En fin, la vieja abuela de su dama que, augurando su cercano fin, deseaba, según dije, acomodar su estado, habiéndole con grandes conveniencias y secretas particularidades trazado y dispuesto, como en su cumplimiento faltase el sí de Leonarda y ella lo suspendiese y rehusase con claridad y veras, no así con suavidad la ansiosa abuela (cuya condición era terrible) persuadió a su voluntad, mas con rigores y violencias tan grandes que no sólo llegó a ponerla las manos, a quitarla las galas, a moderarle su regalo, sino que, como si realmente supiera el consuelo que estos trabajos tenían de noche con su amante, sin pensar el provecho que daba a sus intentos, se lo quitó encerrándola; con que, apretando imprudente el arco, se le hizo romper y atropellar por todo, acogiéndose como mejor pudo con unas deudas monjas a un convento.

Ya días antes don Fadrique había entendido de aquella doncella, primera exploradora de su afición, estos aprietos, y con iguales penas y sentimientos confería con su hermano el remedio; el cual, viéndole en tal estado, aunque sentía honrosa y cuerda-mente (por los achaques que habéis oído) su remate y perdición, al fin, como le amase tanto, hubo de convenirse en que, ya que se hiciese, fuese con gusto de su padre, o, al menos, haciéndoselo saber, pues ya podría facilitarse, o disculparse el inconveniente secreto con el gran mayorazgo y hacienda libre que heredaba Leonarda, que todo junto era un dote tan rico y poderoso que bastaría a contrapesarle y escurecerle.

Este último acuerdo aceptó don Fadrique; si bien antes de ejecutarle, para alivio de su afligido dueño, quiso dársele a entender por el medio que he dicho, mas fue a tiempo que Leonarda la

misma tarde había prevenido su fuga; y así, no obstante que por tan grave causa estaba la casa bien alborotada, él tuvo papel de ella y aviso cierto de su asistencia, porque de todo dejó bien apercebida a su secretaria. Con lo cual, creciendo en don Fadrique sus desvelos, nuevamente empeñado se volvió a su posada, adonde, habiendo de acompañar a su hermano aquella noche, hallándole que encima de su lecho reposaba hasta la más conveniente hora, él se fue a hacer lo mismo.

## Capítulo CVI

### Portentoso suceso de don Diego de Mendoza

Tenía, según he dicho, de verse con su dama don Diego; y como, hasta el efecto de su amor, conviniese tanto el no desengañar la prima, una vez que otra esperaba a su hermano para que sustentase la traza. Sería entonces más de media noche, hora en quien en silencio profundo reposaba su gente, y asimismo el cuidadoso don Fadrique; y con ser el tiempo que aguardaba don Diego, aún todavía dormía; hasta que en este mismo término de su pesado sueño le despertó una terrible voz que, haciéndole todo estremecer, le llamó por su propio nombre.

Al principio, aunque el buen caballero se sintió alborotado, no obstante lo quiso atribuir a fantasía del sueño; y así, tratando de volverse de otro lado, la temerosa voz, tornándole a llamar, le privó de reposo. Abrió los ojos, y miró por la cuadra; y aumentándose su admiración, esperó suspenso en lo que paraba, porque aun hasta entonces se presumía engañado de su propio desvelo; mas sacóle muy presto de esta duda el oír que más acercándose a su cuarto volvía a llamarle la afligida voz; con lo cual, intrépido y gallardo, tomando una rodela y una espada, se puso en pie, y abriendo otras dos puertas salió a un anchuroso corredor, en quien mirando a todas partes, en lo mas sombrío y oscuro de él, vio un hombre, a su parecer embozado y vestido de negro, el cual, sacando la mano, le hacía señas para que se acercase a él; si bien hubiera sido semejante diligencia excusada, pues de su animoso espíritu podemos confiar le embistiera, aunque le acompañaran otros cuatro, si al mismo punto que salió de su cuadra y llegó a mirarle no le hubiera asido de cada pie una rémora, y de la lengua y labios un candado, que impidió su respuesta; y así, no pu-



diendo moverse, ni aun arrancar la espada de la vaina, no obstante que por su remisión se le acercaba aquel hombre, quedó hecho una estatua.

De aquí se advertirá bien claramente cuán frágiles, cuán miserables y apocadas se muestran, en semejantes casos, las más robustas y varoniles fuerzas, y, por el consiguiente, cuán bárbara locura emprendieron los ciegos fundadores de la Torre de Babel, pues un breve resquicio, un asomo, una sombra permitida del cielo, rinde, atemoriza y encadena el valor y las monstruosas fuerzas de un mozo tan gallardo y valiente, como del progreso de esta historia queda visto. Al cual, habiéndose acercado el que le llamaba, tomándole sin poderlo estorbar por una mano, lo hizo andar fácilmente, mas con tan extraordinarios sentimientos, que apenas le tocó cuando se le antojó que le hubiesen metido en un lago de nieve frigidísima; tal fue aquel horrible tacto, y tan penetrante y sutil su frialdad espantosa. Esto le hizo tirar para sí el brazo, y como uno que se va desmayando, rociándole con agua se alienta y vuelve en sí, así a don Diego le pareció que, desarraigada del corazón y el alma aquella su primera turbación, había el postrado espíritu animádose; con que, advirtiéndole mejor en su compañía, haciendo en ella a una pequeña pausa, al cabo le preguntó quién era y qué buscaba, y juntamente mirando el temeroso rostro, triste, macilento y lleno de sangre, atendió a su respuesta, que fue decirle:

— No es éste el lugar, noble don Diego, en quien se me permite daros esa razón; seguidme, que en vuestro ánimo hay fuerzas para todo; demás que ha largos días que está destinado mi remedio a vuestras manos.

— Pues en buen hora —replicó el caballero—. Guiad donde ordenáredes, que, siendo así, desde luego os ofrezco mi ayuda, y sed quien vos quisiéredes.

No replicó aquel hombre a tal resolución; sólo bajando la cabeza, agradeciéndola, comenzó a caminar hacia una espaciosa escalera que descendía al patio, en cuyo descanso estaban los aposentos de su hermano. Y así, habiendo hasta ellos abajado, al atravesar por delante los detuvo el ver que don Fadrique, a la luz de una vela con que le alumbraba un criado, salía abrochándose las cintas de una cota. Repararon en viéndose unos y otros, y diciendo don Fadrique que por juzgar que era hora iba ya a llamarle, sin responderle su hermano, se apartó con el hombre a un lado, y haciendo señas a los demás para que se retirasen, le dijo en voz baja:

— Ya veis aqueste inconveniente, y el caso que me espera lo es tan grave que, si no es ordenando vos otra cosa, me sería penosísimo el dejarle.

— Pues no vengo a afligiros —prosiguió aquel asombro—, antes seré contento que mi negocio se quede ahora, no obstante que los minutos breves son y serán, para mi triste pena, eternos siglos; yo os veré en ocasión; id a la vuestra, si bien mucho os encargo miréis por vuestra vida y que advirtáis gravísimos peligros que os rodean.

Y diciendo aquesto, con un suspiro triste, abriéndose las losas de aquel suelo, se dejó entrar por ellas, quedando el buen don Diego tan absorto a las razones últimas, y al mirarle partirse, que si a su gran tardanza no saliera su hermano, hoy se estuviera en el mismo sitio. Mas como en el turbado rostro conoció otra mudanza, y en el hallarle tan de improviso solo algún recelo, no quiso dejar de preguntar la causa, si bien por entonces la dilató don Diego; y viendo que la hora de su concierto se pasaba, aunque el ejecutarle en tan turbada noche le tuvo algo dudoso, al fin, considerando que en ella se había de resolver el sacar a su dama (según lo tenían dispuesto), se acabó de determinar; y así, haciendo bajar de su aposento un fuerte jaco, en el ínterin que se le vestía mandó que se armasen también otros dos criados, novedad que en don Fadrique acrecentó su pasado deseo, y de quien, en saliendo a la calle, le sacó su animoso hermano, contándole el suceso y juntamente el apercibimiento de las últimas palabras con que se le había desaparecido aquella sombra.

## Capítulo CVII

### Vense los dos hermanos en un grave peligro

Como en los dos caballeros había tan grandes corazones, ni don Fadrique hizo más que admirarse al caso referido, ni don Diego otra cosa más de la concertada. Llegaron al dar las dos al postigo que he dicho, y habiendo reconocido seguridad bastante en el contorno, le dejaron abierto y en su guarda a los dos criados, que eran hombres de satisfacción, cual convenía, y, con tanto, acercándose a la reja, hallando a sus dos damas, dieron principio a su amorosa plática y al prevenir el modo que habían de tener en sus resoluciones.



Porque, aunque Hipólita deseaba excusar la fuerza en sus padres, y el temor que por otros indicios nuevamente tenía, quisiera que esto se guiara por medios tan suaves que ni su honra corriese detrimento, ni la vida de su amante peligro. Había hallado en su padre otra mudanza, menos buen rostro y aun recatarse de ella, tratando con secreto algunas cosas; y así mesmo, que había hecho venir dos o tres deudos de Cataluña por la posta; y todo aquesto, causándola aflicción, la traía suspensa; como, por otra parte, a su hermosa prima las tibiezas de su fingido amante, sospecha que también ayudaba mucho a la indeterminación de Hipólita, ya que no se acabase de resolver en la orden que daba su galán, que era el hacer saber su notoria fuerza a quien la depositase en parte más segura, para que libremente eligiese su esposo.

En fin, dando y tomando pareceres, sin asentar ninguno, estuvieron gran rato, hasta que de improviso suspendió sus razones el ver que con gran ruido, abriéndose una puerta que del cuarto salía al jardín, se arrojaban por ella cuatro hombres que, en un punto, y casi no dándoles lugar a embrazar las rodelas, los embistieron rabiosamente, y con tanto silencio que, si no era el sordo estruendo de sus golpes y algunas voces de las hermosas damas (señal que también ellas tenían en su modo castigo), no se oía otro ruido. Bien juzgaron los dos buenos hermanos cuán grave inconveniente les sería concluir allí dentro la refriega; y así, para excusarle, con gallarda destreza se fueron retirando y sacando pies.

Era aquel accidente muy a pedir de boca para sus enemigos, porque ignorando la nueva prevención de los Mendozas y los dos criados, que tan fuera de su costumbre los guardaban, con aviso prudente (si les hubiera sucedido así) tenían también dispuesta su salida con otros cuatro hombres, y librados en ellos la venganza y castigo de sus contrarios, que, como ya advertí, retirándose al postigo, aun antes de llegar a él, oyeron de la parte de afuera semejante rumor, y ello era así verdad, porque los cuatro habían a un tiempo embestido a sus dos criados; aunque como ellos fuesen personas de honra, hacían, sin desamparar la puerta, notable resistencia.

Llegaron a este tiempo los dos hermanos al peligro mayor, que era salir sin dar la espalda por tan grande angostura; mas haciéndoles cara don Diego, y dando un recio encuentro con su hermano, su fuerza le sacó a la calle; y ejecutando él con gran tiento lo mismo, poniendo allí el resto de su valor y porque, siendo tantos y tales saliéndose tras de él, no fuese mayor su riesgo, a

su pesar, con ánimo increíble, firmando fijo el pie, los tuvo a raya; y diciendo a don Fadrique ayudase a su gente, en el ínterin que obedeció gallardo, el buen don Diego defendió el postigo, y tan valientemente que sin duda les hallara allí el día que le saliera hombre. Mas en aqueste punto, en quien, ya con ayuda de sus criados y no sin gran trabajo, llevaba don Fadrique a los contrarios de vencida, y de suerte que, sacándoles de aquella calle, podía en la retirada temerse su desdicha, considerando los que quedaban en el huerto que a mayor dilación acudiría gente que excusase su venganza, aunque hasta entonces, deseosos de encubrirla y ejecutarla a su salvo, no se habían valido de otras armas, visto que ya el secreto era imposible, abandonándose infamemente, dispararon en el valiente mozo dos cargadas pistolas; que aunque, permitiéndolo Dios, sólo la una le hirió en el brazo derecho, la bala de la otra le acertó en la fuerte rodela, con tan grande furor que, si bien sus aceros resistieron el golpe, él fue tan poderoso que, como si le hubieran tirado un morterete, así le echó a rodar por aquel suelo, en quien desembarazada la salida, rodeado de sus enemigos, es sin duda que primero muriera a sus manos que se levantara; si a tan triste sazón no se les opusiera impensadamente un hombre que le defendió con tan maravilloso esfuerzo que pudo a su pesar, aunque ya muy mal herido, recobrarse don Diego y darles una terrible carga. Al principio de tan buena ayuda, con el desatiento de la caída y el cuidado del peligro presente, presumió que su hermano era el que le favorecía; mas viéndole a este punto llegar con sus criados, salió de aquel engaño.

## Capítulo CVIII

### **Cuéntase el fin de este fracaso y lo más que les avino**

Dejaba don Fadrique, aunque a costa de algunas heridas, en declarada fuga a los que le tocaron; y no así se le fueran sin mayor estrago si el estampido de las dos pistolas no le hiciera volver, juzgando algún grave peligro en su querido hermano; que ahora, con socorro tan bueno, de tal suerte embistió a los que tan alevosamente le habían herido, que en breve espacio los encerró en el jardín; si bien no tan lozanos como salieron, porque el primero cayó en dando cuatro pasos, y el último en el propio postigo quedó desmayado con una espantosa herida; y aún no se contentara



con lo hecho (porque el verse tan herido le tenía rabioso), antes yendo a arrojarle en el jardín, sin duda diera fin de los demás, o sucediera el suyo; si trabándole aquel incógnito hombre por un brazo, no le dijera:

— ¿Adónde vas, mancebo, tras de tu perdición y la mía? Tente y vuelve a tu casa, que no harás poca hazaña si, como estás, escapares la vida.

A estas razones, que le turbaron los sentidos más que el presente riesgo, se retiró don Diego; y obediéndolas con obras, dio la vuelta a su casa. Mas apenas, saliendo a lo ancho de la calle, quiso darle las gracias, cuando ni lo vio ni lo oyó. Túvolo por portento milagroso, y así, dando gracias a Dios que le había escapado, en llegando a su lecho, trató de que con gran secreto le curasen. También don Fadrique traía dos heridas, y el un criado atravesado el brazo; con que todos hicieron cama, y todos estuvieron en no poco peligro, aunque el de don Diego fue mayor.

No se entendió este caso en largos días, porque unos y otros procuraron encubrirlo tan inviolablemente que, aunque en casa de Hipólita quedó uno de la pendencia muerto, pasó en cosa juzgada y sin saberse. Todo lo cual entendió don Diego por medio de aquel paje, archivo del amor y billetes de su dama, el cual también le advirtió cómo el conde su padre, así a ella como a la hermosa Laura, les había sacado de la Corte, y que, aunque a los principios se creyó que a Cataluña, el volver su padre más en breve de lo que requería semejante jornada, había deshecho su presunción. Con tanto, aunque el sentimiento del caballero herido fue terrible, su generoso espíritu se le opuso de suerte que, no obstante el ver perdido este negocio, siempre se prometió esperanzas seguras de volverle a ganar.

Este breve y alentado consuelo causó en gran parte su mejor convalecencia, aunque fue más larga que la de don Fadrique; el cual ya había días que andaba en pie, soldando tanto algunas glosas, que por su recogimiento se esparcían, cuanto las quiebras de su amor, si bien como él sabía el convento donde estaba Leonarda, la tenía ya satisfecha con su indisposición.

Había asimismo escrito largamente a su padre, don Alonso, el intentado empleo, sus requisitos y circunstancias, y por momentos esperaba su beneplácito y licencia; con que Leonarda, sin curar de las lágrimas y aun de las envueltas amenazas de su abuela, alegre sumamente, esperaba el fallo de esta resolución.

Don Diego en este tiempo, levantado por casa, también suspendía sus cuidados, y la pena de no saber dónde Hipólita estaba,



ya con la conversación y visitas de sus amigos, y ya con entretenidos juegos y diversiones; sin curar de otra cosa, ni aun de traer siquiera a la memoria algunos de sus mayores acaecimientos, cuyo fin dependiente, aunque él olvidó tanto, muy pronto se le hicieron acordar. Porque a la tercera noche de su más segura salud (que parece se había esperado a que totalmente la tuviese), estando aún antes de maitines don Diego en su cama despierto y vacilando con su imposible amor, con estar bien cerradas, de repente se abrieron las dos puertas de la cuadra, y entrándose por ellas aquel espantoso hombre que ya oísteis, poniéndole como otra vez en no pequeña turbación, sin alargarse en pláticas, le pidió que se vistiese, cosa que, pasado aquel sobresalto primero, hizo don Diego en un punto, y con mayor aliento que antes, porque aún los demonios tratados son menos temerosos, o a lo menos así lo han presumido muchas engañadas mujeres que ha castigado el Santo Oficio.

Digo esto, admirándome de ver tan despejado en caso tal a este mancebo; pues como si le llamaran para algunas bodas, así se puso en orden y así con sus acostumbradas armas, mano a mano, se salió de su cuarto con aquella sombra, a quien asimismo, como si comunicara con otro hombre de su suerte, le fue satisfaciendo así en el particular de sus heridas como en la remisión de su tardanza y descuido, a todo lo cual, no respondiéndosele palabra alguna, callando él juntamente, atravesaron los corredores, bajaron a la escalera, cruzaron el extendido patio y salieron a unos trascorrales, siguiendo con lindo ánimo esta derrota hasta que reparándose casi en la mitad de ellos, volviéndose a don Diego el afligido compañero, después de una breve intermisión que primero hizo, mirándole atentísimo, con trémula y triste voz le comenzó a decir semejantes razones.

## Capítulo CIX

### **Prosíguese la historia y el valor generoso con que don Diego asiste a este horrendo espectáculo**

— Yo soy —dijo temblando aquel mísero espíritu—, ¡oh ilustre mozo!, Ignacio Ortensio, cuyo nombre no ignoro le habéis oído diversas veces en vuestra casa propia; yo soy aquel criado a quien injustamente habrá treinta años que vuestro padre y dos



esclavos suyos, sacándome a este sitio (campo bien solitario en aquel tiempo), me dieron muerte y sepultura entre estas hierbas y carrizos. No quiero, no, alargarme en la causa, porque sé que muy presto la sabréis por diferente vía; sólo os vuelvo a decir que morí sin culpa; y así la Divina Providencia, a quien todas las cosas están subordinadas, ya que permitió la muerte de mi cuerpo, no así dio lugar a la de mi alma; si bien desde aquel punto otras particulares ofensas arrepentidas, lloradas, pero no satisfechas, justamente merecieron el purgatorio y penas increíbles en que estoy padeciendo, y de adonde si mereciere mi aflicción vuestra noble piedad, haciendo por mí los sacrificios y satisfacciones que yo os dijere, saldré al descanso perdurable. Ved ahora si según mi demanda gustaréis de admitirla, advirtiéndome antes de responderme que aunque con más razón pudiera pedir esto a quien me redució a tan triste estado, no se me ha permitido; y así, pues, los secretos juicios del cielo me concedieron ser instrumento en vuestra ayuda, cuando entre los pies de vuestros enemigos no ha un mes que os visteis casi muerto, no hay duda sino que a vos también tiene su misericordia y piedad remitido mi último remedio.

Aquí, cesando, dio aquel cuerpo fantástico fin a su discurso temeroso, y don Diego, que con espanto y admiración le había escuchado, principio a su respuesta, que fue tan cristiana, tan llena de piedad y generoso espíritu, que teniéndose de ella por satisfecho el difunto Ortensio, rindiéndole las gracias, finalmente le dio particular y estrecha cuenta de la satisfacción y demás cosas que por su amparo se habían de hacer; y pidiéndole, sobre todo, sagrada sepultura, y aceptádolo y prometídolo, al mismo punto se le quitó de delante, pareciéndole al noble caballero que había sumergídose en aquel propio sitio. Y así, con advertencia y ánimo que suspende, puso en él por señal algunas piedras, y dando la vuelta con más sosiego que hasta allí, de paso despertando a su hermano, le dio extensamente razón de todo y, recostándose en su lecho, apenas fue de día cuando comenzó a disponer su promesa, dando orden no sólo en que se le dijese buen número de misas y hiciesen otros sufragios, sino a otras satisfacciones de hacienda y honra, y lo más esencial, que fue un honrado entierro, porque nunca dudó de hallar el cuerpo. Y como para hacerlo pareciese forzosa la intervención de la justicia, callando el nombre y el homicida, fielmente declaró todo el suceso; con que, acudiendo a tales diligencias ministros y personas graves de la corte, dio un terrible estampido por toda ella, y mandando cavar en la parte advertida, a pocos lances pareció el cuerpo, digo sus descarnados

huesos, y juntamente una espada y diversos pedazos de la capa y vestido; por donde se entendió que con todo ello le habían sepultado. Con lo cual, hicieronlo ahora en su misma capilla, porque, de la misma manera que si fuera un pariente, quiso don Diego que sus deudos y amigos le honrasen.

Para las restantes satisfacciones, teniendo necesidad forzosa de comunicarlas con su padre, aunque en tan grandes dilaciones se consumía su fuerte corazón, respecto que por ellas se imposibilitaba el buscar a su dama, no quiso, anteponiéndolas, diferirlas ni alzar mano de ellas hasta su conclusión, estimando por acción más loable ésta que conseguir su gusto y aun perder un casamiento tan ilustre.

Mas como semejantes servicios nunca el cielo los deja sin recompensa, por do menos pensó halló este caballero el premio de ellos y de sus buenas obras; y así, en su prosecución, se puso en camino, encargando a su hermano la de otras cosas que dejaba empezadas.

## Capítulo CX

### Declárase quién era la dama de don Fadrique, su desengaño y aflicción

No había aún dado la vuelta el mensajero que esperaba don Fadrique sobre su casamiento; y esta resolución le dejó en Madrid, y el ver que así mesmo de coraje y pasión había rendídose a una cama su abuela de Leonarda. Y como su edad les pusiese en cuidado, deseando su consuelo, tuvo por acertado que ella lo dispusiese, satisfaciendo a su inobediencia, con declararla su voluntad, y las partes, personas y calidad de su empleo; pareciéndole, y no sin mucha razón, a don Fadrique que ganando y no perdiendo reputación con él, la afligida señora se quietaría y lo tendría por muy honroso. Pero lo que resultó de esta diligencia y consuelo fue que, apenas leyó el papel y razones de la dama, y advirtió en ellas sus intentos, y, sobre todo, el nombre del galán y de sus padres, cuando inmediatamente, con profundos suspiros y extremos espantosos, se quedó desmayada.

Esta absolución de sus deseos, como, en efecto, mala nueva, supieron brevemente los dos tiernos amantes, y, porque no así parasen sus desgracias, pocas horas después la de su muerte, de



adonde sin pensar resultaron sus más crecidos y irremediables sentimientos; suceso bien digno de que se lea y advierta atentamente. Murió, pues, como dije, esta señora, apresurando su fin, lo que en Leonarda se juzgó por su mayor remedio, y aun estuvo en términos de que, si puede haber mayor mal que la muerte, cayese sobre su indignación y sentimiento, que en parte la tuvo muda y sorda a los consejos saludables del confesor y padre de su alma, que, a no ser él tan docto y aun tan cuerdo, sin duda corriera detrimento; mas no permitiéndolo Dios, no sólo la sacó del camino errado, mas juntamente, abriéndola los ojos, la hizo disponer cristianamente de sus cosas, y que sin reparar en pundonores o respetos humanos declarase el secreto de verdades tan graves, que sólo el digerirlas bastara en cualquier tiempo a quitarla, como en aquél, la vida.

Pero esta diligencia, aunque de tan gran riesgo, pareció inexcusable, y tanto que, a quedar en silencio, se abriera puerta a una dilatada y horrible ofensa de Dios; pues fuera cierto que si la anciana abuela no dijera cómo la hermosa Leonarda era hija de don Alonso de Mendoza y, por el consiguiente, hermana de don Fadrique, apenas cerrara ella los ojos cuando los hermanos estuvieran casados o en términos peores; porque ya en este punto, sabiéndose el de su muerte, como heredera forzosa, Leonarda estaba en su casa y su amante disponiendo las bodas; mas esta impensada declaración suspendió sus deseos, aunque no su esperanza. Porque, si bien sus ansias, sus congojas y lágrimas fueron terribles, en medio de ellas, sin poder animarse a darla crédito, don Fadrique partió a mejor enterarse de su padre y en seguimiento de don Diego, su hermano; y su dama, resolviéndose en llanto, quedó esperándole.

De esta suerte caminó tan aprisa el ciego mozo que, antes de llegar al cristalino Júcar, alcanzó a su hermano, con quien, referido el suceso, llegó a los ojos de su padre, que no estando avisado los recibió, mezclando el gusto de su venida con el sobresalto de verla tan sin pensar, temiendo la hubiese ocasionado algún peligro. Mas enterado en ella, don Fadrique no sólo entendió la certeza de sus dudas, mas oyó de su boca los últimos amores que, si os acordáis, en el principio de esta historia, no sólo fueron el origen de su destierro y salida de la Corte, pero de la injusta y lastimosa muerte que dio al pobre Ignacio Ortensio. Y así era la verdad, porque su madre de Leonarda era aquella hermosa doncella que dije haberse libremente enamorado de don Alonso; y la difunta vieja madre suya y abuela de Leonarda, quien, advertido su pre-

ñado y la imposibilidad de don Alonso para saldar su honra, excusando la publicidad de tal afrenta, la había encerrado en un convento, adonde profesa vivía entonces ejemplarmente.

Con tal satisfacción, que era la misma que tenía de llevar el mensajero, quedó don Fadrique desengañado y perdiendo el juicio, y su hermano don Diego admirado y confuso, y no lo quedó menos su padre cuando entendió la ocasión que a él le traía, y el memorable y temeroso acaecimiento del difunto criado; pues no sólo en oyéndolo se compungió su alma y entristeció su corazón piadosamente, sino que, sin poder reposar, ni aun alegrarse, desde aquel punto fue cavando en su pecho de suerte el temor del castigo y el deseo de satisfacer a Dios y al mundo, que ni el amor de sus queridos hijos, sus muchas lágrimas ni el deseo de sus acrecentamientos, desamparo de sus criados y mayormente su larga edad y sujeto regalado, fueron parte a estorbarle meterse en un convento, adonde profesando santamente la observancia regular de San Francisco, después de algunos años, acabó sus días.

## Capítulo CXI

### **Vuelven a Madrid los Mendozas, y juntamente con su historia se da fin a esta primera parte**

Quedaron, con tal resolución, los dos hermanos, aunque llorosos y desconsolados, riquísimos; y así, dentro de pocos días, como su cuerdo padre ejecutó este intento, repartiendo entre sí los criados que tenía y disponiendo las demás cosas, dieron vuelta a Madrid.

Era en esta sazón el rigor del invierno, y sus continuas aguas tenían anegados y peligrosos los campos y caminos; y con todo prosiguieron en su viaje, no obstante que la primera jornada, llegando a un profundo arroyo, él venía de suerte embravecido que los tuvo dudosos el pasarle. Mas como la noche se les venía acercando, y con ella otros mayores inconvenientes, deseando excusarlos y salir del presente sin mayor suspensión, don Diego, que siempre en tales casos quería ser el primero, intrépido, apretando a un cuartago, le iba a arrojar al agua, y hiciéralo infaliblemente si llegando a esta sazón al mismo puesto un pobre labrador no lo impidiera, y con tan eficaces razones, notando el gran peligro, que obrando en él particularmente, y en todos los demás con se-



creta fuerza, sin más porfiar tomaron otra vía, yendo aquel hombre siempre guardándolos, hasta que siendo anochecido los puso en una puente, por adonde pasando los compañeros, deteniendo por la rienda a don Diego, en voz baja le dijo:

— Ya con ésta son dos, buen caballero, las veces que, mediante Dios, me debéis la vida; porque tened por cierto que pereciérais así en la pasada como en ésta; pero el cielo os conserva como a tan buen ejecutor de sus piadosas obras. Proseguid, pues, en hora muy dichosa, y aunque rodeéis algo, entrad en Alcalá mañana, y quedaos en paz, que ya vuestro cristiano celo y proceder me tienen en el lugar del descanso.

Y mostrándose a estas razones últimas más cándido y resplandeciente que las mismas estrellas, se le quitó de delante, dejándole como podréis considerar, aunque con diferente alegría que otras veces; porque conociendo ser la misma voz que ya tanto le había dado que hacer, en su incomparable resplandor, entendió el dichoso estado en que se hallaba. Y así, advertido en lo que le ordenó, mandó otro día se torciese el viaje, presumiendo que Ortensio tuviese en Alcalá necesidad de su persona, pues se lo había encargado así; adonde en llegando antes de medio día, apenas se apeó en una posada cuando llegaron a ella, y una tras de otra, dos mujeres como mandaderas de monjas, a pedirle, así a él como a don Fadrique, se llegasen a un cierto monasterio por quien los dos poco antes pasaran; lo cual, poniendo por la obra curiosamente y creyendo que algunas monjas, habiéndolos visto atravesar desde las vistas, querían como con forasteros divertirse, sin más pensarlo se entraron en un locutorio, en quien, por abreviar, cuando entendieron verse en batalla campal con veinte discreteantes profesas, se hallaron sin pensar con la bizarra Hipólita y su hermosa prima. A las cuales habiéndolas traído allí el conde, por más que a la abadesa, que era su hermana, dejó encargado su recato y custodia, y, sobre todo, el escribir o hablar de aquella suerte, tuvo el remedio que veis. Porque no obstante que a los principios se guardó con ellas apretado rigor, y tanto que ni avisar pudieron a los dos caballeros, ya en parte mitigándose y dándolas solaz en mirar a la calle, quiso su fortuna que fuese a tan buen tiempo que al pasar por ella conociesen a sus dos amantes, y tuviese el hablarlos, mediante el favor de algunas monjas, el efecto que oís.

Dejo a la consideración del lector, por no dilatar más esta historia, así el gusto de aquellos caballeros (digo del buen don Diego) como las alegres lágrimas con que las dos señoras solemniza-

ron su deseada venida; y finalmente, los amorosos conceptos que, por no ser sentidas, reducirían a una breve suma; de la cual el remate y carta cuenta que unos y otros se dieron fue concertar que las dos primas escribiesen al punto al arzobispo la fuerza que para impedir su casamiento les hacía el conde; y que esto se propusiese con tan vivas razones que, mediante la diligencia de los dos hermanos, de sus deudos y amigos, pusiese aquel perlado su mano y jurisdicción en remediarlo. Con esta conclusión, despidiéndose alegres, entrando en la Corte, se fomentó de su parte de suerte que, cuando menos sospechaban, los llamó el arzobispo para ante todas cosas entender la verdad y voluntad de entrambos.

Estaba ya la de don Fadrique (supuestos los inconvenientes que he dicho), aunque mal consolado, reducida a la de su hermano, que siempre deseó el empleo de Laura y, por el consiguiente, la hermosa Leonarda, convencida con lo que sus hermanos hiciesen de ella; y así, deshecha esta dificultad, se mandaron sacar del convento y traer a Madrid a las dos primas, adonde, aunque el conde sintió terriblemente que contra su gusto se le casasen tales prendas, y procuró que el marqués y su primo, que ya andaban libres, para su dilación, saliesen a impedirlo, fue por demás; porque ellos, mirándolo mejor, se estuvieron quedos; y él, viendo estas esperanzas perdidas y que para que condescendiese le apretaban personajes gravísimos, hubo de tener por bien lo que, si hasta allí contradecía, era más por interés o tema que por deméritos de tales caballeros, los cuales eran tan ricos y tan nobles como él; y en conclusión, concertadas sus bodas con general aplauso de la Corte, gusto y descanso de sus corazones, las pusieron por obra, renovándose las muchas fiestas que se hicieron en ellas con las de su hermosa hermana, a quien dignamente dieron el estado que merecían sus partes, casándola poco después con un gran caballero. Con que dejando fama eterna de sus muchas virtudes, el venerable y antiguo tronco de su casa, sobre sus excelencias ilustres y entre tan altas ramas, adelantó estos generosos pimpollos que le adornaron y engrandecieron.

- Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Historias peregrinas y ejemplares: Los dos Mendozas*. Ed. E. Cotarelo y Mori (Madrid, Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas, 1906) e Y.-R. Fonquerne (Madrid, Castalia, 1970).







# *Francisco de Lugo y Dávila*

*Las pocas noticias que tenemos de este madrileño (Madrid, antes de 1600 - Madrid, después de 1650) de doble origen, abulense y canario, nos dicen que vivió junto con su hermano don Dionisio bajo la protección de don Jorge de Cárdenas, duque de Maqueda. Pertenecía éste a la nobleza que, tras el austero reinado de Felipe II, abrazó con Felipe III un tipo de vida más aventurera, saliendo con frecuencia de la Península y desempeñando altos cargos de designación real en Italia, Flandes y América.*

*Don Francisco de Lugo realiza estudios de letras y probablemente de leyes, dado el cargo que ocupa de gobernador de la provincia de Chiapas, en el virreinato de Nueva España, durante unos diez años (1621-1631). Según las noticias que nos da su amigo Juan Pérez de Montalbán en el Para todos, Francisco de Lugo reside definitivamente en Madrid a partir de 1632. En 1656 sabemos que participó en el Certamen angélico en la grande celebridad de la dedicación del nuevo y magnífico templo... a Santo Tomás; templo que, costeadado por la Orden de Santo Domingo, se construyó en la calle de Atocha, sustituyendo al edificio precedente, que había sido destruido por las llamas treinta años atrás.*

*Lugo y Dávila agrupa ocho novelas bajo el título de Teatro popular (Madrid, Alonso Pérez, 1622). Ésta es una más de las colecciones de novelas que surgieron tras el éxito de las Novelas ejemplares de Cervantes. Según el propio autor nos dice en el prólogo, parece que empezó a escribir estas novelitas para ocupar los ratos de ocio, mientras esperaba en una aldea su salida hacia Chiapas. Asimismo, como Cervantes, se propone ser ejemplar e inducir al lector a que abandone el camino del vicio y se encamine*

por el de la virtud. Para ello, como otros cultivadores de este género, se servirá de la verosimilitud en la narración de los hechos y acompañará la misma con descripciones de los lugares por donde pasan los protagonistas, nombrando las ciudades, las calles y plazas más conocidas de los lectores. Se obtiene así una clara impresión de realismo.

Cada uno hace como quien es es la quinta novela del Teatro popular. *La Corte madrileña* es el escenario, como tantas veces, del suceso: «Esta corte, teatro donde se han representado de pocos años a esta parte tanta variedad de sucesos.» Don Pedro Manrique de Lara y su amigo Octavio llegan a Madrid en el cortejo del duque de Medina Sidonia. Los ocios de la Corte impulsan al joven a fijarse en Porcia, mujer casada de gran hermosura. Don Pedro pasea la calle hasta que Porcia, influida por una sirvienta sobornada por el galán, recibe un papel suyo y se enamora de él.

La Casa de Campo es en esta novela el lugar elegido para albergar el episodio de enredo y confusión. Don Pedro tiene que salir de Madrid. Su amigo Octavio, que también se siente atraído por Porcia, chantajea a la dama: si ésta no acude a una cita con él en la Casa de Campo, le enseñará a su marido cartas comprometidas de su amante. Porcia engaña a Cornelio, su esposo, diciéndole que va de visita con unas amigas a Nuestra Señora de Atocha. Pero la criada, celosa de los vaivenes de su ama, alerta al marido. Éste se encamina como un loco desde el Puente de Segovia hasta la Casa de Campo, pero al llegar no encuentra ni a su mujer ni a Octavio, que han escapado por una ventana. Resulta ser el propio don Pedro quien tropieza con Porcia en su huida, y las cosas se arreglan. El esposo engañado, después del susto, se convierte en el «más afable marido del mundo».

# *Teatro popular*

## *Cada uno hace como quien es*

[...] Esta Corte, teatro donde se han representado de pocos años a esta parte tanta variedad de sucesos, lo fue del caso prometido, en prueba de nuestra proposición de que nadie amó seguro; que en amor ninguno es fiel. Llegó, pues, el duque de Medina Sidonia, don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, a esta Corte, llamado de la necesidad que en el Consejo de Estado y Guerra había de príncipe tan importante; y con su antigua grandeza, entró con la más lucida casa de criados que gran señor de aquellos tiempos llegó a acaudalar, cuyo testimonio daban los hábitos y otros honrados títulos. Entre ellos venía por su paje de cámara un caballero de Zamora, llamado don Pedro Manrique de Lara, tan galán y tan discreto que aun en esta máquina donde en lo bueno y malo reparara tan poco la vista y la consideración, ésta y aquélla pudieron hacer casi común conocimiento de don Pedro. Tenía por amigo un mozo de cámara del duque, hombre agudo y entretenido a quien llamaré Octavio; que a los traidores el mayor beneficio que puede hacerseles es borrar sus nombres de la memoria. De este Octavio se fiaba don Pedro; a éste hacía archivo de sus secretos; con éste comunicaba sus pasiones, y éste, en fin, era el dueño de lo interior de su alma.

Con la asistencia de la corte, el aplauso que todos hacían a este caballero y con la ociosidad, madre del amor, puso los ojos en una mujer casada, cuyo nombre era Porcia, según los versos en que los poetas celebraban su hermosura y el honroso atributo que pedía el rigor del nombre y estimación de aquella noble Porcia, a quien celebró la Antigüedad, inmortalizándola las brasas que la dieron muerte. Y no gozaba nuestra Porcia menos renombre de leal



y casta y, aunque dificultoso, adquiriendo siempre una misma veneración en el concepto de las gentes: que bien prueba Francisco Patricio, en su diálogo particular del *Honor*, que no es más de un concepto; pues la opinión que se engendra en el ánimo de que uno es bueno le da honor de tal (aunque no lo sea), que los hombres juzgan por los efectos sujetos al error, porque el juzgar por las causas, con evidente conocimiento de los interiores, para solo Dios está reservado.

Paseaba don Pedro la calle de Porcia, ya a pie, ya a caballo; mas no sacaba de esta frecuentación de la vista otro fruto que mayor rendimiento de su ánimo. Hallábase don Pedro vencido de suerte que ya no le quedaba libertad para resistirse; y viendo en su imaginación inexpugnable el fuerte que la virtud conocida de Porcia pertrechaba, desterrando la consideración por agorera, concedió el título de general al deseo, siendo su consejero el apetito, grande atropellador de inconvenientes; levantó el estandarte la esperanza, que es atender cierto de la futura gloria que produce, como sintió el Dante. Formó lo restante del escuadrón grande número de pensamientos con que dio principio a la empresa, haciendo la primer trinchera el secreto, como sintió Propercio; que Venus quiere sus hurtos encubiertos.

Resistíase Porcia como Porcia, siendo las balas encendidas de los suspiros del galán batería débil; perseveraba don Pedro, que al paso de la resistencia crece la gloria del triunfo, valiéndole una vez que, consultando a Séneca, le respondió escribiendo a Lucillo: «Nada hay que no lo expugne el pertinaz obrar y el diligente cuidado». Y a esta causa hizo más firme su perseverancia, siendo sus trazas de mayor agudeza cada día; mas todas las deshacía la resistencia y pocas ocasiones que Porcia le daba, hasta que el interés rompió la parte más flaca; que dijo bien Filipo, rey de Macedonia, que no hay fortaleza inexpugnable como pueda subir a ella un jumentillo cargado de oro.

Tenía Porcia una criada muy de su gusto y de su satisfacción. Tuvo traza don Pedro para que una grande amiga de Andrea, que éste era el nombre de la tal criada, la solicitase a que le favoreciese en la pretensión de sus amores; y como tras la petición abogase el docto dinero, con facilidad se dispuso Andrea a acudir a don Pedro. Era moza de razonable parecer; trigueña de color, bruñida tez, aguileña, ojos negros y vivos y, sobre todo, gran ceremoniática y diestrísima en flores, tocados y afeites, con que aumentaba a Porcia su natural hermosura, granjeando trato más familiar que de criada, causa de donde nacen las más veces los atrevimientos.

Tal se vio en Andrea, pues conociendo la virtud de su ama, tocándola un día y sentando con cada alfiler un cuento a su propósito, hallando la ocasión dispuesta, dijo así:

— Cierto, mi señora, que no me espanto ver andar locos los hombres por tal belleza; pues yo, con ser mujer y gozarla tan cerca, cada día que pongo la última flor quedo más enamorada.

— ¡Bueno es eso, Andrea! —dijo Porcia—. ¿Ahora me lisonjeas? Algo quieres pedirme.

— Parece que v. m. leyó el pensamiento —respondió Andrea—; mas, temerosa, no me atrevo.

— ¿Qué, qué, por vida mía, es lo que quieres? —dijo Porcia.

— No sé por dónde comience mi atrevimiento —replicó Andrea—. Mas ya que las obligaciones —como dicen— alientan el temor que presta la naturaleza, yo no puedo callar respecto de las muchas que tengo. Sabrá v. m. que don Pedro Manrique, caballero que bien conocemos, libró a un hermano mío de una grande afrenta a que estuvo condenado en Sanlúcar; y no sólo le hizo este bien, mas le acomodó para las Indias; de donde he tenido carta suya y cien reales de a ocho, que llaman pesos, prometiéndome que en la flota que se aguarda ha de venir y remediarme, que tiene con qué; y todo esto, dice, se lo debe a su señor don Pedro, por cuya mano llegaron a las mías estas cartas y tengo de recibir este dinero. Avisóme de ello, y cuando ayer pedí licencia fui por los papeles y por los reales de a ocho, y ofreciendo en cortesía la correspondencia que pude, y asiéndome la mano, tras grandes juramentos y diligencias, me pidió que hiciese una por él en que le iba el vivir. Yo, inadvertida, salvando mi persona, ofrecí cumplir todo lo demás que me mandase, y paró en darme este papel, que pusiese en manos de v. m. Sabe Dios cómo me atrevo, y que si no me hubiera engañado haciéndome jurar, que no lo hiciera por cuanto vale el mundo. Éste es el papel: con esto cumplo; y cierto, señora, que entiendo me estuviera mejor irme a servir a otra parte que pasar tan gran vergüenza y miedo como ahora paso, que si bien es verdad que para mí será poco menos riguroso que la muerte, a truco que don Pedro no vuelva a obligarme, lo juzgo por menos dañoso.

Compuso el semblante Porcia, y dijo:

— Cierto, Andrea, que a no hacer tanto tiempo que os conozco y me conocéis, no respondiera con palabras a vuestro atrevimiento; bien sé quién es don Pedro Manrique, que sus diligencias necesitan a este yerro; mas yo espero en Dios no caeré en otro. Bien sé que a algunas hubiera conquistado la voluntad lo que a mí (a te-

ner alguna) me la borrara de todo punto, y sé hasta dónde pueden llegar trazas de un amante discreto, que con otras ese caballero tiene opinión de tal; mas todo cuanto yo sé y vos me podéis decir (para que de esta vez quedéis desengañada), obran poco en el ánimo de las mujeres de bien. Yo lo soy y me precio de ello, y lo que os puede admirar en este caso es no ponerlos en la calle. ¿Yo papel? ¿Yo? ¿Y traérmele vos? Quitad, quitaos luego delante de mí, que os he querido bien y ya os quiero mal.

Ésta fue la respuesta que sacó Andrea por principio de su alcahuetería, y con todo eso no desmayó viendo se quedaba a la vista; antes, escribiendo a don Pedro lo que pasaba, concluyó con una exhortación larga, hecha al modo que suele dictar la necesidad, elocuente maestra de retórica.

Recibió don Pedro el papel de su tercera, y hallando tan cerca del desdén la esperanza, se abrazó con ésta y aquél le entregó al olvido; que el verdadero amor con facilidad vence los rigores. Bien se le lució a don Pedro, pues a pocos días Andrea, sacando unas flores que había hecho para el tocado de Porcia, de aviso se las puso delante de los ojos envueltas en el papel del galán; y la dama, ya con acuerdo, ya inadvertida, desembarazando el billete, le leyó todo, que tal vez tanto lleva el afecto la discreción como la hermosura. Advirtió Andrea lo que hacía Porcia, y luego hizo pronóstico feliz en favor del pretendiente; y viendo que su ama volvía a leer, asió del papel Andrea y dijo:

— ¡Ay, triste de mí, un descuido tras otro! No ha dos días que por ti vertí más lágrimas que por la muerte de mi madre, y ahora quiere mi desgracia que vuelvas a causar otro tanto.

— ¿Pues cómo es —dijo Porcia—, que está bien escrito?

— ¿Cómo ha de ser? —replicó Andrea—. El de don Pedro es, que me hallé en la manga acabando estas flores.

— Ya está leído —dijo Porcia—. Y con menos rigor que la vez pasada.

— Ya está hecho —dijo Andrea—; ya no hay remedio. ¿Qué le parece a v. m. de las razones?

— Que son extremadas —dijo Porcia—; mas hay muchos discretos por escrito, necios de palabra; pero a ser este caballero hablando tan discreto como escribiendo, de mi parte concedo la buena opinión que tiene. En verdad que dice bien sus sentimientos y sin levantarse de los límites de la almohadilla; que hay otros, como ya me entiendes (pretendientes de mi amiga), que han menester sus papeles que los envíen comentados para poder entenderse; tan llenos de vocablos exquisitos que, para la más bachillera de

nosotras y aun de ellos, se están por nacer en nuestra lengua, y así dice Cornelio, mi marido, que también sabe de estas cosas, que algunos ingenios de ahora no paren, sino abortan.

— ¡Bendito sea Dios —dijo Andrea—, que toma en donaire v. m. el papel, y no dando chapinazos y poniendo en la calle!

— Eso —respondió Porcia— es hablando de veras, y esto de burlas.

— Sea como fuere —replicó Andrea—, ¿v. m. tendrá gusto, no sabiendo nada don Pedro, de oírle hablar conmigo?

— Sí, holgaré —dijo Porcia—, asegurando primero dos cosas: que sea en parte lícita, y que no sepa él que yo le oigo.

— Como v. m. lo dice lo iba yo a decir —respondió Andrea—; porque mañana don Pedro me aguarda en la Trinidad para darme unos dineros que le he pedido a cuenta de los que me envió mi hermano. Prevínele que había de ir a confesarme con otra criada de casa, y será fácil ponerse v. m. en corto, y allí, que es parte bien lícita y él estará ignorante, oírle.

Porcia, que se preciaba de entendida y de las que frecuentaban a Garcilaso tanto como a Fray Luis de Granada, llevada de la curiosidad, aceptó la disposición y principio de su ruina; que el amor poco ha menester, y así le llamaron fuego, que una vez encendido, por pequeña que sea la centella, suele abrasar ciudades. Flacos principios ha menester el pecado para derribar a sus pies la virtud: todo está en desmoronarse una pequeña piedra para caer estatua que tiene de barro el fundamento, aunque sea la cabeza de oro. Un animal tan vil como la serpiente ganó la voluntad, la vida y la gracia a una mujer; y tan pequeño interés como un bocado de manzana pobló el infierno, introdujo la muerte, hizo rey al pecado.

Fue, pues, disfrazada, Porcia con Andrea; estaba don Pedro avisado; prestóle el amor elegancia; acertó a decir sus sentimientos, conquistando en aquel corto rato más que en el tiempo que hasta allí había defendido en su pretensión; y si bien por entonces encubrió Porcia los primeros movimientos que el amor fue engendrando en su fantasía, dispuso oírle en otras ocasiones; y como el amor le hacía fecundo, cual muestra Ovidio, poco a poco se acrecentaba el fuego, encendiendo el aire de las palabras su voracidad, de suerte que en pocos días ardió todo el homenaje de la fortaleza de Porcia, y de un lance en otro, aunque con increíble secreto, llegó don Pedro a rendir y señorear lo que estuvo tan dificultoso a los principios. Fueron partícipes de esto Andrea y Octavio, a quien don Pedro eligió para su ayuda.

En estas caducas felicidades pasaron algunos días; mas es mal incontrastable el de la fortuna; que no hay olas tan inconstantes como sus sucesos. Fue así que a don Pedro le necesitó la muerte de un hermano y la disposición de su hacienda a partir a Zamora; pidió licencia al duque, y concediósele con protestar la vuelta: pidiósele a su Porcia; otorgóla con lágrimas en los ojos.

Partió don Pedro y llegó a su patria acompañado de imaginaciones y desvelos; procuró abreviar sus negocios, porque la lealtad de su corazón hacía pronóstico de su desdicha, trayendo siempre delante de los ojos (que no amó seguro nadie) sentencia bien testificada en este suceso; pues Octavio, ya por la comunicación que engendra voluntad, ya por la hermosura que atrae así el deseo, puso los ojos en Porcia, y como es regla cierta que un error en los principios muy pequeño es grande en los fines, Octavio, ya a fuerza de caricias, ya de temores, poniéndola a Porcia a los ojos su flaqueza y su riesgo, la solicitó a que se viese con él una mañana en la Casa del Campo por huir que Andrea fuese sabedora de nada.

Porcia, por ver si venía don Pedro, sustentaba con esperanzas a Octavio; mas él, con temores, pretendía la brevedad; hablábanse por una ventana corridas algunas horas de la noche. Andrea no dormía; antes, como sagaz, escuchaba y procuraba hacerse dueño de la resolución, aunque resistiendo la femenil flaqueza; que el sazonar la venganza a la mayor precipitación suele prestar cordura, como no se alargue demasiado. Ultimamente, Octavio dijo a Porcia que si otro día a las siete de la mañana, en un coche que hallaría a la puerta, dando por excusa que iba a Nuestra Señora de Atocha, no se entraba, e iba a la Casa del Campo, donde la estaría aguardando a las ocho, pondría en manos de su marido los papeles que probaban con evidencia su deshonra. Respondióle Porcia entre quejas y persuasiones, ni negando ni concediendo; mas el traidor, hallando temor conocido en la dama, apretaba la dificultad y limitaba el tiempo. En fin, tras muchos aprietos de Octavio y muchas resistencias de Porcia, se acordó que de allí a cuatro días fuesen las vistas, cerrando con este término la esperanza de otro.

Hallóse Andrea en lugar que oyó toda la plática, y movida de las obligaciones que tenía a don Pedro, considerando que era tiempo bastante con buena diligencia para que el caballero viniese a Madrid antes del concierto, despidió un propio con todo secreto y diligencia, avisando de la infidelidad de Octavio y frágil ánimo de Porcia.

Llegó a Zamora el mensajero en tiempo corto, porque la paga



fue larga; dio su despacho a don Pedro a tiempo que trataba de recogerse; abrió la carta de Andrea y, viéndola sola, quiso dejarla sin leerla, conjeturando malas nuevas. En fin, atropellando con valor el temor, vio y supo lo trazado por su dama y su falso amigo y con qué medios había persuadido a Porcia, cuya facilidad sintió más que la traición de Octavio. Mas resistiéndose lo mejor que pudo, no hizo acciones de sentimiento delante de sus criados ni el propio; que no es poder el que no puede dar de mano a los cuidados con prudencia, como lo enseñó elegantísimamente Boecio, con estos versos:

*Aquel que poderoso  
quiere ser de sí mismo,  
sus pasiones feroces avasalle,  
no al deleite engañoso  
sujeto el cuello halle  
con las riendas del fiero barbarismo;  
que aunque lícito sea  
que de tu ley el Indo temeroso  
esté en tierra apartada;  
y aunque la última Tule a ti se vea  
rendida y humillada;  
con todo, el que no puede  
despedir el cuidado fatigoso  
que el alma le atormenta  
y las querellas míseras no ahuyenta,  
a su poder poder no se concede.*

Miraba don Pedro todas las cosas sujetas a la inconstancia, y con todo le admiraba más la ingratitude de su amigo, a quien parecía tenía bastante obligado; aunque bien mirado, aquellos que tienen menos obligaciones de buena sangre en las venas, son por la mayor parte los más ingratos. Tenía don Pedro varias imaginaciones, ya de su desgracia, ya de tomar satisfacciones del traidor que pretendía ofenderle. Mandó al propio que se fuese a descansar, dando a entender que aquel negocio no pedía prisa.

Harta daba Octavio en llegar al fin de su deseo. Crecieron los días; llegó el señalado, y Porcia, forzada más del temor que del gusto, se determinó a usar el de Octavio, el cual puso bien a tiempo el coche a la puerta de la dama, y ella bajó sus escaleras, previniendo a su marido que unas amigas la llevaban a Atocha. Mas Andrea, que sabía lo cierto, fue tal su sentimiento que, casi fuera

de sí, sólo buscó traza para estorbar el caso, sin discurrir mayores inconvenientes que pudieran ofrecerse, o ya fuese que a los principios, con la mucha frecuencia de Octavio, puso los ojos en él, que también mostró tenerla afición; y a esta causa, los celos la sacaron de sí para intentar la cosa más fuera de propósito que pudo caber en juicio, por corto que fuese. Entró en el aposento de su amo con una determinación diabólica, y despertándole, dijo:

— ¿Qué es esto, señor? ¿V. m. duerme cuando su honra se abrasa? ¿Es posible que no le llama el corazón a volver por sí?

Despertó Cornelio, y a las breves palabras de Andrea, abrió los ojos, y levantando la mitad del cuerpo sobre la cama, dijo:

— Andrea, ¿estáis loca o habláis de veras? Pues ¿qué hay contra mí? ¿Qué fundamento tienen vuestras razones? Despenadme.

— Breve seré —respondió la criada—; que todo se cifra en que mi señora Porcia, aquella en quien v. m. y todo el mundo tienen tanta satisfacción, deja hoy el lado de su marido para ocupar el de su galán; cierto lo sé. En la Casa del Campo, en una sala baja a mano izquierda como se entra, hallará v. m. a la vista quién es su mujer. Con esto cumplo a lo que tengo obligación, que no quiero parecer culpada en lo que estoy inocente.

No acertó Cornelio a responder palabra, atajándole la voz la cólera. Vistióse con toda prisa, mirando a su criada; revolviendo en su imaginación más conceptos que acertara a decir cuando estuviera menos atajado de la cólera. Vestido, tomó sus armas y un pistolete, volviendo a Andrea y diciendo.

— Yo daré el castigo a quien le mereciere; vos advertid a lo que os toca, si os engañáis.

Con esto salió de su casa, y apresurando el paso, pilló la Puente Segoviana; llegó a la Casa del Campo, miró a todas partes por el coche; no halló ninguno, que estaba en Madrid el que buscaba; reparó en el retrato de las ruedas; halló muchos en el camino real sin confirmarle sus sospechas, por confundirse unos con otros. Hasta las huellas de la puerta miraba con atención; hallaba pocas y mal señaladas; al fin, llamó a la puerta; respondió el portero que tiene cuenta de ella; pidió que abriese para dar un recado al teniente alcaide; abrióle la puerta y entró Cornelio. Caminó a la puerta de la sala donde habían entrado Octavio y Porcia; acechó por las cerraduras; vio sólo obscuridad; pidió con voces y con impaciencia que le abriesen; el encubridor de los amantes acudió a la resistencia; con ésta, despertó más el deseo al ofendido, acudiendo a sus voces y porfía gente. Y entretanto que duraban las voces y diferencias, Octavio abrió la ventana, que es baja y sin re-

ja; a paso llano, sin aguardar a Porcia, salió huyendo a llegar a la cerca, y dejando el traidor sola y a riesgo la afligida dama, saltó al campo, aun sin volver el rostro. ¡Oh infame hazaña! ¿Así huyes, vil? ¿Así huyes? ¿Mas qué mucho que el ingrato al amigo lo sea a la dama?

Porcia, casi fuera de sí, se salió por la misma ventana y, hallando abierta la puerta que sube a los estanques, entró por ella y, llegando a un portillo, salió sin saber por dónde iba ni cómo había de valerse.

Cornelio daba prisa que le abriesen, y el teniente alcaide, que había acudido con una llave maestra, abrió la puerta, que puso tanta admiración como vergüenza a Cornelio; miraba a todas partes; hallaba sólo paredes y estaba como embelesado. Entonces el teniente alcaide le dijo:

— ¿Qué busca? ¿Está en sí o ha perdido el juicio este hombre? ¿Esta es casa donde se consienten semejantes maldades?

Cornelio no sabía qué responder; y lleno de confusión se fue, y mirando a todas partes sólo vio el soto con sus árboles y el aire que parece que, entre ellos, le silbaba. Al fin enderezó a su casa, buscó a Andrea, mas no la halló; que arrepentida de su desatino, cogiendo su ropa, se escapó y no quiso aguardar el fin de aquel suceso, pareciéndola que no podría resultar de él cosa buena. Dificultoso sería decir los varios pensamientos de Cornelio; unos, aquejándole con la consideración de su infamia, deseando la justa satisfacción; otros, regidos del amor propio y del que tenía a Porcia. Ya juzgaba sospecha maliciosa de Andrea del caso, a quien daba nombre de falso testimonio; así vacilaba, ahora resuelto, ora avergonzado; aguardaba la última prueba que había de resultar de la vista de Porcia, la cual salió apenas de la Casa del Campo cuando la fuerza de la pena la robó los sentidos, y cayó desmayada.

Don Pedro, deseoso de coger en el delito a los agresores, hizo su jornada desde Zamora, de suerte que llegó a tiempo, que vio, no muy lejos, una mujer que corría sola, y a poco trecho, cual si la llegara el último instante de la vida, ocupó la tierra. Llegó a ella el caballero, y apeándose, movido de la novedad, conoció ser Porcia, y haciéndola algunos beneficios, volvió en sí; y hallándose en la presencia de don Pedro, por una parte corrida de hallarse así, y por otra necesitada de amparo, le dijo:

— Bien merece cualquier castigo mi obra y cualquier defensa mi intención. Mas, ¡ay, triste!, que no es tiempo de gastar palabras teniendo a los ojos la muerte que aguardo por mano de mi

marido, cuya voz oí bien cerca; llevadme, señor, a otra parte, donde me daréis la pena que quisiereis, y allí, si algo valiere mi disculpa, la podréis recibir, y si no, muera yo a vuestras manos y no a las de Cornelio.

Don Pedro, no mudando semblante, si bien aquejado de los efectos naturales, concedió su amparo a Porcia (propio de un corazón noble); púsola en las ancas de su cabalgadura, y él, ocupando la silla, sufriendo la grito y burla de las lavanderas, llegó con su dama, atravesando el río, a Santa Catalina, que así se llamaba al tiempo de este suceso donde hoy es San Norberto. Informóse por el camino de ella, muy por menudo, del suceso, e imaginando el remedio, se fue en casa del duque; disponiendo un coche, habló a una señora, que hacía oficio de camarera en aquella grande casa; a ésta se atrevió don Pedro a dar cuenta del caso y peligro de Porcia, pidiéndola su amparo. Y como la elocuencia es poderosa para mover a su opinión los ánimos más fieros, le fue fácil a don Pedro mover (con su discreción) una mujer principal para el amparo de otra. Bien se vio, pues, doña María, que así se llamaba esta señora, buscando causa bastante y lícita.

Con la mayor brevedad que pudo ocupó el coche, y en él fue a Santa Catalina, donde estaba Porcia, y allí, consolándola y animándola, guió a su casa, y en el camino, para disponer lo mejor y más verosímil, llamó otra señora, grande amiga de Porcia; hicieron las tres juntas su viaje. Entretanto don Pedro buscó al traidor Octavio, que, ya apremiado de su conciencia, ya sabedor de la venida de don Pedro, o por lo uno y lo otro temeroso, recogiendo lo que pudo de sus muebles, huyó la Corte para siempre; y Andrea, a pocos días, hizo otro tanto; pues, como dice Pitágoras Samio: «Al varón inicuo la conciencia le aflige, y mayor mal padece que aquel que en el cuerpo se castiga»; ¿qué mucho que quien la tenía como éstos no se atreviesen a parecer?

Llegaron, pues, doña María, Porcia y su amiga a las puertas de Cornelio, que esperaba el último trance, ya con ira, ya con templanza, dudoso entre estos contrarios. Mas Porcia, con gallardo desenfado, dando voces, «para, para», sin aguardar a nadie, levantó el estribo, y usando de las palabras más acomodadas a su negocio, dijo:

— Guárdeme Dios muchos años a vs. ms. por tan gran merced como hoy he recibido; que no en balde deseaba este día para ofrecerme al servicio de doña María, mi señora, que lo estimo tanto que lo atribuyo a merced de la Imagen. Y volviéndose a Cornelio, que había bajado, dijo:

— ¿Aquí estáis, señor? Todo se me hace bien; besad las manos a estas señoras y a mi señora doña María, que es camarera de mi señora la duquesa de Medina Sidonia.

Hizo Cornelio sus cumplimientos, admirado y confuso, a las señoras del coche, y ellas le respondieron tales razones que fueron poderosas a hacerle creer que habían hecho juntas la romería de Atocha. Culpábase Cornelio de su inadvertencia en no haber ido allá para certificarse; despidiéronse, quedando solos Cornelio y su mujer; subieron de la mano a su cuarto, preguntando la dama por Andrea, a que respondió Cornelio que, con toda su ropa, había huido y no parecía.

— ¡Ay, Dios! ¿Se llevó algo de casa? —replicó Porcia.

— No lo sabemos —dijeron las demás criadas—; sólo hay que a mi señor le hizo levantar muy aprisa, no sé para qué, y a nosotras nos despachó de casa; y cuando volvimos llamando a la puerta, el vecino de enfrente nos dio las llaves y nos dijo que Andrea se las había dado, en tanto que volvía de llevar un cofre que sacó.

Mandó Porcia que mirase la casa, y, quedándose sola con su marido, la hizo él artificiosas preguntas, a que respondió tan bien que le dejó admirado y satisfecho de su lealtad; pareciéndole que Andrea, por irse con algún bellaco, hizo maldad semejante.

Decía Cornelio a su mujer que siempre le pareció mal las galas y dineros que de dos meses atrás gastaba y rompía Andrea, sin saber quién se lo daba: así lo confirmó Porcia, y Cornelio fue de allí en adelante el más afable marido del mundo. Dudan algunos si la amistad de don Pedro pasó adelante; lo cierto es que Porcia vivió siempre con su buena opinión de honrada, y si alguna reiteración hubo en los amantes fue tan secreta que jamás se entendió. Crea el lector lo que quisiere, y todos se desengañen que nadie amó seguro; que en amor ninguno es fiel.

- Francisco de Lugo y Dávila. *Teatro popular: Cada uno hace como quien es*. Ed. E. Cotarelo y Mori (Madrid, Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas, 1906).



## Baltasar Gracián

*El ambiente familiar de Baltasar Gracián (Belmonte, cerca de Calatayud, 1601 - Tarazona, 1658) era profundamente religioso: todos sus hermanos profesarían en órdenes monásticas. Baltasar estudia en el Colegio jesuita de Tarragona, donde toma sus primeros votos en 1621. Dos años después iniciaría sus estudios de Teología en el Colegio de Zaragoza. Se integra definitivamente en la Compañía en 1635. Al ser trasladado al Colegio de Huesca, tiene la oportunidad de trabar amistad con Vincencio Juan de Lastanosa, esa gran figura cultural del Aragón del siglo XVII, que poseía un magnífico palacio en el que vivía rodeado de riquezas y curiosidades, con una selecta biblioteca y siempre acompañado de eruditos y artistas que acudían a sus tertulias.*

*En 1640, Gracián está en la Corte como confesor del virrey de Navarra, duque de Nocera. Durante su breve estancia en Madrid, Gracián visita el palacio del Buen Retiro, las nobles mansiones de los duques de Veragua y de Feria, y conoce al poeta Antonio Hurtado de Mendoza, secretario del Rey. La Corte le produce una impresión negativa: «Todo es embeleco, mentiras, gente soberbia y vana, que les parece no hay hombres ni mundo sino ellos», escribe a su amigo Lastanosa. Pronto sus triunfos como predicador en Madrid lo sitúan en la cumbre de la oratoria de su época, como atestigua en el plano teórico su Agudeza y arte de ingenio (Huesca, 1648). Pero Gracián no es tan sólo un espíritu refinado, refugiado en el fervor religioso o en la torre de marfil de la erudición y el intelectualismo, sino también un hombre preocupado por los demás, que se enfrenta a la vida y a sus problemas, que siente en su corazón los males de su patria y de la sociedad en la que vive.*



*Buena prueba de esas preocupaciones son obras como El Héroe(1637) y El Político(1640).*

*La primera parte de El Criticón se publica en Zaragoza en 1651; la segunda en 1653, también en Zaragoza, y la tercera y última en Madrid, en 1657. La aparición de la obra levantó cierto revuelo en la Compañía, alarmada por su carácter profano. Pero sólo lo era en apariencia, pues Gracián enseñaba a repudiar la vanidad del mundo y de las cosas perecederas, y mostraba cómo la virtud es el único camino que conduce a la gloria.*

*El proyecto de El Criticón está concebido en función de su final: la llegada a la isla de la Inmortalidad. Es una grandiosa interpretación de lo humano, una visión desoladora y amarga del mundo y del alma, una obra de perfecta madurez presidida por una extraña mezcla de pesimismo y de esperanza. Las tres partes de la obra albergan a su vez cuatro zonas, correspondientes a las cuatro edades del hombre: Primavera de la niñez, Estío de la juventud, Otoño de la varonil edad e Invierno de la vejez.*

*El anciano Critilo es arrojado al mar tras un naufragio cuando vuelve de la India. El joven Andrenio le salva y juntos se dirigen a España. Los dos peregrinos inician el viaje en busca de Felisinda, quien al cabo resulta ser la madre de Andrenio, que reconoce en Critilo a su padre. Al final, y tras múltiples avatares, descubren que Felisinda ha muerto y que la felicidad no existe. A lo largo de la narración van multiplicándose alegorías morales, digresiones y divagaciones satíricas.*

*La primera parte se constituye sobre un constante dualismo entre apariencia y realidad, ejemplificado por una serie de visiones alegóricas, desde la visita a la fuente de los Engaños, las maravillas de Artemia y la Venta del Mundo, a la estancia en la Corte, los encantos de Falsirena y la feria de todo el Mundo. Las experiencias de Gracián en Madrid van a reflejarse en las descripciones y comentarios que nos hacen Critilo y Andrenio desde que llegan. La sabia Artemia les había recomendado cuál era la puerta por donde debían acceder al laberinto de la Corte: «Los más entran por Santa Bárbara y los menos por la calle de Toledo; algunos refinos por la Puente; entran otros y otras por la Puerta del Sol y paran en Antón Martín; pocos por lavapiés y muchos por untamanos. Y lo ordinario es no entrar por las puertas, que hay pocas y ésas cerradas, sino entremetiéndose.» Mientras Andrenio ve Madrid como la «real madre de tantas naciones, una corona de dos mundos, un centro de tantos reinos, un joyel de entrambas Indias, un nido del mismo fénix y una esfera del Sol Católico, coro-*



nado de prendas en rayos y de blasones en luces», Critilo nos dice que es una «Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, una Londres de pestilencias y un Argel de cautiverios», donde la suciedad de sus calles va en consonancia con la que atesoran los corazones de sus habitantes.

Critilo y Andrenio entran por la espaciosa calle de Toledo, y lo primero que hacen es entrar en una librería buscando uno de esos libros tan comunes en la España de la época que sirven de «guía y avisos» para no perderse en el laberinto cortesano. El libro aconsejado en este caso será El Galateo cortesano. Pero su lectura no servirá para evitar los engaños a que se ven sometidos nuestros peregrinos. Y pronto veremos al incauto Andrenio caminando por la calle Mayor hacia Palacio y dejándose engañar por un pajecillo, que dice servir a una prima suya. Así comenzará el engaño de Falsirena.

Muy interesante es el paseo que da Critilo por El Escorial y Aranjuez: «Allí vio la ostentación de un real poder, un triunfo de la piedad católica, un desempeño de la arquitectura... De aquí pasó a Aranjuez, estancia perpetua de la Primavera, patria de Flora, retiro de su amenidad en todos los meses del año, guardajoyas de las flores y centro de las delicias a todo gusto y contento.» Pero el saldo de su estancia en Madrid es claramente negativo: «Salió de Madrid como se suele, pobre, engañado, arrepentido y melancólico.»





# *El criticón*

## *Primera parte*

### **Crisi décima**

#### **El mal paso del salteo**

Vulgar desorden es entre los hombres hacer de los fines medios y de los medios hacer fines: lo que ha de ser de paso toman de asiento y del camino hacen descanso; comienzan por donde han de acabar, y acaban por el principio. Introdujo la sabia y próspera naturaleza el deleite para que fuese medio de las operaciones de la vida, alivio instrumental de sus más enfadosas funciones: que fue un grande arbitrio para facilitar lo más penoso del vivir. Pero aquí es donde el hombre más se desbarata, pues, más bruto que las bestias, degenerando de sí mismo, hace fin del deleite y de la vida hace medio para el gusto: no come ya para vivir, sino que vive para comer; no descansa para trabajar, sino que no trabaja por dormir; no pretende la propagación de su especie, sino la de su lujuria; no estudia para saberse, sino para desconocerse; ni habla por necesidad, sino por el gusto de la murmuración. De suerte que no gusta de vivir, sino que vive de gustar. De aquí es que todos los vicios han hecho su caudillo al deleite: él es el muñidor de los apetitos, precursor de los antojos, adalid de las pasiones, y el que trae arrastrados los hombres, tirándole a cada uno su deleite.

Atienda, pues, el varón sabio a enmendar tan general desconcierto. Y para que estudie en el ajeno daño, oiga lo que le sucedió al sagaz Critilo y al incauto Andrenio.

— ¿Hasta cuándo, ¡oh canalla inculta!, habéis de abusar de mis atenciones? —dijo enojada Artemia, más constante cuando



más arriesgada—. ¿Hasta cuándo ha de burlarse de mi saber vuestra barbaridad? ¿Hasta dónde ha de llegar en despeñarse vuestra ignorante audacia? Júroos que, pues me llamáis encantadora y maga, que esta misma tarde, en castigo de vuestra necesidad, que he de hacer un conjuro tan poderoso, que el mismo sol me venga retirando sus lucientes rayos: que no hay mayor castigo que dejaros a oscuras en la ceguera de vuestra vulgaridad.

Tratólos como ellos merecían, y conocióse bien que con la gente vil obra más el rigor que la bizarría, pues quedaron tan aterrados cuan persuadidos de su mágica potencia; y ya helados, no trataron de pegar fuego al palacio, como lo intentaban. Acabaron de perderse de ánimo cuando vieron que realmente el mismo sol comenzó a negar su luz eclipsándose por puntos, y temiendo no se conjurase también contra ellos la tierra en terremotos (que a veces todos los elementos suelen mancomunarse contra el perseguido), dieron todos a huir desalentados, achaque ordinario de motines, que si con furor se levantan, con fanático terror se desvanecen; corrían a oscuras, tropezando unos con otros, como desdichados.

Tuvo, con esto, tiempo de salir la sabia Artemia con toda su culta familia; y lo que más ella estimó fue el poder escapar de aquel bárbaro incendio los tesoros de la observación curiosa que ella tanto estima y guarda en libros, papeles, dibujos, tablas, modelos y en instrumentos varios. Fuéronla cortejando y asistiendo nuestros dos viandantes Critilo y Andrenio. Iba éste espantado de un portento semejante, teniendo por averiguado que se extendía su mágico poder hasta las estrellas y que el mismo sol la obedecía; mirábala con más veneración y dobló el aplauso. Pero desengañóle Critilo diciendo cómo el eclipse del sol había sido efecto natural de las celestes vueltas, contingente en aquella sazón, previsto de Artemia por las noticias astronómicas, y que se valió dél en la ocasión, haciendo artificio lo que era natural efecto.

Discurrióse mucho dónde irían a parar, consultándolo Artemia con sus sabios, resuelta de no entrar más en villa alguna: y así lo cumple hasta hoy. Propusieronse varios puestos. Inclínabase mucho ella a la dos veces buena Lisboa, no tanto por ser la mayor población de España, uno de los tres emporios de la Europa (que si a otras ciudades se les reparten los renombres, ella los tiene juntos; fidalga, rica, sana y abundante), cuando porque jamás se halló portugués necio, en prueba de que fue su fundador el sagaz Ulises. Mas retardóla mucho no su fantástica nacionalidad, sino su confusión, tan contraria a sus quietas especulaciones. Tirábala después la coronada Madrid, centro de la monarquía, donde con-

curre todo lo bueno en eminencias, pero desagradábala otro tanto malo, causándola asco no la inmundicia de sus calles, sino de los corazones, aquel nunca haber podido perder los resabios de villa y el ser una Babilonia de naciones no bien alojadas.

De Sevilla no había que tratar, por estar apoderada de ella la vil ganancia, su gran contraria, estómago indigesto de la plata, cuyos moradores ni bien son blancos ni bien negros, donde se habla mucho y se obra poco, achaque de toda Andalucía. A Granada también la hizo la cruz, y a Córdoba un calvario. De Salamanca se dijeron leyes, donde no tanto se trata de hacer personas cuanto letrados, plaza de armas contra las haciendas.

La abundante Zaragoza, cabeza de Aragón, madre de insignes reyes, basa de la mayor columna y columna de la fe católica en santuarios y hermosa de edificios, poblada de buenos, así como todo Aragón de gente sin embeleco, parecíale muy bien, pero echaba mucho menos la grandeza de los corazones y espantábala aquel proseguir en la primera necesidad. Agradábala mucho la alegre, florida y noble Valencia, llena de todo lo que no es sustancia; pero temióse que con la misma facilidad con que la recibirían hoy la echarían mañana. Barcelona, aunque rica cuando Dios quería, escala de Italia, paradero del oro, regida de sabios entre tanta barbaridad, no la juzgó por segura, porque siempre se ha de caminar por ella con la barba sobre el hombro. León y Burgos estaban muy a la montaña, entre más miseria que pobreza. Santiago, cosa de Galicia. Valladolid la pareció muy bien y estuvo determinada de ir allá, porque juzgó se hallaría la verdad en medio de aquella llaneza, pero arrepintióse como la Corte, que huele aún a lo que fue y está muy a lo de Campos. De Pamplona no se hizo mención, por tener más de corta que de Corte, y como es un punto, toda es puntos y puntillos Navarra.

Al fin fue preferida la imperial Toledo, a voto de la Católica Reina, cuando decía que nunca se hallaba necia sino en esta oficina de personas, taller de la discreción, escuela del bien hablar, toda Corte, ciudad toda, y más después que la esponja de Madrid le ha chupado las heces, donde aunque entre, pero no duerme la villanía. En otras partes tienen el ingenio en las manos, aquí en el pico: si bien censuraron algunos que sin fondo y que se conocen pocos ingenios toledanos de profundidad y de sustancia. Con todo, estuvo firme Artemia, diciendo:

— ¡Ea!, qué más dice aquí una mujer en una palabra, que en Atenas un filósofo en todo un libro. Vamos a este centro, no tanto material, cuanto formal de España.

Fuese encaminando allá con toda su cultura. Siguiéronla Critilo y Andrenio, con no poco provecho suyo, hasta aquel puesto donde se parte camino para Madrid. Comunicáronla aquí su precisa conveniencia de ir a la Corte en busca de Felisinda, redimiendo su licencia a precio de agradecimientos. Concediósele Artemia en bien importantes instrucciones, diciéndoles:

— Pues os es preciso el ir allá, que no conviene de otra suerte, atended mucho a no errar el camino, porque hay muchos que llevan allá.

— Según eso, no nos podemos perder —replicó Andrenio.

— Antes sí, y aun por eso, que en el mismo camino real se perdieron no pocos; y así, no vais por el vulgar de ver, que es el de la Necedad, ni por el de la Pretensión, que es muy largo, nunca acabar; el del Litigio es muy costoso, a más de ser prolijo; el de la Soberbia es desconocido, y allí de nadie se hace caso y de todos casa; el del Interés es de pocos, y éstos extranjeros; el de la Necesidad es peligroso, que hay gran multitud de halcones en alcándaras de varas; el del Gusto está tan sucio, que pasa de barro y llega el lodo a las narices, de modo que en él se anda apenas; el de Vivir va de priesa, y llégase presto al fin; por el del Servir es morir; por el del Comer nunca se llega; el de la Virtud no se halla, y aun se duda: sólo queda el de la Urgencia, mientras durare. Y creedme que allí ni bien se vive ni bien se muere. Atended también por dónde entráis, que va no poco en esto; porque los más entran por Santa Bárbara y los menos por la calle de Toledo; algunos refinos por la Puente; entran otros y otras por la Puerta del Sol y paran en Antón Martín; pocos por lavapiés y muchos por untamanos. Y lo ordinario es no entrar por las puertas, que hay pocas y ésas cerradas, sino entremetiéndose.

Con esto se dividieron: la sabia Artemia al trono de su estimación, y nuestros dos viandantes para el laberinto en la Corte.

Iban celebrando en agradable conferencia las muchas y excelentes prendas de la discreta Artemia, muy fundados en repetir los prodigios que habían visto, ponderando su felicidad en haberla tratado, la utilidad que habían conseguido. En esta conversación iban muy metidos, cuando sin advertirlo dieron en el riesgo de todos, uno de los peores pasos de la vida. Vieron que allí cerca había mucha gente detenida, así hombres como mujeres, todos maniatados, sin osar rebullirse viéndose despojar de sus bienes.

— Perdidos somos —dijo Critilo—. Aguarda, que hemos dado en uñas de salteadores; que los suele haber crueles en estos curiales caminos. Aquí están robando sin duda, y aun si con eso se

contentasen, ventura sería en la desdicha, pero suelen ser tan desalmados, que quitan las vidas y llegan a desollar los rostros a los pasajeros, dejándolos del todo desconocidos.

Quedó helado Andrenio, anticipándose el temor a robarle el color y aun el aliento. Cuando ya pudo hablar:

— ¿Qué hacemos —dijo—, que no huimos? Escondámonos, que no nos vean.

— Ya es tarde a lo de Frigia, que es lo necio —respondió Critilo—, que nos han descubierto y nos vocean.

Con esto, pasaron adelante a meterse ellos mismos en la trampa de su libertad y en el lazo de su cuello. Miraron a una y otra banda, y vieron una infinidad de pasajeros de todo porte, nobles, plebeyos, ricos, pobres, que ni perdonaban a las mujeres, toda gente moza y todos amarrados a los troncos de sí mismos. Aquí, suspirando Critilo y gimiendo Andrenio, fueron mirando por todo aquel horrible espectáculo quiénes eran los crueles salteadores, que no podían atinar con ellos; miraban a unos y a otros, y todos los hallaban enlazados. Pues ¿quién ata? En viendo alguno de mal gesto, que eran los más, sospechaban de él.

— ¿Si será éste —dijo Andrenio— que mira atravesado, que así tiene el alma?

— Todo se puede creer de un mirar equívoco —respondió Critilo—, pero más temo yo de aquel tuerto, que nunca suelen hacer éstos cosa a derechas a juicio de la Reina Católica, y era grande. Guárdate de aquel, muchos labios y mala labia, que nos hace morro siempre. Pues aquel otro de las narices remachadas, tan cruel como iracundo, y si de color de membrillo, cómitre amulatado.

— No será sino aquel del ojo regañado, que tiene andado mucho para verdugo.

— ¿Y qué le falta a aquel encapotado que mira hosco, amenazando a todos de tempestad?

Oyeron uno que ceceaba y dijeron:

— Éste es, sin duda, que a todos va avisando con su *ce ce* a que se guarden dél. Pero no, sino aquel que habla aspirando, que parece se traga los hombres cuando alienta.

Oyeron a uno hablar gangoso y dieron a huir, entendiéndole la ganga por valiente de Baco y Venus. Toparon con otro peor, que hablaba tan ronco que sólo se entendía con los jarros. En hablando alguno alterado, presumían dél, y si en catalán, con evidencia. Desta suerte, fueron reconociendo a unos y otros, y a todos los veían rendidos, ninguno delincuente.

— ¿Qué es esto —decían—, dónde están los robadores de tan-

tos robados? Pues aquí no hay de aquellos que hurtan a repique de tijera, ni los que nos dejan en cueros cuando nos calzan, los que nos despluman con plumas, los que se descomiden cuando miden ni los que pesan tan pesados. ¿Quién embiste aquí, quién pide prestado, quién cobra, quién ejecuta? Nadie encubre, nadie lisonjea, no hay ministros, no hay de la pluma: pues ¿quién roba? ¿Dónde están los tiranos de tanta libertad?

Esto decía Critilo, cuando respondió una gallarda hembra, entre mujer y entre ángel:

— Ya voy, aguardaos mientras acabo de atar estos dos presumidos que llegaron antes.

Era, como digo, una bellísima mujer, nada villana y toda cortesana: hacía buena cara a todos y muy malas obras. Su frente era más rasa que serena; no miraba de mal ojo y a todos hacía dél; las narices tenía blancas, señal de que no se le subía el humo a ellas; sus mejillas eran rosas sin espinas, ni mostraba los dientes, sino otros tantos aljófares al reírse de todos. Tan agradable que era ocioso el atar, pues con sola su vista cautivaba. Su lengua era sin duda de azúcar, porque sus palabras eran de néctar, y las dos manos hacían un blanco de los afectos, y con tenerlas tan buenas, a nadie daba buena mano ni de mano; y aunque tenía brazo fuerte, de ordinario lo daba a torcer, equivocando el abrazar con el enlazar. De suerte que de ningún modo parecía salteadora quien tan buen parecer tenía. No estaba sola, antes muy asistida de un escuadrón volante de amazonas, igualmente agradables, gustosas y entretenidas, que no cesaban de atar a unos y a otros, ejecutando lo que su capitana les mandaba.

Era de reparar que a cada uno le aprisionaban con las mismas ataduras que él quería, y muchos se las traían consigo y las proveían para que los atasen. Así que a unos aprisionaban con cadenas de oro, que era una fuerte atadura; a otros, con esposas de diamantes, que era mayor. Ataron a muchos con guirnaldas de flores, y otros pedían que con rosas, imaginando era más coronarles las frentes y las manos. Vieron uno que le ataron con un cabello rubio y delicado, y aunque él se burlaba al principio, conoció después era más fuerte que una gúmena. A las mujeres, de ordinario las ataban no con cuerdas, sino con hilos de perlas, sartas de corales, listones de resplandor, que parecían algo y valían nada. A los valientes, al mismo Bernardo le aprisionaron después de muchas bravatas con una banda, quedando él muy ufano. Y lo que más admiró fue que a otros sus camaradas los atraillaron con plumajes, y fue una prisión muy segura. Ciertos grandes personajes



pretendieron los atasen con unos cordoncillos de que pendían venetas, llaves y eslabones, y porfiaban hasta reventar. Había grillos de oro para unos y de hierro para otros, y todos quedaban igualmente contentos y aprisionados. Lo que más admiró fue que, faltando lazos con que maniatar a tantos, los enlazaban con brazos de mujeres, y muy flacas, a hombres muy robustos; al mismo Hércules, con un hilo delgado y muy al uso, y a Sansón con unos cabellos que le cortaron de su cabeza. Querían ligar a uno con una cadena de oro que él mismo traía, y les rogó no hiciesen tal, sino con una sogá de esparto crudo, extremo raro de avaricia. A otro camarada deste le apretaron las manos con los cerraderos de su bolsa, y aseguraron eran de hierro. Añudaron a uno con su propio cuello, que era de cigüeña; a otro, con un estómago de avestruz; hasta con sartas de salados, sabrosos eslabones, ataban algunos, y gustaban tanto de su prisión, que se chupaban los dedos. Salían otros de juicio, de contento de verse atados por las frentes con laureles y con yedras, pero ¿qué mucho, si otros se volvieron locos en tocando las cuerdas?

Destá suerte iban aprisionando aquellas agradables salteadoras a cuantos pasaban por aquel camino de todos, echando lazos a unos a los pies, a otros al cuello, atábanles las manos, vendábanles los ojos y llevábanlos atados tirándoles del corazón. Con todo eso, había una muy desagradable entre todas, que cuantos ataba, se mordían las manos, bocadeándose las carnes hasta roerse las entrañas; atormentábanlos a éstos con lo que otros se holgaban, y de la ajena gloria hacían infierno. Otra había bizarramente furiosa, que apretaba los cordeles hasta sacar sangre, y ellos gustaban tanto desto que se la bebían unos a otros. Y es lo bueno que después de haber maniatado a tantos, aseguraban ellas que no habían atado persona.

Llegaron ya a querer hacer lo mismo de Critilo y de Andrenio. Preguntáronles con qué género de atadura querían ser maniatados. Andrenio, como mozo, resolvióse presto y pidió le atasen con flores, pareciéndole sería más guirnalda que lazo; mas Critilo, viendo que no podía pasar por otro, dijo que le atasen a él con cintas de libros, que pareció bien extraordinaria atadura, pero al fin lo era, y así se ejecutó.

Mandó luego tocar a marchar aquella dulce tirana, y aunque parecía que los llevaban a todos arrastrando de unas cadenillas asidas a los corazones, pero de verdad ellos se iban: que no era menester tirarles mucho. Volaban algunos llevados del viento, casi todos con buen aire, desliziéndose muchos, tropezando los más y

despeñándose todos. Halláronse presto a las puertas de uno que ni bien era palacio ni bien cueva, y los que mejor lo entendían dijeron era venta, porque nada se da de balde y todo es de paso. Estaba fabricada de unas piedras tan atractivas que atraían a sí las manos y los pies, los ojos, las lenguas y los corazones como si fueran de hierro, con lo cual se conoció eran imanes del gusto, trabadas con una unión tan fuerte que les venía de perlas. Era sin duda la agradable posada tan centro del gusto cuan páramo del provecho y un agregado de cuantas delicias se pueden imaginar: dejaba muy atrás la casa de oro de Nerón, con que quiso dorar los hierros de sus aceros; escurecía tanto el palacio de Heliogábalo que lo dejó a malas noches; y el mismo alcázar de Sardanápalo parecía una zahúrda de sus inmundicias. Había a la puerta un gran letrero que decía: *El bien deleitable, útil y honesto.* [...]

## Crisi undécima

### El golfo cortesano

[...] A vistas estaban ya de la Corte, y mirando Andrenio a Madrid con fruición grande, preguntóle el Sabio:

— ¿Qué ves en cuanto miras?

— Veo —dijo él— una real madre de tantas naciones, una corona de dos mundos, un centro de tantos reinos, un joyel de entrambas Indias, un nido del mismo fénix y una esfera del Sol Católico, coronado de prendas en rayos y de blasones en luces.

— Pues yo veo —dijo Critilo— una Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, un Londres de pestilencias y un Argel de cautiverios.

— Yo veo —dijo el Sabio— a Madrid, madre de todo lo bueno, mirada por una parte, y madrastra por la otra, que así como en la Corte acuden todas las perfecciones del mundo, mucho más todos los vicios, pues los que vienen a ella nunca traen lo bueno, sino lo malo, de sus patrias. Aquí yo no entro, aunque se diga que me volví del puente Milvio.

Y con esto, despidióse. Fueron entrando Critilo y Andrenio, como industriados, por la espaciosa calle de Toledo. Toparon luego una de aquellas tiendas donde se feria el saber. Encaminóse Critilo a ella y pidió al librero si tendría un Ovillo de oro que ven-



derles. No le entendió, que leer libros por los títulos no hace entendidos, pero sí un otro, que allí estaba de asiento, graduado cortesano por años y suficiencia:

— ¡Eh!, que no piden —le dijo— sino una aguja de marear en este golfo de Circes.

— Menos lo entiendo ahora —respondió el librero—. Aquí no se vende oro ni plata, sino libros, que son mucho más preciosos.

— Eso, pues, buscamos —dijo Critilo—, y entre ellos alguno que nos dé avisos para no perdernos en este laberinto cortesano.

— De suerte, señores, que ahora llegáis nuevos. Pues aquí os tengo este librito, no tomo, sino átomo, pero que os guiará al norte de la misma felicidad.

— Ésa buscamos.

— Aquí la tenéis; a éste le he visto yo hacer prodigios, porque es arte de ser personas y de tratar con ellas.

Tomóle Critilo; leyó el título, que decía: *El Galateo cortesano*.

— ¿Qué vale? —preguntó.

— Señor —respondió el librero—, no tiene precio; mucho le vale al que le lleva. Estos libros no los vendemos, sino que los empeñamos por un par de reales, que no hay bastante oro ni plata para apreciarlos.

Oyendo esto el cortesano, dio una tan descompuesta risada, que causó no poca admiración a Critilo y mucho enfado al librero. Y preguntóle la causa.

— Porque es digno de risa lo que decís —respondió él— y cuanto este libro enseña.

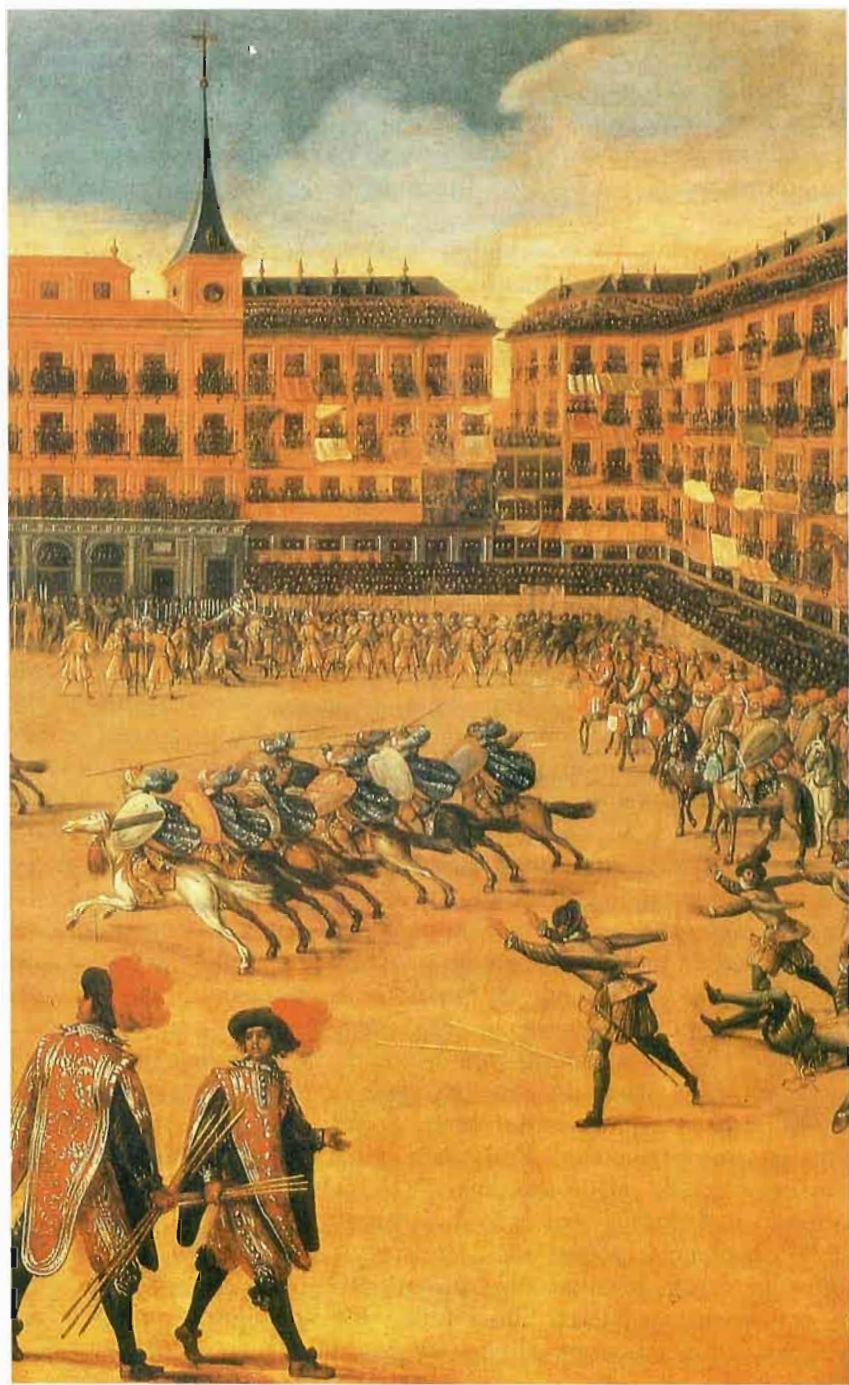
— Ya veo yo —dijo el librero— que el *Galateo* no es más que la cartilla del arte de ser personas y que no enseña más del a b c, pero no se puede negar que sea un brinquiño de oro, tan plausible como importante; y aunque pequeño, hace grandes hombres, pues enseña a serlo.

— Lo que menos hace es eso —replicó el cortesano—. Este libro —dijo tomándole en las manos— aún valdría algo si se practicara todo al revés de lo que enseña. En aquel buen tiempo cuando los hombres lo eran, digo buenos hombres, fueran admirables estas reglas; pero ahora, en los tiempos que alcanzamos, no valen cosa. Todas las liciones que aquí encarga eran del tiempo de las ballestas, mas ahora, que es el de las gafas, creedme que no aprovechan. Y para que os desengañéis, oíd ésta de las primeras: dice, pues, que el discreto cortesano, cuando esté hablando con alguno, no le mire al rostro, y mucho menos de hito en hito como si viese misterios en los ojos. ¡Mirad qué buena regla ésta para estos tiem-

pos, cuando no están ya las lenguas asidas al corazón! Pues ¿dónde le ha de mirar? ¿Al pecho? Eso fuera, si tuviera en él la ventanilla que deseaba Momo. Si aun mirándole a la cara que hace, al semblante que muda, no puede el más atento sacar traslado del interior, ¿qué sería si no le mirase? Mírele y remírele, y de hito en hito, y aun plegue a Dios que dé en el hito de la intención y crea que ve misterios; léale el alma en el semblante, note si muda colores, si arquea las cejas: brujuléele el corazón. Esta regla, como digo, quédese para aquella cortesía del buen tiempo, si ya no la entiende algún discreto por activa, procurando conseguir aquella inestimable felicidad de no tener que mirar a otro a la cara. Oíd esta otra, que a mí me da gran gusto siempre que la leo; pondera el autor que es una bárbara asquerosidad, después de haberse sonado las narices, ponerse a mirar en el lienzo la inmundicia, como si echasen perlas o diamantes del cerebro.

— Pues ésa, señor mío —dijo Critilo— es una advertencia tan cortesana cuan precisa, si ya no prolija, mas para la necedad nunca sobran avisos.

— Que no —replicó el cortesano—, que no lo entendéis. Perdoneme el autor, y enseñe todo lo contrario. Diga que sí, que miren todos y vean lo que son en lo que echan; advierte el otro presumido de bachiller y conózcase que es un rapaz mocososo que aún no discurre ni sabe su mano derecha, no se desvanezca; entienda el otro que se estima de nasudo y de sagaz que no son sentencias ni sutilezas las que piensa, sino crasicies que distila del alambique de su nariz aguileña; persuádase la otra linda que no es tan ángel como la mienten ni es ámbar lo que alienta, sino que es un albañar afeitado; desengáñese Alejandro que no es hijo de Júpiter, sino de la pudrición y nieto de la nada; entienda todo divino que es muy humano, y todo desvanecido que por más viento que tenga en la cabeza, y por más humo, todo viene a resolverse en asco, y cuando más sonado, más mocososo. ¡Eh!, conozcamos todos y entendamos que somos unos sacos de hediondez: cuando niños mocos; cuando viejos flemas, y cuando hombres postemas. Esta otra que se sigue es totalmente superflua. Dice que por ningún caso el cortesano, estando con otros, se saque la cera de los oídos, ni la esté retorciendo con los dedos, como quien hace fideos. Pregunto, señores, ¿quién hay que pueda hacer esto? ¿A quién han dejado ya cera en los oídos unos y otras, aquéllos y éstas, cuanto menos, que sobre para hacer fideos? Mas sin cera está la era. Lo que él había de encargar es que no nos la sacasen tanto embestidor, tanta arpía, tanto agarrador, tanto escribano, y otros que callo. Pero



Juan de la Corte, *Fiesta en la Plaza Mayor*.

con la que estoy muy mal es con aquella otra que enseña que es grande vulgaridad, estando en un corrillo o conversación, sacar las tijerillas del estuche y ponerse muy de propósito a cortar las uñas. Ésta la tengo por muy pernicioso doctrina, porque a más de que ellos se tienen buen cuidado de no cortárselas ni aun en secreto, cuanto menos en público, fuera mejor que mandara se las cortaran delante de todo el mundo, como hizo el almirante en Nápoles, pues todo él está escandalizado de ver algunos cuán largas las tienen. Que sí, sí, saquen tijeras, aunque sean de tundir, mas no de trasquilar, y córtense las uñas de rapiña y atúsenlas hasta las mismas manos cuando las tienen largas. Algunos hombres hay caritativos, que suelen acudir a los hospitales a cortarles las uñas a los pobres enfermos: gran caridad es, por cierto, pero no fuera malo ir a las casas de los ricos y cortarles aquellas uñas gavilanes con que se hicieron hidalgos de rapiña y desnudaron a estos pobrecitos y los pusieron por puertas y aun los echaron en el hospital. Tampoco tenía que encargar aquello de quitar el sombrero con tiempo: gran liberalidad de cortesía es ésta; no sólo quitan ya el sombrero, sino la capa y la ropilla, hasta la camisa, hasta el pellejo, pues desuellan al más hombre de bien, y dicen que le hacen mucha cortesía; guardan otros tanto esta regla, que se entran de gorra en todas partes. A esta traza, os aseguro que no hay regla con regla. Esta que leo aquí es sin duda contra toda buena moralidad: yo no sé cómo no la han prohibido. Dice que cuando uno se pasea, no vaya con cuidado a pisar las rayas, ni atienda a poner el pie en medio, sino donde se cayere. ¡No digo yo! En lugar de aconsejar al cortesano que atienda mucho a no pisar la raya de la razón ni a pasarla, que esté muy a la raya de la ley de Dios, que lo contrario es quemarse, y que no pase los límites de su estado, que por eso tantos han caído; que no pise la regla, sino en espacio, que eso es compasarse y medirse; que no alargue más el brazo ni el pie de lo que puede. Todo esto le aconsejaría yo. Que mire dónde pone el pie y cómo lo asienta, vea dónde entra y dónde sale, pise firme siempre en el medio y no vaya por extremos, que son peligrosos en todo: y eso es andar bien. Señor, que no vaya hablando consigo, que es necesidad. Pues ¿con quién mejor puede hablar que consigo mismo? ¿Qué amigo más fiel? Háblese a sí y dígame la verdad, que ningún otro se la dirá; pregúntese y oiga lo que le dice su conciencia, aconséjese bien, dé y tome consigo, y crea que todos los demás le engañan y que ningún otro le guardará secreto, ni aun la camisa al rey don Pedro. Que no pegue de golpes hablando, que es aporrear alma y cuerpo. Dice bien, si el otro escu-

cha; pero ¿si hace el sordo, y a veces a lo que más importa? Pues ¿qué si duerme? Menester es despertarle. Y hay algunos que aun a mazadas no les entran las cosas, ni se hacen capaces de la razón. ¿Qué ha de hacer un hombre, si no le entienden ni le atienden? Por fuerza ha de haber mazos en el hablar, ya que los hay en el entender. Que no hable recio ni muy alto, que desdice de la gravedad. Según con quien habla. Crea que no son buenas palabras de seda para orejas de buriel. Pues qué otra está que no haga acciones con las manos cuando habla, ni bracee, que parece que nada, ni saque el índice, que parece que pesca. No fuera malo aquí distinguir de los que las tienen malas a los que buenas; y las que se precian de ellas toman aquí el cielo con las manos. Con licencia deste autor, yo diría lo contrario, que haga y diga, no sea todo palabras, haya acción y ejecución también, hable de veras; si tiene buena mano, póngala en todo. Así, como tiene algunas reglas superfluas, otras tiene muy frías, como lo es ésta: que no se acerque mucho cuando hablare, ni salpique, que verdaderamente hay algunos poco atentos en esto que debrían avisar antes de abrir la boca y decir: ¡agua va!, para que se apartasen los oyentes o se vistiesen los albornoces; y de ordinario, éstos hablan sin escampar. Yo, señores, por más dañoso tengo el echar fuego por la boca que agua, y más son los que arrojan llamas de malignidad, de murmuración, de cizaña, de torpeza y aun de escándalo: harto peor es echar espumajos sin decir primero: ¡cólera va! Reprehenda el vomitar veneno, que ya niñería es el escupir: poco mal puede hacer una rociada de perdigones; Dios nos libre de la bala rasa de la injuria, de la jara de una varilla, de la bomba de una traición, de las picas en picones y de la artillería del artificio maldiciente. También hay algunas muy ridículas, como aquella otra que cuando hablare con alguno, no le esté pasando la mano por el pecho ni madurando los botones de la ropilla, hasta hacerlos caer a puro retorcerlos. ¡Eh, que sí! Déjeles tomar el pulso en el pecho y dar un tiento al corazón, déjeles examinar si palpita, tienten también si tienen almilla en los botones, que hay hombres que aun allí no la tienen; tírenle de la manga al que se desmanda y de la aldilla al que se estira, porque no salga de sí. Esta que se sigue en ninguna república se platica, ni aun en la de Venecia; era del tiempo antiguo: que no coma a dos carrillos, que es una grande fealdad. Veis aquí una lición que las más lindas la platican menos, antes dicen que están más hermosas de la otra suerte y se les luce más. Que no ría mucho ni muy alto dando grandes risadas. Hay tantas y tales monstruosidades en el mundo, que no basta ya reír debajo de





la nariz, aunque frescamente a su sombra. Va otra semejante, que no coma con la boca cerrada. Por cierto sí. ¡Qué buena regla ésta para este tiempo, cuando andan tantos a la sopa! Aun de ese modo no está seguro el bocado, que nos lo quitan de la misma boca: ¡qué sería a boca abierta! No habría menester más el otro que come y bebe de cortesía. A más de que en ninguna ocasión importa tanto tenerla cerrada y con candados que cuando se come y se bebe. Así lo observó el célebre marqués Espínola, cuando le convidó a su mesa el atento Henrico. Y para ser nimio y menudo de todas maneras, encarga ahora que su cortesano de ningún modo regüelde, que aunque es salud es grosería. Créame y déjelos que echen fuera el viento de que están ahítos, y más llenos cuando más vacíos. ¡Ojalá acabaran de despedir de una vez todo el que tienen en aquellas cabezas!, que tengo para mí que por eso al que estornuda le ayuda Dios a echar el viento de su vanidad y le damos la nora-buena. Conozcan en la hediondez del aliento cómo se gasta el aire, cuando no está en su lugar. Sólo un consejo me contentó mucho del *Galateo* y me pareció muy sustancial, para que se verifique aquel dicho común que no hay libro sin algo bueno: encarga, pues, por capital precepto y como el fundamento de toda su obra cortesana que el galante Galateo procure tener los bienes de fortuna para vivir con lucimiento, que sobre esta basa de oro le han de levantar la estatua de cortesía, discreción, galantería, despejo y todas las demás prendas de un varón culto y perfecto, y advierta que si fuere pobre jamás será ni entendido, ni cortés, ni galante, ni gustoso. Y esto es lo que yo siento del *Galateo*.

— Pues si ése no os contenta —dijo el librero—, porque no instruye sino en la cortesía material, no da más de una capa de personas, una corteza de hombres, aquí está la juiciosa y grave instrucción del prudente Juan de Vega a su hijo cuando le enviaba a la Corte. Realzó esa misma instrucción, que no la comentó, muy a lo señor y portugués, que es cuanto decir se puede, el conde de Portalegre en semejante ocasión de enviar otro hijo a la Corte.

— Es grande obra —dijo el cortesano—, y sobrado grande, pues es sólo para grandes personajes, y yo no tengo por buen oficial al que quiere calzar a un enano el zapato de un gigante.

— Creedme que no hay otro libro ni arte más a propósito, que parece la escribió viendo lo que en Madrid pasa.

— Ya sé que me tendréis por paradojo y aun estoico, pero más importa la verdad: digo que el libro que habéis de buscar y leerlo de cabo a cabo, es la célebre *Ulisíada* de Homero. Aguardá, no os admiréis hasta que me declare. ¿Qué, pensáis que el peligroso gol-



fo que él describe es aquél de Sicilia, y que las sirenas están acullá en aquellas Sirtes con sus caras de mujeres y sus colas de pescados, la Circe encantadora en su isla y el soberbio cíclope en su cueva? Sabed que el peligroso mar es la Corte, con la Scila de sus engaños y la Caribdis de sus mentiras. ¿Veis esas mujeres que pasan tan prendidas de libres y tan compuestas de disolutas? Pues ésas son las verdaderas sirenas y falsas hembras con sus fines monstruosos y amargos dejos; ni basta que el cauto Ulises se tapie los oídos; menester es que se ate al firme mástil de la virtud y encamine la proa del saber al puerto de la seguridad, huyendo de sus encantos. Hay encantadoras Circes, que a muchos que entraron hombres los han convertido en brutos. ¿Qué diré de tantos cíclopes, tan necios como arrogantes, con sólo un ojo, puesta la mira en su gusto y presunción? Este libro os digo que repaséis, que él os ha de encaminar para que como Ulises escapéis de tanto escollo como os espera y tanto monstruo como os amenaza.

Tomaron su consejo y fueron entrando en la Corte, experimentando al pie de la letra lo que el cortesano les había prevenido y Ulises enseñado. No encontraron pariente, ni amigo, ni conocido, por lo pobre. No podían descubrir su deseada Felisinda. Viéndose, pues, tan solos y tan desfavorecidos, determinó Critilo probar la virtud de ciertas piedras orientales muy preciosas, que habían escapado de sus naufragios; sobre todo quiso hacer experiencia de un finísimo diamante, por ver si vencería tan grandes dificultades su firmeza, y una rica esmeralda, si conciliaba las voluntades, como escriben los filósofos. Sacólas a luz, mostrólas, y al mismo punto obraron maravillosos efectos, porque comenzaron a ganar amigos: todos se les hacían parientes y aun había quien decía eran de la mejor sangre de España, galanes, entendidos y discretos. Fue tal el ruido que hizo un diamante que se les cayó en su empeño de algunos centenares, que se oyó por todo Madrid, con que los embistieron enjambres de amigos, de conocidos y de parientes, más primos que un rey, más sobrinos que un papa.

Pero el caso más agradablemente raro fue el que le sucedió a Andrenio desde la calle Mayor a Palacio. Llegóse a él un pajecillo, galán de librea y libre de desenfado, que, desenvainando una hoja en un billete, le dejó tan cortado que no acertó a descartarse Andrenio; antes, brujuleándole, descubrió una prima su servidora en la firma; dábale la bienvenida a la Corte y muchas quejas de que, siendo tan propio, se hubiese portado tan extraño; suplicábale se dejase ver, que allí estaba aquel paje para que le guiase y le sirviese. Quedó atónito Andrenio, oyendo el reclamo de prima, cuando

él no creía tener madre. Y llevado más de su curioso deseo que del ajeno agasajo, asistido del pajecillo, tomó el rumbo para la casa.

Lo que aquí vio en maravillas y le sucedió en portentos, dirá la siguiente crisis.

## Crisi duodécima

### Los encantos de Falsirena

Fue Salomón el más sabio de los hombres, y fue el hombre a quien más engañaron las mujeres; y con haber sido el que más las amó, fue el que más mal dijo dellas: argumento de cuán gran mal es del hombre la mujer mala, y su mayor enemigo. Más fuerte es que el vino, más poderosa que el rey, y que compite con la verdad, siendo toda mentira. Más vale la maldad del varón que el bien de la mujer, dijo quien más bien dijo, porque menos mal te hará un hombre que te persiga que una mujer que te siga. Mas no es un enemigo solo, sino todos en uno, que todos han hecho plaza de armas en ella: de carne se compone, para descomponerle; el mundo la viste, que, para poder vencerle a él, se hizo mundo della, y la que del mundo se viste del demonio se reviste en sus engañosas caricias: Gerión de los enemigos, triplicado lazo de la libertad que difícilmente se rompe. De aquí, sin duda, procedió el apellidarse todos los males hembras, las furias, las parcas, las sirenas y las arpías, que todo lo es una mujer mala. Hácenle guerra al hombre diferentes tentaciones en sus edades diferentes, unas en la mocedad y otras en la vejez, pero la mujer en todas. Nunca está seguro de ellas, ni mozo, ni varón, ni viejo, ni sabio, ni valiente, ni aun santo; siempre está tocando al arma este enemigo común, y tan casero que los mismos criados del alma la ayudan: los ojos franquean la entrada a su belleza, los oídos escuchan su dulzura, las manos la atraen, los labios la pronuncian, la lengua la vocea, los pies la buscan, el pecho la suspira y el corazón la abraza. Si es hermosa, es buscada; si fea, ella busca. Y si el cielo no hubiera prevenido que la hermosura de ordinario fuera trono de la necesidad, no quedara hombre a vida, que la libertad lo es.

¡Oh, cómo le previno el escarmentado Critilo al engañado Andrenio, mas qué poco le aprovechó! Partió ciego a buscar luz a la casa de los incendios; no consultó a Critilo, temiéndole severo; y así, solo y mal guiado de un pajecillo, que suelen ser las pajuclas



de encender el amoroso fuego, caminó un gran rato, torciendo calles y doblando esquinas.

— Mi señora —decía el rapaz—, la honestísima Falsirena, vive muy fuera del mundo, ajena del bullicio cortesano, ya por natural recato, haciendo desierto de la Corte, ya por poder gozar de la campaña en sus alegres jardines.

Llegaron a una casa que en la apariencia aun no prometía comodidad, cuanto menos magnificiencia, extrañándolo harto Andrenio. Mas luego que fue entrando, parecióle haber topado el mismo alcázar de la autora, porque tenía las entradas buenas a un patio muy desahogado, teatro capaz de maravillosas apariencias, y aun toda la casa era harto desenfadada. En vez de firmes Atlantes en columnas, coronaban el atrio hermosas ninfas, por la materia y por el arte raras, asegurando sobre sus delicados hombros firmeza a un cielo alternado de serafines, pero sin estrella. Señoreaba el centro una agradable fuente, equívoca de aguas y fuegos, pues era un Cupidillo que, cortejado de las Gracias, ministrándole arpones todas ellas, estaba flechando cristales abrasadores, ya llamas, y ya linfas; íbanse despeñando por aquellos nevados tazones de alabastro, deslizándose siempre y huyendo de los que las seguían y murmurando después de los mismos que lisonjearon antes.

Donde acababa el patio comenzaba un Chipre tan verde, que pudiera darlo al más buen gusto, si bien todas sus plantas eras más lozanas que frutíferas, todo flor y nada fruto. Coronábase de flores vistosamente odoríferas, parando todo en espirar humos fragrantés. El vulgo de las aves le recibió con salva de armonía, si ya no fue darle la vaya, silbándole a porfía el Céfiro y Favonio, que él lo tuvo por donaire. Era el jardín con toda propiedad un pensil, pues a cuantos le lograban suspendía. Fuese acercando Andrenio al mejor centro de su amenidad, donde estaba la Primavera deshilando copos en jazmines, digo la vana Venus deste Chipre, que nunca hay Chipre sin Venus. Salió Falsirena a recibirle hecha un sol muerto de risa, y formando de sus brazos la media luna, le puso entre las puntas de su cielo. Mezcló favores con quejas, repitiendo algunas veces:

— ¡Oh primo mío sin segundo! ¡Oh señor Andrenio! Seáis tan bien venido como deseado. Mas ¿cómo? —decía, mudando a cada palabra su afecto, ensartando perlas hilo a hilo y mentiras en cadena—, ¿cómo os lo ha permitido el corazón, que estando aquí esta casa tan vuestra os hayáis desterrado a una posada? Siquiera por las obligaciones de parentesco, cuando no por la conveniencia del regalo. Viéndoos estoy, y no lo creo: ¡qué retrato tan al vivo de



vuestra hermosa madre! A fe que no la desmentís en cosa; no me hartó de miraros. ¿De qué estáis tan encogido? Al fin, como tan fresco cortesano.

— Señora —respondió—, yo os confieso que estoy turbadamente admirado de oíros decir que seáis mi prima, cuando yo ignoro madre, desconociendo a quien tanto me ha desconocido. Yo no sé que tenga pariente alguno, tan hijo soy de la nada. Mirad bien no os hayáis equivocado con algún otro más dichoso.

— Que no —dijo—, señor Andrenio, no por cierto. Muy bien os conozco y sé quién sois, y cómo nacisteis en una isla en medio de los mares. Muy bien sé que vuestra madre, mi tía y señora... ¡Ah qué linda era, y aunque por eso tan poco venturosa! ¡Oh qué gran mujer y qué discreta! Pero ¿qué Dánae escapó de un engaño? ¿Qué Elena de una fuga? ¿Qué Lucrecia de una violencia y qué Europa de un robo? Viniendo, pues, Felisinda, que éste es su dichoso nombre...

Aquí Andrenio se conmovió entrañablemente oyendo nombrar por madre suya la repetida esposa de Critilo. Notólo luego Falsirena y porfió en saber la causa.

— Porque he oído hartas veces ese nombre —dijo Andrenio.

Y ella:

— Ahí veréis que no os miento en cuanto digo. Estaba, pues, Felisinda casada en secreto con un tan discreto cuan amante caballero que quedaba preso en Goa, si bien en su corazón le traía, y a vos por prenda suya en sus entrañas. Ejecutáronla los dolores del parto en una isla, debiendo al cielo dobladas las providencias, con que pudo salvar su crédito, no fiándolo ni de sus mismas criadas, enemigas mayores de un secreto. Sola, pues, aunque tan asistida de su valor y su honra, os echó a luz cuando os arrojó de sus entrañas al suelo, más blando que ellas; allí, mal envuelto entre unas martas, que le servían a ella de galán abrigo, os encomendó en la cuna de la hierba al piadoso cielo, que no se hizo sordo, pues os proveyó de ama en una fiera; que no fue la primera vez, ni será la última, que substituyeron maternas ausencias. ¡Oh cómo me lo contaba ella muchas veces, y con más lágrimas que palabras me ponderaba su sentimiento! ¡Lo que se ha de alegrar cuando os vea! Ahora os restituirá las caricias en abrazos que allí os negó, violentada de su honor.

Estaba atónito Andrenio escuchando el suceso de su vida y creando tan individuales circunstancias con las noticias que él tenía; reventando en lágrimas de ternura, comenzó a distilar el corazón en líquidos pedazos por los ojos.

— Dejemos —dijo ella—, dejemos tristezas ya pasadas, no vuelvan en llanto a moler el corazón. Subamos arriba, veréis mi pobre y ya dichoso albergue. ¡Hola!, prevenid dulces, que nunca faltan en esta casa.

Fueron subiendo por unas gradas de pórfidos (ya pérfidos, que al bajar serían ágatas), a la esfera del sol en lo brillante y de la luna en lo vario. Registraron muchas cuadras, muy desenfadas todas, tan artesonados los techos que, remedando cielos, hicieron a tantos ver a su despecho las estrellas. Había viviendas para todos tiempos, si no para el pasado, y todas eran muy buenas piezas, repitiendo ella:

— Todo es tan vuestro como mío.

Mientras duró la dulcísima merienda, le cantaron Gracias y le encantaron Circes.

— En todo caso habéis de quedar aquí —dijo la prima—, aunque tan a costa de vuestro gusto. Dispóngase luego el traer os la ropa, que aunque aquí no os hará falta, pero basta ser vuestra. No tenéis que salir para ello, que mis criados, con una señal, la cobrarán y pagarán lo que se debiere.

— Será preciso —replicó Andrenio— que yo vaya, porque habéis de saber que no soy solo y que la merced que me hacéis ha de ser doblada. Daré razón a Critilo, mi padre.

— ¿Cómo es eso de padre? —dijo asustada Falsirena.

Y él:

— Llamo padre a quien me hace obras de tal, y tengo por cierto, según vuestras noticias, que es mi padre verdadero, porque es el esposo de Felisinda, aquel caballero que en Goa quedó preso.

— ¿Eso más? —dijo Falsirena—. Id luego al punto y volved al mismo con Critilo y traed la ropa en todo caso. Mirad, primo, que no comeré un solo bocado ni reposaré un instante hasta volver a veros.

Partió Andrenio, seguido del mismo pajecillo, de la espía y del recuerdo. Halló a Critilo, ya cuidadoso; fuese a echar a sus pies, besándole apretadamente las manos, repitiendo muchas veces:

— ¡Oh padre!, ¡oh señor mío!, que ya el corazón me lo decía.

— ¿Qué novedad es ésta? —preguntó Critilo.

— Que no es nuevo en mí —respondió— el teneros por padre, que la misma sangre me lo estaba voceando en las venas. Sabed, señor, que vos sois quien me ha engendrado y después hecho persona: mi madre es vuestra esposa Felisinda; que todo me lo ha contado una prima mía, hija de una hermana de mi madre, que ahora vengo de verla.

— ¿Cómo es eso de prima? —preguntó Critilo—. Ese nombre de prima no me suena bien.

— Sí hará, porque es muy cuerda. Venid, señor, a su casa, que allí volveremos a oír esta novedad siempre gustosa.

Estaba suspenso Critilo entre el oír tan individuales circunstancias y el temer tantos engaños en la Corte, pero como es fácil creer lo que se desea, dejóse convencer a título de informarse, y así se fueron juntos a casa de Falsirena.

Parecía ya otra, siempre mejorada, y aunque ahora muy a lo grave y autorizado, pero siempre con apariencias de un cielo.

— Seáis muy bien llegado —dijo ella—, señor Critilo, a esta vuestra casa, que sólo ignorarla os ha podido excusar de no haberla honrado antes. Ya os habrá referido mi primo las obligaciones recíprocas de nuestro parentesco, y cómo su madre y vuestra esposa la hermosa Felisinda era mi tía y mi señora, y mucho más amiga que parienta. Harto sentí yo su falta, y aún la lloro.

Aquí, sobresaltado Critilo:

— Pues ¿cómo? —dijo—, ¿es muerta?

— Que no, señor —respondió—, no tanto mal; basta la ausencia. Sus padres sí murieron, y aun de pena de ver que nunca quiso elegir esposo entre ciento que la competían. Quedó a la sombra y tutela de aquel gran príncipe que hoy asiste en Alemania embajador del Católico; allá pasó con la marquesa, como parienta y encomendada, donde sé que vive y muy contenta: así Dios nos la vuelva, como espero. Quedé yo aquí con mi madre, hermana suya, y aunque solas, muy acomodadas de honra y hacienda; mas como no vienen solas las desdichas, de cobardes, faltóme también mi madre, sin duda del sentimiento de su ausencia. Asístenme los parientes y a todo el mundo debo harto. Es la virtud mi empleo, procuro conservar la honra heredada, que deben más unas personas que otras a sus antepasados. Ésta, señores, es mi casa; de hoy adelante vuestra para toda la vida, y sea la de Néstor. Ahora quiero que veáis lo mejor de mis galerías.

Y fuelos conduciendo hasta desembarcar en un puerto de rosas y de claveles. Aquí les fue mostrando en valientes tablas, obra de prodigiosos pinceles, todo el suceso de su vida y sus tragedias, con no poco espanto de ambos, correspondiendo a extremos del arte con extremos de admiración. No ya sólo Andrenio, pero el mismo Critilo quedó vencido de su agasajo y convencido de su información. Después de alternar disculpas con agradecimientos, trató de traer su ropa, y entre ella algunas piedras muy preciosas, ruinas ya de aquella su rica casa. Hizo alarde dellas, y como fruta

de damas, brindó con todas las de su buen gusto a Falsirena; aquí ella, aunque las celebró mucho, mandó sacar otras tantas y muy a lo bizarro dijo que las gozase todas; replicó Critilo fuese servida de guardarlas, y ella lo cumplió bien.

Suspiraba Critilo por su deseada Felisinda, y así un día, sobre mesa, propuso su jornada para Alemania, donde estaba; mas Andrenio, cautivo ya de la afición de su prima, divirtió la plática, disgustando mucho de la ausencia. Ella, más a lo sagaz, habiendo alabado la resolución, puso largas a título de conveniencia. Mas ofrecióse luego ocasión y sazón de ir sirviendo a la gran Fénix de España, que iba a coronarse de águila al imperio. No tuvo excusa Andrenio, y entre tanto que disponía la partida, propuso Falsirena el preciso lance de ir a ver aquellos dos milagros del mundo, el Escorial del arte y el Aranjuez de la naturaleza, paralelos del Sol de Austria según gustos y tiempos. Pero estaba tan ciego de su pasión Andrenio, que no le quedaba vista para ver otro, aunque fuesen prodigios. Hacía instancias Falsirena, y Critilo esfuerzos, mas en vano, que él dio en sordo, de ciego. Resolvióse al fin Critilo, aunque fuese solo, en pagar a la curiosidad una tan justa deuda, que después ejecuta en tormento de no haber visto lo que todos celebran y aun la propia imaginación castiga toda la vida representando por lo mejor aquello que se dejó de ver.

Partióse solo para admirar por muchos. Halló en aquel gran templo del Salomón Católico, asombro del hebreo, no sólo satisfacción a lo concebido, sino pasmo en el exceso; allí vio la ostentación de un real poder, un triunfo de la piedad católica, un desempeño de la arquitectura, pompa de la curiosidad, ya antigua, ya moderna, el último esfuerzo de las artes, y donde la grandeza, la riqueza y la magnificencia llegaron una vez a echar el resto. De aquí pasó a Aranjuez, estancia perpetua de la Primavera, patria de Flora, retiro de su amenidad en todos los meses del año, guardajoyas de las flores y centro de las delicias a todo gusto y contento. Dejó en ambas maravillas empeñada la admiración para toda la vida.

Volvió a Madrid muy satisfecho de prodigios. Fuese a hospedar a casa de Falsirena, pero hallóla más cerrada que un tesoro y más sorda que un desierto; repitió aldabadas el impaciente criado, resonando el eco de cada una en el corazón de Critilo. Enfadados los vecinos, le dijeron:

— No se canse, ni nos muela, que ahí nadie vive, todos mueren.

Asustado Critilo, replicó:

— ¿No vive aquí una señora principal, que pocos días ha dejó yo sana y buena?

— Eso de buena —dijo uno riéndose— perdonadme que no lo crea.

— Ni señora —añadió otro— quien toda su vida gasta en mocedades.

— Ni aun mujer —dijo el tercero— quien es una arpía, si ya no es peor mujer de estos tiempos.

No acababa de persuadirse Critilo lo que no deseaba; volvió a instar:

— Señores, ¿no vive aquí Falsirena?

Llegóse en esto uno y díjole:

— No os canséis ni recibáis enfado. Es verdad que ha vivido ahí algunos días una Circe en el zurcir y una sirena en el encantar, causa de tantas tempestades, tormentos y tormentas, porque a más de ser ruin aseguran que es una famosa hechicera, una célebre encantadora, pues convierte los hombres en bestias; y no los transforma en asnos de oro, no, sino de su necedad y pobreza. Por esa corte andan a millares convertidos (después de divertidos) en todo género de brutos. Lo que yo sé decir es que, en pocos días que aquí ha estado, he visto entrar muchos hombres y no he visto salir uno tan sólo que lo fuese. Y por lo que esta sirena tiene de pescado, les pesca a todos el dinero, las joyas, los vestidos, la libertad y la honra; y para no ser descubierta, se muda cada día, no en la condición ni en las costumbres, sino de puestos: del un cabo de la villa salta al otro, con lo cual es imposible hallarla, de tan perdida. Tiene otra igual astucia la brújula con que se rige en este golfo de sus enredos, y es que, en llegando un forastero rico, al punto se informa de quién es, de dónde y a qué viene, procurando saber lo más íntimo, estudia el nombre, averígualo la parentela. Con esto, a unos se les miente prima, a otros sobrina, y a todos por un cabo o por otro parienta. Muda tantos nombres como puestos. En una parte es Cecilia, por lo cila, en otra Serena por lo sirena, Inés porque ya no es, Teresa por lo traviesa, Tomasa por lo que toma y Quiteria por lo que quita. Con estas artes los pierde a todos, y ella gana y ella reina.

No acababa de satisfacerse Critilo, y, deseando entrar en la casa, preguntó si estaría a mano la llave.

— Sí —dijo uno—, yo la tengo encomendada por si llegan a verla.

Abrió, y, al punto que entraron, dijo Critilo:

— Señores, que no es ésta la casa, o yo estoy ciego; porque la



otra era un palacio por lo encantado.

— Tenéis razón, que los más son de esa suerte.

— Aquí no hay jardines, no, sino montones de moral basura; las fuentes son albañares y los salones zahúrdas.

— ¿Haos pescado algo esta sirena? Decidnos la verdad.

— Sí, y mucho, joyas, perlas y diamantes, pero lo que más siento es haber perdido un amigo.

— No se habrá perdido para ella, sino para sí mismo: habrálo transformado en bestia, con que andará por esa Corte vendido.

— ¡Oh Andrenio mío —dijo suspirando—, dónde estarás! ¡Dónde te podré yo hallar! ¡En qué habrás parado!

Buscóle por toda la casa, que fue paso de risa para los otros, y para él de llanto; y despidiéndose de ellos, tomó la derrota para su antigua posada. Dio mil vueltas a la Corte preguntando a unos y a otros, y nadie le supo dar razón, que de bien pocos se da en ella. Perdía el juicio alambicándole en pensar trazas cómo descubrirle. Resolvió al cabo volver a consultar a Artemia.

Salió de Madrid como se suele, pobre, engañado, arrepentido y melancólico.

- Baltasar Gracián, *El Criticón (primera parte)*. Ed. E. Correa Calderón (Madrid, Espasa-Calpe, 1971).





# Juan Pérez de Montalbán

*Juan Pérez de Montalbán (Madrid, 1602 - Madrid, 1638) era hijo del famoso librero Alonso Pérez. Su padre puso su primera tienda en Alcalá y de allí se trasladó a Madrid poco después, donde instaló su segunda librería en la calle de Santiago. Juan nació en Madrid, se crió entre los libros y siempre andaba jugando y zascandileando entre los célebres escritores, médicos, abogados y artistas que frecuentaban las tertulias organizadas por su padre en la trastienda de la librería. Desde muy joven sintió una gran afición por la lectura y pronto empezó a escribir pequeñas obras que anunciaban ya grandes dotes para la creación de argumentos y personajes.*

*La influencia de Lope de Vega en la vida y en la obra de Juan Pérez de Montalbán es enorme. Lope de Vega tenía una gran amistad con su padre (cuántas veces tuvo Alonso Pérez que sacar de apuros económicos al manirroto de Lope), y éste se convirtió en el editor privilegiado de sus comedias. Lope frecuentaba la casa, la librería y la tertulia del padre de Juan, y fue el máximo responsable de la educación literaria del muchacho.*

*A los diecisiete años estrenó su primera comedia, Morir y disimular. Después se doctoró en Teología por la Universidad de Alcalá, ordenándose sacerdote en 1625. Perteneció a la Congregación de los Naturales de Madrid y fue notario de la Inquisición. A los treinta y seis años murió. Poco antes había perdido la razón.*

*La historia de la enemistad de Juan Pérez de Montalbán con Francisco de Quevedo forma parte de los anales de la vida del Madrid cultural del siglo XVII. Las iras crueles y sañudas de Quevedo se cebaron en el más débil, saliendo Montalbán maltrecho*

*en el encuentro con la pluma más virulenta del siglo. Quevedo se despacha en su Perinola, atacando especialmente muchos de los pasajes del Para todos. Ejemplos morales, humanos y divinos, obra miscelánea y de carácter erudito que Montalbán publicó en Madrid en 1632. Seguidamente un grupo de autores, entre los que probablemente estuviera Montalbán, escribirían como respuesta el Tribunal de la justa venganza en 1635.*

*Las comedias de Montalbán se representaron con éxito en teatros y corrales madrileños como el de la Cruz y el del Príncipe.*

*Pérez de Montalbán escribió y publicó muy joven sus Sucesos y prodigios de amor (Madrid, 1624). El éxito editorial fue impresionante. Se pueden contabilizar unas veinticinco ediciones desde entonces hasta la primera mitad del XVIII.*

*Los ocho relatos de amores y prodigios de que consta la obra nos envuelven en una atmósfera prerromántica donde los elementos sobrenaturales, la fantasía, las aventuras apasionadas, los raptos y los naufragios en mares exóticos y lejanos, se mezclan con historias de amor y celos entre cortesanos disfrazados de pastores en pueblos cercanos a la Corte, ataques de bandidos en la Sierra madrileña, relaciones incestuosas, voces de ultratumba y seres extraordinarios que se aparecen en el Paseo del Prado. Todo sirve para retener la atención del lector, para mantenerle en suspenso mientras dura la lectura.*

*La villana de Pinto es una de las ocho novelas que se agrupan bajo el título de Sucesos y prodigios de amor. Como en las demás, la historia de amor es la protagonista, pero aquí interviene un nuevo elemento que encontramos con frecuencia en la época. Los protagonistas desconocen su verdadera identidad (como es el caso de Silvia, que en realidad es doña Juana Osorio), o bien deciden disfrazarla (como hace Cardenio, que en realidad es don Diego Osorio). En este caso el disfraz será el de pastor. Don Diego sale de la Corte y, a su paso por Pinto, conoce a una pastora de la que se enamora. Abandona todo lo que tiene —familia, hacienda— y se disfraza de pastor para enamorar a Silvia. Toda la ambientación, el paisaje, las descripciones de fiestas y de bailes, entre recitales de poemas y canciones, de casas y de calles de Pinto se hacen manteniendo los tópicos de la literatura pastoril tan de moda en la época (recordemos desde los Siete libros de Diana, de Montemayor; a La Galatea, de Cervantes, pasando por La Arcadia, de Lope, y todas las novelas cortas de ambiente pastoril, como Premiado el amor constante, de Lugo y Dávila, La ingratitud hasta la muerte, de Camerino, o La fuerza del desengaño, del propio*

Montalbán).

*Al final, los jóvenes enamorados se encuentran en Madrid. Una noche, estando en la Corte, el joven enamorado va paseando por el Prado con un amigo cuando ven a una dama sola y temerosa que les pide ayuda. Con ella recorren el Prado, llegan al Monasterio del Espíritu Santo, se acercan a las fuentes de San Jerónimo, hasta que, tras una pendencia, don Diego se esconde en una casa; la casualidad, el azar y la intervención de la fortuna producen el encuentro, pues ha llegado sin saberlo a la casa de doña Juana Osorio (la que antes fuera pastora Silvia). Los jóvenes se reconocen y el final de la historia es feliz.*





# *Sucesos y prodigios de amor*

## *La villana de Pinto*

Vestido estaba el cielo de diversos diamantes y el hermoso planeta que es lisonja de la noche y tiene segundo lugar en las estrellas se mostraba tan liberal de rayos, que parecía que el Sol no se había despedido o que empezaba otro. La noche estaba en brazos de su sosiego y el día daba lugar a que heredase su presencia el que le seguía en la sucesión, siendo Fénix de breves horas, cuando Albanio, dejando un pequeño rebaño de ganado que apacentaba a los regalos de la yerba, se quejaba tiernamente de su corta dicha, rogando a los piadosos cielos le quitasen una amor justo que tenía, o le diesen ejercicio más a propósito para poder gozarle. Amaba a una pastora, que le dio el cielo por compañera; viase lejos de sus brazos, amante de sus ojos y ausente de su hermosura; que el amor también visita los campos y suele vivir entre las peñas. Sentóse junto a la orilla de un arroyuelo, que con pies de plata iba por márgenes de rosas pisando arenas de oro, siendo vida de unos pequeños árboles, que en confianza de su corriente pensaban ser gigantes a pocas primaveras. Divirtióse con las imaginaciones de su gloria; que el pensamiento es un hechizo para quien quiere bien y no ve lo que quiere. Y estando entretenido con las hermosas flores y traviesos cristales, sintió no muy lejos de donde estaba una voz, que con lástimas y suspiros llamaba la muerte y enamoraba los aires. Púsose Albanio en pie y enternecióle el alma; que no tenía tan rústico el pecho que huyese la cara a la piedad, ni era de tan humilde corazón que se consintiese rendir al miedo. Era alentado, aunque pastor, y compasivo, aunque villano. Y empezando a discurrir por la margen de aquella sucesiva plata, se acercó a la parte en que le parecía que estaba el dueño de aquellas



ansias. Llegó a una pequeña isla, tan coronada de espesos árboles, que apenas en su distrito tenía jurisdicción el día; y entrando por el apacible bosque vio una dama de gallarda presencia, que, desmayada, con los dolores de un recio parto, casi se iba olvidando de su propia vida. Acercóse a ella, y vióla sin más compañía que el infinito número de sus congojas y el lado de un ángel, que poco antes había tenido lugar en sus entrañas y ya gozaba de menos abrigo entre las esmeraldas de la yerba. Tomóle en los brazos, dándole algún calor con su pobre capa; porque los agravios de la noche no se atreviesen a su tierna vida; y acudiendo a la casi difunta madre, la despertó de la breve muerte, preguntándola quién era y animándola con las razones que le había enseñado una discreta piedad y una cristiana cortesía. Reparó la dama en el caritativo pastor y atribuyó a clemencia del cielo haberle enviado en aquella ocasión, y esforzándose cuanto pudo, le rogó que la acompañase hasta dejarla donde había salido. Hízolo así Albanio; y ella, agradecida a su piedad, le dijo en la distancia del camino desta suerte:

— Yo soy una mujer que me puedo calificar de hermosa, si acaso es cierto que las desdichas acompañan a la belleza. Nací de nobles padres, aunque demasíadamente crueles conmigo, porque desde mis tiernos años se determinaron ofrecerme a la Religión, consultando este pensamiento no con mi inclinación sino con mi obediencia, diciendo que no ha de haber en el gusto de los hijos más elección que el albedrío de sus padres; y la razón no fuera desatino, si el cielo atendiera a estas leyes y las voluntades tuvieran una misma calidad; pues, aunque se forman en una turquesa, suelen inclinarse a diferentes fines. Yo nací con otra estrella, y aunque lo intenté, jamás pude alcanzar de mi voluntad que se dejase sacrificar al deseo de mis padres. No aprovechaba con ellos la disculpa de mi contrario pensamiento, pareciéndoles que al defenderme los ofendía y aun enojaba a Dios, pues llevaba tan mal los consejos de ser su esposa. Atribuyeron a liviandad mi resistencia, y resolvieron en no darme estado alguno con gusto mío, pues tampoco les obedecía en el suyo. Pasábase con estas discordias la lozanía de mi juventud, sin deberles la menor memoria de lograrla; y erraban verdaderamente, pues no advertían que estamos en tiempo que las mujeres apenas lo son cuando se casan ellas. Víame desesperada, porque esto sucedía en tiempo que ya yo había empleado los ojos en un caballero que merecía por su persona cualquiera estimación, y la que yo hacía de sus prendas pasaba de amor a locura (que las flaquezas también se atreven a mujeres principales, porque el alma no puede excusarse de las pasiones comunes).





Escenas de género. Amor. *El jardín del amor*. Jegher (lo grabó).

Era mi amante callado en sus intentos, prudente en sus determinaciones, afable con todos, enamorado conmigo, galán sin preciarse de serlo y discreto sin haber nacido desgraciado o pobre. Tenía ocasión bastante para verme a todas horas, porque de día estaba enfrente de mi casa, y de noche dentro della. Creció la voluntad, porque creció la comunicación (que es peligroso en la mujer más recatada estar siempre con quien la adora o por lo menos se lo dice). Víame perseguida de mis padres y rogada de quien yo quería. En las manos estaba cualquiera liviandad, si lo es hacer a un hombre absoluto dueño de mi honra con seguridad de ser mi esposo. Cozóme una noche, quedando yo con más amor y él con mayores obligaciones. Su padre era natural de Salamanca, ciudad insigne, madre de las ciencias y gloria de Castilla; quería casar con una deuda suya, que los padres no tienen por casamiento acertado el que no se determina con su consejo. Mi esposo los entreteneía con palabras, y por mi ocasión dilataba su partida. Sucedió, pues, que a mi padre por sus muchas letras y continuos estudios le dio Su Majestad una plaza en Granada; que fuera de la Corte es de los mejores premios. Tuvo a dichosa suerte la mejora de estado y empezó a tratar de su ausencia, cuando mi esposo no se podía resolver a efetur lo mismo que deseaba, por haber venido su padre a solicitar su partida y tratar juntamente el casamiento con aquella dama que le había escrito tantas veces; yo tampoco me atrevía, porque los míos eran de tan terrible condición, y escuchaban tan mal las cosas mías, y más enderezadas a casamiento, que fuera muy posible quitarme la vida, si supiesen que disponía de mi voluntad, menos que con un hábito y una celda, y lo que más me affligía era el verme con algunas señales de preñada. Lloré mi poca ventura tanto, que en mil ocasiones quise matarme; y pienso que lo hubiera hecho, a no mirar que peligraba con mi vida la de mi esposo, que me adoraba, y la deste ángel, que apenas conozco, aunque me cuesta infinitos dolores. Entretuve la partida cuanto me fue posible, fingiéndome enferma de otros achaques de mujeres, contando al médico la verdad para que ayudase mi fingimiento y pudiese disimular en la cama lo que no sería tan fácil encubrir de otra manera; pero mi padre, que se desvelaba poco en mi regalo y le affligía menos mi falta de salud, informándose de mi cara, no de mis pulsos, y pareciéndole que mis achaques más eran melindre de dama que disposición de enferma, ordenó su viaje, y sin darme más lugar para despedirme de mi dueño, que la brevedad de un papel, en el cual, más a fuerza de lágrimas que de razones encarecí mi desgracia, mi triste ausencia, mi corta dicha y



los peligros que me aguardaban, hizo de modo que hoy a medio día salimos de la Corte, dejando en ella no menos que la libertad y el gusto. Despedíme de mi amante con los ojos, y harto le dije si me quiso entender con ellos. Llegamos esta noche a Pinto, que aunque no es derecho camino para nuestro viaje, fue forzoso para la disposición de un pedazo de hacienda que en él tenemos.

Y apenas los de mi casa se habían vencido del primer reposo, cuando sentí algunos dolores, que me parecieron menos de lo que eran, por tener otros que me afligían el alma; pero crecieron de manera que conocí declaradamente que eran premisas ciertas de mi parto, y dejando a una criada que sabía mis flaquezas en mi cama, por si acaso despertaban mis padres, sola, turbada y animosa remití mis congojas al campo. Y en este aposento de flores, que sin duda le hizo el cielo tan oculto, porque estuviese más callado mi delito, sin más ayuda que la de un árbol y sin más descanso que mis suspiros, animándome la necesidad, he dado envuelto en púrpura ese parto de mis entrañas, y estando a tiempo, que la muchas falta de sangre me tenía casi entre los brazos de la muerte, llegaste piadoso y compasivo, para remedio de dos vidas, y lo que más es, para que con tu amparo pueda encubrir la falta de mi honra, volviéndome a la parte donde salí, si acaso me dieren lugar las pocas fuerzas de mi ánimo para que, ya que me quiten la vida mis desdichas, no sea con infamia de mi opinión y menoscabo de mi decoro.

Todo esto escuchaba Albanio tan enternecido como la misma que lo decía; porque desdichas, lágrimas y mujer pondrán piedad hasta en las mismas piedras. Y preguntándole la dama su nombre y adónde residía, sacó un bolsillo con algunos escudos y se los dio, diciendo hiciese criar aquella hermosa prenda, que tendría cuidado de avisar a su ausente esposo, para que acudiese con puntualidad a satisfacer el presente favor y la crianza de aquel ángel. Prometió obedecerla con infinito cuidado; y dejándola en la parte que por las señas decía era su casa, se despidió admirado del peregrino suceso, y particularmente del gran valor que había tenido, sola, y en tan conocido peligro. ¿Pero qué no hará una mujer para que no se entiendan sus flaquezas? ¿Qué imposibles no intentará para que viva encubierta su deshonra?

Llegó el pastor a su pobre casa, y refiriendo a su esposa lo que había sucedido, diera materia para algunos maliciosos celos, si no la desengañara el oro que traía; que en todas ocasiones es el crédito que tiene más jurisdicción en los oídos. Y acordándose de que una vecina suya había parido pocos días antes tan desgraciada-

mente, que apenas un hijo que le dio el cielo pisó los umbrales de la vida cuando acrecentó el número a los ángeles, fueron al punto para que intentase criar la belleza de una niña, que pudiera el cielo codiciarla por serafín en la inocencia y hermosura, y dejándola en sus brazos, trataron al siguiente día de comprar las cosas necesarias para el adorno forzoso de su limpieza.

Ya su padre en este tiempo, viendo que faltaba de sus ojos su adorado dueño, había dado la vuelta a Salamanca; y sabiendo por cartas ciertas el suceso de aquella noche, escribió a Albanio, enviándole bastante agradecimiento de su diligencia. Y aunque, por una desgracia que en ella le sucedió, le fue forzoso pasar a Italia, dejó primero a cargo de un amigo el cuidado desta obligación; el cual lo hacía tan liberalmete, que en pocos años se halló Albanio contento y rico, gozando de una vida descansada.

Creció Silvia, que así se llamaba la disfrazada labradora, y apenas tenía cumplida la necesaria edad para poder usar del matrimonio, cuando los que valían más en el lugar la amaban y obligaban para mujer propia. Era tan blanca, que la nieve perdía delante de su cara la opinión que había cobrado en la región del aire; los cabellos pudieran serlo del sol, y acercábanse tanto a la tierra, que parecía, como eran oro, que querían volverse otra vez a su centro. Tenía los ojos alegres, aunque negros, tan señores en lo que miraban, que pocas veces pagaron lo que debían; las mejillas no consentían artificio, porque con naturales rosas se mezclaba graciosamente el alabastro con la púrpura y la plata con los claveles; la boca era una pequeña herida, que remataba con hermosa sangre el animado cristal donde estaba hecha; las manos eran dos azucenas vivas, que dejaron de ser nieve porque no se les atreviese el Sol en nada. Era de condición agradable y llana, si bien tenía unos pensamientos tan hijos de su nobleza, que se espantaba de verse con alma cortesana teniendo engaste tan humilde. Parecíale bien la bizarría de muchos caballeros que pasaban de camino, no por liviandad, sino porque la decía el corazón, aunque confusamente, su ilustre nacimiento (que también con la sangre suelen heredarse las inclinaciones). Y estando una tarde de verano dejándose gozar del fresco viento, que para llevar olor a las flores se favorecía de su boca, acertó a pasar un caballero de Madrid llamado don Diego Osorio, en compañía de amigos y criados, y miró aquella deidad, que, aunque guarnecida de paredes toscas, daba lugar al entendimiento para que reparase en sus divinos rayos. Pasó adelante, y aunque mil veces quiso volverse, se resistió, pareciéndole poco valor rendirse a una villana, como si el diamante per-

diese de su precio porque estuviese guarnecido en plomo o cercado de piedras falsas.

Venció, en fin, por entonces aquel deseo, que era firmeza de la voluntad, y llegó a Aranjuez, donde negoció lo que pretendía con más brevedad que imaginaba, por volverse a Madrid o quedarse en Pinto (que allí está la Corte para un hombre donde está su gusto). Fue a ver a Silvia, para que juzgasen sus amigos si tenía disculpa; informándose de un labrador honrado, que se tuvo por dichoso en servirlos, y sabiendo que estaba entretenida en una huerta con otras amigas suyas, fueron todos a verla. Salió Silvia cuando ya el sol, con una noche demasiado oscura, había desamparado el día. Saludóla don Diego con el respeto debido a su recato, y viendo que la noche animaba su cortedad, se atrevió a decirle alguna parte de su cuidado; pero aunque a Silvia no le desagradaban las personas de su porte, no quiso dar ocasión, respondiéndole, a parecer, sino liviana, por lo menos bachillera; que en habiendo desigualdad, la conversación parece descompostura, porque no hay intento que la disculpe ni fin honesto que la acredite. Fuese sin volver los ojos, por cumplir con su recato y no dar venganza a muchas; que, como conocían su demasiada tibieza, quisieran que resbalara en algo para que no fuese más señora de su voluntad que todas ellas. Quedó don Diego, por una parte, contento de haber visto lo que deseaba, y por otra, desconfiado de su fortuna; más, advirtiendo que en aquel disfavor no sería desprecio de su persona, sino estimación de su vergüenza, se determinó a probar si con menos testigos se mostraba más piadosa. Y en la mitad de la noche, con los instrumentos que había buscado la curiosidad de su deseo, arrimado a las paredes de Silvia, y alabando entre las demás perfecciones de su cara su hermosa boca, que lo era tanto, que para rendir los corazones apenas había menester en sus ojos, cantó, ayudándole otros dos criados músicos, desta suerte:

*Clavel dividido en dos,  
tierna adulación del aire,  
dulce ofensa de la vida,  
breve concha, rojo esmalte. [...]*

Oyóla Silvia y conoció que era el caballero que la había hablado aquella noche. Quisiera abrir la ventana, por no acreditarse de villana en la cortesía; pero tenía miedo a alguno que lo pudiera ver y aun dijera más de lo que había visto. Agradábase en don Diego el talle, la cortesía y el entendimiento, y parecíale que estu-

viera empleada a gusto suyo, si el que llegara a merecerla fuera de aquellas; pero acordándose de su humilde nacimiento, despidió de la memoria estas imaginaciones y remitió, aunque no tan presto, estos desvelos al olvido.

Confirmó don Diego su desgracia, pues aún oyendo alabanzas suyas había disimulado el agradecimiento. Fuese a su posada más inquieto que prometía su buen juicio, pidiendo a la industria alguna traza para vencer aquel desdén, y no la hallaba; porque quedarse en el pueblo era publicarse por amante suyo y ofenderla con lo que pudiera obligarla. Porque en lugar corto está peligroso el secreto destes cuidados, y una mujer suele rendirse a los deseos de quien la adora, viendo que solamente el cielo sabe su delito; mas cuando conoce que aquellos pensamientos son públicos se va a la mano en agradecerlos, por librarse de los rigores del vulgo, que está aguardando que tropiece en su facilidad para tener conversación a costa de su fama. Irse a Madrid, que era el mejor medio para olvidarse de todos, no se lo consentía su amor y la belleza de Silvia.

En efeto, el enamorado caballero discurría en estas cosas tan desesperado y perdido, que se puso a imaginar si mudando traje la agradaría más, pues era posible que la hiciese desdeñosa, no su talle, sino su diferente calidad, que si una esperanza es desigual no abre de buena gana la puerta al agradecimiento; y parecióle que si le viera Silvia, no adornado de locas galas, sino vestido de humildes paños, por su igual siquiera le amaría. Durmió sobre este pensamiento y resolvióse a buscar por todos los caminos remedio; llamó al dueño de la casa y contándole su mucho amor y la poca esperanza que le daba la tirana condición de Silvia, le refirió el intento que había pensado para conquistarla, y que advirtiese que había de ser con su favor, que él le prometía satisfacerlo.

Decía esto con tanto efeto y tan verdaderos suspiros, que el viejo, obligado de la promesa y enternecido a sus pesares, le prometió hacer de su parte cuanto le fuera posible; y acordándose que había tenido un hijo, que apenas conoció la primavera de sus años cuando dejó su patria sin tener hasta entonces nuevas de su fortuna, le dijo que él echaría fama de que había venido, y desta manera podría seguramente pretender el dichoso fin que deseaba.

Agradecióle don Diego con infinitos abrazos la merced, y avisando a sus compañeros desta transformación, se partió a Madrid a componer sus cosas, y haciendo vestidos curiosos, aunque villanos, y mudando el nombre de don Diego en Cardenio, volvió una noche a la casa de su nuevo padre; el cual divulgó por todo el lu-



gar la venida del no esperado hijo, y todos le dieron mil parabienes, viendo que después de haberse librado de los trabajos de criarle, le hallaba tan mejorado y tan hombre.

Empezó Cardenio a darse a conocer con los mejores del lugar, y como sabía tan bien los términos de la cortesía y era tan galán en aquello que permitía la humildad del traje, todos le envidiaban y de todos se llevaba la voluntad. Vivía alegre y satisfecho de su buena suerte, porque, en efeto, a todas horas podía mirar a Silvia, a quien servía con recato y celaba con seguridad, y con la ocasión de recién llegado la visitaba algunas veces. Dieron en decir algunos curiosos de las acciones ajenas (que en todas partes sobran) que Cardenio amaba a Silvia, porque los ojos disimulan poco, y a cualquiera parte que ella iba seguía sus pasos como sombra de su resplandor. Advirtiolo también ella con algún cuidado, no porque se le hizo novedad el verse amada, sino porque ninguno merecía con tanta razón ser correspondido. Era Silvia discreta, y como tal conocía las gracias y entendimiento de su nuevo amante; parecíale bien, porque lo bueno, imaginado como tal, es imposible que desagrade, y así poco a poco iba olvidando su natural esquivo, descubriendo su corazón, que si no amaba por lo menos agradecía, que viene a ser lo mismo; porque quien empieza a agradecer, no agradece para despreciar. Consideróse igual a Cardenio, querida de Cardenio y envidiada de muchas que en su presencia le alababan; parecióle que sería delito tratar mal a quien la quería bien. Muchas veces podía Silvia haber hecho esta consideración con muchos que la adoraban; pero nunca una mujer se lastima de lo que padecen otros, hasta que ella pasa por el propio desasosiego. Ya Silvia amaba, y como amaba se compadecía. Y estando una noche tratando estos cuidados, solamente con sus pensamientos, su viejo padre (que hasta entonces en su opinión Albanio merecía este nombre), habiéndose informado de que Cardenio y otros muchos la estimaban, temiendo no hiciese alguna locura con que malograrse su nobleza, para que se librase del peligro que podía tener, la contó el verdadero suceso de su historia, y enseñándola algunas cartas de las que había recibido, la dio por nuevas que, cuando menos imaginase, se había de ver en diferente estado, y así mirase lo que hacía, porque no la culparían a ella de cualquier desatino que intentara, sino al poco cuidado que él había puesto en defenderla; y que pues había nacido con tal ingenio como hermosura, y sobre todo con muestras de natural virtud, la rogaba que se acordase siempre de la sangre que había heredado y le pagase el amor que la tenía con no dejarse conquistar de quien neciamente la so-

licitaba, pues ninguno la merecía.

Con notable suspensión escuchó Silvia las verdades de Albanio y su secreto nacimiento, y prometiéndole obedecer sus consejos, le aseguró de sus sospechas, quedando tan confusa como desengañada. Acordóse de Cardenio, y viéndose con algún estorbo para ser suya, sintió el perderle; mas considerando que amarle era enojar a Albanio y ofender su sangre, se determinó (aunque no con mucho gusto) a olvidar aquella apariencia de deseo y esperar el día que se conformase su inclinación con su calidad.

Y estando Cardenio adorando una tarde las paredes de su casa, la vio salir sola, y que enderezaba su camino hacia el hermoso y alegre prado, o a divertirse de algún desvelo que traía, o a entretener las dilatadas tardes del apacible Mayo. Fué por otra parte para cogerla descuidada, haciendo de modo que el encontrarla pareciese que había sido premio de su deseo y no curiosidad de su prevención. Llegó la disfrazada Diana, y sentóse entre un jardín de comunes flores que la Naturaleza sin cuidado había producido con el ayuda de un arroyuelo que tenían por vecino, que acaso lo era, porque siempre murmuraba, y admirada de lo que aquella noche le había contado Albanio por su desdicha, consideraba la poca ventura que tenía; pues cuando pudo emplearse en un caballero que la estimaba y merecía, la sirvió de impedimento el verse tan inferior a sus prendas; y cuando la agradaba Cardenio, igual suyo y digno de cualquier cuidado, la estorbaba el estar advertida de su nobleza. Y viéndola Cardenio tan divertida, que no había reparado en que le tenía delante, quiso decirla su voluntad de manera que ella la supiese, sin que imaginase que se la decía; y disimulando haberla visto, y pidiendo licencia a su turbación, dulce y enamorado, cantó así:

*Selvas, no vengo a quejarme,  
alegre y contento vengo,  
que si está en necios la dicha  
en mi vida fui más necio. [...]*

Cantó tan sentido el enamorado Cardenio, que puso en cuidado a Silvia, y no quiso volverse a su casa sin hablar con el dueño de la voz y de los pensamientos. Salióla al paso Cardenio, como admirado de la novedad de verla, y Silvia se receló como temerosa del peligro que la amenazaba su voluntad. Parecióle más galán, porque le miraba como imposible de gozarle, y preguntóle si era él acaso quien tan dulcemente había referido sus ansias a las selvas.





Bien sabía Silvia que era Cardenio, porque él mismo había dicho su nombre; pero estaba ya de manera que por escucharle segunda vez se lo preguntaría muchas. Respondió que él era, aunque desgraciado. Quiso irse Silvia por no escuchar cosas que la hicieran salir colores y aun obligarla a que se perdiese más de lo que estaba. Detúvola Cardenio, aunque fue menester poco; y advirtiéndola que se daría por pagado de su amor si le escuchaba parte de su sentimiento, la dijo desta suerte:

— Silvia, si pensara que amándote había de ofenderte, así en la opinión como en el gusto, sabe Dios que me quitara yo mismo esta triste vida (si acaso no es tuya) para que me faltara con ella la ocasión de enojarte; pero como tengo por cierto que el amor de un hombre cuando no es con perjuicio no ofende, me animo a llevar adelante mis pensamientos, sin comunicarlos más que al secreto destes árboles, que son amigos que no hablan. Yo estaba, como has visto, cantando o llorando, que en quien ama tan cierto es lo uno como lo otro, y pienso que me oíste. Si es así, no te pese, que bien puedes pasar por el gusto de ser querida, pues yo paso por el tormento de amar, siendo mal pagado. No te pido, Silvia mía, que me quieras; pero sólo te suplico que no te enojés de que te ame, pues se precia mi amor de tan poco interesado, que apenas tengo atrevimiento para desearte; porque pienso que el amor que no llega a los brazos, si no es el más gustoso, por lo menos es el más perfecto.

Ya estaba Silvia tan enternecida a las razones de Cardenio, que confiaba poco de su desdén, y aunque quería, no acertaba a irse; mas resistiéndose con valor de mujer principal le respondió tan rigurosa, que no pudiera hacer más si la hubiera dicho que la aborrecía.

Fuese, en efeto, llorando por lo que dejaba y huyendo de lo que apetecía. Ya la pesaba de haber sabido su desdichado aunque ilustre nacimiento. «¡Ay Cardenio -decía por el camino, volviendo los ojos algunas veces-, quién pudiera pagarte esa voluntad sin aventurar la nobleza que tengo heredada! ¡Y quién pudiera recabar con el cielo que te diera la calidad que te falta, para que yo te ofreciera un alma que me sobra!»

Así se ausentaba y se quejaba, tan piadosa, que quiso atreverse a su vergüenza y volver a consolar al que quedaba con más amor, aunque con menos esperanza. No la quiso seguir Cardenio por no enojarla, pensando que se había ofendido de veras. Era discreto, por ser desconfiado; y como amaba, temía; y como temía, tuvo por cierto el desdén de Silvia. Confirmó su poca ventu-

ra, considerando que no hallaba modo para agradarla; pues siendo caballero, la había ofendido; y viéndose villano, la había enojado. Bien quisiera poder quitarse la noble sangre con que había nacido, para poder con más libertad pedirla por suya; mas procurando consolarse, remitió a sus ojos su sentimiento. Y viendo entre los demás árboles uno que había sido tan desgraciado parto de la primavera, que como si hubiera probado los rigores de diciembre estaba falto de galas y hermosura, pareciéndole que había hallado con quien hablar y contar sus lástimas, pues era compañero suyo en las desdichas, cantó con envidia de las aves desta suerte:

*Árbol, que en tus verdes años  
fuiste blanco de venganzas,  
pues te faltan esperanzas  
y te sobran desengaños. [...]*

Llegó la noche, y Silvia estuvo aguardando a Cardenio sin quitarse de la ventana; el cual apenas vino, cuando encerrándose en su aposento, y dejando el grosero hábito, se vistió las mejores galas que tenía entre muchas que trujo, por lo que pudiera sucederle; y cuando todos estaban entregados a la quietud de la noche, salió de su casa y fue a la de su ingrata Silvia, que con el calor del tiempo y el que había cobrado aquella tarde, no podía alcanzar del sueño que la divirtiese de aquella agradable pesadumbre. Acercóse Cardenio con intención de saber segunda vez si mudando traje se mejoraba su fortuna. Reparó Silvia en él, y viendo que no pasaba adelante, sino que daba a entender que la esperaba para hablarla, consultando con su recato la respuesta, se dispuso a cerrar la ventana y cumplir con la obligación que a sí se debía; y antes que lo hiciese la dijo Cardenio mirase que por escucharle dos palabras no perdía tanto que fuese menester valerse de sus tiranías; y por no perder la ocasión que tenía entre las manos, prosiguió diciendo:

— Yo soy, señora, un caballero, que pasando por este lugar vi vuestra divina hermosura, pluguiera a Dios hubiera nacido sin ojos, para que me excusara de lo que por su ocasión padezco. Villa, en fin, por mi desdicha; que desdicha parece amar un hombre a quien sabe que no le paga; y volviendo a veros os hablé una noche en mi cuidado, y hallé tan poco lugar en vuestros ojos, que aun no les debí que por descuido me mirasen. Procuré divertir esta voluntad en la Corte; y lo hubiera hecho si vos fuérades menos hermosa; mas hallando por imposible olvidaros, quise volver a sa-

ber de vos si acaso gustáis de que me empeñe con más fuerza en quereros, dándome alguna esperanza, ya que no de amarme, siquiera de agradecerme una voluntad tan noble. Este desengaño espero de vuestra boca, que, aunque salga contrario a mi deseo, me servirá de saber que nací para llamarme vuestro, pero no para mereceros por mía.

Oyóle Silvia, más por ver si se olvidaba de Cardenio que porque gustaba de escuchar ajenos cuidados; y como quien ama tiene hecho el gusto a las palabras de su dueño, acordándose del que lo era suyo, la desagradó cuanto escuchaba entonces. ¡Oh fuerza de la pasión de quien quiere bien! Cardenio fue el que habló a Silvia la pasada tarde, y el que la habla ahora. Entonces villano, y ahora caballero. El mismo entendimiento tiene, y aún mejor, porque está en hábito más a propósito para la inclinación de Silvia; pues ¿cómo le desagrada el mismo que la ha parecido bien? Milagros son de la voluntad, que todas las cosas que mira en el sujeto que estima las califica por acertadas y cuerdas. En un hombre querido todo es gracia, los errores son aciertos, los disparates agudezas y las ignorancias donaires. El ejemplo tenemos en las manos, pues Silvia estaba tan pagada de su Cardenio, que con ser él mismo el que la estaba hablando, sólo porque le imaginaba como otro la ofendía; y tanto, que le respondió resueltamente no se cansase, porque fuera de que su calidad era desigual a su estado, en un lugar corto anda tan sobrada la malicia, que cualquiera cosa, por limitada que vieses, habían de atribuir a liviandad; y lo que más la quitaba las esperanzas de pagarle era verse cautiva de una voluntad que no la dejaba admitir otra en su honesto pecho; porque ella amaba, y un corazón con poco gusto lleva sobre sí más de un cuidado, que repartirle en diferentes dueños es no tenerle de ninguno; y así, la perdonase, y procurase, si la quería, no venir tercera vez donde ella le viese y los demás le notasen; y despidiéndose, cerró la ventana.

Quedó Cardenio tan desengañado de su corta dicha, que ya le pesaba haber sabido tan a su costa lo que había de ser principio de su muerte. Mirábase no sólo amando, sin ser correspondido de Silvia, sino que escuchaba della que tenía voluntad y que no sería a él, pues le trataba con tantos rigores; y como si el vestido fuera causa de sus penas le hizo pedazos, por testigo de sus ofensas y por no haber sacado con él sino desengaños que le atormentaban. Maldecía su fortuna, y pedía al cielo le quitase la vida; porque aunque Silvia le había muerto, era de manera que le dejaba vivo para el sentimiento y difunto para la esperanza. Y viendo que es-



taban cerrados todos los pasos para agradarla, y que con ruegos no se obligaba, porque no era noble; ni con finezas, porque se preciaba de ingrata; con galas no, porque había nacido grosera; con vestirse de sayal tampoco, porque era altiva; con amores menos, porque quería en otra parte; se acordó de las veces que los celos han hecho milagro en la voluntad más tibia; porque una mujer suele descuidarse amada, y amar aborrecida. Resolvióse a obligarla con agravios, ya que no se dejaba conquistar con verdades, y procurar conocer el labrador venturoso que la merecía, como si no fuera él sólo el dueño de su albedrío; pues él sólo era a quien amaba, y con él mismo le daba celos; y para esto ordenó mostrarse públicamente agradecido a una labradora de gentil brío, de mucha riqueza y de razonable calidad, que se preciaba de entendida; y habiéndole escuchado algunas veces se había aficionado a su entendimiento, y en cualquiera ocasión que podía hablarle daba a entender que no le quería muy mal. Empezó Cardenio a mostrarse amante suyo, y ella a tenerse por dichosa en pensar que merecía sus desvelos; escribíala discreto, aunque mentiroso, y ella respondía bachillera, aunque agradecida; y esto a tiempo que ya Silvia, olvidada de su fuerte condición, le amaba con tantas veras, que lo pagaba su salud; porque advirtiéndole que era noble, se le hacía lástima juntar su sangre con quien había de mancharla; y mirándole a él, le parecía imposible pasar la vida sin sus brazos; de manera que ni se atrevía a quererle, ni se determinaba a olvidarle.

Así estaba la hermosa Silvia, cuando llegó a sus oídos el nuevo empleo de su mudable amante; y como la halló tan dispuesta para cualquiera desdicha, fue mucho que la dejasen con vida los celos. Quiso castigar su amor y trocarle en aborrecimiento; mas no pudo, que el amor con nuestra voluntad se toma, pero no se deja. Quisiera darle a entender su pesadumbre en viéndole, y no se atrevía; porque si amaba a otra, era poner en contingencia su estimación. En fin, la pareció mejor callar su sentimiento (si pudiese), aunque sufrir los celos sin dar voces era demasiada mortificación en el gusto.

Y una tarde que porque saliese a honrar los campos la convidaba un fresco viento, se fue a comunicar con la soledad sus congojas y a dar parte a las aves de sus pensamientos; porque si se preciaban de parleras, le dijesen a Cardenio lo que padecía; y volviendo los ojos hacia la falda de un pequeño monte que servía de diadema hermosa a lo demás del campo, vio que tres hombres, alevosamente, injuriaban la vida de uno solo, que bizarro se defendía, y animándole cuanto pudo, fue a impedir con sus ruegos y

su hermosura el riguroso fin que prometían tan desatinados atrevimientos, y por mucha prisa que se dio para cumplir con la piedad de su deseo, ya cuando llegó fue tan tarde, que los enemigos del valiente mancebo, aunque heridos peligrosamente, iban huyendo, por dejarle a su parecer muerto o con poca esperanza de la vida.

Llegó Silvia, y vio entre los brazos de una hermosa zagala al triste mozo, que bañado en su sangre con un mortal desmayo daba a entender que le faltaba poco para rendirse a la muerte. Reparó Silvia antes de preguntar el trágico suceso en que la mujer que le acompañaba era la causa de sus celos; y volviéndose al dueño de la vertida sangre vio que era no menos que su traidor amante, su falso Cardenio y su querido ingrato; bien tomara por partido que pudiera tanto el sentimiento de la presente desdicha, que la matase con brevedad, para que sus celos duraran menos. Y preguntando a la enemiga de su sosiego la ocasión de aquella desgracia, respondió, turbada y llorosa, que Cardenio (a quien amaba con extremo), estando con ella a la sombra de aquellos árboles, había tenido cierto disgusto con un hombre más poderoso que bien nacido, sobre envidia de su fortuna y celos de su voluntad; y pareciéndole que era disparate sufrir que un hombre humilde y recién venido se aventajase a todos y fuese causa de que no le amase, habiéndole visto salir con ella aquella tarde, le siguió cautelosamente; y cuando estaba más seguro de su traición, le acometió con otros dos que le acompañaban; y sin que bastase ponerse ella misma delante de las espadas para defenderle de sus crueldades, le habían dejado en sus brazos de la manera que miraba.

Disimuló Silvia, no el sentimiento que la rasgaba el corazón, sino los celos que le abrasaban el alma, y dájola que fuese al momento y avisase de aquella desgracia en el lugar para que se procurase su remedio.

Quedóse Silvia sola y cercada de mil pensamientos, porque con los celos que tan claramente tenía averiguados, deseaba la muerte a quien era su misma vida; y por otra parte, como sabía de sí que le adoraba, mirábale con el ansia de verle padecer, y venía a pesar más el amor que la enternecía que los celos que la enojaban.

Alzó Cardenio los ojos, y conociendo a Silvia, espantado de verse libre de quien había sido causa de aquella tragedia, casi estimó el rigor que con él habían usado sus enemigos, por parecerle que Silvia, de lástima siquiera, había de olvidarse por entonces de sus asperezas; pero acordándose de que tenía secreto dueño de su

gusto, deseaba que las heridas fuesen tales, que bastasen a quitarle la vida, pues con la muerte por lo menos no hay fortuna que se tema. Mas viendo que sólo en la cabeza tenía la herida que había esparcido tantos granates, porque de las demás le defendió un colete que traía debajo de aquel disimulado traje, se determinó a vengarse de los ofensores por el agravio que le habían hecho en dejarle vivo, sin duda para que le matase más poco a poco el martirio de su sospecha y el tormento de su desengaño.

Y después de satisfacerse Silvia de que la herida de la cabeza era sola la que le producía aquella caliente púrpura, y no de tanto peligro como se imaginaba; aunque para quien le amaba como ella cualquiera dolor suyo, por pequeño que fuese, la atravesaba el pecho, habiéndole limpiado con sus manos alguna sangre que estaba detenida en el rostro y apretándole con el lienzo en la parte por donde el rojo humor fugitivamente salía, le preguntó el suceso, diciéndole que se espantaba que teniendo de su parte a un ángel que le defendía se hubiese atrevido la menor ofensa, porque si ella viera a su galán en semejante estado, o habían de probar ella primero los aceros, para que si después le acertasen al pecho, pareciese favor y no venganza.

Tuvo Cardenio a novedad que a Silvia le pesase tanto de su desgracia, que la compasión está muy cerca de parecer amor; y para confirmar más bien esta verdad, la refirió lo mismo que Silvia había escuchado, aunque la historia no era para oída dos veces; pues celos para matar basta que de repente se imaginen. Dijo no que amaba a la labradora que había visto, sino que con una honesta voluntad le quería: porque lo primero fuera agravio para Silvia y lo segundo era crédito para Cardenio. Y si dijera que la amaba diera ocasión a Silvia para cualquier desprecio; que, aunque muchas con celos y desdenes aumentan su amor, otras suelen resfriar el deseo; y advirtiéndole Silvia que si callaba lo que padecía sería fuerza que Cardenio prosiguiese en aquel cuidado una disimulada risa, que si fueran necesarias lágrimas no había menester fingirlas, le dijo desta suerte:

— Prométote, Cardenio, que me suele dar ocasión a que me ría ver en los hombres en tan poco tiempo tan diferentes y varios pareceres; que habiendo nacido con alma poco firme y voluntad menos constante os andéis quejando de nosotras toda la vida. ¿Por ventura hay mudanza en alguna mujer que no proceda de culpa vuestra? Trato de las mujeres principales, que en las demás la inconstancia no es novedad, porque es costumbre. ¿Has oído decir alguna vez que una mujer admitiese otro cuidado siendo

bien correspondida? No, por cierto, porque la que aventura su recato, o es por amor o por interés. Desto segundo se libra la que es noble, pues queriendo bien y teniendo amor a su gusto, ¿qué mujer hay tan necia que le quiera perder y más estando su reputación de por medio? Dirásme que, como se ve por la experiencia, que la que es más noble no suele permanecer en un empleo; y a eso respondo lo que al principio, pues no tienen ellas la culpa, sino quien las obliga a que intenten desatinos. ¿Qué culpa tendrá la mujer que se ve ofendida de un ingrato en la honra y en el gusto, si por verse libre de su memoria se olvida tal vez de su nobleza? ¿Qué ha de hacer la que, llevada de su amor y movida de las lágrimas de un hombre, le da lugar en el pecho, y de ahí pasa a cuanto desea (que una vez prendida la voluntad todo lo demás es fácil), si después de gozar lo que alcanzaron los ruegos y lástimas, como se ve querido y tiene segura a la desdichada que le adora, apetece cuanto mira; y lo peor es que no para hasta matarla a pesadumbres y dejarla con las ofensas a los ojos? Pregunto, Cardenio, ¿esta mujer tendrá disculpa en intentar cualquier flaqueza? ¿Acaso las mujeres nacimos con obligación de sentir vuestros agravios sin buscar la venganza de ellos? ¿No tenéis vosotros vergüenza de ofendernos, y hemos de regatear nosotros el vengarnos? Quien tiene más entendimiento, que es el hombre, no huye de ser inconstante; ¿y quieres que una mujer tenga cordura para sufrírle? Y si no dime, por tu vida o por la de aquella dama, que te quiere tanto que consiente que te la quiten: ¿acuérdaste que no ha muchos días que te hallé contando a las selvas no sé si mis cuidados o tus mentiras, y después no me encareciste que te debía suspiros y te costaba desvelos? ¿No me dijiste que si se dilatara tu vida a infinitas edades ni podías dejar de quererme ni acertarías a saber olvidarme? Pues si esto es cierto, como lo sabes tú y aquesos árboles, y ahora te hallo en brazos de otra hermosura, que por lo menos te cuesta sangre y más lo que está encubierto, dime, ¿qué confianza se puede tener en el mejor hombre, o que más hicieras si hubieras estado ausente algunos años, y yo después de haberte querido te dejara? ¿Tan presto te he parecido fea y sin haberme gozado? ¿Tan presto te cansaste de rogar a quien muchos ruegan? ¿Piensas acaso que vives en la Corte, donde en el pedir y el conceder no hay más distancia que la falta de ocasión? ¿Presumiste que era alguna mujer común, que me había de rendir a los primeros engaños (que todas las palabras lo son cuando está a los principios la voluntad)? Y si por dicha no pensaste tan mal de mí, dime si, como era posible (aunque no ha sucedido), después de haber



escuchado tus mentiras me hubiera agradado de tu talle y sobre todo de su ingenio, ¿parécete que quedara buena, y parécete que tuviera culpa en vengarme de tus sinrazones y en publicar que eras ingrato, fácil y desconocido? ¿Fuera entonces yo la mudable en agraviarte ofendida, o tú en ofenderme sin agraviarte?

»Cardenio, Cardenio, mira que es peligrosa cualquiera ofensa en las mujeres que son honradas; porque, como sienten con mayor fuerza la injuria, intentan con menos piedad el castigo. Lástima tendré de aquí adelante a la pobre que te quisiere; porque yo, aunque te tuviera en mis brazos, temiera que alguna vez habías de amanecer ajeno. ¡Ay de mí si te hubiera creído, qué de disgustos me prometiera! ¡Libre Dios mi voluntad de tus engaños, que pueden salirle a una mujer a los ojos! Mucho te importara, ya que eres tan discreto, estar menos confiado de tus méritos; que a muchos les echa a perder, no el entendimiento que tienen, sino el saber que le tienen. Y no creas que eres tan perfeto que has de rendir cuanto mirares; que visto despacio, tienes muchas faltas que no conoces, porque te ves en el espejo de tu propia pasión.

Ya Silvia se iba enojando, aunque tan amorosamente que con lo que le ofendía le enamoraba. Pidióse Cardenio albricias, no de que Silvia le quisiese, porque los celos que tenía y lo que había oído aquella noche no le dejaban creer cosa en provecho suyo, sino de verla tan afable y humana, y por satisfacerla de su firmeza y darla a entender que ella había sido la primera ocasión de su mudanza, la dijo:

— ¿Para qué, Silvia, puede ser bueno encarecerme que todos los hombres son ingratos, por decirme que yo lo he sido? En eso saben los cielos que hay mucho que averiguar. Es verdad que me hallaste repitiendo a estos campos lo que me debes, y aún lo que ahora tampoco me pagas; pero no es verdad, ni lo puede ser, que me haya olvidado de aquella primera voluntad, aunque te digan otra cosa tus sospechas; que yo que la siento, sé que te engañas; y plugiera al cielo, hermosa Silvia, que fuera verdad lo que has imaginado, pues a ti te importara poco, y yo viviera con más descanso. Dices que estás contento de no haberme creído ni querido, porque ahora te hallaras tan mal pagada como bien quejosa. ¡Ay ingrata! No lo creas ni hagas este agravio a mi voluntad; que si te parece que he sido mudable, puede ser que lo haya hecho por darte gusto; que cuando una mujer quiere bien, suele agradecer que no la traten de otros cuidados. Yo sé, Silvia, que tienes amor; yo sé que te desvelan otras penas; y esto de tan buen original, que hay quien lo ha escuchado de tu boca. Pues dime, ¿es mucho que yo



me entretenga de burlas si tú me estás ofendiendo de veras? No sé cómo te has lastimado tanto desta pequeña herida y tienes ánimo de darme la muerte por mil caminos. ¿No bastaba quererte, Silvia? ¿No bastaba ser despreciado por quien tú sabes, sino querer que prosiguiera en amarte y me viera perdido, cuando ni tú me pudieras remediar ni mi cordura me pudiera favorecer? Vete a la mano, y advierte que no es gallardía dejar que un hombre se vaya encendiendo cada día, para darle con el desengaño en los ojos a tiempo que no tenga más consuelo que su desesperación; déjame probar si puedo olvidarte, pues te importa poco que yo te ame.

Confusa escuchaba la enamorada Silvia a Cardenio, y cuando iba a satisfacerle de aquel indigno pensamiento, la estorbó alguna gente que con las nuevas del suceso venía a saberle con más certidumbre, para que se previniese su remedio. Y contentos todos de que la herida no era demasiada, si bien la falta de la sangre hacía mayor su desgracia, llegaron al lugar, donde con general tristeza fue sentida; porque su cortesía le había hecho tan bienquisto, que sólo los celos (que ni miran a la piedad ni atienden a la razón) tuvieran ánimo para ofenderle.

Estuvo en la cama algunos días regalado de Silvia, y tan agradecido a sus favores, que con no tenerlos por seguros hizo por ella una fineza, que al parecer de Silvia era muy grande; y fue escribir un papel a la que había sido causa de su divertimento, diciéndola que él era en aquel lugar más forastero que natural; porque aunque había tenido en él la primera cuna, la ausencia le había hecho extraño; y así, no quería disgustar a las personas con quien era fuerza vivir. Y en efeto, la desengañó claramente de que no había de proseguir en su amor, y Silvia quedó tan gustosa, que le envió a decir con una criada, de quien ella hacía confianza, que en hallándose con fuerzas para salir de casa le quería hablar acerca de muchas cosas, que pudiera ser que no le pesase de escucharlas. Contaba Cardenio las horas, deseando el dichoso día para pedirla descubiertamente que le desengañase. Silvia también rogaba por la mejoría de Cardenio, para hablarle menos esquiva y más amorosa; porque ya le quería de suerte, que con ver que si sus padres supieran que se empleaba tan bajamente no la habían de admitir por hija, y se había de quedar toda su vida en aquel humilde traje, estaba resuelta a ser suya y a vivir con él, aunque perdiera mayores intereses.

Y una noche que estaba el viejo Albanio riñéndola, porque no daba crédito a la nobleza que no conocía, llamó a la puerta un hombre que preguntaba por Albanio, diciendo que un caballero le



quería hablar. Bajó Albanio, y quedóse Silvia tratando con su pecho de la gallarda determinación que tenía, y apenas llegó el viejo a preguntar quién le buscaba, cuando una dama de lindo talle y gentil presencia se fue a sus brazos, y con más admiraciones que palabras le dio a entender que era la madre de Silvia; que como la había heredado la belleza no fue dificultoso reconocerla presto; y luego su esposo que la acompañaba, con el deseo de ver a su hija, sin detenerse en otros cumplimientos, rogó le llevasen a conocerla.

Subieron todos y hallaron a Silvia, que espantada de aquella novedad casi no consentía en los amores que la hacía su padre; y después de haber solenizado con regocijos y admiraciones aquella ventura tan deseada y lo mucho que debían a Albanio, le dijo la madre de Silvia cómo después de haberla dejado del modo que sabía y haberle salido todo a satisfacción de su deseo, estuvo muchos años sin ver a su esposo, si no es por la comunicación de papeles y cartas, que son las visitas de los ausentes, porque dio muerte en Salamanca a un caballero de los más principales de ella; y así le fue forzoso ausentarse a parte donde pudiera estar sin peligro, hasta que con un perdón de Su Majestad habían cesado sus pleitos y destierros; y que volviendo a su patria, y viéndose con la nobleza de un hábito y con hacienda suficiente para poder honrarle, movido de su voluntad, que si es verdadera no conoce el olvido, y confesando sus obligaciones, se había ido a Granada para ver si había remedio de gozar su esposa; y viendo los dos que su padre perseveraba en su desatino, se resolvieron en dejar una noche a Granada y venirse a Madrid, llevando de camino a Silvia. Y encariciendo el peligro en que estaban si se detenían; porque su padre o sus deudos fuera posible que los alcanzasen, dijeron a Albanio que sin más prevención era fuerza que Silvia se fuese con ellos para llegar a Madrid antes que amaneciese.

Nuevas fueron éstas que desmayaron a Silvia tanto, que tuviera por muy gran dicha haber nacido de humildes padres, si le había de costar el verse no sólo desigual de quien adoraba, sino en parte que no había de pagarle aún con los ojos. Replicó Silvia a tan rigurosa y fuerte determinación; pero no la valió, porque sus padres estaban con temor y amor: el temor no les consentía detenerse, y el amor no les daba lugar a que la dejaran. Y obedeciendo a la cruel sentencia, bañada en lágrimas y llevando trasgado el corazón por lo que dejaba, se despidió de Albanio en compañía de aquella criada que sabía sus desvelos, para descansar con ella y tratar de que Cardenio supiese la triste causa de su ausencia y procurase verse con quien tanto le amaba.

Quedó Albanio encargado del secreto, aunque Silvia le rogó al despedirse, por el amor que la tenía, dijese a Cardenio de su parte lo que había pasado; y él, por consolarla, se lo prometió, aunque después, viendo que no podía estar bien a su calidad, le pareció que acertaría en no decirlo.

Llegó Silvia a Madrid como se puede creer de quien iba muriendo, y con cada paso miraba más lejos de sus ojos a quien era alma de sus pensamientos. Consideraba cuán al revés se había cumplido el deseo de verse con su dueño; imaginaba también cuán injustamente ofendería su voluntad, sabiendo su ausencia.

Apenas faltó Silvia, cuando todos echaron menos su hermosura, como era la joya de más importancia. Y estando Cardenio cuidadoso del descuido grande que tenía en avisarle de la ocasión en que la había de hablar, porque ya se miraba con bastantes bríos para hacer valentías en su salud, le vinieron a decir cómo faltaba de la casa de su viejo padre y que se imaginaba con un hombre que la gozaba de secreto (que el vulgo nunca se contenta con decir lo que pasa). No quiso Cardenio dar crédito a estas nuevas por no agraviar a Silvia; que pensar mal del recato de una mujer sin información bastante es ofenderla en el honor y hacer poca confianza de su virtud; pero viendo que todos lo murmuraban y que en su casa no parecía, tuvo por cierta su imaginación, y sospechó que el decirle que le tenía que hablar, había sido para consultar a solas el fiero desengaño de su determinación, yéndose con el oculto merecedor de su belleza. Volvíase loco, quejábbase al cielo, llamaba a la muerte y maldecía no sólo a Silvia, sino a las demás mujeres, que en semejantes casos la mudanza de una la pagan todas.

— ¡Ay —decía, ciego de su pasión—, crueles homicidas, rigurosas para quien os ama y apacibles para quien os aborrece! ¡Quién pudiera vivir sin vosotras para vengarse de vuestros engaños y mudanzas! Siempre me acuerdo de aquellas palabras que decía Marco Aurelio, hablando contra vuestra malicia: «Mujeres, en acordarme que nací de vosotras, desprecio la vida, y en pensar que vivo con vosotras, amo la muerte.» Habló como discreto y como filósofo, y más si pasaba entonces por la ingratitud de Faustina. Decís siempre que somos mudables, y estoy por creerlo, no porque cabe en el hombre delito de ingratitud, sino porque lo pudimos aprender en el tiempo que estuvimos en vuestras entrañas. Vosotras sois siempre las quejosas, y nosotros los ofendidos; que como tenéis fuerza en los ojos para mover a lástima, acreditáis con lágrimas lo que disimuláis con engaños. De todos nosotros decís infamias, y a cada uno de por sí hacéis halagos. Yo te oí, Sil-



via, decir una tarde tantas injurias contra quien admitía más de un desvelo en su corazón, que pensé que había resucitado Lucrecia o que vivía Penélope; mas ya conozco que fue solamente querer acreditarte de buen gusto, porque como al vicioso, aunque lo sea, le agrada la virtud, así a vosotras, aunque seáis mudables, os parece bien la firmeza y os queréis preciar de lo mismo que os falta. ¡Ay, Silvia, eres mujer y no puedes olvidar tu naturaleza! Si amabas a otro, ¿para qué te entretenías conmigo? Si te desvelaban otras ansias, ¿para qué te lastimabas de mis heridas? Y si pasabas por tanta mudanza, ¿por qué culpabas mi poca firmeza? ¿Es posible que amando una mujer en una parte aún le queda ánimo para querer en otra? Yo confieso que tuve por cierto que me amabas; pero engañéme o tú me engañaste, que no tiene un hombre obligación de estar advertido de que las mujeres principales mienten. ¿Y quién había de pensar que no era muy seguro tu amor, si te vi casi llorar de celos? Mas dime, ¿cómo fue posible confesarte celosa, y librarte de tenerme amor, pues lo uno presupone lo otro? Mas paréceme que no fueron celos, sino envidia, pues a ti no te debió de pesar de verme con otra, porque me amabas a mí, sino porque te parecía que era desestimarte a ti. ¡Ay, ingrata, qué mal cumpliste con la obligación que le debías a mi voluntad! Por ti, Silvia, dejé gustos, amigos y nobleza, pues me olvidé de lo que soy por igualarme a tu ser; por ti vine a estas soledades convertido en villano, que Ovidio y el amor me animaron a semejantes desatinos; pues alguna paga merecía esta fineza. Pero ya veo que soy loco en pedir agradecimiento a quien nunca supo conocer los beneficios.

Así se quejaba el ausente Cardenio de su adorada Silvia, aunque sin razón, porque le amaba con tanta verdad, que no vivía en un punto sin su memoria, si bien desconfiada de su amor, porque como los agravios se toman más atrevimiento en cualquier ausencia, y a Cardenio no le aborrecían en el lugar, temía, y con razón, no fuese ingrato al mucho amor que la debía.

Solía ir Albanio a la Corte, y preguntábale si había dicho a Cardenio que estaba en Madrid; y él respondía (por apartarla de aquel pensamiento), que sí, y que ya se cansaba de rogarle viniese a verla, porque vivía tan divertido en cuidados nuevos, que apenas le daba respuesta. Creyóle fácilmente Silvia, y empezó a injuriar la fácil condición de Cardenio, vengándose con infinitas lágrimas de sus hermosos ojos; que como ellos son los primeros que tropiezan para que caiga la voluntad, son también los que sienten con mayor afecto la culpa de su caída.

Ya todo esto sucedía en ocasión que los padres de Silvia andaban muy cerca de desposarse, y ella había trocado el traje de villana por las costosas galas que pertenecían a su calidad; con las cuales estaba tan hermosa y desenfadada como si toda su vida se hubiese criado en ellas.

También Cardenio vivía en Madrid, porque en viendo que faltaba Silvia, dejó de ser villano y volvió a su centro. Y bajando acaso una noche hacia el Prado en compañía de cierto amigo suyo, que sabía reñir de noche y callar de día, vieron una dama que iba sola y con algún susto. Llevaba en la cabeza un tafetán leonado, que la defendía la cara para no ser conocida, y descubierto un faldellín, que no se supo de qué era, porque la mucha guarnición no daba lugar a que se manifestase la tela. El olor daba a entender que era principal, o por lo menos de buen gusto. Y llegándose a ella la preguntaron si mandaba que la fuesen sirviendo.

— Que me sigáis entrambos quisiera —respondió la dama—, porque me importa dar unos celos a un hombre que me ha hecho cierto pesar en la comedia, y me holgara que me le pagase en otro tanto, hiriéndole por los mismos filos.

Cogiéronla en medio y dieron vuelta por todo el Prado, sin hallar a quien buscaban. Y cuando ya se venían a su casa, les obligó a pararse un coche, que con cuatro músicos y otros tantos caballeros estaba junto al Monasterio del Espíritu Santo, cantando a cuatro voces extremadamente. Sentáronse en las gradas de la iglesia por escucharlos con más comodidad. Y después de haber puesto fin a la música, y que ya el cochero guiaba a las fuentes de San Jerónimo, uno de los que venían dentro, que acaso reparó en la dama, mandando que parase, se echó del coche y fue a reconocerla. Levantóse Cardenio, y detúvole diciendo que aquella demasía no la enseñaba la Corte.

— Yo me precio —respondió el caballero— de tan compuesto y cortesano, que ninguno me ganará en esa materia; pero el amor, y más si se aconseja con los celos, no repara en esos puntos. La dama que viene con vos, lo es mía; si por cierto disgusto que la he dado quiere dármele; ya está conocida la treta.

— Lo que yo sé —respondió Cardenio— es que ahora está conmigo, aunque no es mía.

— ¿Pues qué importa —dijeron los que venían en el coche— que esté o deje de estar con él? Váyase ahora solo a su casa, y agradezca que no es a la de un barbero.

Parecióle a Cardenio y a su amigo que era mucha cordura sufrir tantas demasías, y sacando las espadas, se empezó la penden-

cia, dándoles, aunque eran tantos, bien en qué entender. Cúpole a Cardenio reñir con dos; mas a pocos lances el uno cayó a sus pies. diciendo a voces que le habían muerto. Empezaron los unos y los otros a recelar el peligro de la justicia (que en Madrid es milagro haber pesadumbre donde no se halle), y pareciéndole a Cardenio que el huir era dar ocasión a que le siguiesen, dejando aquella calle, hizo sagrado de la primera casa y se entró en ella, pidiendo le diesen favor para poder deslumbrar a los que le quisieran ofender.

Entonces un criado de la misma casa que había sido testigo de su valentía le llevó al último cuarto, que estaba algo apartado y tenía una puerta por la cual se podía pasar al de sus señores, para que si la justicia hiciese diligencias en buscarle pudiera con facilidad defenderse de sus intentos. Y dejándole cerrado, se volvió a ver el fin que había tenido la pendencia, para prevenirle de lo que había de hacer.

Quedó Cardenio algo temeroso del suceso, vióse a oscuras y solo, sin saber adónde estaba. Y después de considerar su adversa fortuna y las desdichas en que le iba poniendo cada momento, vino a parar en la liviandad de Silvia y en el tiempo mal empleado que le costaba. Y estando aconsejándose a sí mismo que olvidase un amor tan necio, sintió cerca de donde estaba pasos; y escuchando con atención, oyó que una mujer, con ansias y suspiros, daba licencia a sus tristes ojos para sentir alguna lastimosa tragedia.

— ¡Ay! —decía anegada en diluvios de perlas—, ¿de qué me ha aprovechado mi hermosura, si acaso la tengo, habiéndome sujetado a quien la trata tan descuidadamente? ¿De qué ha servido mi resistencia honrada a tantos ruegos y finezas, si, en fin, acaba en querer bien a quien me paga tan mal? ¿Qué me ha importado disimular mi amoroso desvarío, si al cabo le confesé para quedarme con la vergüenza de haberme rendido, y vivir sin el premio de haber amado? ¡Ay, Cardenio mío! (si acaso lo puede ser quien está tan ajeno de escucharme y de corresponderme), ¿quién pensara que mujer que pagó con desprecios tantas verdades, se hubiera de sujetar tan fácilmente a tus mentiras? Discreto eres para persuadir; pero muy necio te hallo en agradecer. Noble pareces en las palabras, como villano has procedido en las obras. Castigo es éste que merece mi condición ingrata, que siempre la que se precia de tratar mal a todos, llega a tiempo que la desprecia quien menos imagina.

Admirado quedó Cardenio de oír su nombre en tan extraña parte; pero bien echó de ver que otro sería la causa de aquellas quejas, que tuviese su nombre, aunque no su fortuna. Volvió el

criado para avisarle que podía salir seguramente, porque la justicia se había contentado con prender a uno de los contrarios. Y Cardenio, agradecido a la merced que le había hecho, después de pagarle su cuidado con algunos escudos, le preguntó el dueño a quien servía. Y él entonces le respondió que a un caballero que venía a desposarse con una dama, a quien había años que amaba, y confesaba obligaciones, y que traía consigo una hermosa hija que se había criado tres leguas de la Corte, viviendo siempre encubierta, hasta que sus padres pudieran seguramente llamarla suya.

Todas estas cosas escuchaba Cardenio tan fuera de sí como admirado de la historia de Silvia, y volviéndose al criado, le dijo:

— Sin duda es esa dama una que poco ha oí quejarse tiernamente.

— Sí sería —le respondió—, porque después que vino del lugar donde estaba, son tantas las locuras y sentimientos que hace, que con ser mucha su virtud, no ha faltado en casa quien piense que sus tristezas nacen de algún amor que deja en Pinto; porque aunque ella dice que solamente verse sin Albanio, que es a quien ha tenido en lugar de padre, la tiene descontenta, yo creo otra cosa, porque algunas veces la he oído quejarse de un hombre que llama Cardenio, y por esto presumo que no es sólo el amor de Albanio el que la tiene tan triste.

Harto fue que Cardenio pudiese sufrir el gusto de tan alegres nuevas; pero disimulando cuerdamente, le rogó que, si fuese posible, llevara un recaudo de su parte a aquella dama, diciendo que un caballero que había vivido muchos años con Cardenio la suplicaba le diese lugar para poder verla y darle una carta suya.

Bien echó de ver el criado que era atrevimiento ir con este recaudo a su señora; pero como sabía que cualquiera cosa disimula una mujer por escuchar a quien la trata en su amor, fue a Silvia, que ya se llamaba doña Juana, y la contó el suceso. Admiróse Silvia, y viendo que aventuraba poco y que podía desengañarse en mucho, hizo que se abriese aquella puerta, y fue a verse con él.

Igual fue la suspensión de entrambos cuando llegaron a verse en tan distinto hábito. El amor le decía a Silvia que el que tenía presente era su dueño, mas el traje no la consentía que lo creyese. También Cardenio, viéndola en tan diferente hábito, se suspendía. Mas Silvia, con agudeza de mujer, imaginó que sin duda sabiendo Cardenio su nueva nobleza, para no desenamorarla, habría hecho aquella transformación; y así, empezó luego a encarecer lo poco que la obligaban aquellos disfraces, porque ella se había inclinado, no a las humildes galas, sino al noble corazón; no a la corteza



villana, sino al entendimiento cortesano; no al pobre vestido, sino a la rica voluntad, y que no se desvelase en las exteriores apariencias, que son accidentes para quien ama, pues más le quisiera villano y constante que galán y falso; y así, que se volviese a entretener con quien él sabía, que ella procuraría que se le diese poco de un hombre que no la merecía, pues con su humilde nacimiento la deshonraba, y con su inconstante trato la ofendía; pero que advirtiese que no le dejaba por verle tan inferior a su sangre y a su fortuna, sino porque le hallaba tan desigual a su honesto amor y firme correspondencia, aunque se consolaba con que sabría morir, sufrir y callar sus penas, por no llegar a verse en los brazos de un hombre que avisándole cada día de donde estaba, y rogándole que la viniese a ver, no sólo no lo hacía, sino que respondía con desprecios a quien le trataba en ello.

Más dijera Silvia si la dejaran sus hermosos ojos, porque con la fuerza grande del sentimiento reventaba por descansar llorando. Suspendióse Cardenio viendo las injustas quejas que tenía de su voluntad, pues desde el día en que se ausentó de Pinto, ni había tenido recaudo suyo, ni por parte de Albanio había sabido dónde estaba. Y así, la respondió que si quería emplearse en quien mejor la mereciese, no era menester valerse de excusas, que él viviría muy contento con verla, aunque fuese en otro poder, como supiese que era gusto suyo; pero que se desengañase de que él ni era Cardenio, ni villano, aunque tanto tiempo lo había parecido, sino don Diego Osorio; que para crédito de su nobleza bastaba decir que tenía alguna sangre en la casa de Lemos, y que él era quien, pasando por Pinto, se enamoró de su hermosura y la habló cierta noche, aunque por ser demasiado oscura no le había conocido; y que después por verla, y por obligarla a su amor, se había disfrazado de aquella suerte; y que cómo podía quejarse de su descuido, pues nunca supo la mudanza de su estado, porque al punto que se murmuró que faltaba, viendo que Albanio ni otra persona daban nuevas de ella, sino que todos se encogían de hombros y respondían suspirando, como no le tenía en el lugar más que su belleza, y en acabándose el fin cesa la voluntad de los medios, se había venido a la Corte. Y saliendo aquella noche con un amigo, le sucedió un disgusto, y huyendo del rigor de la justicia se había favorecido de su casa; en la cual, oyendo su nombre, entre suspiros y lágrimas, se había informado de tan peregrino suceso. Y así, no la quería obligar a nada que no fuese con mucho gusto suyo, ni quería pedirla más que licencia para pretender servirla. Y para informarse de su mucho amor, considerase quién había hecho más: él, en olvidarse de su



nobleza y quererla, imaginándola tan desigual, o ella, en querer librarse de su amor, por imaginarle villano.

A lo cual respondió Silvia que aunque un honrado viejo, a quien tenía en opinión de padre, la había dicho la nobleza que tenía, con todo eso, sin reparar en este inconveniente ni en los consejos que le daba su recato, su virtud y su calidad, le había amado siempre; que la noche que escuchó de su misma boca decir que tenía amor, era muy cierto; porque si quería acordarse, habían estado toda aquella tarde juntos, y desde entonces empezó a tener principio su voluntad. Y para que echase de ver cómo había podido más con ella su amor que su calidad, leyese aquella carta que tenía escrita para que se la llevase Albanio. Y sacándola, por abono de su firmeza, se la dio, y Cardenio vio que decía:

«Si con el nuevo hábito hubiera perdido el amor que te tengo, yo pienso que me lo agradeciera mi sangre; mas ha sido tan al revés, que nunca estuve tan resuelto a ser tuya. Quien te diere ésta te dará razón de mi casa y calidad; que aunque hay entre los dos tanta distancia, mi amor te hará noble, que bien podrá por lo que tiene de rey. — Doña Juana Osorio.»

No tuvo Cardenio, con tan verdaderos desengaños, que dudar, ni a Silvia con amor tan conocido la quedó que temer. Quedóse Cardenio aquella noche en el mismo cuarto, por el peligro que podía tener si salía, y porque la voluntad de Silvia no llevaría bien otra cosa. Y ella, a la mañana, habló a sus padres y les refirió toda la verdad del suceso. Y como ellos tenían tan fresco el suyo, y sabían los desatinos que causa querer impedir a una mujer su voluntad, lo recibieron con mucho gusto, y su padre conoció a Cardenio, que por sus costumbres y nobleza lo era en la Corte.

Vinieron de Granada los que imaginaban sus enemigos, y viendo no sólo empleada tan noblemente a su hija, sino hallando una nieta tan hermosa, que se llevaba los ojos miraban, trocaron en paz el enojo y en contento la pesadumbre.

Gozó Cardenio de su amada Silvia, y publicándose por la Corte una invención de amor tan nueva, celebraron la mucha ventura de Cardenio y la divina belleza de Silvia, ya hermosa dama de la Corte, si algunos años humilde villana de Pinto.

- Juan Pérez de Montalbán, *Sucesos y prodigios de amor: La villana de Pinto*. Ed. A. González de Amezúa (Madrid. Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1949).



## *Índice de ilustraciones*

Ermita de San Antonio.....	15
El jardín de la Casa Real de Campo con imagen de Felipe II.....	37
Escenas familiares. Concordia. Crispin Passe.....	60
La cárcel. Antoine Lafreri.....	76
Escenas de medicina. Bartolomé Vázquez.....	93
Dama. Cesare Vecellio.....	105
Actriz del siglo XVII (¿La Calderona?).....	116
Fiesta en la Plaza Mayor. Juan de la Corte .....	207
Escenas de género. Amor. El jardín del amor. Jegher (lo grabó).....	227



# Índice

Prólogo .....	IX
Introducción .....	XVII
MIGUEL DE CERVANTES	
<i>La Gitanilla</i> .....	1
MATEO ALEMÁN	
<i>Guzmán de Alfarache</i> .....	31
LUIS VÉLEZ DE GUEVARA	
<i>El Diablo Cojuelo</i> .....	49
FRANCISCO DE QUEVEDO	
<i>El Buscón</i> .....	67
ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO	
<i>La hija de Celestina y La ingeniosa Elena</i> .....	87
ALONSO DE CONTRERAS	
<i>Vida del capitán Alonso de Contreras</i> .....	101

ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO	
<i>La niña de los embustes</i> .....	113
GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES	
<i>Los dos Mendozas</i> .....	139
FRANCISCO DE LUGO Y DÁVILA	
<i>Cada uno hace como quien es</i> .....	179
BALTASAR GRACIÁN	
<i>El Criticón</i> .....	193
JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN	
<i>La villana de Pinto</i> .....	221







Este libro, *Madrid en la novela I*,  
se acabó de imprimir el día  
17 de noviembre de 1992  
en la imprenta de la  
Comunidad de Madrid.











## MADRID EN LA NOVELA I

Este volumen, perteneciente a la colección “Madrid en la literatura”, reúne una serie de obras, algunas de ellas maestras, de nuestra literatura en su época áurea. Las novelas escogidas ofrecen una visión plural de un Madrid que se esfuerza por asumir su condición de sede de la Corte española, dilatando sus confines y haciéndose populoso y monumental. Así, en *La gitanilla* o en *Guzmán de Alfarache* aparece un Madrid luminoso, escenario de aventuras y lances amorosos, mientras que en *El diablo cojuelo*, *El buscón* y *El criticón* se presenta un Madrid más problemático, sombrío y barroco.

Comunidad de Madrid  
Consejería de Educación y Cultura



9 788445 105375